

Luis Miguel Campos

insurgencia



NOVELA
Quito, 2011

PRESIDENTE COMISIÓN DE TRANSICIÓN

Ana Lucía Herrera

Colección: Mujeres del Ecuador

Autor: Luis Miguel Campos

Editor: Luis Miguel Campos

Diseño e impresión: Manthra Editores

Cuadro de la portada:

“Fusilamiento de Nicolás de la Peña y Rosa Zárate”

Autor anónimo

Tiraje: 1 500

Quito, diciembre, 2011

Derechos de Autor:

ISBN: 978-9942-07-190-3

**COMISIÓN DE TRANSICIÓN
HACIA EL CONSEJO DE LAS MUJERES
Y LA IGUALDAD DE GENERO**

Pasaje Donoso N32-33 y Whymper

Teléfonos: 2651472 – 2651446

comisiondetransicion@comisiondetransicion.gob.ec

Quito - Ecuador

*A Baltasara,
cómplice de mis viajes en carreta.*

La Revolución Quiteña (1809 a 1812) es sin lugar a dudas uno de los períodos más oscuros de nuestra Historia, no solo por sus nefastos acontecimientos políticos sino por el intrincado acceso a documentos perdidos o inexistentes.

Para este trabajo de investigación -escrito en forma de novela- se ha recurrido a la más selecta bibliografía que existe sobre el tema, pero principalmente a documentos del Archivo General de Indias de Sevilla, del Archivo General de la Nación de Bogotá, y sobre todo a la narración “Viaje imaginario por las provincias limítrofes de Quito”, del provisor Manuel José Caicedo, testigo presencial de los hechos.

La publicación de “Insurgencia” dentro de la Colección de Mujeres del Ecuador, obedece al sensible apoyo de Ana Lucía Herrera, Presidente de la Comisión de Transición hacia el Consejo de las Mujeres y la Igualdad de Género, a quien expreso mi más sincero agradecimiento. Igualmente a Paulina Palacios, que a través de las “redes sociales” aunó esfuerzos para que conociéramos el origen de nuestra libertad.

El autor

El enorme esfuerzo que había hecho los últimos años para estudiar derecho civil y canónico, mientras daba clases de teología entre otras tareas, no le sirvió de nada porque le negaron los títulos. Las autoridades de la universidad de Santo Tomás esperaron hasta el último momento para argumentar que el linaje del estudiante José Mejía Lequerica no era legítimo, porque a pesar de que su padre le había dado el apellido, su madre estaba casada con otro señor.

Para colmo de males, suspendieron la cátedra de Teología, de la que era profesor en la universidad de San Luis, con el pretexto de que era un hombre casado. Solo adujeron eso. No dijeron nada sobre su mujer que era veintitrés años mayor que él, pero fue tácito.

Su biblioteca personal, junto a la que su mujer había heredado de su hermano, formaban la biblioteca más nutrida de la ciudad, y fue allí donde Mejía mitigó sus penas. Durante más de un año permaneció encerrado, leyendo las obras de Rousseau, Montesquieu y otros filósofos, y lamentándose de que *todo hombre nace libre, pero que la vida se encarga de ponerle cadenas*.

Los últimos meses de encierro, mientras leía por enésima vez *El nuevo Luciano de Quito*, de su difunto cuñado, se dedicó a beber. Manuela, su mujer, le recriminó el asunto a lo que él, por primera vez, se desató en un mar de lamentos por sus múltiples frustraciones.

Ella, que a veces hacía más de madre que de esposa, le tomó de las manos y mirándole fijamente a los ojos, le dijo:

-He tenido una vida muy dura y no conozco de lamentaciones. Tu problema es que te sobra el tiempo y no sabes qué hacer con él.

Le dio ánimos para que cambiara de actitud y le recordó lo que el sabio Alexander von Humboldt había dicho de él, cuando estuvo por Quito, al elogiar su inteligencia y entusiasmo.

Al día siguiente, afeitado y con ropa limpia, se disponía a elaborar un plan de actividades, cuando recibió una carta de la universidad de San Luis. Estaba firmada por el rector y en ella se le pedía que reiniciara las clases. El caso de su no soltería había sido enviado a las máximas autoridades de Lima, quienes habían resuelto que nada tenía que ver el matrimonio con la enseñanza.

Estaba por salir a la universidad cuando recibió la visita inesperada de uno de sus alumnos. Se trataba de Juan José Arias Dávila, que tenía la particularidad de ser marqués de Maenza y Casasola, Conde de Puñonrostro, Grande de España de Primera Clase, y Caballero de la Orden de Calatrava. Tenía veintitrés años y unas ganas incontrolables de viajar a Europa, además de la misión urgente de autenticar sus títulos nobiliarios. Le dijo sin más rodeos que le tenía mucho aprecio como abogado, y que quería contratar sus servicios. Él le recordó que todavía no se había recibido, a lo que el marqués respondió que lo que necesitaba realmente era un secretario. Le explicó que la autenticación de sus títulos nobiliarios requería mucho trámite y que le urgía alguien que se hiciera cargo del asunto.

Y así fue como en una mañana se arregló la vida de José Mejía Lequerica. Salieron de Quito en 1806, rumbo a Guayaquil y Lima, y arribaron al puerto de Cádiz a finales de 1807. De ahí a Madrid. Al día siguiente de llegados, paseando por la Plaza Mayor, dieron con una librería en la que José Mejía encontró un ejemplar de *Zoraida*, de Nicasio Álvarez de Cienfuegos. Lo compró e inmediatamente se lo envió a su esposa.



Al cabo de seis meses Manuela recibió el libro. En la primera hoja su marido había escrito: *Para la más exótica flor quiteña*. No pudo dejar de sonreír. Se emocionó mucho con el envío, no solo porque era lo primero que recibía desde que él estaba en España, sino porque *Zoraida* era una obra muy comentada en Quito. Se sabía que tenía varios años en escena y que el público no dejaba de llenar los teatros, y una señorita Ascázubi que había estado en Madrid hacía tres años, era el centro de la atención en las tertulias quiteñas solo porque había asistido a una representación de *Zoraida* y se sabía de memoria los detalles.

Manuela volvió a sonreír, pero esta vez era un gesto de orgullo, como si tuviera en sus manos algo muy valioso. Sentada al escritorio que había sido de su hermano, sobre el que se habían concebido tantas obras importantes, redactó unas escuetas esquelas en las que decía: *Les espero a las cinco*.

A las cuatro y media, cuando Manuela estaba meciendo el chocolate, asomó Manuel Rodríguez. Se excusó de llegar antes ya que tenía urgencia de hablar con ella. Se le veía mal. Le contó que hacía unas semanas había tenido un pleito con las autoridades y que le habían retirado la licencia de abogado por un año. Eso quería decir que no podría ejercer su profesión. Pensó que el asunto no llegaría a mayores, pero ya eran dos los casos que le anulaban. Las autoridades estaban detrás de él para hacerle la vida imposible. Se lamentó de que ese era el único ingreso que tenía para mantener a su familia y que no sabía que decisión tomar.

Manuela recordó las frustraciones de su marido que eran imposibles de consolar porque tenían mucho de verdad. Quito le quedaba chiquito a José Mejía Lequerica, un hombre que había nacido antes de tiempo y fuera de lugar. Y también pensó en Manuel Rodríguez. Ningún tonto. Uno de los alumnos favoritos de su hermano Eugenio. Se decía que era el mejor orador de la ciudad, y era cierto. Pero no solo por su forma de hablar, sino porque su retórica era muy ilustrada. Amigo de su marido, aunque distanciados el último tiempo porque el uno se encerró en su biblioteca, y el otro se enamoró como quinceañero de una señorita quiteña.

Como siempre, le pareció que el acto de lamentarse era indigno, pero también consideró que Quito era una cárcel, donde los hombres de valía como él y su marido estaban condenados a la frustración. No le dijo nada. Le escuchó pacientemente desahogarse y cuando dieron las cinco de la tarde, y los demás llegaron, le pidió que le diera un tiempo para pensar porque algo se le iba a ocurrir.

Los recibió en el salón. María Mercedes Tinajero, su mejor amiga, estaba entusiasmada. Quería conocer el motivo de la invitación, pero Manuela se lo guardó. Había venido con su cuñada Rosa Checa y los tres mejores estudiantes del Santo Tomás, que habían sido alumnos de su marido y que acudían a la casa varias veces al mes con la finalidad de consultar la biblioteca. Antes de que Manuela comenzara a hablar, tomó la palabra María Mercedes.

-¿Se enteraron de la última?

A coro todos respondieron:

-¿Cuál última?

Hizo el gesto teatral de espiar a los lados para asegurarse de que nadie más le escuchara y bajó el volumen de la voz:

-Anoche pintaron un letrero en el muro de la casa de los Cadena...

-¿Y qué decía?

Volvió a mirar para un lado y el otro, y susurró fuertemente:

-¡América libre!

Se produjo un silencio aterrador que fue cortado por Manuela:

-Quién lo haya pintado es un osado. ¿En dónde dices que lo pintaron?

-En el muro de la casa de los Cadena. Por la recoleta de Santo Domingo.

Manuel Rodríguez que hasta entonces había permanecido en silencio, exclamó:

-¡Tengo que verlo!

-Qué pena, porque ya no está, -añadió María Mercedes- lo borraron esta tarde.

-¿Quiénes?

-Los criados de los Cadena. Echaron cal encima.

Se produjo otro silencio, pero esta vez de indignación.

Manuela tomó la palabra:

-Bueno, ahora sí les voy a revelar el motivo de mi invitación.

María Mercedes volvió a manifestar su entusiasmo.

-Es simplemente, -siguió Manuela- para que pasen un momento agradable.

Tomó el libro, lo levantó y anunció fuertemente:

-¡Zoraida!... de Cienfuegos.

Se armó un barullo entre los presentes. Rosa Checa era la más emocionada porque era muy amiga de la señorita Ascázubi que había visto *Zoraida* en Madrid. Los menos entusiastas, en cambio, eran los tres estudiantes del San Luis que estaban acostumbrados a otro tipo de obras. Manuela observó su descontento y les preguntó si sabían algo de *Zoraida*.

No sabían nada, solo que era una obra de teatro moderno y romántico que había tenido mucho éxito en España, y que francamente no era el tipo de teatro al que estaban acostumbrados. Que ellos eran más clásicos, se le escapó decir a uno, y entonces Manuela sonrió.

-No quiero influir en sus opiniones, pero para poder comentar sobre una obra es preciso conocerla. Por favor, leámosla y después hablamos.

Como había solo un ejemplar la leyeron por turnos. Comenzó Manuela y luego siguieron los estudiantes. La lectura estaba un poco aburrida hasta que el libro cayó en manos de Manuel Rodríguez, entonces volvió a nacer el entusiasmo porque se notaba que Manuel dominaba el arte. Cuando

le tocó el turno a Rosa Checa, los presentes se quedaron admirados ya que desde el comienzo ella se apoderó del espíritu de Zoraida. Cuando acabó la lectura y se lo dijeron, ella confesó que se había sentido Zoraida desde el primer momento y que nada la agradaría más que volver a leer la obra.

Los tres estudiantes también estaban emocionados. Uno de ellos no se había contenido y tenía los ojos enrojecidos por el llanto. A pesar de ello, argumentaron que la obra carecía de mensaje y que simplemente era una obra romántica.

Iba Manuela a intervenir pero se le adelantó Manuel Rodríguez, quien opinó que los estudiantes tenían razón. Que se trataba de una obra romántica, pero que el amor que en ella había era distinto. Parecía un simple amor entre un hombre y una mujer, pero realmente era el amor a la virtud, a los insoslayables valores de los hombres, y por supuesto, a la patria. Suspiró profundamente y añadió que había disfrutado mucho la velada.

Dieron las ocho de la noche sin que se dieran cuenta. Agradecieron y se despidieron. Rosa Checa seguía emocionada y le volvió a pedir a Manuela que organizara otra lectura.

Cuando Manuel Rodríguez iba a despedirse, Manuela lo retuvo:

-He estado pensando en su problema, y se me ha ocurrido algo: usted sabe de teatro, Manuel.

Ponga en escena *Zoraida*

Él sonrió y musitó:

-El teatro alimenta el alma pero no el cuerpo.

-Pero *Zoraida* es otra cosa... -insistió Manuela- Por favor, piénselo.

Rosa Checa, que aguardaba en el zaguán, exclamó:

-¡Sí, por favor, don Manuel!... ¡Ponga en escena *Zoraida*!

Manuel volvió a agradecer y salió presuroso. Consideró que la intención de Manuela era buena, pero ilusa. Él necesitaba un trabajo estable que le diera para mantener su hogar, y también para financiar un agrado a la señorita quiteña que le había robado el corazón.

En todo caso había disfrutado la velada y consideraba que *Zoraida* era una obra preciosa. Cuando llegó a su casa encontró sobre la mesa un plato con comida. Estaba fría, al igual que la relación con su mujer porque ella ya se había enterado de la existencia de la señorita quiteña y no se lo perdonaba. Estaba encerrada en su habitación así que fueron las hijas las que salieron a recibirlo. La mayor le calentó la comida y él les contó sobre *Zoraida*, de cabo a rabo, y cuando terminó de comer y la historia llegó a su fin, ellas estaban extasiadas. Le invadieron a preguntas que hubiera querido contestar pero adujo estar cansado, por lo que se retiró a dormir. Cuando llegó a la habitación encontró la puerta atrancada por dentro, así que como no tenía dónde acostarse, se fue a dormir con su amada.



En la reunión mensual de la cofradía de la Virgen de las Angustias que se llevó a cabo en la casa de la marquesa de Solanda, Rosa Checa, tesorera de la cofradía, contó que había asistido a una tertulia maravillosa organizada por Manuela Espejo, y que habían leído *Zoraida*.

Se olvidaron inmediatamente del protocolo que usualmente observaban y se entregaron al chisme. Les llamaba la atención sobre manera la figura de Manuela de Santa Cruz y Espejo que había protagonizado más de una vez un escándalo. Su hermano Eugenio, ya fallecido, su hermano Juan Pablo y ella misma, eran considerados peligrosos. Es decir, había que mantenerse a distancia de ellos porque las autoridades españolas les tenían puesto el ojo. Eugenio había muerto luego de una larga y reiterada estadía en prisión, por insurrecto, dejando un montón de escritos que estaban escondidos entre los libros de los quiteños. Les inquietaba la presencia de una mujer nada agraciada que bordeaba los cincuenta, pero que había contraído matrimonio con quien se decía que era el hombre más erudito de la audiencia y que era veintitrés años menor que ella. No se casaba por su fortuna, ya que el único haber de doña Manuela eran sus libros.

Durante más de una hora cernieron a preguntas a Rosa sobre Manuela y la obra de teatro de la que tanto habían oído hablar. Ella les contó todo. Desde el chocolate caliente, al que le faltaba un poco de consistencia, hasta la actitud de los tres estudiantes, y por supuesto la opinión de Manuel Rodríguez que era muy considerada por todos quienes lo habían oído hablar. No se reservó ningún detalle. Incluso había anotado un texto de *Zoraida*, que todas le pidieron a gritos que leyera.

Suspiró profundamente, posesionándose del papel, y leyó pausadamente:

*Todo mi afecto...
Todo mi corazón contigo queda...
Alguna vez, con lágrimas piadosas,
la soledad de mi sepulcro riega...*

Era todo lo que había alcanzado a apuntar pero fue suficiente para que se quedaran encantadas. Lo leyeron una y otra vez, y suspiraron, y cuando Rosa les contó que posiblemente la escenificarían, lanzaron jaculatorias a la virgen de las Angustias rogando por su efectiva realización.

Una de ellas conocía el caso de Manuel Rodríguez y lo comentó. Dijo que las autoridades lo habían castigado por arrogante y que no podría ejercer su profesión durante un año. Rosa Checa añadió que era injusto y que en el fondo era solo un resentimiento de españoles contra criollos, el mismo que había habido siempre, y que una buena acción de la cofradía sería conseguirle trabajo a Manuel Rodríguez, puesto que tenía una familia que mantener.

Otra de ellas salió al paso y opinó que no le parecía procedente, ya que toda la ciudad sabía que Manuel Rodríguez cometía adulterio con una señorita de dudosa reputación, y que por más señas vivía en la casa que quedaba junto a El Sagrario.

-Sin embargo, -adujo Rosa- Manuel Rodríguez de Quiroga es uno de los hombres más cultos de la ciudad. No es tanto lo que podemos hacer por él, cuanto lo que él puede hacer por nuestros hijos.

Se miraron y luego, en el más estricto silencio lo consideraron. Era verdad. Don Manuel Rodríguez de Quiroga era un hombre bastante instruido que bien podría emplearse como profesor en un colegio o una universidad. Era de trato agradable y lo más importante, le gustaba enseñar. Hacía unos años había sido profesor de varios de los hijos de las damas de la cofradía, y bien podía decirse que era de su agrado.

Teresa Larrea, la marquesa de Solanda, se comprometió a hablar con un pariente que tenía influencias en la universidad de Santo Tomás, y entonces todas manifestaron la mejor voluntad de colaborar, con la única condición expresa de que Manuel Rodríguez de Quiroga escenificara *Zoraida*.



Manuel llevaba varias noches sin dormir. Por más intentos que había hecho no pudo sacarse a *Zoraida* de la mente. Muy temprano esa mañana se levantó, se vistió y se despidió de su amada. Ella le preguntó dónde iba pero no obtuvo respuesta. Salió rápidamente y se dirigió hacia la recoleta que los mercedarios tenían en El Tejar. Desde el humilladero observó el amanecer, y con el primer rayo de sol pidió un deseo: *transcender*. Luego se fue caminando despacio hasta su casa y en el trayecto adquirió fiado pan y queso. Se aseó y preparó el desayuno. Cuando iba a despertar a sus hijas alguien tocó la puerta. Era un mensajero de la universidad de Santo Tomás que entregó un papel dirigido a Manuel Rodríguez de Quiroga. El rector de la universidad pedía reunirse con él.

Cuando acudió a verlo le sorprendió la amabilidad con que fue tratado. El rector conocía su trayectoria y sus méritos, y también en algún momento mencionó las buenas relaciones que mantenía con el marqués de Solanda y que era un gusto tratar con alguien que fuera su amigo. Le confesó que no había ninguna cátedra disponible pero que a la universidad le interesaba tener un grupo de teatro.

Como Manuel aceptó gustoso, el rector le pidió una lista de obras aunque desde el inicio se le notaba que estaba entusiasmado con la idea de que se escenificara *Catón*, de Plutarco, que era una representación que había visto más de veinte veces en su vida y siempre le complacía. Hablaron de la paga y del horario, y cuando estuvieron en todo de acuerdo, se despidieron efusivamente.

A Manuel le había cambiado la expresión del rostro. Ahora involuntariamente sonreía y se le veía más joven. Había llegado jorobado y se iba erguido. Cuando estaba cruzando la Plaza Mayor se encontró con don Juan de Larrea que salía de la casa de la esquina. No eran amigos pero se conocían bien. Don Juan de Larrea era uno de las personas más allegadas al sabio Espejo, y en varias ocasiones

se habían encontrado los tres en su casa. Se alegró de verlo y se acercó a saludarlo. Don Juan le dio un abrazo fuerte y cariñoso, y le felicitó efusivamente. Manuel preguntó el motivo de la felicitación, a lo que don Juan contestó:

-¡Zoraida!

-¿Zoraida?

Por alguna razón toda la ciudad se había enterado de que Manuel Rodríguez de Quiroga pondría en escena la obra más esperada del teatro español.

No le dejó decir nada. Le agarró de un brazo y le comentó que tenía urgencia de mostrarle algo. Lo llevó al enorme portón del que acababa de salir, y añadió:

-He comprado esta casa.

Explicó que ni bien la había adquirido fue nombrado Corregidor de Ambato y que la mayor parte del tiempo iba a estar fuera de Quito, que tenía además otra casa en el barrio de San Roque donde habitaba con su familia, y que no sabía qué hacer con la nueva adquisición. Sonrió como un niño complacido con dos juguetes nuevos. Abrió el portón y dijo:

-Por favor don Manuel, quiero que la conozca.

Entraron. La habían acabado de refaccionar y estaba impecable. El patio central era enorme, todo de piedra y canteros de geranios, pero lo que más le llamó la atención a Manuel, fue que en uno de los lados había un escenario.

-¿Qué le parece?... Esto es un teatro, mi estimado Manuel.

Le mostró el resto de la casa. Era una mansión con más de una docena de salones vacíos, dos patios y una caballeriza.

Le volvió a contar que había sido nombrado Corregidor de Ambato y que fijaría allí su residencia, y que era una pena cerrar la casa porque sabido era que las casas abandonadas se deterioraban. Le propuso sin más que él se hiciera cargo, y que aprovechara el teatro del patio central para escenificar ahí *Zoraida*.

La propuesta le cogió desprevenido. Todo estaba sucediendo tan rápido y tan favorablemente que decidió dejarse llevar por el azar. Le dijo que él no tenía medios para alquilar la casa, pero don Juan no le dejó terminar. Soltó una risotada y exclamó:

-¡Por Dios!... No se la estoy alquilando. Se la estoy prestando.

-¿Prestando?

-Se la presto durante un año, con una única condición: que la mantenga en buen estado.

¿Le parece?

Podía haber demorado su respuesta hasta medir los pros y los contras, pero consideró que una propuesta de ese tipo solo podía traer beneficios, así que aceptó. Ese mismo momento don Juan le entregó las llaves de la casa y sin premeditarlo, Manuel Rodríguez se embarcó en *Zoraida*.



Seis estudiantes de la universidad de Santo Tomás estuvieron visitando la biblioteca de Manuela Espejo. Cuando se fueron dejaron varios libros sobre la mesa, lo que molestó a Manuela porque la única condición para que consultaran la biblioteca era que debían mantenerla en orden. Le llamó la atención una carpeta repleta de hojas sueltas que estaba sobre la mesa, con escritos de su hermano y otros ajenos. Nunca se había fijado en ella. La abrió y ojeó. Encontró varios libelos contra las autoridades españolas y decenas de versos cortos para copiarse en los muros de la ciudad. En un pedazo de papel, escrito con carboncillo, de puño y letra de su hermano, decía: *América para los americanos*. Se sintió mareada y tomo asiento. Recordó con nostalgia las reuniones de la Escuela de Concordia, creada por sus hermanos Eugenio y Juan Pablo, y un grupo de ilusos ilustrados, pero volvió a marearse y sentir que le faltaba el aire cuando se agolparon los recuerdos de las persecuciones que habían sufrido, sobre todo Eugenio. Se acordó del letrero pintado en el muro de la casa de los Cadena, que decía *América libre*, y se paralizó. Hojeó rápidamente los papeles y descubrió apuntes de su hermano que nunca había leído, y que si caían en otras manos podían traerle problemas. No le gustó que los estudiantes del Santo Tomás hubieran estado husmeando, así que tomó la decisión de nunca más dejarlos entrar.

Se estaba arreglando para visitar a María Mercedes, cuando llamaron a la puerta. Era Manuel Rodríguez. Venía a contarle las últimas novedades, y sobre todo a darle la buena noticia de que iba a poner en escena *Zoraida*. Desde luego, eso dependía de una sola cosa: de la colaboración de Manuela, ya que alegó que él no podría hacerlo solo. Manuela estaba muy emocionada y accedió. Le aseguró que colaboraría en todo lo posible, y se alegró también porque tenía un trabajo estable en la universidad de Santo Tomás, aunque no fue precisamente ahí donde terminó trabajando Manuel, ya que una vez que se abrió la convocatoria para el grupo de teatro en los institutos dominicanos, se presentaron tan solo tres estudiantes de la universidad de Santo Tomás, frente a cuarenta y cuatro del colegio San Fernando. Ese era precisamente uno de los problemas, pues los estudiantes eran muy jóvenes. Oscilaban entre los doce y los dieciséis años.

A pesar de que Manuel pasó a depender del colegio San Fernando, el rector de la universidad no dejaba de visitarlo. Se entusiasmó cuando supo que se iba a escenificar *Catón* y hasta le agradeció por su complacencia, sin sospechar que el motivo por el cual Manuel había escogido *Catón* era porque había tantos actores que faltaban las obras.

Por las mañanas trabajaba en el colegio y por las tardes se dedicaba a convertir en teatro la casa de don Juan de Larrea. No sabía nada de carpintería, ni de costura, pero no así su amada y la hermana de ella.

Las Cañizares, como eran conocidas, eran dos hermanas: Manuela y María. Manuela era la mayor, frisaba los treinta y dos años, y estaba perdidamente enamorada de Manuel Rodríguez. María tenía veintiocho. No se les había conocido marido a pesar de su edad. Manuela se dedicaba al negocio de prestar dinero mientras que María cosía todo tipo de ropa. Con un capital que su madre les había dejado por herencia, Manuela adquirió una quinta en Cotocollao, con cuyos productos se mantenía la familia modestamente. El negocio de los préstamos les permitió reunir un buen monto con el que pensaban adquirir una casa en Santa Prisca, de no haber sido porque Manuela prestó parte del dinero a un hermano de padre, que prometió pagarle pero que jamás cumplió. Ambas eran afanosas y siempre tenían quehacer pendiente. María era muy hábil con las manos y tenía una inventiva que no conocía límites. Ayudaba en la economía familiar con los trabajos de costura que le encargaban las Ascázubi y otras damas quiteñas. Ella fue en verdad quien se hizo cargo del decorado del teatro. De sus manos salieron los diseños que fueron aprobados y celebrados por Manuel, pero el ímpetu desapareció cuando se percataron de que no tenían un solo centavo para ejecutarlos.

Manuela Espejo y María Mercedes Tinajero organizaron un grupo de lectura que tenía la expresa finalidad de levantar diez copias de *Zoraida*. Manuela pensó en primer lugar en los estudiantes del Santo Tomás, pero luego recordó que les había prohibido la entrada a la casa. La primera en ser consultada fue Rosa Checa que accedió inmediatamente, y cuando Manuela le preguntó si conocía alguien más que estuviera dispuesta a copiar *Zoraida*, puso a su disposición a las catorce damas de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias. Manuela pensó que bromeaba, pero esa misma tarde recibió la visita de Rosa que venía a asegurarle que todas habían aceptado y que querían comenzar inmediatamente. Fijaron la reunión para el día siguiente, a las tres de la tarde, en la casa de Manuela. Cuando Rosa Checa se despedía, Manuela le confesó que tenía una preocupación: eran muchas mujeres y ella solo tenía tres tazas desportilladas y un par de platos, a lo que Rosa Checa soltó una carcajada. Le aseguró que no tenía que preocuparse y que todo estaba previsto.

A las tres en punto de la tarde del día siguiente comenzó un desfile de mujeres por la casa de Manuela, cada cual con su respectiva criada, trayendo canastas con diversos enseres. Tomaron posesión del salón y en menos de cinco minutos llenaron las mesas con alimentos. Las mujeres bebieron té, chocolate y yerba mate y comieron todo tipo de golosinas. Hablaron de todos los temas, pero más fue un interrogatorio a Manuela Espejo, sobre su hermano, su marido, y ella misma.

Le preguntaron si extrañaba a José Mejía Lequerica y ella confesó que pensaba en él todos los días, pero que comprendía su ausencia. Que la prueba de amor más grande que había tenido en su vida había sido separarse de su marido.

Se ganó inmediatamente la simpatía de todas las señoras de la cofradía que le juraron amor eterno. Vivían en una ciudad chiquita, de relativamente pocos habitantes. Todos se conocían. Se habían visto desde siempre, pero era la primera vez que se hablaban, se comunicaban, y se gustaban. No les pareció una mujer peligrosa, sino encantadora. Le rogaron que les mostrara la casa y sobre todo la famosa biblioteca que había sido de su hermano.

Manuela aclaró que no era solo de su hermano, sino que su marido también había aportado con bastante. Se quedaron boquiabiertas con la cantidad de libros e hicieron la pregunta de siempre:

-¿Y los ha leído todos?

Esbozó una sonrisa y dijo que algunos sí. Quizá la mayoría, porque había muchos libros que eran para leerse y otros para consultarse. Los diccionarios, por ejemplo. Señaló los seis volúmenes del *Diccionario de Autoridades* que era una de las obras más preciadas de su hermano. Luego se sentaron a la mesa y sacaron sus propios papeles y tinteros. Se habían preparado para el asunto y querían esmerarse en hacerlo bien.

Manuela comenzó a dictar.

Les llamó la atención que solamente eran ocho personajes. Habían imaginado que serían muchos, prácticamente todo el ejército de Boabdil, rey de Granada, pero conforme se adentraron en la obra se dieron cuenta de que era muy sencilla. De los ocho personajes, tres eran principales, además de dos protagónicos y un antagonico, y algunos guardias y criados esporádicos. Postularon a sus hijos, a sus sobrinos, y a cuanto joven conocían, y se disputaron los papeles de Zoraida y Zulema. Rosa Checa se impuso desde el primer momento: Zoraida era ella.

Manuela les recordó que no iban a escenificar la obra sino simplemente a copiarla, pero fue en vano porque ya estaban posesionadas de los personajes, correteando por los jardines de la Alhambra de Granada.



Alas seis de la mañana, cuando Manuel salía de la casa de las Cañizares, se topó con varios letreros escritos con letras rojas sobre papel blanco, que estaban pegados en las casas de la calle de las Siete Cruces, desde el Carmen Alto hasta San Bárbara. En todos ellos decía lo mismo:

América para los americanos

Estaban cerca de los lugares donde varios años antes habían colgado banderillas de las cruces, con una leyenda en latín que decía: *Liberi sto felicitatem et gloriam consecuntum*, o sea que la libertad traía felicidad y gloria, y que fueron de autoría de los miembros de la Escuela de la Concordia. Eso había ocasionado problemas con las autoridades y fue determinante para que la Escuela dejara de existir y el sabio Espejo fuera encarcelado.

Manuel aceleró el paso en dirección a la casa de Manuela Espejo. Ella lo estaba esperando. Había madrugado para ir a misa de seis en San Francisco pero descubrió los letreros y se quedó de una pieza. Regresó aterrorizada a su casa.

Se encerraron en la biblioteca. Manuel pensaba que el autor de los letreros era uno de los antiguos miembros de la extinta Escuela de la Concordia, de la que había sido miembro, pero Manuela le aseguró que no era así.

Se dirigió al secreter y extrajo los documentos que había encontrado sobre la mesa y que habían sido consultados por los estudiantes del Santo Tomás. Le mostró las hojas sueltas. Precisamente el pedazo de papel escrito con carboncillo, que decía: *América para los americanos*.

Manuel pidió los nombres de los estudiantes. Ella los conocía muy bien e incluso a sus familias. Consideró que lo mejor sería hablar con ellos a lo que Manuel adujo que era muy peligroso que Manuela se metiera en el asunto, ya que estaba directamente involucrada, y que mejor él se iba a encargar de averiguarlo.

Fue una coincidencia que uno de los estudiantes resultara ser hijo de un compañero de estudios, así que fue a visitarlo pero una cuadra antes observó un piquete de guardias frente a la casa, que estaba sacando al estudiante a empujones. De nada sirvieron los ruegos del padre y los lamentos de la madre porque igual se lo llevaron. Le tuvieron a pan y agua, con largas sesiones de torturas para que confesara lo que sabía, pero él no sabía nada. Los padres del estudiante acudieron donde el marqués de Solanda buscando consejo, pero él estaba ausente. Les atendió su mujer, Teresa. Le contaron angustiados lo que había pasado aunque ella ya estaba al tanto. La madre juró por Dios que su hijo era inocente, a lo que la marquesa le pidió que mejor fuera práctica.

-¿Práctica? –repitió la madre intrigada.

Se inclinó levemente hacia ella y observó un hermoso collar de oro y esmeraldas que le pendía del cuello.

-¿Cuánto valdrá ese collar?

La madre se incomodó con la pregunta, pero Teresa siguió:

-Y veo que hace juego con un par de pendientes.

La mujer trató de ocultarlos pero ya era demasiado tarde.

-Si verdaderamente quiere salvar a su hijo –casi se lo ordenó- irá usted donde el guardia mayor a ofrecerle esos pendientes... Y le dirá que detrás de los pendientes hay un collar que vale diez veces más. Ese es el precio de su hijo.

La madre se quedó muda y también el marido. Regresaron a casa en silencio, pero faltando una cuadra para llegar, la mujer decidió que la marquesa tenía razón. Le dijo al marido que le esperara y llena de valor se dirigió al cuartel real. Pidió hablar con el guardia mayor pero le dijeron que estaba ocupado y que no podía verla. Tomó asiento en la única silla disponible y se dispuso a esperar lo que fuera necesario. Al cabo de una hora, y debido a que necesitaban la silla, pidieron al guardia mayor que la atendiera. Él sabía que era la madre del reo y la trató altaneramente. Cuando agotó su discurso la mujer solo exclamó:

-Pierde usted su tiempo. Mi hijo es completamente inocente.

Sin decir más se sacó los dos pendientes y los puso sobre la mesa. Le miró fijamente y añadió:

-Oro viejo, del más puro, con seis esmeraldas. En total una docena de esmeraldas... Pertencieron a la abuela de mi abuela...

El guardia mayor la miró extrañado. Antes de que pudiera decir nada, ella se abrió los botones superiores del vestido y le mostró el collar.

-Treinta y seis esmeraldas más... Serán suyas apenas ponga a mi hijo en libertad.

Acto seguido se dio media vuelta y salió.

Antes de las cuatro de la tarde soltaron al estudiante. Alegaron que no había pruebas suficientes para acusarlo ni detenerlo. El mismo guardia mayor llevó al estudiante a su casa, cargado en una camilla por un par de soldados.

Entraron a la casa y mientras los soldados llevaban al estudiante a su habitación, la madre entregó al guardia mayor el collar de esmeraldas.

A partir de entonces se intensificó la vigilancia en la ciudad. Por lo menos había un soldado en cada cuadra y por las noches estricto toque de queda a partir de las siete, pero no fue ninguna solución para frenar la subversión porque comenzaron a circular de mano en mano las famosas cadenas quiteñas. Este era un método muy empleado para regar una noticia rápidamente. Exigía el compromiso de quien recibía la carta y por tanto quería enterarse de la noticia, ya que el precio era reproducir la carta en por lo menos tres copias y difundirlas a su vez.

La primera carta que le llegó a Manuela fue de manos de una de las integrantes de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias. Se la entregó en la última reunión que tuvieron para copiar *Zoraida*. Manuela la olvidó entre los demás papeles y solo se acordó de ella cuando se iba a dormir. Fue a buscarla. Quería cerciorarse de que no tuviera nada que ver con su hermano. La leyó con atención y antes de llegar a la mitad se detuvo para soltar una carcajada.

La carta decía:

*Se comunica al pueblo de Quito el nacimiento de Luchito,
segundo hijo ilegítimo de: don Manuel Godoy
y Álvarez de Faria Sánchez Ríos Zarzoza,
Ministro Universal de Carlos IV, duque de Alcadia y Sueca,
y Príncipe de la Paz,
y de doña
Josefa Petra Francisca de Paula de Tudó y Catalán, Alemany y Luesia,
más conocida como Josefina o Pepita Tudó, su amante.*

No durmió bien esa noche. Estaba inquieta y tenía la necesidad de comentar el contenido de la carta con alguien, pero debido al toque de queda las visitas estaban suspendidas. Tuvo la intención de madrugar pero no se levantó hasta cerca de las ocho, y eso porque el cartero golpeó la puerta varias veces. De mala gana abrió, pero el ánimo le cambió cuando el cartero le entregó un paquete que venía de España. Era de su marido. Había cartas para diversas personas y una en especial para ella. También una edición de 1725 de *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, con una dedicatoria en la primera página que decía: *Disfrute de esta rara flor americana, usted que es la más exótica de las flores.*

En la carta que le había escrito decía lo mucho que la extrañaba. Distraía ese sentimiento con la cantidad de trabajo que tenía por delante ya que los trámites para la autenticación de los títulos nobiliarios de Juan José Arias Dávila no eran tarea fácil y menos en esos tiempos convulsionados. Habían tenido que contratar a un especialista en lectura de documentos antiguos, puesto que el origen del mayorazgo de los Arias Dávila se remontaba al siglo XVI. Por las noches la situación cambiaba porque al marqués le gustaba salir. Amaba el teatro y sobre todo comer bien. Regresaban a las tres o cuatro de la mañana, y él reanudaba el trabajo a las nueve. Dormía poco pero no se quejaba porque tampoco necesita más. Repitió que la extrañaba y que ahora que era un hombre ocupado solo pensaba

en la paz de Quito, en su casa, su biblioteca, y especialmente en ella. Terminaba la carta diciéndole que para valorar algo, había que perderlo.

En un papel anexo, escrito con letra pequeña para que entrara toda la información posible, Mejía había detallado una crónica sobre los levantamientos populares ocurridos en Madrid, debido a que la gente estaba harta de Manuel Godoy. Su influencia en el rey Carlos IV era más que evidente, pero lo que más había irritado a la muchedumbre eran los amoríos escandalosos entre Godoy y la reina.

José Mejía no se había limitado únicamente a levantar una crónica de los hechos, sino que en el reverso de la hoja había anotado sus opiniones. Pensaba que el rey Carlos IV debía abdicar al trono en beneficio de su hijo Fernando, príncipe de Asturias, aunque también le preocupaba seriamente la presencia de los franceses en territorio español. Al final de la hoja había una nota escrita con mayúsculas que advertía: *LEER Y DESTRUIR*.

Se disponía a destruirla pero ese momento llamaron a la puerta. Pensó que era Manuel y quiso mostrarle la carta, pero se equivocó porque era un par de guardias que la estaban buscando. Se llevó un susto enorme y casi se desmaya, por lo que tuvo que arrimarse al umbral. Preguntó si acaso estaba detenida, a lo que los guardias rieron y le dijeron que no preocupara, que simplemente el doctor Joaquín de la Peña quería hablar con ella sobre algún asunto. Les dijo que esperaran a que se cambiara de ropa y entonces entró a la casa, hizo mil pedazos la carta de su marido, y cómo no supo dónde poner los pedazos, se los tragó.

El doctor Joaquín de la Peña era un español de mediana edad que había llegado a Quito hacía unos diez años. De ayudante de escribano había ascendido a oficial primero de la Compañía de Temporalidades y ahí se había quedado. No se le conocía mujer ni hijos, solo que vivía en el barrio de San Blas. Tenía pocos amigos porque no les caía bien a sus propios compatriotas. Era conocido como adulador, hipócrita y chismoso. El cargo de oficial primero de la Compañía de Temporalidades no era muy importante, pero a él se le había subido a la cabeza. De censor de bienes se convirtió en censor de opiniones. Más de uno se había metido en serios problemas ocasionados por el doctor Peña y por eso preferían evitarlo.

Manuela tomó asiento frente al escritorio. Él la miró y esbozó una sonrisa. Le preguntó si sabía por qué estaba ahí, a lo que ella contestó que no tenía la menor idea.

El doctor Peña abrió un cajón del escritorio y extrajo un pedazo del letrero que habían pegado en la calle de las Siete Cruces y que decía:

América para los americanos.

-Se trata de esto, -dijo- ¿qué sabe usted?

Manuela se alzó de hombros y añadió que no sabía nada.

-¿No le resulta familiar la frase? -pregunto el doctor Peña.

Manuela leyó la frase en voz alta:

-América para los americanos.

Miró al doctor Peña y la volvió a leer, pero esta vez cargada de fervor y convicción:

-¡América, para los americanos!

-¿La conoce o no? -preguntó molesto.

-No, doctor, -mintió ella con absoluta convicción.

El doctor Peña sonrió de mala gana. Se acomodó en la silla y la miró fijamente.

-Alguien me aseguró que esta frase es de su hermano.

Ella volvió a alzarse de hombros y le aseguró que no podía saberlo porque su hermano estaba muerto.

Se acomodó nuevamente en la silla y le preguntó si alguien consultaba la biblioteca de su casa.

Manuela respondió afirmativamente. Le dijo que numerosas personas visitaban la biblioteca, y que las últimas en hacerlo habían sido las integrantes de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias.

Peña se puso de pie y se acercó a ella. Con tono paternal le dijo que estaba preocupado por su situación, porque las investigaciones sobre una subversión no habían concluido, y que ella estaba en la mira.

-¿Yo?... ¿Por qué?... ¿Insinúa que yo hice esos letreros?

-No, usted no... Pero pudo haber dado la idea.

Manuela lo negó rotundamente pero él le dijo que simplemente se iba a remitir a los hechos y que por favor le hiciera una lista de las personas que frecuentaron su biblioteca en el último año.

-¿Qué tiene que ver mi biblioteca? –reclamó Manuela.

Él adujo que su biblioteca era famosa por contener cierto tipo de literatura de la que sin duda salían ideas para inspirar una subversión.

Ella argumentó que su biblioteca tenía todo tipo de libros y que no conocía de ninguno que fuera subversivo. Le invitó a conocer la biblioteca y juzgarlo por sus propios ojos, pero él la interrumpió:

-Lo que quiero sugerirle, señora, es que quizá usted debería ausentarse por un tiempo...

-¿Ausentarme?... ¿Por qué?

-Porque la van a investigar.

-Pues que investiguen lo que quieran.

Le recomendó que no dejara entrar a nadie a la biblioteca y que de ser posible tomara unas vacaciones. Que se fuera a visitar a algún pariente fuera de la ciudad. Volvió a tomar asiento y añadió:

-Voy a dar por terminada la sospecha respecto a usted, pero le pido que me haga caso. Desaparezca, doña Manuela.

Ella se asustó. De pronto pensó que había hecho algo muy malo pero no recordaba qué.

-No voy a desaparecer, -le aseguró- yo no he hecho nada.

-No es usted, sino su hermano. Todos los españoles comentan que son los escritos de su hermano los que incitan a la subversión.

No dijo más. Ella se puso de pie, evidentemente molesta, y abandonó la oficina. En el trayecto a su casa revivió las persecuciones a su hermano y se sobresaltó. Al llegar a la esquina tuvo que detenerse para tomar aliento. Se sintió mareada y con ganas de vomitar. Tomó aire y cruzó la calle. Con las justas llegó a la puerta de la casa de su amiga María Mercedes, y tocó.

La encontraron desmayada. Apenas la levantaron se despertó y dijo que quería vomitar. Le acercaron una escudilla y expulsó una substancia de color morado. María Mercedes se asustó y preguntó qué era eso, entonces Manuela se acordó que se había tragado la carta de su marido, y ambas soltaron una carcajada.

-Menos mal que la expulsaste, -comentó María Mercedes- pues sabido es que la tinta de los manuscritos se prepara con *shanshi* que es muy venenoso.

Era cierto y Manuela lo sabía. Más de una vez había preparado tinta ella misma, machacando unos frutos pequeños conocidas como *shanshi* que crecían en abundantes matorrales en las quebradas y laderas del Pichincha. Sin embargo no era *shanshi* porque la carta había sido escrita en España, sabía Dios con qué materiales. María Mercedes aconsejó un vomitivo para que terminara de expulsar lo que quedaba, así que Manuela resignada ingirió un vaso de agua tibia con dos claras de huevo. No había pasado un minuto cuando el remedio surtió efecto y consiguió que terminara de expulsar los resquicios de la tinta.

La llevó a la sala e hizo que se recostara sobre una cama que había en el estrado. Manuela respiró aliviada y le contó lo que había sucedido. También le habló de la carta en la que su marido le contaba que España estaba de cabeza y con los franceses encima.

A María Mercedes le pareció muy rara la actitud del doctor Joaquín de la Peña, y recalcó varias veces que se estaba tomando atribuciones que no le correspondían, pero Manuela le recordó que el doctor Peña era español y por tanto podía hacer lo que le diera la gana.

María Mercedes enfureció porque sabía que era verdad. Bastaba ser español para investirse de poder, dejando bien sentado que los españoles eran superiores, y los americanos simples vasallos.

Volvió a repetir que el doctor Peña era un metiche y que ya hablaría ella con sus amistades para denunciar el asunto, aunque después le dio en parte la razón al doctor Peña, porque le aconsejó que se ausentara de la ciudad por un tiempo, e incluso puso a su disposición su quinta de Pomasqui que pasaba la mayor parte del año botada, pero Manuela no aceptó.



La señorita Ascázubi que había tenido la suerte de ver *Zoraida* en Madrid, invitó a un Lagasajo en honor de su cuñada Catalina Veintimilla, que acababa de llegar de Europa.

Al agasajo concurren más de cincuenta mujeres, entre las que se contaban varias integrantes de las cofradías más importantes de la ciudad.

Fueron recibidas en el patio central de la casa donde habían acomodado varias sillas y bancas que miraban hacia un sillón grande, en el que tomaron asiento Catalina y la dueña de casa.

Apenas se sentaron, comenzó la lluvia de preguntas. Durante más de tres horas se tocaron todos los temas: moda, trajes, costumbres, comida, diversiones, teatro y por supuesto, política. Se horrorizaron al ratificar que Manuel Godoy era el amante de la reina María Luisa de Parma, y encima el amigo favorito del rey Carlos IV, *el cornudo*. Era una noticia que ya todas sabían, pero querían oírla de una boca fresca cuya dueña hubiera prácticamente vivido los hechos. Catalina Veintimilla se tomó todo el tiempo para comentar los sucesos día tras día con tal elocuencia y dramatismo que conmovió

a todas las presentes. A Josefina Tinajero, hija de Rosa Checa, se le escapó hacer un comentario sobre América libre, pero se produjo un silencio aterrador porque entre las presentes había familias realistas.

La dueña de casa cambió el tema de conversación y preguntó a su prima si había tenido la oportunidad de ver *Zoraida*, a lo que ella respondió que la había visto un par de veces, y que fue una obra que causó sensación porque los trajes habían sido diseñados por Francisco de Goya que era el más grande pintor español del momento. De una carpeta roja de cuero de Marruecos extrajo varios papeles, entre ellos una estampa de *Zoraida*. Era la reproducción de un dibujo de la protagonista de cuerpo entero, vestida con camisa y pantalones de seda ceñidos al cuerpo, y acostada sobre un lecho cubierto de telas. La estampa pasó de mano en mano y todas se quedaron boquiabiertas cuando vieron el traje.

Josefina Tinajero volvió a comentar. Esta vez dijo que el traje le parecía precioso, pero la esposa de don Pedro Calisto que era regidor perpetuo de la ciudad y consumado realista, alegó que era transparente y que se veía todo, por lo que fue calificado de indecente.

Josefina Tinajero iba a agregar algo más pero su madre le hizo una seña para que guardara silencio. Catalina tomó la estampa y preguntó con voz fuerte:

-¿Y saben quién es esta mujer?

Negaron todas con la cabeza, entonces ella exclamó:

-¡Josefina Tudó!

Contó que la participación de una mujer en una obra de teatro era mal vista, y que Josefina Tudó, además, no era actriz. Sin embargo su círculo social estaba compuesto por artistas. Los mejores artistas de España, con Francisco de Goya a la cabeza. Fue un acontecimiento conocer que Josefina Tudó iba a actuar en *Zoraida* en el papel protagónico. Desde el estreno, la sala se había llenado de tope a tope durante más de dos años, y aún, pese a la inestabilidad política y los toques de queda, se seguía presentando.

Le preguntaron si había visto a Josefina Tudó personalmente, que cómo era, qué edad tenía. Catalina se limitó a mostrar la estampa.

-Exactamente igual a como está aquí, -dijo.

La señorita Ascázubi anotó que Josefina Tudó era huérfana de padre y que su madre y sus hermanas habían vivido en la casa de Manuel Godoy y que como no tenían dinero para pagar la renta, entonces la madre había entregado a Josefina al dueño de casa.

-Pero es una mujer tan hermosa, -siguió- que Godoy la tomó por amante...

-¡Por esposa es que debía tomarla! -acotó la señora Calisto.

La señorita Ascázubi explicó que no pudo ser. Que quizá Godoy hubiera querido contraer matrimonio con ella, pero que la Reina María Luisa de Parma le obligó a casarse con la princesa María Teresa de Borbón.

-¿Pero seguía siendo amante de la reina María Luisa? -preguntó alguien.

-De la reina y de Tudó, -respondió tajante Catalina.

Soltaron una risotada. Luego Rosa Checa le preguntó a Catalina si la Tudó había hecho bien el papel de *Zoraida*, y Catalina contestó que sí. Que las dos veces que vio la obra no paró de llorar, y que fueron los momentos de Josefina Tudó los que más impresionaron al público que no dejó de aplaudir cada vez que *Zoraida* asomaba en escena.

Para terminar el tema, Catalina contó que tanto le había impresionado al rey Carlos IV la interpretación de Josefina Tudó, que le concedió los títulos de condesa de Castillo Fiel y vizcondesa de Rocafuerte.

Suspiraron profundamente y entonces alguien preguntó cuándo tendrían el enorme placer de ver *Zoraida* en Quito. Se miraron unas a otras hasta que todas las miradas recayeron sobre Rosa Checa. Ella se alzó de hombros pero acto seguido se comprometió a visitar a Manuel Rodríguez para enterarse de todas las novedades.

Al día siguiente fue a verlo a la casa que le había prestado Juan de Larrea. Estuvo tocando la puerta largo rato hasta que María Cañizares abrió. Preguntó por Manuel Rodríguez pero él no estaba. María le contó que había salido de la ciudad y que tardaría varios días en regresar. Rosa quiso saber dónde había ido pero ella no tenía la menor idea.

Para no quedarse en ascuas fue a visitar a Manuela Espejo. Estaba segura de que ella le podría dar razón del proceso de *Zoraida*, sin embargo por más que tocó la puerta nadie le abrió.



Jeremías Anangonó, nativo del Valle de la Muerte y esclavo en los cañaverales de las misiones de Ibarra, fue vendido por los jesuitas mucho antes de que Carlos III los expulsara de América.

Lo compró el primer marqués de Selva Alegre por la altísima suma de setecientos pesos ya que era mozo, con la dentadura completa y de buena simiente. Le enseñó a leer y a escribir, y con el paso del tiempo llegó a ser su secretario personal. El negro Jeremías se encargaba diligentemente de la mayoría de asuntos del marqués y entre sus múltiples talentos tenía una caligrafía preciosa. Cuando el marqués murió, pasó a ser posesión de su hijo Juan Pío, a quien servía con la misma lealtad y eficacia que a su padre.

Fue el negro Jeremías quien subrepticamente visitó a varias personas de la ciudad. Había venido a caballo, lo cual era inusual dado que los negros no debían montar, pero tratándose del esclavo del marqués de Selva Alegre se lo habían consentido, además de que sabían que el marqués vivía lejos de la ciudad y eso ameritaba el uso del caballo.

Todas las visitas se realizaron entre las once y la una de la tarde, cuando las calles estaban vacías porque la gente estaba almorzando. Entre los visitados estuvieron Manuela Espejo y Manuel Rodríguez de Quiroga.

El negro Jeremías no traía ningún papel escrito, sino un texto aprendido de memoria que decía así:

*A nombre de mi señor y amo
Juan Pío Montúfar y Larrea
Segundo Marqués de Selva Alegre
os traigo el siguiente mensaje:
que vuestra presencia será invalorable
y muy necesaria
en la morada de mi marqués,
el próximo viernes 16 de los corrientes
y los días siguientes.*

Nadie se negó a la invitación. Asistió cerca de una docena de personas entre las que se encontraban aristócratas y gente instruida. Manuela Espejo y Manuel Rodríguez viajaron juntos. Fueron en la carroza del excéntrico Juan de Larrea que estaba de paso por Quito y también había sido invitado. Con ellos fue además el capitán Juan de Salinas. El viaje fue muy ameno y el tiempo pasó rápido. Conversaron de varios temas y se alegraron mucho cuando se enteraron de que su viejo amigo Juan de Dios Morales asistiría a la reunión.

No lo veían hacía tiempo ya que Morales tenía orden de prisión por retaliaciones de las autoridades y debía mantenerse prófugo. El capitán Juan de Salinas era su contacto puesto que se conocían desde hacía mucho. Eran amigos inseparables y cuando llegaban juntos a una reunión se decía que había llegado *el alma de la fiesta*. Ambos eran muy elocuentes y divertidos. Mientras la especialidad del capitán Salinas consistía en arrancar sonrisas con sus ocurrencias a los más escépticos, la de Morales era ilustrar. No en vano se decía que siempre que se escuchaba a Juan de Dios Morales se aprendía algo nuevo. Amigo muy cercano del sabio Espejo y también de Manuela. Ni qué decir de Manuel Rodríguez, de quien había sido profesor y con quien había trabajado más de una vez en jurisprudencia. Ambos habían sido sancionados y por eso el uno estaba prófugo y el otro sin trabajo, pero lo que más les identificaba era el común resentimiento hacia las autoridades españolas que les impedían progresar.

Juan de Dios Morales también estaba ansioso por verlos. Cuando por fin llegaron, los abrazó a todos, uno por uno, y les rogó que se pusieran al día porque quería conocer de sus vidas. El marqués salió a darles la bienvenida. Le acompañaba su hija Rosa que a pesar de su juventud hacía las veces de anfitriona, ya que su madre había fallecido hacía algunos años. El marqués se alegró mucho de que fueran los primeros en llegar porque era con los que tenía más afinidad. Compartía sus ideas y sobre todo la instrucción necesaria para debatir los argumentos con buena retórica. Los condujo a la biblioteca. No tenía tantos volúmenes como la de Manuela Espejo, pero poseía libros muy antiguos, muchos de ellos copias manuscritas de los clásicos griegos. Quiso entablar inmediatamente la charla pero Rosa adujo que los invitados estaban cansados, que el viaje había sido largo y que por lo menos iba a mostrarles sus aposentos. El marqués se excusó y consideró que lo más oportuno sería verles a la hora del almuerzo. Dejó que Rosa les llevara a sus habitaciones mientras él se dirigía a la cocina. Desde la muerte de su esposa se había acostumbrado a hacerse cargo de la casa y de todos los asuntos concernientes a la vida cotidiana. Rosa le ayudaba, y Jeremías era un aporte incalculable, pero había muchas actividades de las que se encargaba él mismo. Le gustaba recibir huéspedes en su casa y ser el mejor de los anfitriones, aunque ello exigiese una organización minuciosa. Lo tenía resuelto todo,

desde los desayunos hasta las cenas de medianoche, los paseos a caballo, las expediciones a las tolas de Píntag que estaban llenas de tesoros indígenas o El Inga, donde era fácil encontrar una punta de flecha de obsidiana.

Para las tertulias que se prolongaban hasta el amanecer, había mandado a traer de su hacienda de Calacalí, más de una docena de vasijas repletas de aguardiente que llegaron de contrabando. Con ese aguardiente de caña, endulzado con raspadura, naranjilla y canela, fue que se fermentaron los ánimos de la insurgencia.



Juan de Dios Morales almorzó mal porque no se dio tiempo para contestar la cantidad de preguntas que le hicieron. Querían saber qué había sido de su vida desde que huyó de Quito auxiliado por doña María Castaños, la viuda del barón de Carondelet.

Durante la presidencia del barón de Carondelet, Juan de Dios Morales había sido su secretario personal pero el cargo le había durado poco porque el barón falleció en agosto de 1807. Como Juan de Dios había sido muy allegado al barón y a su familia, la viuda lo protegió hasta el último rato.

Supuestamente fue ella quien habló con don Jacinto Bejarano para pedirle asilo en Guayaquil. Y así fue como Vicente Rocafuerte, sobrino de Bejarano, lo recibió en su hacienda Naranjito y lo mantuvo oculto. Ahí había permanecido la mayor parte del tiempo, debatiendo sus ideas con un grupo de jóvenes guayaquileños que estaban dispuestos a apoyar la insurrección.

Manuel Rodríguez felicitó el apoyo pero manifestó su temor respecto a Pasto. Los pastusos siempre habían guardado cierta reticencia hacia los quiteños, o al menos esa era la impresión. Eran realistas hasta la médula cuando no les convenía serlo ya que ellos, en su calidad de comerciantes, eran los que más perjudicados estaban por las alcabalas.

Opinaron todos lo mismo y durante largo rato estuvieron argumentando sobre la particular forma de ser de los pastusos, hasta que Morales volvió a tomar la palabra.

-Tengo algo importante que contarles, -exclamó- y que puede aliviar su preocupación, mi estimado Manuel...

Dijo que entre las tantas reuniones que había mantenido en Naranjito, había una que le había llenado de contento.

-Nariño, -exclamó- una reunión con Antonio Nariño.

Al igual que él, Nariño estaba prófugo y su mayor ambición era poder regresar a Sante Fe de Bogotá, ya que se había puesto precio a su cabeza. Le había obsequiado un libro que Juan de Dios llevaba a todas partes. Se trataba de la traducción del francés de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* que había sido aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente de Fran-

cia, en 1789 y publicada por Nariño en Bogotá, en 1793. Un verdadero tesoro por el que había sido condenado a prisión. Confinado en Ceuta, logró escapar a los dos años. Vivió en París donde conoció al sabio Humboldt y a un grupo de intrépidos jóvenes dispuestos a aplicar las ideas de la revolución francesa en América, como Vicente Rocafuerte, el quiteño Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre, y el caraqueño Simón Bolívar. También estuvo en Londres, pregonando siempre el proyecto de independencia americana.

De vuelta a América, huyendo de las autoridades granadinas, viajó por el sur del continente buscando aliados. Estaba convencido de que la independencia debía ser un hecho conjunto y de ninguna manera aislado.

Muchos años antes, Nariño y el sabio Espejo se habían conocido en Quito y el bogotano se había admirado por los aires de rebeldía que soplaban en la ciudad. En sus múltiples conversaciones sobre la independencia habían llegado a un acuerdo: la revolución comenzaría en Quito.

Un entusiasta revuelo se desató entre los presentes. Más tarde, cuando terminó la sobremesa y estaban caminando por un oloroso jardín de magnolias, Juan de Dios mostró el libro del que había hablado. En el interior había un autógrafa de Antonio Nariño que decía: *A Juan de Dios Morales, esta traducción, que más que una Declaración es un Manual para ser aplicado en América con suma urgencia.*

También cargaba otro libro. Uno pequeñito de pasta morada que parecía haber sido forrado por manos femeninas. Se dirigió a Manuela y le dijo:

-Esta obrita también me obsequió Nariño y cuando la vi pensé inmediatamente en usted. Se lo comenté a Antonio y el me manifestó que la recordaba con mucho cariño.

Se trataba de la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* escrito por Olympe de Gouges en 1791. Manuela no cupo de la emoción. Iba a decir algo pero Juan de Dios no la dejó hablar. Abrió el libro en la primera página y dijo:

-Por favor, escuchen, -entonces leyó- *Hombre, ¿cuán capaz eres de ser justo? Es una mujer la que te hace la pregunta.*

Rosa aplaudió con entusiasmo y su padre, el marqués, la secundó.

Juan de Dios le entregó el libro a Manuela y añadió:

-Será un honor para mí, y también para Nariño, que usted lo posea. Por favor, acéptelo.

No se hizo de rogar. Estaba absolutamente emocionada, no solo por un regalo tan preciado sino porque provenía de dos hombres que admiraba: Juan de Dios Morales y Antonio Nariño.

A las cuatro de la tarde llegaron los demás invitados: don Nicolás de la Peña, su hijo Antonio, y el tercer mosquetero de la banda Morales-Salinas: Juan Pablo Arenas. Cuando Arenas divisó a Morales, fue directamente a saludarlo. Se abrazaron largamente y Arenas le preguntó si su hermano lo había tratado bien. Todos se quedaron en silencio y Morales no supo qué contestar. Desconocían que Juan Pablo Arenas tuviera un hermano, entonces él lo aclaró:

-Don Jacinto Bejarano es mi hermano. Hijo del primer matrimonio de mi madre.

Luego se enteraron de que había sido él, y no la viuda del barón de Carondelet, quien le había conseguido el asilo en Naranjito, ya que su propietario, Vicente Rocafuerte, era su sobrino.

Soltaron una carcajada porque así mismo eran siempre las relaciones familiares en la Audiencia de Quito: todos eran parientes, y si no lo sabían lo descubrían tarde o temprano. Por eso, Morales, en son de sorna, decía que la Historia de la Audiencia de Quito era más bien un enorme árbol genea-

lógico en el que entraban los mismos y los mismos. Él no. Aunque había vivido más de quince años en Quito, él era de otra parte. Había nacido en un pueblo llamado Río Negro, en el virreinato de Nueva Granada, y venido a Quito en 1790 como escribano del presidente Antonio Mon y Velarde. Decía que Quito era una red que lo había atrapado porque las veces que intentó mudar su residencia no pudo salir de la ciudad. Por fin lo logró cuando comenzó su exilio, pero entonces el retorno a Quito se le volvió una obsesión.

A pedido de los presentes, Juan de Dios Morales iba a dar lectura a la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*, pero comenzó a llover. Entraron inmediatamente y Rosa los condujo a la biblioteca. Mientras unos sirvientes prendían la chimenea, otros subían la enorme araña de más de treinta velas que iluminaba el salón. Sobre una mesa aguardaban un montón de jarros con chocolate caliente y una fuente repleta de quesos amasados envueltos en hoja de *atsera*. Se acomodaron y entonces Juan de Dios reanudó la lectura.

El primer artículo de la Declaración decía que los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Juan de Dios dejó de leer y repitió el primer artículo lentamente.

-Nosotros no nacimos libres –añadió- ni tenemos los mismos derechos que los españoles.

Manuel Rodríguez opinó que no solo no tenían derechos, sino que el futuro les estaba vedado. Ningún criollo o mestizo tenía oportunidad alguna de progresar porque los altos puestos solo podían ser ocupados por españoles. Ni siquiera la aristocracia criolla tenía prebendas. Tal era el caso en Quito, que desde la muerte del barón de Carondelet no se había nombrado sucesor. La administración de la provincia era un caos y todos sabían que la burocracia española se había enriquecido el último año como nunca antes en sus vidas.

Don Nicolás de la Peña, descendiente del sabio Pedro Vicente Maldonado, acotó que sabía de buena fuente que por fin se había nombrado Presidente de la Audiencia de Quito y que el cargo había recaído sobre don Manuel Urriés y Cavero, conde de Ruiz de Castilla. Había investigado sobre él pero no fue mucho lo que consiguió averiguar. Habló entonces el marqués de Selva Alegre y contó que hacía un tiempo, en 1805 exactamente, estando de paso por el Cuzco, escuchó que un teniente Ruiz de Castilla había dado la orden de ahorcar públicamente a los autores de una sublevación.

Guardaron silencio un rato porque el miedo se coló entre las patas de las sillas. Don Nicolás de la Peña agregó que el nuevo Presidente de la Audiencia debía haber llegado ya a Quito, pero que algo lo había retardado en Guayaquil.

Para cambiar los ánimos, Manuela pidió a Juan de Dios que siguiera leyendo la *Declaración* y todos volvieron a acomodarse para escucharlo. El segundo artículo enumeraba los derechos imprescriptibles del hombre y ratificaba que estos derechos eran primigenios, superiores a cualquier tipo de poder establecido, y aplicables en cualquier lugar y en cualquier época. Estos derechos naturales eran: la libertad, la propiedad, la seguridad, y la resistencia a la opresión.

Le oían todos sin musitar palabra. Estaban abismados, admirados, gratificados. En cuatro puntos se habían descifrado sus anhelos más íntimos, aquellos con los que se nacía y a los que era imposible renunciar.



Había dejado de llover y estaba completamente despejado. Desde la hacienda del marqués se veía el Antisana, el Cotopaxi y el Pasochoa copados de nieve. Entre ellos, como un arco triunfal, asomaba un esplendoroso arcoiris. Salieron a verlo porque el espectáculo era muy bello.

Cuando comenzaba a anochecer llegaron los últimos invitados: don Nicasio Arteta y su sobrina Catalina Veintimilla. Don Nicasio bordeaba los ochenta años, pero a pesar de su edad era muy vital. Lo acompañaba siempre su sobrina, que al igual que él había optado por la soltería. Hacía tres meses habían estado en Madrid y tenían muchas novedades que contar.

Esperaron a que los criados sirvieran el agua de canela y naranjilla con aguardiente de Calacalí y salieran de la habitación para comenzar a hablar. Cuando Rosa cerró la puerta, le pidieron a don Nicasio que les contara lo que estaba pasando en España, y entonces el anciano exclamó:

-¡Este es el fin!

Se remontó a los tiempos en que Manuel Godoy se convirtió en la mano derecha del rey, y más que eso, en quién realmente tomaba las decisiones. Por otro lado sus amoríos con la reina. Los españoles estaban hartos del asunto, así que ciertos miembros de la nobleza comenzaron a azuzar a Fernando, príncipe de Asturias, heredero de los reyes, para que tomara el poder.

Como las tropas de Napoleón Bonaparte ya habían entrado en España, Godoy consideró que había que resguardar la seguridad de los monarcas así que los trasladó a Aranjuez. El príncipe de Asturias aprovechó lo que estaba ocurriendo, y respaldado por algunos aristócratas y el pueblo en suma, se tomaron el palacio de Aranjuez. Obligó a su padre a abdicar a su favor, a cambio de perdonar la vida de su favorito Godoy, a lo que el rey aceptó.

-Así que tenemos nuevo rey, -resumió don Nicasio.

El nuevo rey se llamaba Fernando VII. Fue aclamado y vitoreado cuando entró en Madrid. La gente lo recibió como a un héroe porque pensaba que iba a poner fin a la invasión francesa que un día antes había ocupado Madrid, así que le dieron todo su respaldo.

Los reyes y Godoy salieron de España rumbo a Bayona y fueron acogidos por Napoleón Bonaparte que entró en negociaciones con Fernando VII.

-¿Qué negociaciones? -inquirió el marqués de Selva Alegre.

-No lo sé -respondió don Nicasio- porque para ese entonces ya habíamos salido de España.

Juan de Dios Morales se preguntaba si las autoridades españolas ya sabrían de estos hechos, pero su inquietud se disipó completamente cuando volvió a hablar el marqués:

-No saben nada. Las autoridades españolas de Quito siempre son las últimas en enterarse de lo que pasa en España.

Y era verdad. Alguien mencionó al conde Ruiz de Castilla, nuevo presidente de la Audiencia y antiguo verdugo de patriotas, a lo que don Nicasio lanzó una carcajada.

-Conozco muy bien al conde, -explicó- y puedo asegurar que es una mansa oveja. Es noticia buena que sea el nuevo presidente de la Audiencia de Quito, porque es hombre de carácter conciliador.

El marqués volvió a repetir lo que había escuchado cuando estaba de paso por el Cuzco, a lo que don Nicasio aseguró:

-Yo también oí del hecho, pero en defensa del conde he de decir que si ahorcó insurrectos fue porque cumplía órdenes del virrey.

Se consolaron al saber que el nuevo Presidente era asequible.

-Siendo así, -opinó el marqués- bien haríamos en ganarnos su favor.

Todos estuvieron de acuerdo. En un arranque de generosidad, Manuel Rodríguez prometió estrenar *Zoraida* en homenaje al nuevo Presidente de la Audiencia.

-En todo caso, -opinó Juan de Dios- la llegada del conde Ruiz de Castilla no debe entorpecer la insurrección.

Se miraron unos a otros. Don Nicasio preguntó:

-¿Qué insurrección?

-La independencia americana –contestó Juan de Dios- que debe empezar ya.

Don Nicasio se molestó. Dijo que el asunto le parecía una tontería y que él no estaba de acuerdo con separarse de España. Le recriminó al marqués que apoyara esas ideas libertinas que solo traerían desgracias.

-¡Y sería usted el primero en perder su título! –añadió. -Ya no sería más marqués de Selva de Alegre, sino Juan Pío Montúfar a secas.

El marqués respondió que no le importaba, que Juan Pío Montúfar era su nombre y estaba orgulloso de él. Y que por último, era verdad que perdería el título, pero a cambio ganaría cosas mejores.

-¿Qué cosas? –arremetió don Nicasio.

El marqués se puso de pie y atravesó lentamente la sala, pensativo. De pronto se detuvo frente a don Nicasio y habló:

-Es más de un tercio lo que pago por tributos. Si a esto sumamos otros impuestos, diezmos, gastos de hacienda y comercio, lo que queda es muy poco. Las haciendas pueden subsistir pero son mal negocio.

Manuel Rodríguez tomó la palabra y con las sobradas dotes de orador que tenía improvisó un emotivo discurso sobre la realidad del hombre americano. Un hombre que nacía aparentemente libre, pero que era esclavo. Volvió a repetir lo mismo:

-Los americanos no tenemos futuro. No lo tuvieron nuestros padres, no lo tenemos nosotros, y no lo tendrán nuestros hijos.

Dijo que no quería que sus hijos sufrieran la castración y la impotencia, que su mayor anhelo era que fueran libres en igualdad y derechos, y que si estaba en sus manos cambiar las cosas, pues él lo haría aunque se le fuera la vida en ello.

Las palabras de Manuel despertaron la queja generalizada. Don Nicolás de la Peña se refirió a la expulsión de los jesuitas de América que había marcado el comienzo de la terrible decadencia

quiteña. Con nostalgia recordaron los tiempos en los que Quito había sido considerada la ciudad más ilustrada del continente para en menos de cincuenta años convertirse en la más miserable de las colonias. La atroz decadencia abarcaba todos los campos, desde la producción de manufacturas hasta la simple educación de los naturales. A ninguno de los regentes españoles le había interesado el progreso de Quito, por eso mientras en otras audiencias se contaba con estupendas vías de comunicación que crecían cada año, en Quito a duras penas se podía conseguir una carreta. No faltaba el ingenio de la gente sino la provisión de materiales. Un clavo de hierro se había vuelto un artículo de lujo y un tornillo era pieza inútil ya que los destornilladores estaban contados.

Manuela también habló. Recordó las frustraciones de su marido y la terrible impotencia de su hermano al que vio morir víctima del odio de sus enemigos.

-Ustedes saben lo que me ha tocado vivir, -dijo- y por eso mismo apoyo no solo la insurrección sino una revolución total en la que se cambien las leyes y los sistemas.

Todos aplaudieron la intervención de Manuela con excepción de don Nicasio. Se sentía incómodo así que se retiró a descansar. Al día siguiente alegó que tenía varios asuntos pendientes por resolver y que debía regresar urgentemente a Quito. Se despidió haciendo una venia y subió a la carreta. Su sobrina Catalina se excusó por él. Dijo que le disculparan porque debido a su edad a veces tenía arranques.

-Es un poco difícil que entienda algunas cosas. Mi tío pertenece al siglo pasado, en cuanto a mí... -tomo aire y exclamó convencida- siempre he sido rebelde...

Juan de Dios Morales se quedó preocupado por la reacción de don Nicasio. Quizá había hablado demasiado y eso podría traerle problemas, pero Rosa disipó su duda:

-Ya oyeron a Catalina. Y por don Nicasio no deben preocuparse porque hace cuanto Catalina decide.



El asunto era el siguiente: una revolución no la hacían cuatro pelagatos. Para que una revolución tuviera éxito se necesitaba el respaldo popular. ¿Cuántos quiteños había que apoyaran la independencia?... ¿Qué opinaban la nobleza, los criollos, los mestizos y hasta los indios? Porque, dado el caso de que Quito se declarara libre y hubiera reprimenda, entonces ¿quiénes iban a dar la cara... y el cuerpo? ¿Quiénes eran los que iban a defender a Quito con sus vidas?... ¿Los indios?

Estos fueron algunos de los temas que se trataron durante la tarde del sábado. Se propuso que los asistentes levantaran un registro para saber a ciencia cierta con quién se contaba. El marqués se ofreció a consultar entre la nobleza, de la que aseguraba el respaldo de la tercera parte.

Manuel Rodríguez dio fe de que entre los jóvenes también había cierto fervor, y que incluso había algunos grupos organizados que habían sido reprimidos.

-Reprimidos, no, -aseveró Juan de Salinas- porque nunca se ha dado con ellos. Si se refiere a los autores de los letreros en las calles de Quito, nunca se encontró a los culpables.

Iba Manuela a contar el incidente con los estudiantes que habían consultado su biblioteca, cuando se abrió la puerta violentamente. Entró Rosa, asustada, y pidió disculpas. Dijo que había ocurrido un inconveniente. Jeremías Anángono que venía detrás de ella, se dirigió a Manuela.

-Lamento mucho la noticia que vengo a dar, señora...

Enmudecieron todos. Manuela se puso de pie y Jeremías habló. Contó que estando en Quito, al pasar por la casa de Manuela Espejo, descubrió la puerta abierta y un guardia real junto a ella. Afuera había una carreta repleta de libros que un par de indios iban llenando con otros que sacaban de la casa.

Ese mismo momento el marqués ordenó a Jeremías Anangonó que dispusiera una carreta para que llevara a Manuela a Quito. Manuel Rodríguez se ofreció a acompañarla pero ella se rehusó. Le dijo que su presencia en ese momento y en ese lugar era de suma importancia, y que la insurrección de Quito y de América no podía detenerse. Se despidió de todos. Abrazó larga y fuertemente a Juan de Dios y le auguró que pronto se resolverían sus problemas y regresaría a Quito.

A las tres de la mañana terminaron de conspirar. Habían fijado la fecha de la insurrección para agosto, pero la pospusieron por la llegada del conde Ruiz de Castilla, nuevo Presidente de la Audiencia.

Rosa acomodó a Juan de Dios en la habitación que había estado ocupando Manuela. Cuando se iba a acostar descubrió un libro bajo la almohada. Se trataba de *La Araucana*, el libro que José Mejía Lequerica le había mandado y que Manuela había olvidado. Inmediatamente se le fue el sueño y a la luz de la vela se puso a leer. Recién a las seis de la mañana terminó la lectura. Pensó que era un hermoso canto a la libertad, a la dignidad y a la vida, y que estaba cargado de patriotismo. Le pareció además que el teatro era una forma efectiva de llegar al público con un mensaje y captar adeptos para la insurgencia.



A Manuela le dio miedo entrar sola, así que Jeremías Anangonó se ofreció a acompañarla. La puerta de la casa estaba abierta y la cerradura rota. Entró el negro primero y se cercioró de que la casa estaba vacía. Luego ingresó ella. Le temblaban las piernas por lo que tomó asiento en una silla y observó. Todo estaba revuelto y con saña. Unas figurillas de porcelana que su padre había comprado en la Baja California y que le había regalado el día que cumplió quince años, estaban rotas en el suelo. Jeremías entró al salón.

-Han vaciado la biblioteca –dijo- ¿para qué querrán tanto libro?

Con la fuerza que no tenía, Manuela se puso de pie y se dirigió a la biblioteca. De los casi dos mil volúmenes que tenía, habían dejado menos de la mitad.

Se desesperó. Gritó que era inconcebible y que solo había un culpable: el doctor Joaquín de la Peña. Se puso el mantón y dijo que iba a verlo ese mismo instante, pero Jeremías le recordó que era tarde y que todo estaba cerrado. Le aconsejó que era mejor pensar con la cabeza fría y que consultara el problema con sus amistades. Así lo hizo. Despidió a Jeremías no sin antes llenarle de agradecimientos, y cuando estaba saliendo de la casa de pronto se acordó de algo que la hizo volver a entrar. Fue directamente hacia el secreter y lo abrió buscando los papeles de su hermano. Estaba vacío. Sintió que le faltaba el aire y se desmayaba, pero se sobrepuso. Respiró profundamente un par de veces y se dirigió rápidamente a la casa de su amiga María Mercedes Tinajero.

Precisamente esa tarde, María Mercedes y su cuñada, Rosa Checa, se hallaban conversando sobre *Zoraida*. Rosa había conseguido una donación importante de las damas de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias, consistente en ocho vestidos viejos de seda de la China que una costurera hábil podía reutilizar perfectamente, y una docena de cortinas de paño de esta tierra, en perfecto estado, salvo dos que estaban agujereadas por las polillas.

Manuela entró al salón y se abrazaron fuertemente.

Les contó lo que había pasado y pidió consejo para no obrar con vehemencia. Las cuñadas se miraron y contestaron a dúo:

-¡El marqués de Solanda!

No mandaron a un criado para saber si podía recibirlas sino que fueron las tres, personalmente. Como Rosa Checa era la mejor amiga de la marquesa de Solanda, las recibieron inmediatamente.

El marqués enfureció cuando oyó la historia de Manuela. Dijo que al doctor de la Peña se le habían subido los humos y que se había tomado atribuciones que no le competían. Prometió que el lunes a primera hora iría a hablar con él para aclarar el asunto.

La marquesa que no había dicho una sola palabra, tosió un par de veces. El marqués regresó a verla porque ya le conocía sus mañas y entonces le inquirió con la mirada. Teresa puso su mano sobre la mano de Manuela y se la apretó.

-¿Qué había entre las cosas que se llevaron? –preguntó.

Manuela iba a responder pero le ganó el llanto.

María Mercedes y Rosa fueron a ella y la consolaron.

Se limpió las lágrimas y respondió:

-Los papeles de mi hermano... Si llegan a leer esos papeles es más que seguro que quieran ejecutarme...

La marquesa se puso de pie y caminó por el salón. Dijo que no era un asunto fácil. Los que se habían llevado la biblioteca sabían exactamente lo que buscaban. Si se tomaron la molestia de abrir el secreter y tomar los papeles del sabio Espejo, era porque precisamente era eso lo que querían. Le pareció que había saña en el asunto y que el asalto no había sido fortuito sino bien premeditado. Preguntó a Manuela si tenía enemigos.

Se acomodó en la silla y lo pensó. Hacía muchos años su hermano Eugenio había tenido un serio problema con un grupo de gentes que juraron vengarse del sabio por unas supuestas calumnias. El asunto era el siguiente: una acaudalada dama riobambeña, conocida como María Chiriboga y Villavicencio, tenía amoríos adulterinos con un tal Barreto. El sabio Espejo caricaturizó la situación en unos escritos intitulados *Cartas riobambenses*, lo cual motivó la ira de la señora Chiriboga y de todos los aludidos en los textos. Cuando el sabio se enteró de que la señora Chiriboga había comenzado un

juicio en su contra, no le dio ninguna importancia y hasta fue motivo de risa, sin embargo fue este pleito el que le valió al sabio la prisión y la muerte.

No contenta con ello, la señora Chiriboga decidió ensuciar la memoria del sabio para que las futuras generaciones lo recordasen tergiversado. Como no pudo atentar contra su erudición y sapiencia, se metió con su linaje. Consiguió el testimonio de cerca de cincuenta personas que lo habían conocido en Riobamba y Quito, y podían dar fe de que Eugenio de Santa Cruz y Espejo descendía de un indio y una mulata. Entre estos alegatos, uno del padre José del Rosario, betlemita del antiguo hospital de la Misericordia, de más de noventa años y completamente ciego, que testificó que el padre de Eugenio era un indio de Cajamarca que él había traído a Quito hacía muchos años. Se llamaba Luis Benítez, pero le decían *Chuzig*, que significaba lechuga, y que no tenía la menor idea de dónde habría salido el Santa Cruz y Espejo. Atestiguó también que la madre de los Espejo era una mulata.

-Sería una mujer estúpida si me avergonzara de mis ancestros, -agregó Manuela- pero debo decir que el padre Rosario mintió, y mintieron las cincuenta personas emparentadas con María Chiriboga que alegaron contra mi hermano.

Dijo que no le importaba descender de indio o negro porque la calidad de las personas se medía por otras cosas. Aclaró que no era cierto que su padre fuera indio, sino mestizo, con bastante sangre española, y que por eso mismo se dedicaba a varias profesiones. Que gracias a ello fue que pudo amasar la suficiente fortuna para dotar a sus hijos de la mejor educación, que fue pagada y no gratuita, y que por eso mismo los amigos cercanos de sus hermanos habían sido condes y marqueses.

Su madre tampoco era una botada. Doña Catalina Aldás y Larraincar, descendiente de vascos por ambos lados, había recibido una considerable herencia que consistía en varias cuerdas y tejares ubicados cerca de la recoleta de los padres mercedarios. Fue con esos dineros que se pagó la vocación de médico de Eugenio, los estudios de Juan Pablo y se compraron muchos de los libros de la enorme biblioteca que tenía el precio de varias haciendas, pero que era económicamente improductiva.

Tomó un respiro y sonrió:

-Los libros son un pésimo negocio.

Todos soltaron una carcajada y se relajaron. La marquesa de Solanda acotó que conocía muy bien a la riobambeña María Chiriboga y Villavicencio y que por esas cosas de la vida resultaba ser una prima lejana.

-En todas las familias hay ovejas negras, -musitó. -Vive aquí, en Quito. Vino con su familia hace varios años, porque no se pudo reponer de las pérdidas del terremoto de Riobamba. La he visto un par de veces en el Carmen Bajo. Como voy a menudo por ahí...

Añadió que conversaría con las carmelitas para averiguar si María Chiriboga estaba detrás del asunto. Prometió investigar esa misma tarde. Cuando ya se iban, se acercó a Manuela y le ofreció su hacienda de Pomasqui para pasar unos días.

-No quiero asustarla, -dijo- pero es mejor prevenir. Contra la fuerza bruta el mejor remedio es buscar un refugio seguro.

Manuela agradeció y añadió que lo tendría en cuenta.

Ni bien se habían ido, la marquesa salió de su casa, pero no se dirigió al monasterio del Carmen, sino a la casa de su amiga María Calisto, quien era realista hasta la médula y sabía todo lo que pasaba en la administración del gobierno.

La encontró en el patio. Estaba dando instrucciones a seis criadas cuando Teresa llegó. Aguardó hasta que terminara de organizar todo y entonces le dijo:

-Tengo que conversar contigo privadamente de un asunto muy serio.

Se dirigieron al salón y entonces Teresa le contó lo que había ocurrido. Le preguntó directamente si la señora María Chiriboga y Villavicencio tenía algo que ver en el asunto, pero María Calisto no sabía nada. Le prometió investigar y se despidieron.

Al día siguiente, durante el almuerzo, un criado de los Calisto visitó la casa del Marqués de Solanda para entregar una nota dirigida a doña Teresa Larrea que decía: *Ya lo sé todo*.

Teresa no pudo terminar de almorzar. Se excusó frente a su marido y le dijo que el asunto era urgente. Salió a la carrera hacia la casa de María Calisto. En el comedor ya le tenían un puesto servido. Como la familia había partido esa mañana hacia la hacienda, solo estaban las dos en la casa y, por supuesto, algunas criadas. María Calisto ordenó servir todo al mismo tiempo y luego cerró la puerta del comedor. Se dirigió a la mesa y sirvió ella misma la comida.

-Sé de buena fuente, -comenzó- que María Chiriboga y Villavicencio pagó una considerable suma al doctor Joaquin de la Peña, para que recaude los libros y papeles escritos que pertenecieron a Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

-¿Con qué fin? -preguntó Teresa.

-Dice que su misión es reunir toda la obra de Espejo para quemarla y que así no quede memoria de él.

-Pero el doctor Peña no puede actuar así... Se está tomando atribuciones que no le competen...

María Calisto respiró profundo y le miró fijamente.

-Es que hay algo que no te he dicho, -añadió.

Le contó que María Chiriboga y Villavicencio había presentado una solicitud a la Compañía de Temporalidades, pidiendo que se recaudaran los libros que habían pertenecido a los jesuitas antes del exilio, y que ahora estaban en manos particulares.

Teresa no entendió bien, entonces ella se lo aclaró.

-Esta María Chiriboga ha presentado varios testimonios en los que se alega que la biblioteca de Eugenio Espejo se hizo con los libros de los jesuitas, ya que él fue su administrador cuando ellos fueron expulsados.

Cuando Teresa se lo contó a Manuela, la noticia no le cayó nada bien. Ella sabía exactamente de dónde provenía cada uno de los libros de su hermano y su marido. Comentó que la señora Chiriboga estaba desquiciada y que su locura era muy peligrosa porque detrás de ella había una fortuna enorme lista para auspiciar cualquier capricho.

Consideró por primera vez las invitaciones de sus amigas para pasar unos días fuera de Quito. El momento que estaba empacando tocaron a la puerta. Era su hermano Juan Pablo, a quien no veía hacía mucho tiempo.



No se refugiaron en la hacienda de la marquesa de Solanda sino que se dirigieron a Píntag, a la casa del párroco José Riofrío, donde Juan Pablo había permanecido hospedado el último año.

Se había enterado de lo ocurrido por el mismo marqués de Selva Alegre, a cuya casa acudió a las pocas horas que Manuela había partido. Le acompañaba el cura Riofrío siempre con el ceño fruncido y el rictus hacía abajo, pero que a pesar de su mal carácter era el mejor amigo de Juan Pablo. Él mismo admitía que el genio del cura era insoportable y que solo lo toleraba porque era un hombre muy instruido, inteligente y sobre todo de una inmensa calidad humana.

Fue Juan de Larrea el que los trajo a Quito y quien les prestó la carreta para regresar a Píntag. Se fueron tan rápido como llegaron. Apenas salieron de Quito, Juan Pablo le preguntó a Manuela:

-¿Quién nos persigue ahora?

Manuela suspiró profundamente como si estuviera tomando fuerzas para desempolvar antiguos y desagradables recuerdos, y respondió:

-*La madamita Monteverde.*

Se produjo un aterrador silencio que se rompió a los pocos segundos con la carcajada de los hermanos. Como el cura Riofrío quería enterarse de lo que ocurría, se lo contaron.

-*La madamita Monteverde,* -comenzó Juan Pablo- es el nombre que usó mi hermano para referirse a María Chiriboga y Villavicencio en las *Cartas riobambenses.*

Entre los dos hermanos reconstruyeron la historia de Ignacio Barreto, un hombre joven, guapo, robusto e impetuoso, con la personalidad suficiente para conquistar a cualquier mujer que se le pusiera delante. Desempeñó en Riobamba el cargo de cobrador de tributos reales pero desde que puso un pie en la Plaza Mayor comenzaron los problemas.

Galante, seductor, poseedor de la más descarada de las picardías, no respetaba edad ni condición. Hábil cazador de fortunas no le interesaba poseerlas enteras sino más bien disfrutar de sus favores. Por eso su especialidad eran las mujeres ricas y casadas, pero también bellas. Su primera víctima fue doña Micaela Cossío y Mancheno, sobrina nieta del sabio Pedro Vicente Maldonado. Veintitrés años de edad y tres de matrimonio. Heredera de varias haciendas y muy hermosa, se había casado con un desabrido con el que nunca pudo engendrar un hijo. Se quedó prendada de Barreto apenas lo vio y cayó rendida de amor cuando él le dirigió la palabra. A escondidas del marido se encontraron la primera vez en su hacienda de Licto, y luego en las demás haciendas, hasta que alguien fue con el chisme al marido y a los hermanos de Micaela. El marido ya lo presentía, pero no así ellos que montaron en cólera. Adujeron que se estaba emporcando sus nobilísimos apellidos y pisoteando la memoria de sus ilustres antepasados. Los Cossío Mancheno que estaban emparentados con el marqués de Lises y el conde de Real Agrado, por un lado, y con varios caballeros de Santiago, por el otro, no iban a permitir tan ignominioso escándalo.

Secuestraron a la hermana y la encerraron en el convento de las conceptas, con la recomendación expresa a las monjas de que reprendieran su conducta disoluta.

Angustiado Barreto porque no la encontraba por ninguna parte, sobornó a un criado de los Cossío para saber su paradero y cuando supo que estaba prisionera en el convento, organizó su raptó. Se vistió de arriero y llevó una vaca hasta las puertas del claustro. Dijo que era un donativo de los Cossío para que las monjas tomaran leche diariamente y cuando la portera le abrió la puerta, se metió violentamente, sacó un cuchillo y la amenazó. Aterrorizada lo condujo a la sala de Profundis donde Micaela Cossío estaba recibiendo una visita. Se trataba de su sobrina María Chiriboga y Villavicencio. Cuando Barreto la vio se quedó pasmado: ambas tenían la misma edad, eran ricas y estaban casadas con hombres aburridos. Ambas eran muy parecidas, solo que la sobrina tenía la fama de ser la mujer más hermosa de Riobamba.

No hubo raptó. Barreto vio a María Chiriboga y se olvidó inmediatamente de Micaela Cossío. Estuvo observándola largo rato, luego soltó a la portera y salió por donde había venido. Aguardó en las cercanías del monasterio y cuando María Chiriboga apareció, fue tras ella. La abordó en una esquina y se presentó de la manera más galante. Ella sabía que él era el amante de su tía pero no pudo resistirse a sus encantos y cedió de la forma más ligera. Se enamoraron tanto el uno del otro que perdieron el pudor y el recato. Ella se olvidó de que estaba casada con don Ciro de Vida Torres, hijo de don Francisco de Vida Roldán, gran benefactor de la ciudad y a quien se recordaba por haber contribuido generosamente para la confección de la Custodia de Riobamba, con dineros propios y joyas que obligó a donar a su mujer. No tuvieron ninguna consideración en mostrarse públicamente en todos los sitios en los que Barreto cobraba los tributos, y así fue que más pronto que tarde llegó la noticia a oídos de Micaela Cossío. Le dolió tanto la doble traición de su amante y de su sobrina que decidió quitarse la vida. Se arrojó del techo del convento y se rompió un montón de huesos, pero siguió con vida. Las criadas indígenas de las monjas se hicieron cargo de ella. Le doparon con agua de floripondio y cuando se durmió le reconstruyeron el cuerpo nuevamente. Le untaron pomadas de hierbas y tierras, y le envolvieron con largas tiras de tela de la misma manera que se forraba a una momia. Durante seis meses permaneció en ese estado, sin dejar un solo día de tomar el agüita de floripondio que anesthesiaba todo el cuerpo.

Cuando le quitaron las vendas estaba sana y buena. Podía mover todos los miembros y caminar sin problema. Sin embargo ya no quiso salir nunca más del convento

Nada hubiera ocurrido y las cosas habrían seguido sucediendo bajo la más consuetudinaria hipocresía, de no haber sido porque el cobrador Barreto exigió el pago de unos impuestos que los curas de Riobamba habían dejado de desembolsar hacía un buen tiempo. Los curas alegaron su parte, y como los ánimos de Barreto subieron de tono, pues no les quedó más remedio que contratar un abogado. Buscaron el mejor y más barato, y fue así como dieron con el doctor Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

Meticuloso y ordenado como era, el sabio organizó todos los argumentos de su defensa. Si por un lado pretendía probar que los curas de Riobamba eran inocentes, por otro debía denigrar la honestidad del acusador, para que la acusación careciera de prestigio.

En el juicio entre Barreto y los curas de Riobamba salieron a luz las relaciones adúlteras que había mantenido el acusador con Micaela Cossío y María Chiriboga, lo que fue la comidilla de la ciudad y extramuros por largo tiempo. Don Ciro de Vida era objeto de burla por donde pasaba. Nadie se atrevía a contarle las infidelidades de su mujer, porque el hombre lucía tan abatido que parecía que no podía

soportar una mala noticia. Sin embargo, ese abatimiento era precisamente porque él lo sabía todo. La gota que colmó el vaso fue cuando salió a la luz un libelo que rodó por toda Riobamba. Se trataba de nueve cartas llamadas *Cartas riobambenses*, en las que con estilo cómico una mujer contaba sus experiencias extra matrimoniales. Esta mujer se llamaba *La Madamita Monteverde*, que no era otra cosa que el sobrenombre de María Chiriboga y Villavicencio. Su autor no constaba en ningún lado, pero a leguas se sabía que era Espejo.

Los amigos cercanos de Ciro de Vida lo enfrentaron de una vez por todas y pusieron las cartas sobre la mesa. Le dijeron que no se podía permitir más esa situación y que debía anular su matrimonio, así que Ciro de Vida les hizo caso y le puso juicio a su mujer para obtener el divorcio.

Doña María Chiriboga, sumida en el más vergonzoso escándalo, se ensañó contra Espejo. Confabuló con sus amigos y entre todos decidieron que si doña María iba a poner juicio a Espejo, debía usar la misma estrategia que él había usado, es decir, denigrarlo.

-¡Y fue así como nos hizo indios! -exclamó Juan Pablo en son de chiste, lo que desató la risa de Manuela. Al cura Riofrío no le hizo ninguna gracia. Permanecía serio, adusto, pensando en algo.

-Esa es una de las primeras cosas que tiene que acabar, -dijo por fin- la idea absurda de que hay seres humanos inferiores y superiores, solo por su origen o el color de la piel.

Añadió que se habían cometido injusticias horrendas por causa de esas diferenciaciones.

-Conozco a tantos españoles que tienen el cerebro atrofiado, ¿y por qué son superiores? ¿Por ser blancos?

Juan Pablo opinó que la independencia no era solo para romper el yugo con España, sino para que hubiera un cambio de ideas, leyes y costumbres.

-Algo tan simple, -agregó Manuela- como aplicar los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

-Sí, -dijo el cura- pero en todos. También en los indios.

Les parecía absolutamente injusto y contra natura que se denigrara a una persona por el solo hecho de tener un antecesor indio o mulato. Como si esa no fuera la población mayoritaria de Quito y de América.

No era simplemente un asunto de leyes. Detrás de esto había un tinglado interpretado durante siglos por los mismos personajes que se repetían de generación en generación. A los quiteños les emocionaba la idea de la independencia desde la primera insurrección, la de *Las alcabalas*, allá por 1597. Soñaban con ser libres, dueños y señores de su propia tierra, pero también vivían subyugados por los perfumes de la corte española y los linajes que se habían establecido en la Audiencia. Los quiteños no eran seres humanos sino nombres en un gigantesco árbol genealógico en el que todos eran parientes, excepto los miles de hijos expósitos, naturales o ilegítimos que resultaban mayoría.

A pesar de la lucidez del cura Riofrío se notaba que había resentimiento. Seguramente debido a un pasado oscuro del que nunca hacía mención. Terminó de hablar refiriéndose a Eugenio Espejo, a quien le habían arrebatado sus méritos por provenir supuestamente de una mala raza.

-Mala raza la de los reyes de España, -exclamó el cura exaltado- ahí está Carlos IV, *el idiota*, y la *putinga* María Luisa.

Soltaron una carcajada. Luego recordaron la Escuela de la Concordia con nostalgia. Una simple escuela que pretendía llenar en algo el vacío que habían dejado los jesuitas. Se intercambiaban e impartían conocimientos agrarios, fabriles y artísticos, con el único fin de ser más civilizados.

Todo marchaba muy bien hasta que se corrió la voz de que la Escuela de la Concordia era una escuela de conspiradores.

Comenzaron las persecuciones, los interrogatorios, y la cárcel.

Guardaron silencio porque el ambiente se había vuelto triste.

Por alguna razón volvieron al tema de María Chiriboga. Juan Pablo contó que la susodicha había jurado ante varios testigos que no descansaría hasta ver arruinada la vida de Eugenio Espejo y su memoria, y ahora, casi diez años más tarde, se ensañaba contra la biblioteca, lo único que quedaba del filósofo de la insurrección quiteña.

Comentó además que doña María Chiriboga no era la única enemiga del sabio Espejo. También estaban un Vallejo, un Darquea y un León, amigos de Barreto y la susodicha, que operaban en grupo, respaldados por el resentimiento común hacia Espejo.

-Él tampoco era ningún santo, -añadió el cura Riofrío con la franqueza de siempre- no podrán negar que su hermano tenía un temperamento fuerte.

Asintieron. Guardaron silencio durante un rato porque cada uno recordó al sabio a su manera. Manuela volvió a suspirar y exclamó:

-La angustia de la impotencia. La conozco demasiado bien. Me ha tocado vivirla dos veces.

Dijo que la sensación de *ser algo y no ser nada* le parecía terrible. Que lo había experimentado primero en su hermano Eugenio y después en su marido José Mejía. Ambos geniales. Demasiado grandes para una ciudad que nació para ser gloriosa pero que a raíz de la expulsión de los jesuitas se había sumido en la más atroz decadencia. Terminó diciendo que Dios había castigado a su hermano y a su marido haciéndolos nacer en Quito.

El cura Riofrío soltó una risita sarcástica y se acomodó en el asiento.

-La vida no es tan simple, mi estimada Manuela, -acotó- más bien yo creo que tanto su hermano como su marido debían nacer y vivir en Quito para cumplir una misión.

-¿Qué misión? -preguntaron los hermanos.

-Su hermano ya está muerto, pero su pensamiento sigue vigente, no tengo que decírselo. Han pasado más de diez años de su muerte y aún hay gentes que le temen, y otras que le tienen gran estima.

Afirmó que los efímeros movimientos insurgentes que existían en la Audiencia de Quito tenían detrás un pensador que se llamaba Eugenio Espejo, y que aunque estuviera muerto, sus ideas habían sobrevivido.

En cuanto a José Mejía Lequerica dijo que su misión no había concluido todavía, y que por algo sería que Dios lo había mandado a España.

-Todos, -terminó diciendo- tenemos una misión en la vida. De eso pueden estar seguros.

-Y nuestra misión ¿cuál es? -preguntó Manuela.

El cura Riofrío se tomó su tiempo para responder. De una alforja con sus pertenencias personales sacó una botella con aguardiente. La destapó y le ofreció a Manuela.

Bebieron todos. El trago era tan fuerte que calentaba inmediatamente el cuerpo.

-Eugenio Espejo puso la leña y prendió el fuego, -dijo el cura- así que nuestra misión es avivar la fogata.



Camino a Píntag pasaron por la hacienda de Chillo del marqués de Selva Alegre. Llegaron el preciso momento que el marqués se disponía a partir. Iba a Quito, dispuesto a arreglar varios asuntos pero cuando los vio demoró la salida. Les rogó que se quedaran en su hacienda hasta que él regresara. Les aseguró que solo demoraría un par de días ya que las diligencias en Quito eran múltiples, pero que debían sentirse como en casa propia. Los dejó bajo la responsabilidad de su hija Rosa y se despidió.

Juan de Dios Morales se alegró de verlos.

-Por algo será que debemos reunirnos, -dijo.

Caminaron por el jardín. Manuela contó lo que había sucedido con la biblioteca y Juan de Dios montó en cólera. Manifestó furibundo que vivían en el más atroz despotismo y que cualquier miserable español se creía con autoridad para hacer lo que le venía en gana. Coincidieron en que los tiempos de la independencia americana habían llegado y que ellos habían sido escogidos para protagonizar la insurrección. El cura Riofrío era el más entusiasta. De fácil verbo y de una suspicacia única, se manifestaba abiertamente como un radical promotor de la independencia americana. Argumentaba que casi tres siglos de explotación a las colonias habían sido más que suficientes y que los españoles habían usufructuado lo inimaginable. El oro americano, y sobre todo el oro quiteño, el que se llevaron del tesoro de Atahualpa y de las innumerables minas que se explotaron durante los primeros años de colonia, había enriquecido abundantemente las miserables arcas españolas. Qué hicieron más tarde con el dinero ya era otro asunto.

Pedro, el hermano del marqués, visitó la hacienda después del almuerzo. Acababa de llegar de un largo viaje desde Loja. Se había quedado una semana en Cuenca en donde fue testigo del alboroto que ocasionó la difusión de varios pasquines con ideas sediciosas contra España. Las autoridades estaban enardecidas y habían comenzado una verdadera cacería en la que cayeron varios sospechosos, pero los tuvieron que soltar luego de un tiempo porque un día, los verdaderos autores de los pasquines, empapelaron la ciudad con letreros alusivos a las autoridades. Se implantó el toque de queda y la más severa vigilancia. El hermano del marqués se entrevistó con varios miembros de la nobleza cuencana y gente de dineros y llegaron a una sola conclusión: Cuenca también estaba harta, aunque había un reducido sector, igual que en Quito, que era radicalmente realista.

Durante la cena, Juan de Dios le confesó a Manuela el hallazgo de un librito bajo la almohada de la cama que estaba ocupando. Le dijo que no había resistido la tentación y que esa misma noche lo había leído. Se trataba de una joya. Los demás quisieron conocerla, así que el resto de la noche no hicieron otra cosa que leer *La Araucana* y comentarla. Llegaron a una sola conclusión: qué pocos

libros había sobre Quito, y no era porque no hubiera quien escribiera, sino porque los españoles se encargaban de destruirlos. Ahí estaba de muestra la Historia del cacique Jacinto Collahuaso que fue decomisada e incinerada por algún comisario de la Inquisición, y en cuyas cenizas se perdió el secreto más íntimo de la identidad quiteña.



Se encontraron afuera del Palacio de Gobierno. El marqués de Selva Alegre lo estaba esperando desde temprano. Saludaron como viejos amigos y el regidor Fuentes Bustillos lo invitó a pasar a Palacio.

Entraron a su despacho pero antes de tomar asiento el marqués fue hacia la puerta y la cerró.

-Disculpe, usted, -le dijo- pero el asunto que tengo que hablar es de suma importancia.

El regente cambió la expresión de amable a preocupado y espero en silencio a que el marqués hablara.

-Tengo noticias de muy buena fuente, -siguió el marqués- de que ya se ha nombrado Presidente de esta Audiencia.

-¿Quién es? -preguntó el regente.

-Don Manuel Urries, conde de Ruiz de Castilla.

El regidor afirmó no conocerlo a lo que el marqués añadió que tenía muy buenas referencias de él. También le dijo que tenía noticias de España y que las cosas no estaban muy bien por ahí. Que al parecer, había nuevo rey.

-¿Nuevo rey?... ¿Quién?

-Fernando VII, príncipe de Asturias, hijo de don Carlos IV.

El regidor no tenía la menor idea de aquello, así que se quedó perplejo. Por un lado, sus ideales de ser Presidente de la Audiencia se habían disuelto al saber que ya se había nombrado nuevo Presidente, y por otro se tranquilizaba, porque, aunque no lo admitía, el cargo le quedaba grande.

Para no quedarse callado alegó que él no podía hacer nada al respecto hasta que no llegara una comunicación oficial, a lo que el marqués, mirándolo extrañado, le aclaró que no le estaba pidiendo que hiciera algo, sino que simplemente se lo comunicaba.

-Es importante que lo sepa, -añadió- por lo que consideré que era mi deber decírselo. Así cuando le llegue el documento oficial, usted estará ya prevenido.

El regidor admitió que el marqués tenía razón y que se trataba de un buen amigo, aunque en alguna parte se escondía un resquicio de resentimiento, porque siempre eran los americanos los que se enteraban primero de las cosas que sucedían en España. Cuando se estaban despidiendo, el marqués le pidió que le concediera un favor especial que tenía que ver directamente con el doctor Juan de Dios

Morales, perseguido del regidor. Quería que se le otorgase el indulto, y que cualquier error que el doctor Morales hubiera cometido, se le perdonase. Quizá era mucho pedir, pero considerando que el nuevo Presidente de la Audiencia llegaría en poco, y tomando en cuenta que había nuevo rey y por lo tanto se darían indultos...

Algo en la petición del marqués tocó el corazón del regente, porque como si fuera un juez profundamente misericordioso, perdonó a Morales. Le aseguró al marqués que no habría represalias y que Morales podía retornar a Quito cuando él quisiese.

Antes de salir, el marqués le recomendó que se preparase para recibir al nuevo Presidente y causar una buena impresión. El regidor volvió a agradecer y apenas el marqués salió del Palacio él corrió donde los asesores para contarles la noticia.

La segunda diligencia del marqués de Selva Alegre fue visitar al doctor Joaquín de la Peña en la Compañía de Temporalidades. Le llamó la atención que no era el único que quería hablar con él, sino también el marqués de Solanda que aguardaba en el corredor. Saludaron afectuosamente y en menos de un minuto se dieron cuenta de que estaban ahí por la misma razón: abogar por la biblioteca de Manuela Espejo. Cuando hicieron pasar al marqués de Solanda, que había llegado primero, decidieron entrar juntos. El doctor de la Peña se puso inmediatamente de pie y fue a recibirlos. Estaba nervioso y le sudaban las manos. Les invitó a sentarse y les preguntó a qué se debía el honor de su visita. Los marqueses fueron al grano. Primero habló el marqués de Solanda y dijo que había llegado a sus oídos que se había violado la propiedad privada y que eso era inadmisibles y que la Compañía de Temporalidades, bajo su dirección, se estaba tomando atributos que no le competían. Luego habló el marqués de Selva Alegre y recalcó que no era de justos ni caballeros andar persiguiendo a una mujer sola, por el simple hecho de ser la hermana del más grande pensador que había tenido Quito y que ya estaba muerto hacía más de una década.

El doctor de la Peña esperó a que terminaran de hablar y entonces mostró la petición legal en la que se aseguraba que los libros de la biblioteca de Eugenio Espejo habían sido sustraídos de la antigua biblioteca de los jesuitas.

El marqués de Solanda, que ya sabía del asunto, adujo que era muy fácil comprobarlo ya que los libros de la biblioteca de los jesuitas tenían sello.

-En eso estamos, -agregó el doctor de la Peña.

El marqués de Selva Alegre volvió a insistir sobre la integridad de Manuela y pidió que se dejara de perseguirla. El doctor trató de alegar algo pero el marqués no le dejó hablar. Le dijo que los tiempos estaban cambiando y que el nuevo Presidente de la Audiencia no tardaría en llegar. Habló con tanta familiaridad del conde Ruiz de Castilla que el doctor Peña pensó que eran grandes amigos, así que consideró que lo mejor era devolver los libros y olvidarse del asunto. Prometió que no volvería a interferir en la vida de doña Manuela Espejo y que esperaba de los marqueses que lo recomendaran al nuevo Presidente en los mejores términos, ya que él siempre cumplía su deber, pero eso sí, sin jamás alterar la paz.



La puesta en escena de *Zoraida* era impostergable pese a que tuvo algunos problemas desde el comienzo. Cuando Manuel Rodríguez hizo correr la voz de que estaba buscando una señorita aficionada al teatro que quisiera interpretar el personaje de Zoraida, no sabía que aquello iba a ocasionar el resentimiento de las dos mujeres que estaban más cerca de él: Manuela Cañizares y Rosa Checa. Manuela porque había prestado seiscientos pesos para los decorados del teatro y Rosa porque obtuvo varias donaciones de las damas de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias. Ambas, desde que el proyecto se había iniciado, tenían en mente una sola idea que se había vuelto obsesión: interpretar a Zoraida. No conocían nada de teatro ni jamás se habían posado sobre un escenario, pero sabían que podían y eso bastaba. Coincidieron en el reclamo una tarde que Manuel protestaba porque el tiempo se le venía encima y aún no había nada. Cada una a su manera, manifestaron su resentimiento. Don Manuel las miró asombrado porque no sospechaba del asunto y luego soltó una carcajada.

-¡Por Dios! -dijo- ¿no han leído *Zoraida*?

Ambas juraron que se la sabían de memoria. Entonces él respondió:

-Pues me llama la atención, porque cualquiera se da cuenta de que Zoraida tiene veinte años.

No dijo más. Las dos se miraron perplejas. No solo les había dicho tontas sino además viejas. Se sintieron tan avergonzadas que no volvieron a reclamar y a partir de entonces colaboraron de lleno en la puesta en escena. Fue la misma Rosa Checa la que llevó a su hija Josefina para que Manuel la conociera. Apenas la vio perdió la cabeza. Le hizo la prueba de voz y salió sin problemas.

Para el vestuario de Zoraida, Catalina Veintimilla prestó la estampa en la que estaba la reproducción del dibujo de Francisco de Goya, y cuya modelo era Josefina Tudó.

-Es una coincidencia que ambas se llamen Josefina, -comentó Rosa.

Como también era una coincidencia que sus apellidos comenzaran con la letra T. La una Tudó y la otra Tinajero. A partir del comentario de Rosa, su hija se quedó con el sobrenombre de *Josefina Tudó*.



Josefina Tudó, la quiteña, tenía fama de ser malhablada. Su madre se había esmerado en su educación, pero Josefina tenía una personalidad tan extrovertida que era imposible controlarla. Sus familiares y amigos le pasaban todo por alto, como si la estuvieran consintiendo por ser la víctima de una situación injusta: a la edad de trece años, su padre, para perpetuar una herencia, y en contubernio con un obispo, había casado a su hija con un hermano menor. Él le llevaba dieciocho años, y no congeniaban para nada. Mientras el marido pasaba largas temporadas en la hacienda, ella vivía en Quito, en la casa de sus padres, y se pasaba jugando a las muñecas. En esa situación habían transcurrido varios años sin que jamás tuvieran vida de casados aunque más de una vez el marido le había hecho proposiciones a las que ella siempre se negó rotundamente.

Las Cañizares pusieron el grito en el cielo. Manuela aseguró que se habían roto todos los derechos, y que casar a una niña de trece años sin su consentimiento, y con un tío, era infame. Su madre, Rosa Checa, no había podido hacer nada. Alegaba que los Tinajero eran una familia cerrada, anticuada y difícil, en la que solo contaba la voz de los varones. Las mujeres no valían, por lo que cuando ella se opuso al matrimonio de su hija, no fue tomada en cuenta. Era joven y sumisa, así que se dejó mangonear por el marido. Casaron a la hija de trece años con un tío de treinta y uno, interesado solo en las vacas y la vida de hacienda.

La relación entre Rosa Checa y su marido también era fría. Nunca le perdonó lo que había hecho, y cuando él estaba presente, ella era un témpano de hielo. A pesar de seguir casados habían hecho vidas separadas. Para ella había quedado la casa de la ciudad, con su hija Josefina, y para ellos las haciendas.

Por la noche, cuando Manuel Rodríguez se quedó solo con las Cañizares, Manuela le contó la historia de Josefina y le recalcó que el mayor deseo de la joven era anular el matrimonio que le ataba al tío. Le consultó sobre el caso y Manuel opinó que era de fácil apelación. Le hubiera gustado a él atender el asunto personalmente, pero el castigo que le habían dado las autoridades seguía vigente. Recomendó a algunos ilustres abogados aunque luego se retractó porque consideró que la influencia y el dinero de los Tinajero eran muy grandes.

Al cabo de dos días completaron el elenco de Zoraida. Para el papel de Abenamet, el protagonista, fue escogido el joven Nicolás Vélez que estudiaba para abogado aunque su verdadero anhelo era seguir la carrera militar. Su madre se había opuesto terminantemente y le había obligado a ingresar a la universidad, pero a pesar de que no era mal estudiante, estaba completamente desubicado. Los demás papeles los desempeñaron otros estudiantes y para Zulema, la amiga de Zoraida, se escogió a Isabel Bou, una jovencita de dieciséis años que fue recomendada expresamente por la marquesa de Solanda, ya que sus padres eran los conocidos catedráticos Bou que se encargaban de dictar clases particulares a la mayoría de familias nobles de la sociedad quiteña.

Juan de Dios Morales y Manuela Espejo entraron juntos a Quito. Se dirigieron directamente a la casa-teatro de Manuel Rodríguez. Querían darle la noticia de que el marqués había hablado con el regente y ya no había culpa sobre Morales. Lo encontraron en el escenario, trepado en una escalera, terminando de poner el telón de fondo. Se emocionó tanto al verlos que sin querer pateó la escalera, quedándose colgado del telón que había acabado de poner y que en menos de un instante se vino al suelo.

Fue tanto el alboroto que todos los que estaban en la casa dejaron sus actividades y corrieron a verlo. Afortunadamente Manuel no sufrió ninguna herida pero perdió el trabajo de un día entero. Después del susto todos rememoraron la escena en medio de carcajadas, y cuando Manuel se recompuso hizo las presentaciones. Fue la primera vez que Juan de Dios Morales conoció a Josefina Tinajero. Él estaba encantado y no dejaba de mirarla. Elogió su belleza y ella se sonrojó. Manuela Cañizares esbozó una leve sonrisa porque inmediatamente se dio cuenta de que el travieso niño Eros había disparado sus saetas en el escenario.



Cuando el rector de la universidad de Santo Tomás se enteró de que ya había nuevo presidente de la Audiencia, decidió botar la casa por la ventana. Para los decorados de *Catón* quiso contratar los servicios del gran artista Luis Cortés, pero este se disculpó por estar muy ocupado. Recomendó a sus hijos, Antonio y Nicolás, que eran hábiles como él y que lo que no tenían por educación lo tenían por herencia.

Le comentó a Manuel que le hubiera gustado tener un repertorio más nutrido, dado que la bienvenida al nuevo presidente de la Audiencia duraría algunos días. Sugirió el montaje de otra obra pero Manuel se negó por falta de tiempo. Discutieron porque el rector creía que poner en escena una obra era cuestión de desearlo para tenerlo. Cuando por fin entendió que no era posible, le fueron a buscar porque alguien que le esperaba en la rectoría quería hablar con él. Salió perturbado y molesto por no haber podido arreglar el asunto, pero apenas llegó a la rectoría y descubrió a Juan de Dios Morales, se le fueron las penas.

Se emocionó de verlo porque no en vano Juan de Dios Morales había sido uno de los mejores profesores de la universidad.

-No me diga que ya no pesan culpas ni resentimientos sobre usted, -le dijo antes de darle un abrazo.

Juan de Dios le confirmó que ya no había orden de prisión sobre él y que estaba buscando trabajo. Antes de que terminara de hablar, el rector le dijo:

-Todas las plazas están ocupadas, pero no se preocupe porque no pienso dejarlo ir. Se me ocurre algo...

Sonrió ilusionado y añadió:

-Debe haberse enterado ya de que tenemos nuevo presidente en la Audiencia.

-Sí, algo oí, -agregó Morales.

-Cuando el nuevo presidente llegue, debe llevarse una excelente impresión de Quito.

El rector rememoró los tiempos en que Quito era conocida como *La bicéfala*, o *Monstruo de dos cabezas*, debido a que tenía dos universidades, y posteriormente tres, cuando había audiencias, e incluso virreinos, que no tenían ni una sola. Todos los grandes sabios y científicos que habían pasado por Quito se habían asombrado con la erudición de los quiteños, el enorme culto que se rendía a las artes y a la literatura, y sobre todo con la existencia de más bibliotecas que en ninguna otra parte de América. La Condamine y los sabios de la Misión Geodésica Francesa, Humboldt, Caldas, Mutis, Nariño, tuvieron siempre una frase para admirar la cultura quiteña.

Recordó todas las veces que había visto la posesión de nuevo presidente de la Audiencia, y las celebraciones que se habían llevado a cabo. Mucha música, mucho teatro, y fiestas con luminarias en todos los barrios. Se veía la alegría de los quiteños, pero también su cultura e instrucción. Se notaba que los quiteños gustaban mucho de las artes, lo que probaba que eran bastante civilizados.

Antes de que Juan de Dios Morales pudiera abrir la boca, el rector le propuso que se hiciera cargo, a la par de Manuel Rodríguez, de la puesta en escena de otra obra de teatro. Sugirió algunos cantos de *La cólera de Aquiles*, pero Juan de Dios Morales exclamó:

-Esto es increíble. ¿Me creería usted si le digo que tengo ya la obra perfecta y que mi única ambición es ponerla en escena?

Le habló apasionadamente de *La Araucana*. Una colección de treinta y siete cantos en escenario americano, cuyos personajes eran los indios mapuches de la gobernación de Chile. Había sido escrita siglos atrás, por el español Alonso de Ercilla, y era considerada una pieza rara de la bibliografía española, y más en Quito, donde a pesar de las numerosas bibliotecas, no había un solo ejemplar de ella.

No pudo dejar de pensar que cuando José Mejía le envió el libro a Manuela Espejo, sabía exactamente por qué lo hacía. Efectivamente, *La Araucana* era una flor exótica.

Al rector le gustó la idea por lo que aceptó la propuesta de Juan de Dios Morales. Comenzaron esa misma tarde. En menos de dos horas se formó el elenco. Juan de Dios Morales pensó contar con cinco actores, pero se presentaron veinte estudiantes. Les hizo pruebas de voz y aprobaron todos. Estaban animosos y dispuestos a poner lo mejor de sí, por lo que la puesta en escena de los treinta y siete cantos de *La Araucana* se hicieron a veinte voces.

Trabajaron arduamente doce horas diarias y al cabo de una semana, el rector acudió a uno de los ensayos acompañado de los hermanos Cortés. A pesar de las interrupciones y de que los actores estaban nerviosos, la representación conmovió a los espectadores. El rector no cabía de gozo y los hermanos Cortés se emocionaron tanto que decidieron colaborar gratuitamente en el decorado de *La Araucana*.



Fue María Cañizares quien confeccionó el traje de Zoraida, inspirado en el boceto que Francisco de Goya había hecho para Josefina Tudó. Para los pantalones de seda se empleó un vestido de Manuela de auténtica seda de la China. Lo conservaba desde hacía muchos años porque consideraba que la tela era un prodigio al no ocasionar arrugas. Se lo había obsequiado su madre el día que cumplió veinte años, y obviamente ya no le entraba. Cuando le estaban tomando las medidas a Josefina Tinajero, Manuela se percató de que la actriz tenía el vientre ligeramente abultado. Inmediatamente se le cruzó la idea por la cabeza, así que preguntó:

-¿No estarás encinta, Josefina?

No obtuvo respuesta. La actriz se quedó pensando un buen rato y luego añadió:

-Hace un par de meses tuvimos relaciones por primera vez...

Contó que el padre y el marido habían regresado de la hacienda cargados de víveres y dinero. Las cosechas habían resultado mejores que nunca y se habían vendido a estupendos precios, pero el escándalo que metieron cuando llegaron no era debido a ello, sino a que traían una docena de barriles repletos de vino.

A escondidas de las autoridades habían sembrado un modesto viñedo que con el tiempo había dado sus frutos. Las vides de cepas traídas subrepticamente de los mejores viñedos andaluces, tardaron algún tiempo en aclimatarse, pero lo consiguieron.

Debido a la prohibición rotunda de que se produjera vino en la Audiencia, mantuvieron el asunto en secreto, pero el pacto duró hasta que probaron el vino del primer barril, añejado más de un año, porque luego se regó la voz de que los hermanos Tinajero fabricaban el mejor vino de uva del virreinato, y ellos, abnegadamente tuvieron que sacrificar su viñedo y destruirlo, so pena de ir a prisión.

Mientras duraron los barriles de vino hubo fiesta en la casa de los Tinajero. Bebieron todos. También Rosa Checa y su hija Josefina, fascinadas por el sabor del fermento americano de la uva, y fue ese mismo fermento el que concilió por una noche a Josefina Tinajero y su marido.

-Y aquí está el fruto, -añadió Manuela.

A pesar de ello, a pesar de que estaba embarazada de un hombre con el que no tenía ninguna afinidad, estaba ilusionada con tener el hijo.

-Pero ahora será más difícil la separación, -volvió a argumentar Manuela.

Josefina asintió. Sabía que Manuela tenía razón y que seguramente su destino era estar atada de por vida a un hombre que no amaba. Un hijo le haría más llevadera la vida, aunque si nacía varón, el marido se lo llevaría a la hacienda para que se hiciera hombre, y lo alejaría de su lado.

Por insistencia de Manuel Rodríguez, Josefina Tinajero fue a visitar a Juan de Dios Morales, acompañada de Manuela Cañizares. Él se sorprendió al ver a Josefina pero no así cuando escuchó su caso. Quito era una ciudad pequeña y los chismes corrían más rápido que el agua. Le pareció que su caso era fácil de llevar y que tendría final satisfactorio, pero Manuela Cañizares lo interrumpió:

-Hay un detalle que Josefina aún no le ha contado.

No balbuceó al decirlo. No tenía vergüenza ni tampoco estaba arrepentida. Le dijo sin más que estaba embarazada del hombre del que pretendía divorciarse.

Juan de Dios la dejó hablar. Le pareció que su posición era sincera pero que desgraciadamente pesaría en el asunto. De todos modos había que probar. Argumentó que en el mundo de las leyes, todo era posible, y que lo peor que podía pasar era que no se hiciera nada, así que tomó el caso.



Todo Quito se enteró de que había nuevo presidente en la Audiencia y que debía haber llegado hacía un mes, pero que una enfermedad lo había retenido en Guayaquil. También se enteraron de que el Conde Ruiz de Castilla era un anciano achacoso que creía sufrir todos los males existentes y que quienes llevaban realmente los asuntos administrativos eran su corte de secretarios.

Fue el mismo regente Fuentes Bustillo donde el alcalde de la ciudad para pedirle que se hiciera cargo del recibimiento, tal cual era costumbre del cabildo. Inmediatamente se convocó a los miembros de la nobleza para darles la nueva, pero ya todos conocían la noticia. Incluso algunos de ellos se habían organizado para las corridas. De las haciendas de los marquesados de Maenza y Solanda se traerían los mejores toretes criados para el propósito. Se delegó al capitán Juan de Salinas como encargado de las corridas, y por una diligencia oportuna de Manuel Rodríguez, se financió lo que faltaba de la puesta en escena de *Zoraida*. Igual justicia se hizo con *Catón* y *La Araucana*, y como los hermanos Cortés no pudieron darse abasto, se contrató al artista Manuel de Samaniego para los principales escenarios al aire libre.



Don Pedro de Alcántara Darquea, hacendado de Ambato e hijo primogénito de don Bernardo Darquea, quien iba a ser el constructor de la nueva Riobamba luego del terremoto de 1797, pero cuyas buenas intenciones no se llevaron a cabo, se presentó en la casa del marqués de Solanda. Lo recibieron en el salón. El marqués había tenido mucha amistad con don Bernardo y

se entristeció cuando supo que acababa de fallecer en Guayaquil hacía unos meses. La visita de su hijo Pedro obedecía a que una vez abierto el testamento de su padre y habiendo recibido una cuantiosa biblioteca como herencia, descubrió entre los libros varias traducciones del francés que pensó eran de Pablo de Olavide, pero que luego reconoció por la caligrafía que eran de don Bernardo.

Refirió con pena las veces que su padre había sido castigado por el Santo Oficio por dedicarse a la traducción de libros sediciosos y hasta obscenos. En Madrid, años atrás, había sido obligado a salir a las calles con traje de penitente con sambenito, pero ni por esas había dejado de lado su pasatiempo. Con Olavide eran considerados los mejores traductores de los escritores franceses y gracias a ellos fue que la literatura gala pudo difundirse por España y América.

De un antiguo maletín de baqueta de minuciosa manufactura, y que seguramente había pertenecido a su padre, extrajo dos legajos y se los entregó a la marquesa de Solanda. En las carátulas, con letra de fina pluma y hermosa caligrafía, decía: *Andrómaca* de Jean Racine, en la una, y *Lina* de Antoine Lemierre, en la otra.

-Yo no soy hombre de letras, -dijo- y en mi poder los libros se vuelven un desperdicio. Ocupan mucho sitio en la casa y siempre están llenos de polvo por más que se limpian.

En cambio elogió los gustos del marqués y especialmente de la marquesa que era conocida por su interés en la literatura. Destacó los dos estantes repletos de libros que estaban a la entrada del salón y que demostraban que aquella era una casa de buenos lectores.

De buena gana aceptó Teresa el regalo y apenas don Pedro salió de la casa ella se puso a leer *Andrómaca*.

Conocedora de que el cabildo estaba financiando los festejos a manos llenas, convenció a las damas de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias para poner en escena una obra. Les pareció magnífica su idea ya que se habían quedado un poco desilusionadas con *Zoraida*, en la que ni siquiera se las había tomado en cuenta. Leyeron la obra y les pareció preciosa. Alguien opinó que *Andrómaca* no era una obra para mujeres, porque trataba sobre la guerra, con lo que se desató una larga controversia. La marquesa de Solanda aseguró que las mujeres eran pieza importantísima en la guerra, y que una guerra sin mujeres era una guerra perdida. Mientras los hombres se daban de disparos, en el campamento ellas se encargaban de la comida. Eran ellas las que curaban las heridas y enterraban a los muertos. Ellas las cronistas orales y mensajeras que daban parte de lo ocurrido en batalla con el mínimo detalle.

Estuvieron todas de acuerdo y la mujer del alcalde, que era secretaria perpetua de la cofradía, aseguró que cualquiera que fuera el monto del presupuesto de *Andrómaca*, se lo sacaría a su marido.

Preguntaron quién se encargaría de la puesta en escena y entonces Rosa Checa sugirió el nombre del doctor Juan de Dios Morales quien se hallaba residiendo nuevamente en la ciudad, debido a que se lo había indultado.

Les gustó la idea. La marquesa entregó a Rosa los dos manuscritos para que se los diera a Morales. Sin necesidad de hacer averiguación alguna, Rosa se enteró de que Morales estaba hospedado en la casa de Manuela Espejo, así que allá fue a verlo

Se alarmó al encontrar a su hija Josefina dentro, acompañada de Manuela Cañizares.

Josefina le pidió perdón por no habérselo dicho, pero la consulta al doctor Morales había sido un acto precipitado. Además... No sabía de qué lado estaba su madre.

-Estoy de tu lado, hija, -exclamó ella- ¡faltaba más!

Aprovechó para expresar un resentimiento que tenía guardado desde hace tiempo y que había crecido tanto que a veces le impedía respirar con normalidad. Ratificó una y diez veces que estaba del lado de su hija, en las buenas y en las malas, porque la vida que había llevado no había sido dichosa. Le aseguró que aún estaba joven y tenía la vida por delante para comenzar de nuevo y encontrar la felicidad. Entonces ambas se abrazaron y todos los que estaban presentes, con excepción de Juan de Dios, se pusieron a llorar. Después Rosa se enteró de que iba a ser abuela, y eso fue mucho más conmovedor.

Hablaron también de *Andrómaca* y del interés que tenían las damas de la cofradía en hacer teatro. A Juan de Dios le gustó la idea. Conoció *Andrómaca* y hasta se jactó de haber leído un ejemplar traducido por Pablo de Olavide. Quedaron en reunirse al día siguiente para comenzar las lecturas, los ensayos, y todo lo que concernía a la puesta en escena. Antes de irse, Rosa le entregó a Juan de Dios los dos manuscritos traducidos por Bernardo Darquea. Él se emocionó cuando hojeó *Andrómaca*, pero mucho más cuando descubrió *Lina* de Lemierre. Conoció a su autor por una obra, también traducida por Olavide, llamada *Guillermo Tell*, que había hecho roncha en Quito. En realidad muy pocos leyeron la versión de Lemiere, sin embargo la leyenda de Guillermo Tell se hizo parte del anecdotario quiteño debido a que un joven quiso imitar al héroe y colocó una manzana sobre la cabeza de su hermano menor. Disparó una flecha con la intención de acertar en la manzana, pero falló y mató al hermano.

Más allá de la anécdota, estaba el mensaje de la obra: un hombre de un pueblo oprimido y humillado, que se levantaba heroicamente, sin perder jamás su dignidad, y derrotaba al opresor. Este había sido el mito que impulsó el levantamiento de varios pueblos europeos en busca de su independencia. Le pareció que Antoine Lemierre era un autor comprometido con la libertad y los derechos fundamentales del hombre, así que dejó a un lado *Andrómaca*, y se entregó de lleno a la lectura de *Lina*.



El joven Nicolás Vélez que hacía el papel de Abenamet en la obra *Zoraida* fue retado severamente por Manuel Rodríguez debido a que siempre llegaba tarde a los ensayos. Le preguntó el maestro el motivo de sus retrasos pero el joven, sin dar importancia al asunto, respondió que estaba ocupado en asuntos familiares. Se preocupó Manuel y después del ensayo le pidió que se quedase a conversar, pero Nicolás adujo que no tenía tiempo y que ya había adquirido otros compromisos. Antes de que Manuel pudiera decir nada, el joven salió del teatro a la carrera.

Por la noche, Manuel le comentó el asunto a Manuela Cañizares, a lo que ella aseguró que el joven Vélez mentía, ya que nada fuera de lo común estaba sucediendo en su casa. Había estado esa misma tarde cobrando un préstamo a la madre de Vélez, con la que tenía gran confianza, y nada de malo le había comentado. Más bien le llamaba la atención la constante presencia de Nicolás, durante

la última semana, en las inmediaciones de la Catedral y sobre todo de El Sagrario, que quedaba contigo a donde ella vivía.

Al día siguiente a las seis de la mañana, cuando Manuel salía de la casa de las Cañizares, se encontró de sopetón con un letrado que pendía del atrio del palacio del presidente, en el que decía con grandes letras rojas:

No hay rey

Entró de nuevo a la casa y despertó a gritos a Manuela. Juntos salieron al zaguán y espionaron. Algunas personas se habían congregado en la plaza para observar el letrado, entre ellos el capitán Juan de Salinas, que sin dar explicaciones a nadie lo retiró de un halón. Estaba doblando el letrado cuando acertó a pasar don Simón Sáenz de Vergara, considerado por muchos el más repugnante de los españoles residentes en Quito. A pesar de vestir bien y tener un porte elegante, su presencia estaba empañada por los deleznable oficios de cobrador de diezmos y vendedor de esclavos. De carácter impulsivo y grosero, y poseedor de una nutrida colección de muecas desdeñosas, increpó a Salinas:

-¿Qué está haciendo usted?

Salinas no detuvo su quehacer y contestó:

-Estoy retirando esta tontera.

-¿Qué tontera?

-Este letrado ridículo.

Don Simón insistió en que quería verlo, al tiempo que otros curiosos que se habían congregado en la plaza pedían lo mismo. El capitán desdobló el papel y les mostró.

-*No hay rey*, -leyeron a coro.

-¿Quién ha puesto este letrado? -preguntó don Simón.

-Quien haya sido, -alegó Salinas- es un tonto y un desinformado.

Don Simón le pidió que le entregara el letrado para llevárselo a las autoridades, pero el capitán adujo que lo llevaría él mismo.

-Que me entregue el letrado le estoy diciendo, -volvió a pedir don Simón, pero como el capitán no le hizo caso, le gritó:

-Yo soy don Simón Sáenz de Vergara, carajo, y a mí usted me obedece...

El capitán soltó una carcajada.

-¿Obedecerle, yo?... Por favor, don Simón, no me haga reír. Usted será Sáenz de Vergara, pero yo soy Salinas de Zenitagoya, -y sin decir más le dio la espalda y se dirigió, tela en mano, al cuartel de la Audiencia. Don Simón lo vio partir y con un gesto amargo, susurró:

-Este me las va a pagar...

Ardido de rabia se dirigió a su casa, pero en el camino se detuvo en una panadería famosa por vender *allullas* y que estaba atestada de gente, y a voz en cuello comentó con el dueño del lugar que el capitán Juan de Salinas era un igualado, que creía tener alcurnia y abolengo, pero que se trataba de un pobre mestizo que había tomado los apellidos prestados.

Como el capitán Salinas gozaba del aprecio popular y no así don Simón que era repudiado, inmediatamente le fueron con el chisme y le aseguraron al capitán que don Simón lo andaba difamando.

Lo tomó con calma. Adujo que don Simón tenía mal carácter y que ya estaba viejo, pero al día siguiente cambió de opinión porque le fueron a visitar los Narcisos, padre e hijo, chocolateros,

dueños de la confitería vecina al Carmen Bajo, y del mismo modo el maestro Falcón, carpintero. Los tres aseguraron que don Simón Sáenz había hablado mal del capitán. Dijeron que Sáenz había jurado conocer a la familia y antepasados del susodicho y que eran de mala estirpe. Para muestra, había una pariente del capitán, una tía exactamente, que trabajaba como criada en el Hospital de la Misericordia. Bastaba verla y oírla hablar para saber que era india.

El capitán rió abiertamente. Dijo que la imaginación de Sáenz no tenía límites y que no iba a permitir que ensuciara su pasado. Se dirigió a las autoridades y le entabló una querrela legal, pero Sáenz negó lo ocurrido. Convocaron a los testigos que eran muchos, y todos dieron la misma declaración en la que afirmaban que Sáenz había injuriado a Salinas. El juez intervino para que transaran y el asunto no fuera a mayores, pero cuando don Simón estaba a punto de pedir disculpas a Salinas, apareció un libelo que se multiplicó en cadena de cinco copias, por todos los rincones de Quito. Decía:

*El quehacer de don Simón
es amplio y dilatado:
va desde la usura
hasta la venta de esclavos.*

*Bendecido le ha Dios
que una hija le ha dado:
y que en casa de clausura
a la guagua ha encargado.*

*Mucho sufre don Simón
De que la hayan botado,
pues no tiene curación
el carácter heredado.*

Hacia varios años, poco antes de que cambiara el siglo, don Simón Sáenz, español, casado y residente en Popayán, pero que vivía en Quito por asuntos de negocios, se había metido con una jovencita quiteña, de familia noble y buenos apellidos, aunque absolutamente desamparada. El asunto no habría trascendido a mayores de no haber sido porque la jovencita era menor de edad. Por ella abogó don Pedro Montúfar, hermano del marqués de Selva Alegre, quien enjuició a don Simón Sáenz. Fueron varios los juicios que se llevaron en su contra. En realidad, se trataba de un personaje que no era muy querido en Quito, pero que a pesar de ello siempre se salía con la suya.

Se le tenía por audaz e intransigente, y todos le conocían porque había protagonizado un escándalo que todavía estaba presente en la memoria de los quiteños. Tenía que ver con una elección de alcalde en la que corrieron dinero y favores para comprar votos y hasta tuvo la desfachatez de votar por él mismo. A pesar de ello, empató con su contrincante, don Francisco de Villacís, que tenía muchos más méritos que él para ocupar el cargo. Tomó partido el presidente de la Audiencia y favoreció a Sáenz, lo que motivó que los miembros del concejo se rebelaran y apelasen a las cortes de España. Al cabo de un año, las cortes se pronunciaron a favor de don Simón Sáenz de Vergara, lo que fue otra bofetada más a la dignidad quiteña.

Fueron esas misma cortes las que deliberaron a favor de Sáenz en el caso de la jovencita quiteña, menor de edad, desamparada y embarazada, que falleció a los pocos años de nacida la criatura. Fue entonces que don Simón la encomendó al cuidado de las monjas de clausura de Quito.

Si algo había heredado de su padre, esta niña llamada Manuela Sáenz Aispuru que contaba con once años de edad, era su carácter autoritario, acostumbrado a mandar sin más y a que le obedecieran ese mismo instante. Desde que murió su madre había pasado por algunos conventos de clausura, y en todos había ocasionado conflictos. No era dada a los rezos y mucho menos a las mortificaciones, por lo que su estadía en los conventos siempre estaba condicionada. El último había sido el de las conceptras donde se negaron rotundamente a seguir tolerando sus caprichos. La culpa no era de ella. En realidad quien estaba detrás de todos los problemas era el propio don Simón, que por bien hacer, había rodeado a su hija de esclavas. Como era el dueño del negocio, escogió a las mejores negras para obsequiárselas a su hija.

Las monjas se quejaban de que Manuela era una vaga y que no tenía quehacer alguno. No sabía coser ni bordar, y si tenía que hacerlo pues para ello estaban sus dos negritas de las que no se separaba nunca. El único mérito que tenía es que leía mucho, aunque en su caso más había servido para perjudicarla, porque siempre se encontraban en sus manos libros indebidos para una señorita, y mucho menos si habitaba en un convento.

De trato hosco, al igual que su padre, estaba acostumbrada a mandar y nunca a pedir, por lo que las monjas le tenían ojeriza. A pesar de su corta edad se envalentonaba con cualquiera, y un día tuvo un enfrentamiento tan fuerte con la abadesa que resolvieron ipso facto expulsarla del convento.

Su padre quiso encargarla en Santa Catalina pero las monjas ya estaban advertidas y le cerraron las puertas. No valieron los donativos ni las promesas de favores para exonerar sus propiedades de tributos porque la fama de la señorita díscola se había regado por todo Quito.

Don Simón analizó todas las opciones y consideró que solo le quedaba una: la hacienda de Catahuango, que a raíz de la muerte de la madre de Manuela se había quedado vacía. Allá la mandó con sus dos criadas, que eran jóvenes y noveleras como ella, y un mayordomo con un séquito de esclavos para que hicieran producir la hacienda y auto abastecerse, con el único propósito de no permitir a Manuela que saliera nunca.

Cuando el libelo cayó en manos de don Simón, perdió la cabeza. Dedujo que el único culpable de esta agresión era el capitán Juan de Salinas y que tenía que pagar su merecido. Esta vez fue él quien entabló juicio contra Salinas, con lo cual ambos quedaron de enemigos para siempre.



Ni bien terminó el ensayo de *Zoraida*, Manuel Rodríguez fue tras Nicolás Vélez y le dijo que quería hablar en privado. El joven Vélez se negó aduciendo un pretexto que le tratabilló en los labios. Antes de que pudiera completar la frase, Manuel Rodríguez le haló de un brazo y se lo llevó tras bastidores. Se cercioró de que estuvieran a solas y entonces le dijo:

-Quiero saber qué está pasando.

Se hizo el tonto, el que no sabía nada, pero Manuel se impuso:

-No soy idiota y desde hace rato te estoy observando. No vas a negarme que tienes algo que ver con los últimos actos subversivos.

-¿Subversivos? –repitió Nicolás con miedo.

-Sí. Tú estás detrás de esto.

Le recordó el letrero que decía *No hay rey* que había sido colgado del atrio del palacio del Presidente, así como el libelo sobre la hija de Simón Sáenz que casi terminó en duelo con el capitán Salinas.

Nicolás lo negó todo, pero Manuel insistió. Le contó lo que le había dicho Manuela Cañizares, que se le había visto repetidas ocasiones entrando y saliendo de El Sagrario.

El joven Vélez empalideció. En menos de un segundo perdió el color rubicundo de las mejillas y su rostro adquirió la frialdad de una lápida.

-¿Quién más lo sabe? –preguntó, y entonces se delató.

Manuel respiró profundamente y habló:

-Solo lo saben personas de confianza, pero si lo hemos notado nosotros, también habría podido notarlo alguien más.

Le temblaban las manos y sudaba.

-¿Quién más está en esto? –preguntó Manuel.

Tardó un momento en contestar y luego dijo:

-Por favor, maestro, me tiene que jurar que no saldrá de su boca.

Manuel juró y entonces el joven Vélez le reveló la lista de subversivos. Eran solamente tres: Nicolás Vélez, Francisco Guzmán, conocido como Pacho, *el Organista*, porque tocaba como nadie el instrumento que los curas agustinos habían adquirido para su iglesia, y finalmente el clérigo Manuel José Caicedo, provisor de la diócesis, y sobrino del obispo Cuero y Caicedo.

Había oído hablar de Caicedo. Se decía que a pesar de su juventud era una persona muy culta, sin embargo nunca habían coincidido ya que Caicedo siempre se hallaba fuera de la ciudad. Debido a sus continuos viajes como provisor de la diócesis, conocía como nadie los problemas de casi toda la Audiencia. Era de trato agradable y por eso, a más de ser el sobrino, era el favorito del obispo.

Acababa de llegar de Cuenca donde había tenido un serio problema con el obispo, el cura Quintián, que a raíz de unos libelos antirrealistas que habían circulado, se ensañó contra el pueblo. Severo toque de queda, asalto y revisión de viviendas y requisición de todo material subversivo, que podía ser desde un cuchillo hasta el viejo fusil del bisabuelo que estaba colgado en la pared y que la última vez que disparó fue hace más de cien años.

Nicolás Vélez le contó que el clérigo Caicedo era un consumado patriota y que estaba harto de la opresión española dentro de la Iglesia. El obispo Quintián lo había trastornado. Caicedo había sido testigo de cómo los fondos de la diócesis destinados a obras benéficas y pías eran derrochados a manos llenas para beneficiar a los soldados realistas. Con indignación había escuchado el sermón dominical del obispo Quintián en el que anunciaba, como si el templo fuese un mercado, el remate de misas e indulgencias a cambio del apoyo, sobre todo material, a las autoridades españolas.

Estaba asqueado, pero sobre todo resentido. Manuel Rodríguez opinó que era ese resentimiento el que estaba detrás del letrero de *No hay rey*, y de los libelos contra Simón Sáenz.

Al joven Nicolás Vélez se le fue el miedo y habló largamente. Dijo que él no era ningún borrego de Caicedo, y que si estaba con él era porque eran amigos desde hace muchos años y compartían las mismas ideas e intereses. Manifestó que estaba harto de vivir en una tierra que era de él, pero que no era, y de que existieran unas autoridades que se consideraban superiores por el hecho de ser españolas.

Se notaba que necesitaba desahogarse, así que Manuel lo dejó hablar.

Dijo que lo que más rabia le daba era convivir con la hipocresía constante de la sociedad quiteña, que estaba sumergida en el cuento de los linajes españoles de la más rancia nobleza. Estaba harto de que algunos pretendieran la libertad, una vida nueva, con nuevos valores e ideales propios, mientras otros seguían adormecidos en el ingenuo encanto del abolengo, sin darse cuenta de que eran una miserable colonia.

-Una triste colonia de mierda... -musitó con tristeza.

Contó que junto con el cura Caicedo y Pacho, *el Organista*, pensaban lo mismo y en este asunto de la revolución solo entendían una cosa: que una vez que empezaba, la insurgencia no podía detenerse. Había que mantener la olla siempre caliente, hasta que solita se destapara.



Los primeros días de agosto de 1808 llegó a Quito el conde Ruiz de Castilla acompañado de su guardia personal, un zambo de apellido Arechaga al que el conde había criado, y un personaje que trató de pasar desapercibido pero que llamó la atención de toda la ciudad: el joven inglés William Bennet.

Su apellido real era Stevenson, ya que se llamaba William Bennet Stevenson, pero la gente, desde el primer momento, lo llamó Bennet. Tenía veintiún años y hacía casi dos meses había sido nombrado secretario particular del conde.

Para escogerlo, Ruiz de Castilla había hecho una larga averiguación. Se valió de un cura dominico, que le debía varios favores, para acceder a Bennet a través del Santo Oficio. Se le convocó y se le hizo el interrogatorio de rigor, pero Bennet declaró desde el principio que no era católico y que tampoco abrazaba otra religión. Si los jueces del Santo Oficio hubieran querido, lo habrían puesto en prisión y habría sido torturado, pero detrás del caso estaba el conde. Necesitaba contratar los servicios de alguien que le fuera completamente fiel y que sobre todo conociera el arte del espionaje.

Hacía un tiempo, Bennet había sido apresado en Chile y llevado a Lima, donde estuvo cautivo siete meses, acusado de ser espía inglés infiltrado en las colonias españolas. Él siempre alegó que era comerciante y que su estadía en el continente americano solo obedecía a ese fin, pero no pudo demostrar que poseía los dineros suficientes para dedicarse al comercio.

En la cárcel de Lima compartió celda con un oficial de la marina criolla que le enseñó a hablar el español perfectamente.

Por suerte para Bennet, los problemas entre España e Inglaterra se aplacaron con el surgimiento de Napoleón Bonaparte que era enemigo de los dos reinos. Dejaron en paz a Bennet y el conde lo llamó a una entrevista. Cuando le propuso ser su secretario particular, Bennet solo preguntó:

-¿Qué atañe exactamente el cargo?

El conde tosió un par de veces y luego le encaró:

-He de ser sincero con usted desde el primer momento pues de eso mismo se trata el cargo, de que exista total sinceridad. Necesito contratar los servicios de un informante que me dé cuenta y razón de todo lo que ocurre a mi alrededor.

Le contó que había sido nombrado Presidente de la Audiencia de Quito, y que su edad y sus achaques no le permitían saber todo lo que ocurría. Quería que él fuera su informante y recalcó que lo escogía por joven y sano para que pudiera desplazarse por todos los rincones de la Audiencia.

Aceptó gustoso y para darle una muestra de su eficiencia, en menos de tres meses levantó una nutrida crónica sobre varios pueblos cercanos a Lima, en los que incluyó los valles de Pativilca, Huarmey y Casma, y otros sitios de interés como Santa, Nepena, Motocachi, Chao, Viro e incluso el itinerario entre Lima y Trujillo. Como el conde quedó encantado con el estilo de Bennet, le pidió que levantara una historia sucinta sobre los Incas y el final del gran imperio del Tahuantinsuyo, aprovechando una inspección a Cajamarca. El día del viaje, el conde amaneció indispuerto ya que toda la noche había padecido ataques imparables de vómito y diarrea, por lo que Bennet tuvo que hacer el viaje solo, acompañado únicamente de un guardia cuzqueño que se había vuelto su compañero de viajes. A su regreso, el conde y su comitiva partieron a Quito. Salieron del puerto del Callao rumbo a Guayaquil, donde el conde volvió a enfermarse.

Al día siguiente de llegados a Quito, el Cabildo y las autoridades españolas fueron a presentarse al Palacio Presidencial. Saludaron con el conde, con Arechaga y con Bennet. Los invitaron a un suculento almuerzo de bienvenida en el refectorio de San Francisco, auspiciado por el Cabildo, la nobleza y el clero, en el que sirvieron todo tipo de golosinas. Como plato central: hornado de cerdo con llapingachos y ají con chochos. El conde estaba encantado. Aseguró que la carne del hornado le parecía más delicada que la de los pernils que había probado en Lima, así que repitió varias veces la comida. Las indias huasicamas dispuestas para servir la mesa, se encargaron de que los vasos nunca estuvieran vacíos de chica de jora recién elaborada, por lo que el conde comió y bebió en exceso.

Para la noche los dominicos habían preparado varios grupos de tunantes regiamente ataviados que ya eran conocidos en la ciudad por su talento en el canto y la alegría que desbordaban. Las monjas del Carmen Antiguo habían preparado cientos de confites y varias ollas de jugo caliente de naranjilla con canela y aguardiente. La ciudad entera se aprestaba a celebrar la llegada del nuevo presidente, pero se quedaron con los ánimos frustrados, porque al conde le acometió una descomposición estomacal tan severa, que no pudo concurrir a ningún acto. Los tunantes, los confites, el canelazo y sobre todo las ganas de la gente por la fiesta, se cortaron de un tajo. Así recibieron los quiteños al conde Ruiz Castilla, y por eso se acuñó la sentencia:

Me dejaste con los churos hechos.



Las damas de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias echaron el ojo a Bennet y lo invitaron a un té en la casa de la marquesa de Solanda. Se cercioraron de que hablaba el español perfectamente y le invadieron a preguntas. Querían saber sobre su pasado, su familia y sobre todo el motivo que había impulsado a un joven a cruzar el océano y radicarse en Quito. Aclaró que no estaba radicado, ya que su interés era moverse por todo el continente, y que el empleo de secretario particular del conde Ruiz de Castilla era temporal. De su familia no dijo nada y cuando insistieron, él evadió el tema. Recalcó dos veces que estaba solo en el mundo pero que su soledad se había llenado con el sin fin de aventuras que había vivido y que esperaba seguir experimentando.

Les pareció encantador. Hablaba como un hombre sabio, entrado en años, cuando en realidad no pasaba de los veintiuno. Era guapo, inteligente, tenía don de gentes y un saco de interesantísimas anécdotas. Gozaba, además, del entusiasmo y la energía suficientes para emprender cualquier empresa. Aunque era cierto que no tenía abolengo ni se conocía nada de sus antepasados, en este caso no importaba porque Bennet era blanco, rubio y de ojos azules. Eso bastaba.

Desde todo punto de vista era un buen partido. Varias damas de la cofradía lo imaginaron como yerno y sonrieron complacidas. Trataron de programar nuevos encuentros pero él se excusó alegando que estaba muy ocupado y que al día siguiente, a primera hora, iba a partir para Ibarra.

De regreso al Palacio fue a hablar con el conde para rogarle que le enviara en viaje de inspección a cualquier pueblo cercano, pero el conde, convaleciente en el lecho, le pidió que se dedicara a hacer una crónica de Quito. Quería conocer todo sobre la ciudad y como estaba aquejado por la enfermedad, miraría a través de los ojos de Bennet.

Le emocionó la empresa y cuando se disponía a organizar la inspección, asomó el obispo José Cuero y Caicedo con la intención de visitar al enfermo. Venía acompañado de su sobrino, el provisor Manuel José Caicedo que hizo inmediatamente amistad con el joven Bennet. Cuando le comentó la

intención que tenía de hacer un levantamiento de la ciudad de Quito, Caicedo se ofreció a ayudarlo. Conocía mucho sobre la historia de la ciudad, pero más que eso: tenía acceso directo a los archivos del clero. Fue de boca de Caicedo que supo cómo Quito había sido fundada y las batallas que hubo entre españoles por ostentar el poder. Se enteró de Pedro de Puelles, el traidor más grande de la conquista, que se autoproclamó rey de estas tierras, desconociendo el poder del imperio.

Durante una semana Caicedo le acompañó en sus viajes de exploración a todos los rincones de la ciudad, pero tuvo que excusarse de continuar haciéndolo porque una tarde lo fue a visitar Juan de Dios Morales. Se presentaron, se manifestaron mutuamente sus criterios, y a continuación Morales le dijo:

-Como debe ser de su conocimiento, la ciudad entera se aprestaba a dar la bienvenida al conde Ruiz de Castilla, pero no ha podido ser así.

Le contó de todos los preparativos que se habían llevado a cabo y de los que se seguían organizando, porque la bienvenida al conde no estaba de ningún modo cancelada, sino simplemente posergada. Habían dejado los festejos para octubre, con lo que habría tiempo suficiente para disponer que todo saliera bien.

A continuación le habló de Pablo de Olavide y Bernardo Darquea, los más grandes traductores al español de las obras francesas, pero Caicedo no le permitió terminar porque le sobrevino un ataque de tos. Se puso de pie y se dirigió a la puerta que estaba entreabierta. Espió que no hubiera nadie afuera y la cerró. Obviamente, el tema de Olavide y Darquea no era bienvenido en esa casa. Volvió a tomar asiento y entonces Morales le pidió disculpas, pero Caicedo, susurrando, le dijo:

-No tiene que pedir disculpas. En esta casa las paredes oyen... Por supuesto que conozco las traducciones de Olavide y Darquea, y tengo que confesar que les tengo a ambos mucha gratitud. Si no fuera por ellos, los americanos nos habríamos perdido de disfrutar grandes manjares.

Morales sonrió gustoso y acto seguido puso una carpeta llena de hojas en las manos de Caicedo.

-Entonces, -añadió- estoy seguro de que disfrutara mucho de la lectura de estos manuscritos. Caicedo abrió la carpeta y en la primera página leyó:

-*Lina*, de Antoine Lemierre.

Agregó que el manuscrito era una rareza y preguntó inmediatamente a Morales de dónde lo había sacado. Le contó toda la verdad, que Darquea había muerto en Guayaquil hacía un tiempo y que su hijo había heredado sus bienes. Con lo convulsionada que estaba la época, y con las persecuciones que se habían llevado a cabo en Quito, Guayaquil, Cuenca y otros sitios de la Audiencia a presuntos conspiradores del Imperio, mejor había decidido deshacerse de todos los escritos de su padre. Por esas cosas de la vida, un par de obras fueron a parar en manos de la marquesa de Solanda.

-¿Y la otra? -preguntó Caicedo.

-Es *Andrómaca*, de Racine. Una traducción del propio Bernardo Darquea.

Le contó que las damas de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias querían poner en escena *Andrómaca*, y que le habían pedido que él las dirigiera.

Caicedo hojeó el manuscrito con curiosidad. Comentó que la caligrafía era preciosa y que parecía letra de mujer, a lo que Morales aclaró que se trataba de una copia, escrita por la misma marquesa de Solanda.

-Será un triple honor leerla, -dijo Caicedo- por el autor, el traductor y quien la ha copiado. Cerró la carpeta y encaró a Morales.

-Le agradezco mucho el favor que me hace al proporcionarme literatura. Usted sabe lo difícil que es conseguir material nuevo para leer, sin embargo sospecho que su visita no se debe únicamente a ello, sino que hay otra intención.

Morales sonrió y movió la cabeza afirmativamente.

-Así es. Voy a ir al grano. *Lina* es una obra que llegó a último momento, cuando ya todo estaba organizado, pero después de conocerla, debo admitir que se trata de una obra muy bella y que sería una pena que no se lleve a escena.

Le dijo que había estado conversando con su buen amigo y discípulo, el doctor Manuel Rodríguez de Quiroga, y que habían llegado a una misma conclusión: la única persona capaz en Quito para poner *Lina* de Lemierre en escena, era el provisor Manuel José Caicedo.

-Pero yo no sé nada de teatro, -exclamó Caicedo.

Morales le aseguró que en este caso no había que ser doctos en la materia. Que lo único que importaba era que el mensaje de *Lina* llegara a los espectadores.

-¿Y cuál es ese mensaje? -inquirió Caicedo.

Se miraron cara a cara y entonces Morales asestó:

-El amor a la libertad, por supuesto.

Caicedo guardó silencio por un rato y luego le pidió unos días para pensarlo. Morales le contestó tajante que lo que menos había era tiempo y que por favor le diera la respuesta al día siguiente. Quedaron en verse y se despidieron. Ambos estaban contentos. Morales sabía con certeza que Caicedo se apasionaría con *Lina* y aceptaría llevarla a escena, y Caicedo presentía lo mismo, pero se negaba a aceptarlo.

Leyó *Lina* de un tirón, y le encantó. Por la noche fue a visitar a su tío, el obispo, y mientras tomaban una mistela de pechiche que le habían enviado de Puerto Viejo, Caicedo le contó el asunto y le pidió consejo.

El obispo quiso enterarse de todo con lujo de detalles. Cuando supo que detrás de esta empresa estaban Juan de Dios Morales y Manuel Rodríguez de Quiroga, la desaprobó. Aseveró que ninguno de los dos tenía buena fama. Que ambos se habían enfrentado varias veces a las autoridades y por eso Morales había estado prófugo cerca de un año, y Rodríguez de Quiroga tenía prohibición de ejercer su profesión.

-Por otro lado... -El obispo vació la copa de mistela de una sola y saboreó el sabor dulzón del pechiche. Se paseó por la habitación y luego se detuvo frente a la ventana, desde donde se veía el Pichincha, y perdida entre los árboles y matorrales, la recolección de El Tejar. Se acercó donde el sobrino y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

-Voy a hablarte con total franqueza. Tú y yo no somos de esta tierra, sino que somos caleños, y no tengo que decirte lo distinto que es nuestro carácter al de la gente de aquí...

Caicedo sonrió porque su tío tenía razón. Los quiteños y los payaneses podían ser muy parecidos, pero nadie podía negar que su temperamento era diferente. Antes de que pudiera decir nada, el tío siguió:

-Y Juan de Dios Morales y Manuel Rodríguez de Quiroga también son extranjeros. El primero es antioqueño, granadino como nosotros, y Quiroga es charqueño, del alto Perú.

-¿Qué me quiere decir, tío? -le preguntó Caicedo.

-No me gustaría, -agregó el obispo- que se diga que fueron los extranjeros residentes en Quito los que soplaron los vientos de insurgencia.

No dijo más. La primera decisión que tomó Caicedo fue hacerle caso a su tío, pero luego lo desaprobó porque el bichito de *Lina* ya le había trepanado el corazón. La respuesta que le dio a Juan de Dios Morales no fue inmediata sino que se tomó dos días con sus noches para pensarlo. Morales lo fue a buscar una vez, pero él se refugió en el tejado. Desde ahí observó el graderío de la catedral que había mandado a construir el barón de Carondelet, cuando fue presidente de la Audiencia. A pocos metros, dos niños jugaban con cocos de las palmeras de cera quiteñas. De pronto uno de ellos se abalanzó sobre los cocos y los recogió todos. El otro niño enfureció y se fue contra él. Se dieron de golpes y patadas hasta que unos muchachos que estaban cerca acudieron a separarlos.

-¡Indio! –le gritó el uno.

-¡Más indio vos que tu *mama* usa anaco! –le contestó el otro.

-¡Peor tu *tayta* que no habla cristiano!

-¡Callá, *runa* de mierda!

Otra vez se fueron a los golpes, pero esta vez intervino un guardia que cruzaba la plaza y salieron corriendo en estampida. Caicedo, que seguía en el tejado, se quedó un buen tiempo ensimismado. Pensaba en las palabras de su tío respecto a cuán iguales y diferentes podían ser los quiteños de los granadinos y los peruanos. Siempre Quito había sido un punto intermedio al sur del virreinato de Nueva Granada, y al norte del virreinato de Lima, y era considerada como la ciudad de la eterna primavera. Un clima apacible, muy raras veces alterado por aguaceros con granizo o sequías prolongadas. Y exactamente igual era el carácter de sus habitantes. Eran extremadamente tranquilos, dedicados a la diversión y los placeres carnales como único pasatiempo, y muy poco al cultivo del intelecto o las artes, como había sido en otros tiempos. Eran más bien los indios y mestizos del más bajo rango los que estaban en esos quehaceres. Por eso, para no morir del aburrimiento, mientras las mujeres se quedaban en la casa engordando, los hombres salían a la guerra. A cualquier guerra. Aunque no había guerras desde hacía mucho tiempo. La última, la revolución de los Estancos, que había sido brutal, al punto que los quiteños expulsaron de la ciudad a todos los españoles solteros, y exigieron que se aboliera la injusta ley de estancos y aduanas, cosa que consiguieron.

Caicedo pensó que la rebeldía de los quiteños estaba en la plebe, en los mestizos que no podían figurar en sociedad y que no tenían acceso a muchos derechos. Ellos, sus padres y abuelos habían sido los verdaderos protagonistas de la revolución de los Estancos y habían conseguido lo que se habían propuesto a fuerza de coraje.

Los hijos y los nietos de las mujeres de anaco, de los runas de mierda, de los *taytas* que hablaban quichua, eran los auténticos rebeldes americanos. Herederos de una rebeldía forjada con huasipungo, mita y obraje.

Hubiera seguido ensimismado en sus pensamientos pero comenzó a anochecer. Cuando bajó del tejado se encontró con su amigo Nicolás Vélez que lo estaba buscando. Le contó la propuesta que le había hecho Morales y a Nicolás le pareció excelente, pero no le dejó seguir hablando porque estaba retrasado y quería que Caicedo le acompañara a un ensayo de *Zoraida* para conocer su opinión, así que Caicedo accedió y salieron juntos. En la puerta se encontraron con el obispo que les preguntó dónde iban.

-Al ensayo de *Zoraida*, -dijo Nicolás.

Como el tío no respondió nada, se despidieron y siguieron de largo.

El obispo permaneció pensativo un buen rato. Consideró que vivía en una ciudad chiquita, y que a pesar de su pequeñez, conocía muy poco de lo que pasaba en ella. Admitió que lo poco o mucho

que sabía se lo debía a su sobrino, que podía recitar de memoria quién vivía en cada casa, desde Santa Prisca hasta San Sebastián.

De sus varias visitas al conde Ruiz de Castilla concluyó que quien menos sabía de lo que pasaba en España, era el mismo conde. O si lo sabía, lo disimulaba muy bien. Le pareció que era fatuo e intrascendente que los quiteños estuvieran organizando teatros y fiestas, cuando España estaba siendo invadida por Napoleón y a punto de quedarse sin rey.

A pesar de que ya era tarde, no entró a su casa sino que caminó hasta la esquina y torció en dirección al convento del Carmen de la Nueva Fundación.

Estuvo tocando largo rato hasta que por fin le abrieron. Pidió hablar con la priora, que era nativa de Cali como él, y lo hicieron pasar. Lo recibió en la sala de Profundis.

-Debe ser algo muy urgente lo que quiere usted hablar conmigo –dijo la priora- para que haya venido a esta hora.

-Sí, -musitó el obispo- algo muy importante.

-Usted dirá.

-¿Cómo es posible –preguntó- que el pueblo esté dedicado a teatros y fiestas, cuando en España las cosas están de mal en peor?

La monja rió. Contestó que siempre era mejor que el pueblo estuviera de fiesta y no en armas, y que según sabía los quiteños se habían esmerado.

-Aunque hay un escandalillo de por medio... -añadió la monja.

-¿Cuál?

-La hija de doña Rosa Checa de Tinajero... Usted la conoce...

-Pues, sí. ¿Qué pasa con ella? –preguntó intrigado.

La priora también se había enterado de la anécdota respecto a Josefina Tudó, Francisco de Goya y *Zoraida*. Le contó todo al detalle. Le aseguró que había visto la estampa de Goya y que el traje de Zoraida, que iba a usar la hija de Rosa de Tinajero, era absolutamente inadecuado e indecente.

Le pidió que se explicara, pero ella solo exclamó:

-¡Son pantalones, y transparentes!

El obispo preguntó por el nombre de la hija de Rosa Checa, a lo que la priora añadió:

-Se llama Josefina Tinajero. Josefina, al igual que la Tudó que representó a Zoraida y fue un total éxito. Mucha coincidencia, –agregó la monja- solo falta que aparezca un Godoy para que enamore a la Tudó.

Le contó además algo que al obispo no le gustó. La Tudó quiteña no solo que se había prestado a actuar, que ya era bastante mal visto en una mujer, sino que además estaba embarazada de su marido y de por lo menos dos meses de preñez.

-¿Qué hace una mujer casada y embarazada, con pantalones transparentes, subida en un escenario?

El obispo iba a opinar que le parecía muy mal, pero la priora no le dejó hablar:

-Y ahora viene lo peor, señor obispo.

-¿Hay más?

-Esto es el acabóse, -dijo la monja- y no se extrañe cuando llueva fuego sobre la ciudad.

Alarmadísima le contó que las damas de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias también querían dar escándalo, y que se encontraban poniendo en escena una obra hereje.

Le hubiera dado cuenta y razón de lo que ocurría en cada casa de la ciudad, pero el obispo consideró que había escuchado suficiente. Se despidió y salió. Cuando llegó a la Plaza Mayor y se disponía a entrar en su casa, sintió una picazón en los pies. Siguió de largo, hacia la casa de Juan de Larrea, donde se estaba poniendo en escena *Zoraida*, y al encontrar la puerta abierta, entró.



Nadie se percató en el teatro de que el obispo estaba espionando, porque este se escondió tras una columna y desde ahí presenció el ensayo. Observó minuciosamente el desempeño de la señora Josefina Tinajero sobre las tablas y puso especial atención en el vientre de la actriz, pero por más esfuerzos que hizo no lo notó nada abultado. Sospechó que la priora del Carmen de la Nueva Fundación había exagerado y a medida que avanzó el ensayo se convenció de que *Zoraida* era una obra muy bella y que la priora del Carmen estaba enferma de envidia.

Aprovechó que Manuel Rodríguez de Quiroga subió al escenario a dar indicaciones, para escabullirse subrepticamente de la misma forma que había entrado, sin embargo en el zaguán tropezó con Rosa Checa que llegaba apurada.

Ambos saludaron y antes de que él pudiera explicar nada, ella se llenó de suposiciones e hizo varias preguntas, hilvanadas unas tras otras, y sin intención de esperar respuesta.

Le emocionó que el obispo hubiera concurrido a espectar un ensayo de *Zoraida*, así que lo invitó para que asistiera a un ensayo de *Andrómaca*, aunque acto seguido se retractó porque las damas de la cofradía recién se hallaban haciendo copias del texto.

El obispo aprovechó para salir de dudas. Le confesó que ya le habían advertido de las intenciones de la cofradía pero que él se había negado a creerlo.

-¿Por qué? –preguntó Rosa.

-Porque es una obra hereje, -respondió tajante el obispo.

Rosa iba a contestar pero las palabras se le tropezaron en los labios y se transformaron en algo parecido a un gruñido.

Precisamente, hacía un par de días, la señorita Catalina Veintimilla había sido invitada a una reunión de la cofradía para exponer sobre su visión de *Andrómaca*. Erudita como era, debido a la enorme cantidad de libros que había leído, ya que dominaba el inglés, francés, alemán e italiano como si fueran su lengua madre, expuso largamente sobre el mito griego y *la mujer cuyo marido estaba combatiendo*, la tragedia de Eurípides y la versión de Racine. Si algo se podía deducir del personaje es que era heroico, y que no había lugar para ninguna consideración de tipo religioso.

-¿Hereje? –repitió Rosa, e inmediatamente lo negó. –No es así, señor obispo, *Andrómaca* no es una obra hereje.

El obispo le recordó que se trataba de un asunto teológico sobre el que ella no podía opinar, debido a su instrucción y sexo, y antes de que ella pudiera alegar nada, abandonó la casa. Caminaba a grandes trancadas y estaba iracundo. En ese estado llegó a la conclusión de que las mujeres de la época se estaban volviendo demasiado modernas y que se atrevían a opinar de asuntos que no les competían, pero luego se dio cuenta de que la calificación de hereje a *Andrómaca* había provenído también de una mujer, que aunque fuera priora del Carmen de la Nueva Fundación, era a fin de cuentas mujer.

Apresuró el paso a su casa pero cuando llegó no se dirigió a sus habitaciones sino que fue a la biblioteca. Buscó con avidez un libro en uno de los estantes, pero no lo encontró. Lanzó un ajo al aire porque se percató de que su sobrino había reorganizado la biblioteca y que le tomaría mucho trabajo encontrar cualquier libro, así que se sentó al escritorio con la intención de esperarlo. Sobre la mesa había una carpeta de cuero. Inevitablemente el obispo la vio. Con letras gruesas de preciosa caligrafía, decía:

LINA

de Antonie Marin Lemierre.

La leyó de un tirón y le encantó, pero un escalofrío de espanto le recorrió todo el cuerpo cuando llegó a la última página y leyó:

*Esta obra fue traducida por
Bernardo Darquea y Pablo de Olavide.*

Un viento helado proveniente de los calabozos del Santo Oficio se filtró en la biblioteca y a continuación se escuchó un ruido atroz, parecido al que producían las puertas del infierno cuando se cerraban violentamente.

El Obispo se sobresaltó. Se quedó de una pieza y respiró profundo. Escuchó unos pasos que le sonaron como el arrastre de cadenas de las almas del purgatorio. Armándose de valor, preguntó con la voz quebrada:

-¿Quién anda ahí?

Manuel José Caicedo entró a la biblioteca y se sorprendió al encontrar a su tío. Estaba pálido, petrificado. Se acercó a él, preocupado, y le tocó la frente y las mejillas.

-Tío, ¿está usted bien?

Antes de que pudiera contestar, añadió:

-Está frío, tío... ¿Qué le pasa?

El obispo alargó el brazo y tomó la carpeta.

-Esto... -le dijo- por el amor de Dios, ¿de dónde lo has sacado?

Se tomaron la última botella de licor de pechiche y Caicedo le contó todo a su tío. Él sabía exactamente a que se debía su preocupación: los herejes Bernardo Darquea y Pablo de Olavide.

-Pero ya pagaron sus culpas –adujo Caicedo- y cualquier deuda con el Santo Oficio ya fue saldada, ¿por qué entonces seguirlos repudiando? Además, ambos están muertos.

-No lo entiendes, -señaló el obispo- no se trata de ellos, sino de sus seguidores...

-¿Seguidores? –preguntó Caicedo- ¿Qué seguidores?

-Sus lectores, -dijo parco el obispo.

Caicedo vació su copa y alegó que el Santo Oficio era bastante injusto debido a que estaba integrado por gente fanática y muy ignorante. El licor de pechiche le había dado ínfulas para tener más confianza con el tío y conversar del mismo modo que lo habría hecho con un amigo. Varias veces, debido también a los efectos del licor, el tío le pidió que bajara la voz porque los temas que estaban tratando eran prohibidos.

Apoyó completamente los planteamientos del sobrino y citó el caso de varios obispos que pactaban con el Santo Oficio para obtener más autoridad y beneficiarse particularmente. También dijo algo que a Caicedo le llamó la atención y que casi lo condujo al llanto.

-Me vas a perdonar, pero mientras te esperaba leí *Lina* de Lemiere... Y me encantó. Pienso que Juan de Dios Morales y Manuel Rodríguez de Quiroga tienen razón: tú podrías llevarla perfectamente a escena. Solo te pido que por favor omitas los nombres de Darquea y Olavide, para evitar cualquier tipo de problema.

Dijo sentirse cansado. Había sido un día intenso, así que bendijo al sobrino y se retiró a sus habitaciones. Caicedo también había tenido un día agitado pero lo que menos tenía era sueño, así que tomó asiento al escritorio y comenzó a planificar la puesta en escena de *Lina* de Lemiere.



Casi un mes se demoró Manuela Espejo en recuperar su biblioteca de la Compañía de Temporalidades, ya que el doctor Peña tuvo el descaro de alegar que no tenía fondos para pagar el transporte y que la interesada debía hacerse cargo de llevarse lo que le pertenecía. Estuvo decidida a armar escándalo, a ir personalmente donde el nuevo presidente de la Audiencia a presentar queja sobre el doctor Peña, pero sus amigos le aconsejaron que mejor no lo hiciera, que recuperara los libros a la brevedad posible y que los escondiera. Hubiera querido hacerlo de un día para otro, pero no encontró a nadie que le prestara una carreta. Don Juan de Larrea se hallaba en Ambato y fue tan solo en los últimos días que asomó el marqués de Selva Alegre y puso a disposición de Manuela la carreta y su esclavo.

El negro Jeremías Anangón cargó personalmente los libros más importantes de la cultura de Quito. Con cuidado angelical planchó con la mano las hojas arrugadas de varios ejemplares que se habían estropeado y puso especial esmero en encontrar la carpeta con los apuntes personales del sabio Espejo, pero por más que revisaron minuciosamente, no la encontraron.

Ya en la casa, mientras regresaban los libros a sus estantes, consultaron la lista del inventario que Manuela había confeccionado hacía años. Además de la carpeta personal del sabio Espejo, falta-

ban los tomos tres y cuatro de las *Confesiones* de San Agustín de Hipona, cuya edición era muy fina, impresa en delicadísimo papel de Biblia con fillos dorados.

Le extrañó que faltasen esos libros porque estaban escritos en latín y solo podían interesar a un estudioso, que no era precisamente el caso del doctor Peña. En cuanto a la carpeta con los escritos de su hermano, era lo que más le importaba de la biblioteca.

Jeremías Anangón la vio tan preocupada que se ofreció a averiguar el asunto. Hizo contacto con un negro viejo, conocido como Prieto, de quien se decía que tenía más de cien años porque había presenciado sucesos que ocurrieron hacía un siglo. Lúcido, dicharachero y muy trabajador, había servido en el Palacio del Presidente desde los tiempos de don Dionisio de Alcedo y Herrera, de quien era esclavo, y que fue quien le dio la libertad cuando abandonó la Presidencia de Quito, con la condición de que siempre sirviera en el Palacio y recibiera salario.

Prieto se convirtió en toda una institución. Apenas había nuevo presidente, se lo llamaba para hacerle consultas. Solo él conocía cada rincón de Palacio y la ubicación de cada objeto, e incluso tenía bajo su mando a varios indios que se encargaban de la limpieza, la comida y los establos.

Desde don Dionisio Alcedo y Herrera hasta el conde Ruiz de Castilla, habían pasado por Palacio diez presidentes de la Audiencia, a los que Prieto había servido con solicitud y lealtad.

Jeremías Anangón le contó el asunto y le pidió que le ayudara. Prieto le escuchó con atención. A ambos les unía una vieja amistad y sobre todo el aprecio que Prieto sentía por el marqués de Selva Alegre, que le había hecho más de un favor. Cuando Jeremías terminó de hablar el viejo soltó una carcajada.

-Fuu, amigo, -le dijo- esto es pan comido para mi.

Le contó que tenía una ahijada que precisamente era criada del doctor Peña y que sabía todo cuanto hacía y deshacía su patrón. Se puso en contacto con ella y ni bien le contó lo que quería, la negrita le dio razón del asunto. Dos libros con finas hojas de filo dorado eran usados por el patrón.

-¿Para qué? -le preguntó Prieto.

-Para sus necesidades personales, -contestó la negrita y sonrió ingenuamente.

Le dijo también que junto a la bacinilla y los deshojados libros finos, aguardaba una carpeta con papeles sueltos que iban a correr el mismo fin.

Prieto le pidió que salvara la carpeta, pues contenía papeles muy importantes que no merecían correr tal suerte. La negrita accedió, y en menos de media hora estuvo de vuelta con la carpeta y los papeles personales del sabio Espejo.

Manuela se emocionó mucho al verla y en un arranque abrazó fuertemente a Jeremías. Cuando supo el destino de los tomos tres y cuatro de las *Confesiones* de San Agustín, se enfureció y lanzó una palabrota. Iba a retractarse pero Jeremías estaba fascinado. Se sentía en confianza con ella, así que le dio cuerda. Después de la ira vino un ataque de risa porque Manuela opinó que el doctor Peña tenía el culo más ilustrado de la Audiencia.



Tanto Juan Pablo Espejo como el cura Riofrío adujeron que no era conveniente que Manuela se quedara sola en su casa de Quito, pero por más que le insistieron, ella se negó a salir.

-No he hecho nada malo, -alegó, y aunque afirmaron que de nada valía la inocencia frente a la prepotencia, ella se mantuvo en sus cuatros.

Le sirvió de pretexto que su amigo Manuel Rodríguez necesitaba su ayuda para la puesta en escena de *Zoraida*, y entonces comenzó a frecuentar el teatro. Hizo estrecha amistad con las señoritas Cañizares y con ellas confeccionó decenas de telones y trajes. También colaboró con las damas de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias para la escenificación de *Andrómaca* y por último asistió a varios ensayos de *La Araucana*.

La fiesta estaba encendida. Como nunca antes la ciudad se alistaba a dar la bienvenida al nuevo Presidente de la Audiencia. Los fondos que la nobleza había logrado recaudar sobrepasaban con creces lo presupuestado, por lo que se decidió gastar en comida y bebida todo lo que sobraba.

Los primeros días de octubre arrancó el festejo con corrida de toros, almuerzo en el refectorio de San Francisco, presentación de la obra *Catón*, en el teatro del colegio San Fernando, y por la noche orquesta y luminarias en las plazas de San Francisco y Santo Domingo.

A día seguido se presentaron *La Araucana* y *Andrómaca* con sendas escenografías que se montaron en las vías transversales a la calle de las Siete Cruces. Finalmente el sábado, se abrió al público el teatro de Manuel Rodríguez con *Zoraida*. A la primera función fueron invitadas las autoridades españolas y lo más granado de la sociedad criolla.

Tras bastidores, el joven Nicolás Vélez mascullo que Rodríguez de Quiroga era un adulator y que si por él hubiera sido, no habría invitado a ninguno de esos viejos podridos. Le recordaron que la función de estreno era en honor al nuevo presidente de la Audiencia, pero Nicolás argumentó que no era nada grato presentarse ante un público que tenía malos modales. Esto último lo dijo porque a las presentaciones de *Andrómaca* y *La Araucana* habían asistido unos oficiales españoles que eran conocidos por burdos y groseros. Durante las funciones, varias veces el público se manifestó para que los patanes hicieran silencio, recibiendo por respuesta silbatinas y palabrotas.

Zoraida no fue la excepción. Los pantalones de seda transparente de la protagonista motivaron todo tipo de expresiones y calificativos. Durante un par de veces Josefina se desconcentró y olvidó el parlamento, pero lo volvió a retomar con la ayuda de Nicolás. A la tercera vez, la actriz guardó silencio, y por más que Nicolás la ayudó, ella no volvió al texto. Uno de los patanes soltó una grosería y entonces Manuel Rodríguez perdió la paciencia. Salió de tras bastidores y se dirigió hacia ellos. Se les plantó delante, a la vista de todo el público, y les pidió que abandonaran el teatro. Un tal Barrantes que tenía fama de asesino, le encaró:

-¿Quién lo pide?

Venían de la corrida de toros que había estado más prendida que nunca y, por supuesto, estaban borrachos. El vaho del alcohol le llegó a la nariz y comprendió que no podría discutir con ellos. Volvió a pedirles amablemente que abandonaran la sala, pero respondieron que no les daba la gana. Se levantó un barullo. Los actores seguían inmóviles en el escenario esperando a que volviera la calma, pero no volvió. El capitán Barrantes empujó violentamente a Manuel Rodríguez y lo botó al suelo. Este se puso de pie rápidamente y le soltó un puñete. Comenzó una pelea cuerpo a cuerpo hasta que los demás patanes se lanzaron sobre Rodríguez con la intención de escarmentarlo.

Nicolás Vélez saltó del escenario y fue a defenderlo, y del mismo modo Pacho, *el organista*, Juan de Dios Morales y un grupo de estudiantes que desde hacía rato querían propinarle una paliza al tal Barrantes.

Se armó una gresca que no llegó a mayores porque el conde se molestó. Se puso de pie y pidió a la guardia española que saliera del teatro. Obedecieron de mala gana y una vez afuera aguardaron un buen rato, luego regresaron y se cagaron en el zaguán.

Se fueron resentidos jurando odio eterno a los quiteños pretenciosos y arribistas, y del mismo modo los quiteños se quedaron con las ganas de propinarles otra paliza.

Como si se hubieran puesto de acuerdo se dieron cita en la plazuela de El Sagrario donde Manuel José Caicedo había puesto en escena *Lina*. Por la premura con que había sido escenificada no contaba con grandes decorados, ni los trajes de los actores eran muy elaborados. Para dar realce al espectáculo, Caicedo tomó prestados unos enormes cortinajes de brocado veneciano que había donado la mujer del barón de Carondelet, con los que consiguió tapar el frontispicio de la iglesia. También usó la gigantesca alfombra que solía estar siempre en la nave central de la iglesia, y que tenía fama de ser la más grande de la Audiencia y quizá de todo el Virreinato. Había sido confeccionada con lana de oveja pero también, algunos tramos, con lana de vicuña. La había adquirido don Juan de Ascaray, obispo de Quito, hacía más de cincuenta años, como una donación de todos los párrocos de la diócesis.

A la representación de *Lina* se excusó de asistir el conde Ruiz de Castilla porque se había agripado y prefirió no salir, y tampoco fueron las autoridades que estaban durmiendo la borrachera después de las corridas. El capitán Barrantes y otros guardias sí asistieron. Para variar estaban borrachos y se notaba que buscaban pelea, así que la dieron.

Los actores de *Lina* ni siquiera tuvieron la oportunidad de salir al escenario porque Barrantes y sus amigos ahuyentaron al público, destrozaron la escenografía y volvieron en jirones las cortinas de brocado veneciano. Finalmente, como no pudieron rasgar la alfombra, le prendieron fuego.



No solo el conde Ruiz de Castilla estaba con gripe, sino que se había desatado una especie de epidemia por toda la ciudad. Los más viejitos cayeron primero, entre ellos el obispo José Cuero y Caicedo. Fue por esa razón que no había asistido a la representación de *Lina* ni sabía lo que había sucedido. Como estaba con alta fiebre, su sobrino prefirió no contarle nada, pero apenas se repuso, Caicedo le fue a visitar y le contó todo lo que había ocurrido. El obispo montó en cólera. Adujo que el tal Barrantes y su cuadrilla tenían una fama bien ganada ya que llevaban largo rato haciendo de las suyas, atemorizando a la gente, y burlándose de todo el mundo.

Apenas se sintió mejor fue a visitar al conde Ruiz de Castilla. Obviamente lo recibió en su dormitorio. No tenía fiebre pero decía que le dolían todos los huesos. Había perdido peso y estaba pálido y demacrado.

El obispo le recomendó mejorar la dieta. Caldo de gallina de Nicaragua. El conde le escuchó con atención y luego mandó a llamar al negro Prieto. Le dijo que estaba muy enfermo, que debía mejorar la dieta y que pusiera atención a las recomendaciones del señor obispo.

Prieto opinó que el consejo del obispo era cierto y que siempre se había sabido que el caldo de gallina era excelente medicina, entonces el conde, frente a Prieto y el obispo, prometió cumplir la dieta.

Apenas el negro salió, el obispo abordó el tema. Le dijo que tenía algo importante que contarle, y que debía intervenir rápido para ponerle solución. Le recalcó varias veces que él era del norte y no quiteño, y que por eso podía tener una visión imparcial de lo que estaba ocurriendo.

El conde lo escuchó con atención. Se enteró de muchas cosas, entre ellas de que los quiteños no estaban conformes con el trato prepotente y las constantes injusticias de los españoles hacia criollos y mestizos.

-¿Y quiénes son los prepotentes e injustos? –preguntó el conde.

El obispo tomó aire y decidió hablar.

-No estaría bien de mi parte dar nombres. Así que no los daré. Sin embargo voy a contestar su pregunta, señor conde.

Se acomodó en la silla y lo miró fijamente.

-Los que ejercen los cargos del gobierno y sobre todo la guardia.

-¿Cuáles cargos del gobierno? –inquirió el conde.

El obispo tenía en la punta de la lengua el nombre de Sáenz de Vergara pero se lo calló. Ese no era su territorio y al igual que en la casa del obispo, y muchos otros sitios de la ciudad, las paredes tenían la facultad de escuchar.

Desvió el tema hacia la guardia. Le contó lo que había sucedido en la representación de *Lina*, puesta en escena por su sobrino, y a la que lastimosamente el conde no había podido asistir. Se le humedecieron los ojos cuando habló de las cortinas de brocado veneciano que evocaban bellísimos paisajes bucólicos, pero cuando se refirió a la alfombra, la voz se le cortó y tuvo que detenerse un rato para contener el llanto. Había advertido que no iba a dar nombres, sin embargo se trataba de un acto delictivo que debía ser reprendido.

Le dio una lista con los nombres de los responsables, elaborada por el mismo Caicedo con la asesoría de Nicolás Vélez y Pacho, *el organista*. En primer lugar constaba el nombre del capitán Nicolás Barrantes. El conde lo leyó e hizo una mueca de desaprobación. Le preguntó al obispo si conocía a Barrantes, a lo que él lo negó.

-Pues yo lo conozco bastante bien, -exclamó el conde- es más, le debo algunos favores.

Habló largamente de Nicolás Barrantes. Se habían conocido hacía muchos años, cuando el conde no era conde, sino simplemente Manuel Urries, militar al servicio del rey. Siendo brigadier estuvo al mando de una columna de tres mil hombres para combatir al furibundo Tupac Amaru. José Gabriel Condorcanqui Noriega, conocido como Tupac Amaru II, era el singular caso de un joven mestizo, adinerado, que descendía por lado materno de criollos establecidos en el Cusco, y por lado paterno de Tupac Amaru I, el *Sapa Inca*.

Fue el primer insurrecto americano y su movimiento contra el Imperio convocaba a todos los estratos sociales a liberarse del poderío español. Someter a las fuerzas rebeldes y tomar prisionero a Tupac Amaru II fue tarea difícil, y a los que participaron se les colmó de consideraciones.

Entre los beneficiados había un joven catalán, subteniente, llamado Nicolás Barrantes. Después de la batalla, que fue decisiva para capturar y dar muerte a Tupac Amaru, Barrantes fue ascendido a teniente y años después, Manuel Urries fue recompensado por el rey con el condado de Ruiz de Castilla.

El conde jamás lo había olvidado, ya que durante esa batalla estuvo siempre a su lado y hasta fue herido en un brazo por impedir que el proyectil llegara al conde. Tal era el aprecio que le tenía que había intercedido por él ante a las autoridades y el mismo rey, para que en 1788 le ascendieran al grado de capitán.

El conde se refería a él como si fuera un mozuelo, olvidando que habían transcurrido muchos años y que Barrantes bordeaba los cincuenta. Había sido el mismo conde quien lo había traído de Lima, por pedido expreso de los jefes de Barrantes, para ver si el cambio de aires medraba el consumo de pisco. Pero les salió el tiro por la culata, porque efectivamente Barrantes se olvidó del pisco, pero lo cambió por ron y aguardiente de caña.

El conde admitió que había tenido algunas quejas sobre Barrantes y que él mismo había presenciado el escándalo que originó en el estreno de *Zoraida*, debido, sin duda, a su incorregible vicio.

Dijo que necesitaba meditar sobre el asunto para tomar la mejor decisión, y luego comentó que se sentía muy cansado y que la fiebre había vuelto. El obispo entendió que era hora de retirarse, así que se despidió. Salió del Palacio con la sensación de que su visita había sido en vano y que el conde no movería un dedo ya que de sobra estaba manifestada su simpatía por Barrantes, pero se equivocó. A la mañana siguiente se sorprendió de recibir la visita del capitán Nicolás Barrantes, vestido impecablemente con sus mejores galas militares. Hizo el saludo de rigor que se hacía frente a las altas dignidades

y a continuación recitó una disculpa que parecía aprendida de memoria. El obispo no le creyó una sola palabra. A leguas se notaba que el conde había obligado a Barrantes a presentarse frente al obispo y retractarse. Lo único que le creyó fue lo que dijo al final, porque sonó alentador.

-Por orden del Presidente regreso a Lima, por lo que aprovecho la ocasión para despedirme...

El obispo no pudo evitarlo y sonrió, lo que ocasionó que el rostro de Barrantes se desdibujara. Tenía un resentimiento tan grande que hubiera sido capaz de desenvainar la espada y cortar de un solo tajo la cabeza del obispo. Sacó fuerzas de alguna parte y se contuvo. Volvió a hacer el saludo militar de rigor con la intención de retirarse, pero el obispo no le dejó partir: le puso la mano enfrente, le miró fijamente a los ojos, y con la sinceridad que Barrantes no tenía, le bendijo.



Zoraida fue un éxito total pero desgraciadamente las funciones solo duraron hasta mediados de noviembre, porque Josefina Tinajero comenzó a tener unos estragos terribles, además de un detalle: el éxito de *Zoraida* no se debía a la obra, ni a la puesta en escena, sino a la curiosidad de los quiteños por observar al vientre de Josefina y constatar si realmente, como se decía, estaba embarazada.

Era la comidilla en la boca de toda la ciudad. Para colmo de males, la relación entre Josefina y Juan de Dios Morales no era solo de amistad sino que era evidente que eran amantes.

Él le llevaba veinte años, y ella estaba casada y embarazada de su marido. Él había sido perseguido e indultado, y ella se había subido a un escenario con pantalones transparentes.

Estaban tan enamorados que perdieron el pudor y asomaron juntos en público. Más de una vez alguien los vio tomarse de las manos, y otra vez fue un beso que se transformó inmediatamente en noticia. El beso devino en sexo y hasta circuló el rumor de que el autor del embarazo de Josefina era Juan de Dios Morales.

Esos sonoros ríos serranos acarrearón mucha piedra para lapidar a Josefina Tinajero, ya nunca más llamada así, sino *La Tudó*. La atrevida *Tudó* que había escandalizado con su indecencia a la ciudad convento.

Con toda esa fama encima se asomaron ambos donde el obispo Cuero y Caicedo con la intención de anular el matrimonio de Josefina con Miguel Tinajero. Juan de Dios Morales iba en calidad de abogado y cumpliendo todas las de ley. Se receptó el caso y se lo sometió a juicio del consejo, encabezado por el obispo y su asesor Manuel Caicedo. Luego de estudiarlo y discutirlo largamente se llegó unánimemente a una sola consideración: el caso no procedía.

Se explicó que las causas para la anulación del matrimonio de una menor con su tío, podían ser alegato suficiente, sin embargo, el actual embarazo de la solicitante impedían no solo la anulación del matrimonio, sino la simple consideración del caso.

Como la especialidad de Juan de Dios Morales era el Derecho Civil y no el Canónico, no pudo alegar nada y se sometió al dictamen del obispo.

Más pronto que tarde, la historia de *La Tudó* se difundió por toda la Audiencia e inevitablemente llegó a oídos de su marido, su padre y todos los Tinajero.

Hubo reunión familiar y se decidió enviarla, mientras durara el embarazo, al convento de las conceptas donde sería constantemente atendida y vigilada por las monjas. Rosa Checa se opuso tenazmente, pero no le hicieron caso. Simplemente la decisión estaba tomada. Ordenaron a las criadas empacar sus cosas y a la mañana siguiente la fueron a dejar en La Concepción, donde ya habían hablado con las monjas.

Juan de Dios Morales se enteró de esto cuando Josefina estaba encerrada en una celda. Se lo contó la misma Rosa Checa, que se había ido a vivir a la casa de sus padres.

Enamorado a los cuarenta de una joven veinte años menor era como encender una fogata con troncos viejos, por lo que habría sido capaz de hacer cualquier cosa para entrevistarse con la amada.

Planeó un asalto al convento pero las murallas eran demasiado altas. Un amigo le contó de un antiguo túnel que pasaba por debajo del convento y que antes había sido una de las quebradas que bajaban del Pichincha. Dilucidando sobre el asalto se hallaba cuando recibió una carta de Josefina, que mucho más rápida que él había resuelto el problema haciendo amistad con las monjas jóvenes a las que tenía encantadas.

La fama de la *La Tudó* no solo tenía puntos malos, sino que ese aire de indecencia y rebeldía la había dotado de un particular encanto. Apenas se enteraron de que La Tudó iba a permanecer en el convento, le cedieron inmediatamente el mejor de los cuartos, lo decoraron con esmero y hasta pegaron motivos pueriles. Josefina se dio cuenta rápidamente de que en lugar de tener un montón de enemigas podía poseer las mejores cómplices. Le preguntaron de todo y ella les contó siempre la verdad. Querían saber todos los detalles de *Zoraida*, así que ella les recitó la obra entera que se la sabía de memoria. Las monjas suspiraron conmovidas y le pidieron repetir una y otra vez hasta que la memorizaron. Con la ayuda de Josefina pusieron en escena *Zoraida*, a escondidas de la superiora. Durante meses se entretuvieron en los jardines de la Alhambra y lloraron inconsolables con la muerte de Zoraida y del guerrero abencerraje Abenamet. A cambio Josefina les pidió complicidad. Les habló del amor que sentía por Morales y cómo había sido obligada a casarse con su tío, cuando apenas tenía trece años. Las monjas se indignaron y decidieron colaborar con ella, por lo que cada día Morales recibió una carta de Josefina. Lo que pensó iba a ser una prisión oscura y fría, se transformó en un constante jolgorio y eso a Morales le tranquilizaba enormemente.

Fue un amor epistolar matizado con encuentros planificados, pues más de una vez las monjas se dieron modos para que Juan de Dios Morales entrara al convento a visitar a su amada. La habría secuestrado, pero consideró que las cosas no podían estar mejor de lo que estaban. Por otro lado, sentía la premura por sanar un antiguo resentimiento que tenía guardado: la restitución de su puesto como Secretario del Gobierno. Un cargo que había ejercido por muchos años y que le quitaron injustamente. Nadie como él conocía los asuntos de la Presidencia, por lo que tomó la decisión de hablar con el conde Ruiz de Castilla. Fue a Palacio pero se encontró con sus antiguos enemigos, entonces supo que ese camino le estaba vedado.

Regresó decepcionado a su casa, pero al pasar por San Agustín divisó a lo lejos al joven Bennet que estaba tomando apuntes en una libreta. Pensó que era una buena oportunidad para conseguir un acercamiento con el conde Ruiz de Castilla, así que lo abordó.

Se presentó. Le dijo que él había puesto en escena *Andrómaca* y *La Araucana*, y que le había complacido mucho verlo entre el público.

-¿Le gustaron? –preguntó.

Bennet pidió disculpas por no ser un entendido en el tema y no poder emitir un comentario artístico, pero afirmó que ambas representaciones le habían gustado y que las escenografías eran muy bellas.

Juan de Dios Morales se dio cuenta de que estaba desviando el tema y fue al punto:

-¿Y las obras?... ¿Qué le parecieron las obras?

Bennet sonrió. Comprendió que Morales no era ningún tonto, así que fue sincero.

-Me llamaron la atención las cuatro obras que vi...

Evidentemente no había presenciado *Lina* ni sabía lo que había ocurrido. De las otras cuatro obras, dijo que le había admirado su espíritu libertario, ya que eran un canto a la libertad, y que luego de presenciarlas, en el espectador solo quedaba una sensación.

-¿Cuál? –preguntó Morales.

-La insurgencia, -musitó Bennet.

El gesto afable de Morales adquirió la más solemne seriedad. Iba a decir algo, pero prefirió guardar silencio y meditarlo. Bennet era el secretario personal del conde Ruiz de Castilla y por lo tanto... Antes de que pudiera seguir elucubrando, Bennet le dio una palmada en el hombro y le tranquilizó:

-Pero no debe preocuparse. Esta opinión es mía, muy personal, y de ningún modo significa que sea la opinión del conde, o del gobierno.

El rostro de Morales volvió a tomar color.

-Es más, -siguió Bennet- creo que nadie en el gobierno entendió el mensaje de ninguna de las cuatro obras... Usted sabe...

Se miraron fijamente y descubrieron que tenían muchas cosas en común. Fue gracias a Morales que Bennet descubrió el morocho con leche y raspadura, y probó los cuarenta y seis tipos de pasteles hechos con maíz, y en retribución, Bennet le consiguió una cita con el conde Ruiz de Castilla.

Lo recomendó de la mejor forma posible, sobre todo alegando su enorme experiencia en asuntos de gobierno y la relación con las cortes españolas. Contribuía a su prestigio el carácter férreo pero nada exento de simpatía y cordialidad. Tal fue la impresión que causó en el conde la descripción hecha por Bennet que accedió a verlo. Se entrevistaron durante dos horas y en efecto, el conde constató que Morales era un experto. No solo que respondió a todas sus preguntas, sino que le dio un diagnóstico de la situación de los principales poblados de la Audiencia.

El conde le prometió considerar sus servicios y Morales se despidió contento, presintiendo que había causado una buena impresión.

Ni bien salió del palacio, Bennet fue a hablar con el conde. Lo encontró preocupado. Le preguntó qué impresión le había causado Morales, y el conde aseguró que la mejor. Quiso saber si lo emplearía como Secretario, pero el conde guardó silencio. Pensó que no le había escuchado, así que volvió a repetir la pregunta.

-Sí te oí, -exclamó el conde.

-¿Y entonces?

-Tengo que pensarlo.

Esa noche, a puerta cerrada, se reunió largamente con el zambo Arechaga, su recogido, al que Bennet tenía espanto por su apariencia.

-El *chino* es lo más feo que he visto en América, -decía.

En Lima les decían *chinos* a los que tenían sangre india y negra, y cuyas maneras, actitudes y acciones, Bennet consideraba brutales. Fue precisamente por su apariencia y sus modales que los quiteños inmediatamente lo apodaron como *la Bestia*.

El bondadoso conde Ruiz de Castilla lo había recogido siendo niño, a sabiendas de que era hijo de un fraile de San Juan de Dios, con ascendencia africana, y una india de Oruro. Lo tomó a su cargo, le educó y le obligó a seguir la carrera de Leyes en Lima, siempre con la intención de que fuera su secretario.

Sin embargo, a pesar de la confianza que el conde había depositado en Arechaga, él estaba decepcionado. Como si fuera un niño triste y desamparado le reclamó al conde que lo había relegado a último plano, y que para qué quería él un secretario si ya tenía a Bennet.

El conde le aclaró el asunto. No era un secretario particular lo que él requería, sino un secretario de Gobierno.

Arechaga guardó silencio y dejó que el viejo repitiera todo lo que acababa de oír a Morales. Le describió las funciones de un secretario de Gobierno, e incluso le dio el mismo diagnóstico de los pueblos importantes de la Audiencia. Puso como palabras propias lo que Morales le había dicho sobre el trámite en la relación de Quito con las cortes españolas, y Arechaga, que no era tonto, aprendió en un rato todo lo que a Morales le había tomado más de diez años.

Al día siguiente se supo que había nuevo secretario de Gobierno, con el beneplácito del conde Ruiz de Castilla y las autoridades españolas. Su nombre era Tomás de Arechaga.

La noticia fue como una puñalada para Juan de Dios Morales.

Igual suerte corrió Manuel Rodríguez de Quiroga. Consiguió audiencia con el conde para rogarle que intercediera por él, y le permitiera ejercer su profesión de abogado, así que lo citaron para el jueves, después del almuerzo, pero el día de la audiencia el negro Prieto tuvo que ausentarse y no pudo vigilar la dieta del conde, por lo que una criada inexperta no desgrasó el caldo de gallina, y el conde se lo tomó todo. La exposición que Manuel Rodríguez había preparado era magistral, y seguramente le habría encantado al conde, de no haber sido porque la grasa de gallina obró sus efectos y al conde le acometió un ataque de vomito imparable.

Impávido, Manuel Rodríguez contempló la escena, sin atreverse a acercarse al conde por miedo a ser salpicado. En cada arcada se le iba la vida. Por un segundo pensó que el conde iba a morir y que debía presenciar la escena, pero mejor decidió retirarse cuando Bennet llegó, seguido de Tomás de Arechaga.

Salió del Palacio rumbo a la casa de las Cañizares. Le llamó la atención un tumulto de gente que se había congregado en la esquina del convento de las conceptas.

Una mujer, conocida como *la Ciria* por tener un puesto de cirios que había heredado de su marido, tenía una hija de quince años a la que cuidaba como el más grande tesoro. En los últimos días

de los festejos, el tesoro de *la Ciria* fue violado por un guardia español que recientemente había llegado en un destacamento venido de Pasto, y lo que era peor, la había dejado embarazada. *La Ciria* había hecho los reclamos pertinentes pero los guardias y sus superiores se habían burlado de ella. Enardecida como estaba comenzó a dar de gritos en media calle, llamando la atención de los transeúntes. Por ahí acertó a pasar el capitán Salinas con un grupo de soldados. Acudieron presto y se enteraron de lo que pasaba, entonces el capitán Salinas montó en cólera, fue donde la Ciria y le dijo que se calmara porque se iba a hacer justicia. Le pidió a la mujer que le acompañara y que identificara al autor de la infamia, así que ella fue con él.

Detrás acudieron todos los que se habían reunido para espectar la escena, que eran más de quince personas. Entraron todos al cuartel y el capitán ordenó a la guardia cuadrarse en firmes.

La Ciria se paseó entre los soldados mirándoles a la cara, pero no halló al culpable. Cuando estaban por salir llegó el teniente Marcos y entonces *la Ciria* lo identificó inmediatamente. Salinas le hizo un rápido interrogatorio y el teniente respondió con la verdad. Admitió haber tenido relaciones carnales con la hija de *la Ciria*, pero que eso no era ningún delito, porque él era español y para eso estaban las indias.

La Ciria se puso tan furiosa cuando escucho el descarado alegato del teniente que le saltó encima y le aruñó la cara fieramente.

Entendió que no podía hacer nada y que tenía todas las de perder, así que le dijo:

-Que por lo menos te queden estas señales...

Se retiró furibunda dejando al teniente Marcos sometido a las miradas del público. Estaba tan avergonzado que una parálisis momentánea se había apoderado de él. Las heridas en la cara estaban sangrando.

El capitán Salinas le increpó:

-Usted se lo ha buscado.

Solo entonces, movido por la rabia, el teniente Marcos recobró el movimiento. Salió apresurado del cuartel y se dirigió a Palacio. Lo dejaron pasar porque era español y su aspecto producía pánico. Quería a toda costa hablar con el conde Ruiz de Castilla, pero el pobre viejo estaba más muerto que vivo. Prieto se hizo cargo de él. Le dio una infusión bien cargada de toronjil para apaciguar los nervios, y con aguardiente y hojas machacadas de matico le curó las heridas.

Cuando estuvo más tranquilo se miró a un espejo y con espanto comprobó las marcas de *la Ciria* en el rostro. Le preguntó a Prieto si se podrían borrar, pero el negro, que no sabía mentir, canturreó:

*Nunca se puede perder
Lo que marca una mujer.*



Fue gracias a Caicedo que Bennet conoció una copia de la carta geográfica de la Audiencia de Quito, elaborada por el sabio Pedro Vicente Maldonado. A partir de entonces, Bennet se obsesionó con el camino que el sabio había diseñado desde Quito hasta Esmeraldas, pasando por Cotocollao y Nono. Convenció al conde de que le autorizara para hacer el levantamiento de los pueblos circundados por el río Esmeraldas, y en lo posible adentrarse en territorio *cayapa* donde se decía que habitaban tribus salvajes que no querían ningún tipo de contacto con cristianos.

El día de la Inmaculada Concepción, Bennet partió para Esmeraldas. Su salida del Palacio coincidió con una procesión en honor a la virgen. Todavía no amanecía y la única luz era la de las antorchas que cargaban los devotos. En la penumbra le pareció identificar al esclavo del marqués de Selva Alegre que se escurría raudo entre la muchedumbre.

Ambos siguieron sus caminos. Bennet se fue a tierra de *coniguas y cayapas*, y Jeremías Anan-gonó apresuró el paso porque tenía que dar un recado urgente. El mismo mensaje para catorce personas, que salió idéntico de la boca del negro, y que decía:

*A nombre de mi señor y amo
Juan Pío Montúfar y Larrea
Segundo Marqués de Selva Alegre
Os traigo el siguiente mensaje:
Que vuestra presencia será invaluable
Y muy necesaria
En la morada de mi marqués
El próximo 26 de los corrientes
Y los días subsiguientes,
Con motivo de conmemorar
la Natividad del Señor.*

La última en recibir el mensaje fue Manuela Espejo. La encontró terminando de arreglar la biblioteca. Se había dado el trabajo de revisar todo lo que tenía y rehacer el inventario. Bajo el título de *Ley de Aduanas*, había encontrado un legajo con cientos de papeles rústicamente cosidos. Inmediatamente identificó la letra de su hermano y se puso a leer. Se trataba de varios apuntes sobre la Revolución de los Estancos, en la que el sabio destacaba la masiva participación de mestizos e indígenas para abolir la injusta ley de aduanas y tributos a la producción y comercialización de aguardiente. La participación popular había sido tan impactante que los insurgentes lograron todos sus propósitos.

Recibió el mensaje de Jeremías Anangonó y le aseguró que iría. Le pidió que le diera las gracias al marqués y le entregó un bulto con pan y queso que acababa de adquirir. El negro se despidió y se fue con la satisfacción de la misión cumplida.

El día veintiséis, desde las cuatro de la tarde, comenzaron a llegar. Los primeros en hacerlo fueron los que vivían más cerca, como era el caso del cura Riofrío y Juan Pablo Espejo. Más tarde fueron llegando los de Quito. Los últimos en llegar fueron la señorita Catalina Veintimilla, que estaba sin su tío, y un joven adolescente, a quien presentó como su hermano.

Se miraron unos a otros preguntándose el por qué de su presencia en un asunto tan serio, pero ninguno dio con la respuesta. Después del chocolate con *allullas* y queso de hoja de Latacunga, el marqués repicó una campanilla y tomó la palabra. Con tono solemne pero al mismo tiempo mundano, expresó que estaba encantado de recibirlos y que su casa se engalanaba al ser morada de la insurgencia. Lo dijo así, sin tapujos, y entonces algunos se incomodaron, pero el marqués no se inmutó y siguió hablando. Contó que los vientos que soplaban en España eran demasiado fuertes y que las colonias debían aprovechar los cambios que se estaban dando. Fue corto pero sucinto en sus palabras. Antes de terminar presentó al hermano de Catalina Veintimilla. Se llamaba Juan y tenía catorce años. Al igual que su hermana era un consumado patriota y le fascinaba el tema de la independencia americana. Tenía además una particularidad: acaba de llegar de España con las últimas noticias sobre la invasión napoleónica.

Se emocionaron todos con la sorpresa y entonces comenzaron a llover las preguntas, pero el marqués volvió a repicar la campanilla y pidió silencio.

-Por favor, les voy a pedir que pregunten después. Primero dejen que Juan hable.

Le hizo una señal al joven y entonces este avanzó al centro del salón. Miró a los presentes e hizo varias venias. Como si se tratara de un acto que había sido ensayado muchas veces, se desenvolvió con absoluta naturalidad. Con voz fuerte y clara, y marcado acento castellano, contó lo acontecido en la Batalla de Bailén, en la que el ejército español al mando del general Castaños, había vencido a las fuerzas napoleónicas. Durante más de diez minutos el joven Juan Veintimilla narró el enfrentamiento y derrota del ejército francés, lo que constituía la primera baja militar de Napoleón.

Al terminar su exposición hizo una venia en espera de aplausos que todos complacieron, pero cuando pensaban que había concluido, volvió a hablar:

-*La Grande Armée*, -pronunció en perfecto francés.

Alguien que dominaba la lengua, susurró:

-El Gran Ejército.

Como si fuera parte del repertorio, también ensayado muchas veces, el joven Veintimilla se explayó hablando sobre el ejército más grande del mundo, que estaba dotado de cerca de trescientos mil soldados y que era invencible. Habían entrado en Madrid y cercado la ciudad de cabo a rabo. A continuación, como si estuviera dando una lección magistral de Historia frente a sus maestros, detalló la composición del ejército español, que en papeles estaba dotado de ciento siete mil soldados y treinta mil más de las guarniciones de milicianos provinciales. Sin embargo, la gran mayoría estaba en América por lo que apenas se contaba con cinco mil soldados en capacidad de combatir.

Primero los franceses invadieron Pamplona, y cuatro días después Barcelona. Mientras el norte del país se hallaba tomado, en Aranjuez Fernando VII se proclamó Rey de España, tras la abdi-

cación de su padre. Fue a fines de marzo que el mariscal Joachim Murat, cuñado de Napoleón, entró en Madrid. A pesar de la advertencia de que sería una visita amistosa, el mariscal y la tropa dieron muestras de despotismo y no escatimaron en apropiarse de cosas ajenas sin pedir permiso. Murat tuvo la desfachatez de desconocer la autoridad de Fernando VII, e incluso se atrevió a exigirle la sagrada espada de Francisco I que se conservaba como una reliquia en la Armería Real de la villa de Pavía.

Para recordarles constantemente a los madrileños que habían sido invadidos y dominados, Murat pasaba revista a la tropa todos los domingos, en un arrollador desfile público que iba desde la calle de Alcalá hasta el Paseo del Prado. Un día, cuando Murat y su Estado mayor cruzaban la Puerta del Sol, fueron abucheados e insultados por la muchedumbre, y por primera vez Murat se sintió inseguro. Consultó con sus compinches y llegó a la conclusión de que era la figura de Fernando VII la que inspiraba la insurgencia, por lo que pidió a Napoleón que se llevara al rey de España. Y así lo hizo. Detuvo como prisioneros a padre e hijo en Bayona, aunque no exentos de lujos y galas, pero cuando pretendió sacar a los infantes reales de Madrid, el pueblo se alzó en armas. Se congregaron frente a la puerta del Palacio Real para impedir el secuestro de los infantes, por lo que Murat, sin pensarlo dos veces, mandó un batallón con dos cañones ligeros de campaña para que arremetieran contra la muchedumbre. Hubo muertos y heridos y la gente se dispersó por todas partes gritando: *¡muerte a los franceses!* Esperaban que salieran los soldados españoles a defenderlos, pero brillaron por su ausencia. Ninguno quiso rebelarse porque todos sabían que la armada francesa era superior. Exactamente: tres mil españoles contra treinta y cinco mil galos.

El joven Juan Veintimilla hizo una pausa, tomó aire y siguió con voz firme.

-La hora de poseer el imperio más grande del mundo le había llegado a Roma, después a España, y ahora el turno era de Francia.

Ese había sido el argumento que les vendieron los galos a algunos españoles. Entre ellos los miembros de la Junta de Gobierno que se había formado por la ausencia de Fernando VII y que nunca intervino porque estaba del lado de los franceses.

Un grupo de valientes madrileños acudió al parque de artillería del Palacio de Monteleón donde un arsenal estaba depositado. Se armaron junto a setenta soldados que custodiaban el parque y dispusieron varios cañones. Murat no se amedrentó, alertó a todos sus cuarteles que sofocaran inmediatamente cualquier intento de subversión y luego arremetió contra el Palacio de Monteleón y pasó a todos por las armas.

Se sobrecogieron los presentes al escuchar la narración de Juan Veintimilla, y mucho más cuando el joven, con tono fúnebre, expresó:

-Los fusilamientos comenzaron temprano, siguieron en la tarde, y continuaron hasta el día siguiente.

La Moncloa, el Retiro, el Paseo del Prado, la montaña del Príncipe Pío, estaban colmadas de cadáveres. Fueron más de ciento cincuenta, junto a otros cuatrocientos de hombres, mujeres y niños que fueron asesinados en las calles de Alcalá, San Jerónimo, Fuencarral y otras.

El resto de cadáveres, que sumaban el doble, no eran de españoles, sino de franceses, porque el populacho armado de cuchillos había hecho su parte. Perdieron la vida más de quinientos madrileños, pero de los galos murieron sobre los mil.

A pesar de que Murat había confirmado a Napoleón que España estaba dominada, este desplegó un numeroso destacamento a Zaragoza, Cataluña, Valencia, Andalucía, la Mancha y la frontera con Portugal, ya que en Oporto se había desatado una sublevación contra los franceses y no quería que lo mismo ocurriera en otros lugares de España.

Fue entre el 2 y el 5 de mayo que sucedió lo peor: Carlos I y Fernando VII abdicaron del trono de España a favor de Napoleón Bonaparte.

Todos los que estaban oyendo la narración del joven Juan Veintimilla emitieron involuntariamente un gemido, y al cura Riofrío se le escapó un comentario:

-¡Cobardes!

Antes de que se produjeran más interrupciones, el joven Veintimilla volvió a hablar:

-Ahora viene lo mejor –dijo, y con voz fuerte anunció- ¡Ingenieros de Alcalá de Henares!

Setecientos soldados del batallón “Ingenieros de Alcalá de Henares” fueron los primeros en alzarse contra las tropas francesas. Se apoderaron de más de millón y medio de reales y huyeron a Valencia donde fueron recibidos con mucho entusiasmo. Desde ahí comenzaron a organizar la insurgencia.

Inmediatamente hubo réplicas en toda España: Oviedo, Zaragoza, Cádiz, Asturias, Badajoz, Cartagena, Granada y La Coruña y entonces comenzó la guerra. El joven Veintimilla narró varias batallas: la de Medina de Ríoseco, la defensa de Valencia, la de Zaragoza, la de Gerona, e incluso la de Rolica, que había sido la primera batalla entre franceses e ingleses en suelo ibérico.

Concluyó su larguísima exposición argumentando que se habían creado muchas Juntas Provinciales en España, que se habían declarado absolutamente independientes del gobierno francés.

-¿Cuál será, entonces -terminó diciendo- el destino de las colonias?

Hubo una larga ronda de aplausos y felicitaciones. Rosa sirvió más chocolate y *allullas*. Estaban admirados por el talento del joven, pero también por lo que estaba sucediendo en España.

La pregunta del joven Veintimilla se quedó rondando en el salón como un cuchillo afilado que podía herir pero también cortar las amarras de la libertad.

-¿Cuál será el destino de las colonias? –repitió el marqués con cierto tono irónico. Hizo un sucinto resumen de lo que había expuesto el joven Veintimilla y concluyó:

-Una Junta Provincial.

Sacó a relucir el caso de Cádiz, en el que se había botado a todos los miembros del gobierno por estar a favor de los franceses y se había armado una Junta Provincial con voluntarios del mismo pueblo.

-¿Una Junta Provincial española? –preguntó Juan de Dios Morales.

-Sí, española, -adujo el marqués- ya que somos colonia española.

-Pero podríamos dejar de serlo, -sentenció Morales.

Todos guardaron silencio porque se estaba tocando un asunto escabroso.

-Ha llegado, ahora sí, –añadió Morales- el momento de nuestra independencia.

Mascullaron el asunto y terminaron estando de acuerdo. Eran las tres de la mañana y estaban cansados, así que se retiraron a las habitaciones que les habían asignado. Sin embargo, esa noche nadie pudo dormir porque el miedo, con su cola espinosa, compartió la cama con todos.



El día de Los Santos Inocentes por la tarde, después de una comparsa de indios disfrazados que Rosa había organizado, Manuela Espejo pidió la palabra. Contó que días atrás, mientras reorganizaba la biblioteca, había encontrado un legajo escrito por su hermano que versaba sobre la famosa Revolución de los Estancos, de la que tanto hablaban los mayores y que actualmente se había olvidado.

Reiteró que ella no era nadie para habar de esos sucesos, pero que lo hacía a nombre de su hermano, quien consideraba que la Revolución de los Estancos era el mayor acontecimiento de insubordinación que se hubiera dado en América. Sin más preámbulos, contó la narración hecha por el sabio.

Se remontó al primer Marqués de Selva Alegre, que había fallecido siendo Presidente de la Audiencia, allá por 1761. Por más de cinco años no se nombró sucesor y las pocas autoridades que quedaban eran tan ancianas que no se ocupaban de sus funciones. El pueblo estaba más deprimido que nunca ya que nadie podía ejercer el comercio sin pagar cuantiosos impuestos, ni sosegar las penas con una gota de aguardiente.

España no era tonta. Cuando comenzó a acabarse el oro, inmediatamente buscó otra forma de proveerse. De las mitas y obrajes, pasaron a los estancos, que abarcaban cualquier líquido fermentado. A los indios se les arrebató de los labios su sagrada chicha y se prohibió tajantemente la producción casera de aguardiente en haciendas y comunidades.

Antiguos Presidentes de turno fueron tolerantes con la medida porque conocían la situación de cerca. El mejor de ellos fue el primer Marqués de Selva Alegre que permitió la destilación de aguardiente por asentamientos, es decir que podía realizarse en varios sitios y a diferentes precios, con lo cual se competía por la calidad del producto y no se lo mezquinaba a nadie, sin embargo, a su muerte se comenzó a aplicar la ley radicalmente. Conocedores en España de lo difícil que era cumplir la ley a rajatabla, encargaron el asunto al virrey Mesía de la Cerda, quien no pudo tener mejor acierto que enviar a la Audiencia a su hombre de confianza: un tal José Díaz Herrera, conocido por su tenacidad para poner orden. En poco tiempo exterminó la casi totalidad de alambiques privados y estableció un solo estanco, y así el expendio de aguardiente pasó a ser voluntad de la Real Hacienda. Era un solo dueño que tasaba las botijas de aguardiente a su conveniencia sin fijarse en las necesidades ni provecho de los agricultores.

Los ánimos de la plebe, es decir mestizos e indios, estaban exaltados, y no era para menos porque en la producción y comercialización de aguardiente intervenían familias enteras, y era de ese negocio que se mantenían. Además pesaba sobre manera el asunto de las aduanas para los productos de consumo diario ya que hasta una miserable zanahoria tenía que pagar un impuesto para entrar a la ciudad. La pobreza era grande y la insatisfacción crecía cada día.

Llamaba la atención la constante agrupación de quiteños en los barrios, en las plazas, en los mercados, y algunas veces en las mismas iglesias parroquiales. Todos mestizos e indios. Blancos ninguno. Los señores de apellido antiguo y abolengo estaban en las haciendas porque Quito ya no era un buen lugar para vivir. Desde hacía años Riobamba le había robado el encanto. Quito podía ser la ciudad de las artes y las dos universidades, pero en Riobamba se llevaba vida de corte.

Manuela interrumpió su narración y tomó un sorbo de chocolate. Los que tenían mayor edad hicieron sus comentarios:

-Es cierto, -dijo Juan de Salinas- Riobamba era mejor que Quito. Cuando era muchacho no había mejor regalo que ir de vacaciones a Riobamba.

Recordaron los paseos a las cinco de la tarde por la plaza mayor, en los que todos los habitantes salían a cumplir el rito de dar incontables vueltas alrededor de la plaza, saludando unos con otros y luciendo las mejores galas. Luego las serenatas y alguna vez un grupo de universitarios de Quito que traía una representación teatral.

Más que el arte eran las fiestas, y más que las fiestas era el derroche de lujo. Las principales familias riobambeñas competían por demostrar que en esa ciudad se llevaba más vida de corte que en Lima.

Habría llegado a ser la ciudad más importante de la Audiencia de no haber sido por el fatal terremoto que la destruyó.

Guardaron silencio por un rato, entonces Manuela volvió a tomar la palabra.

-Fueron mestizos e indios los que protagonizaron la rebelión de los barrios, -continuó.

Habían sido exclusivamente ellos los que se levantaron en armas y dijeron *¡basta!* a los abusos. Eran tantos y estaban tan bien organizados por barrios, que amedrentaron a los españoles que vivían en Quito, y que con las justas consiguieron refugiarse en algunos conventos de curas y monjas de clausura, aunque fue peor para ellos, porque una vez que la ciudad estuvo tomada, se dieron cuenta de que eran prisioneros.

La plebe tomó el mando y como primera medida expulsó de la ciudad a todos los españoles solteros, lo que se cumplió de inmediato. El primero en salir, a hurtadillas fue el tal José Díaz Herrera, de quien no se volvió a saber.

Inmediatamente acudieron como mediadores algunas autoridades y coincidieron en que la ley de estancos y aduanas era injusta. El virrey de Bogotá la abolió y la tranquilidad volvió a estas tierras.

Manuela tomó aire y se paseó por el salón. Sospicazmente, concluyó:

-Habría sido la ocasión perfecta para declarar la independencia, pero ese no era el deseo de la plebe. Ellos querían a su rey, y nunca habían tenido la idea de dejar de ser colonia. Era otra cosa por la que se habían sublevado: una ley injusta que fue abolida. Nada más.

Calló y se produjo un largo silencio. Estaban pensativos porque el discurso de Manuela les había calado en lo más profundo.

Manuel Rodríguez fue el primero en hablar. Dijo que el punto de vista de Manuela era interesante, pero ella interrumpió para aclararle que no era su punto de vista, sino que era la opinión de su hermano, y que ella solo había hecho de interlocutora. Manuel Rodríguez rindió su admiración al sabio y luego siguió:

-El problema es siempre el mismo: la falta de instrucción. La ínfima plebe no puede ser más ignorante y es por eso que no puede discutir sobre conceptos como libertad.

Filosofaron largo rato sobre la libertad y la pobreza, y al final le dieron todos la razón al sabio Espejo, que aunque no estaba presente había demostrado que sus ideas eran imperecederas. Concluyeron que en efecto a la ínfima plebe, compuesta de miles de mestizos categorizados en nueve rangos, además de indios y negros, no le interesaba ser o no colonia. Ellos estaban felices con sus reyes, príncipes e infantes, que nacían, morían y cumplían años, a cada rato. Gracias a ello había fiesta, comida de sobra, corrida de toros, luminarias y torpedos, y así la vida se hacía más llevadera.

Lo único que fastidiaba al colono, desde México hasta la Patagonia, era el trato despótico, grosero y desmedido de los chapetones hacia los americanos. Manuel Rodríguez agregó que él lo había experimentado en carne propia, ya que siendo hijo de español, había perdido automáticamente todos los derechos al haber nacido en suelo americano.

-Como si América fuera la cloaca de España, -musitó.

El comentario desató un murmullo.

Juan de Dios Morales que hasta entonces había permanecido en silencio, tomó la palabra para hacer un sucinto resumen de lo que había escuchado. Con sus magníficas dotes de catedrático y orador, abarcó todos los puntos tratados, y concluyó:

-Para que una revolución se dé es indispensable el apoyo popular.

Algunos adujeron que sí lo había y que el abarrotero, el cerero, el carnicero y el panadero eran prácticamente amigos íntimos. Pudieron también haber dicho que eran sus parientes, pero se abstuvieron.

Juan de Dios Morales les llamó a la cordura y les pidió que admitieran la realidad. No existía apoyo popular, por la simple razón de que a la ínfima plebe no le interesaba el asunto. Creía en la urgente necesidad de educar a la plebe, pero también sabía que no había tiempo.

-Sin embargo, lo que está ocurriendo en España es una oportunidad única para nosotros. Es ahora o nunca, -concluyó.

Divagaron durante horas en cómo convencer a la plebe sobre la causa independentista pero todas las soluciones estaban llenas de obstáculos. Después de la cena, el marqués de Selva Alegre opinó:

-Tanto que se alega que las colonias tienen los mismos derechos que los pueblos de España, entonces bien podríamos imitar lo que han hecho las juntas provinciales, y declararnos independientes de Napoleón, pero leales a Fernando VII, así la plebe nos apoyaría.

Lo discutieron y convinieron en que era magnífica idea. Incluso Juan de Dios Morales y Manuel Rodríguez que eran los más radicales, estuvieron de acuerdo. Les parecía que la situación de España era tan inestable que tarde o temprano habría de darse la independencia, por lo que hicieron un brindis y todos al unísono exclamaron:

-¡Viva Fernando VII!



El capitán Juan de Salinas y Juan Pablo Arenas aportaron cada cual con lo suyo. El capitán explicó en pocas palabras que contaba con el respaldo de una tropa compuesta por doscientos hombres, en la ciudad de Quito, y más de mil en las afueras.

Juan Pablo Arenas contó por su parte que semanas antes se había puesto en contacto con su hermano, Jacinto Bejarano, quien dirigía el grupo de conspiradores en Guayaquil. Vicente Rocafuerte, su sobrino había viajado a Bogotá a entrevistarse secretamente con el prócer Nariño que aunque estaba tras las rejas dirigía la subversión desde prisión. El prócer lo había anunciado: la subordinación debía comenzar en Quito, para luego extenderse por Guayaquil, los corregimientos del sur, y al mismo tiempo por el norte, hasta Pasto y Popayán. Del resto se encargaría Nariño.

Arenas también dijo que dentro de pocos días se encontraría en Ambato con Rocafuerte para contarle la decisión que había tomado la Junta.

-¿Junta? –balbucearon.

El nombre se les quedó en la punta de la lengua, lo saborearon y llegaron a la conclusión de que así debían llamarse.

Alguien sugirió que debían fijarse plazos y fechas.

-El seis de enero, día de Reyes, -opinó Manuel Rodríguez, pero les pareció demasiado pronto. Necesitaban tiempo, sobre todo para acercarse a la plebe y convencerlos de su apoyo.

Acordaron que sería a fines de febrero. Se convocaría a una reunión abierta a la que debía asistir el mayor número de gente y entonces se proclamaría la desobediencia al gobierno de Napoleón y la total lealtad al rey Fernando VII. Hablaría el marqués de Selva Alegre, y a continuación el capitán Salinas, en compañía de Morales, entregarían al conde Ruiz de Castilla la petición de desalojo. Del mismo modo serían removidos de sus cargos los oidores y todos los españoles que desempeñasen un cargo administrativo, y al igual que en la revolución de los Estancos, se expulsaría a todo español soltero.

Les pareció bien. Agregaron unas cuantas peticiones en son de chiste y se regocijaron por estar todos de acuerdo. El más emocionado era el joven Juan Veintimilla que hizo rápida amistad con el capitán Salinas, ya que su sueño era ser militar.

No se quedaron a pasar el fin de año en la casa del marqués puesto que todos alegaron tener mucho que hacer, y era cierto: estaban empeñados en averiguar personalmente de qué lado estaba la plebe. En el caso de Manuela, Morales y Rodríguez, armaron durante el viaje de regreso una estrategia para comenzar a ganar adeptos para la insurgencia. Tuvieron bastante tiempo para discutir sobre libertad, independencia, y los derechos del hombre. Afortunadamente tenían un ideólogo que siempre les inspiraba aportando con la idea precisa: Eugenio Espejo que estaba presente, siempre.

Por eso fue que concluyeron que la independencia no era solo un asunto de libertades y derechos, sino que lo más importante era el territorio. *América para los americanos*, había dicho el sabio, y era absolutamente cierto.



Más de cien juguetes, entre soldados de madera y muñecas de trapo, se distribuyeron en los barrios de Quito el día de Reyes, gracias a la generosa contribución de Juan de Larrea, el capitán Salinas y Juan Pablo Arenas. Además, las madres de familia de cincuenta hogares humildes recibieron artículos de cocina y otros cachivaches.

Los fueron a entregar ellos mismos. De casa en casa distribuyeron los objetos y la plebe les expresó su agradecimiento. A la semana, los mismos Larrea, Salinas y Arenas, asomaron por los barrios. Se entrevistaron con algunas personas que ejercían el comercio y acordaron una reunión barrial para conocerse mejor. Como la gente les tenía gran afecto, las reuniones se llevaron a cabo sin problema. Comenzaron por San Roque, que tenía fama de ser un barrio de gente aguerrida. Se reunieron alrededor de treinta personas, hombres y mujeres, en la casa del comerciante Quijano que era de las más grandes, y esperaron en silencio a que uno de los tres hablara. Comenzó Larrea. Les agradeció por haber concurrido al llamado y pidió un aplauso para el comerciante Quijano, que había prestado las instalaciones. Acto seguido les habló de la urgencia que había en que todos se enteraran de lo que estaba ocurriendo en España. Habló de los reyes y también habló de Bonaparte, y luego habló de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Habló tan solemnemente que muchos se perdieron en el discurso. Como sospecharon que algo grave había ocurrido, preguntaron qué pasaba porque no habían entendido nada.

El capitán Salinas soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro a su amigo.

-Don Juan de Larrea es un hombre muy educado -les dijo- y por eso se expresa con palabras poco conocidas.

Con la simpatía que siempre desbordaba, explicó el asunto. Habló de un tal Napoleón Bonaparte, un don nadie, que de pronto se había convertido en el Emperador de varias naciones, entre ellas España. Arbitrariamente había desterrado a los reyes lo que había motivado que el pueblo español se sublevase y comenzara la guerra de independencia contra los franceses. Les dijo que las colonias tenían que tomar una posición frente al asunto. O apoyaban a Fernando VII, o se quedaban con Napoleón.

No podía haberlo dicho mejor. La rápida exposición del capitán Salinas desató una ola incontenible de susurros. Les pidió que se expresaran individualmente, y entonces el cerero de la iglesia de Santa Clara, dijo:

-¿Qué nos importa a nosotros quién gobierne en España? Total nunca les hemos conocido.

Miraron todos a Salinas esperando respuesta, entonces Arenas salió al paso:

-Importa mucho, porque no es lo mismo ser súbdito del rey de España que de un francés don nadie.

El tendero de la Cruz Verde, que estaba apurado por irse porque tenía el puesto botado, preguntó qué era exactamente lo que querían y con cuánto había que aportar.

Le explicaron que no era un asunto de dinero, sino de saber cuál era su posición: apoyaban a Fernando VII o se quedaban con Napoleón.

La mayoría expresó que le tenía sin cuidado el rey de España o Napoleón, que ninguno de los dos les aportaba ningún beneficio, y que peor de lo que estaban ya no podían estar. Alguien comentó que mejor era arriesgarse y optar por Napoleón, para ver si así cambiaban las cosas.

Se miraron entre los tres, decepcionados, y cuando se disponían a dar por terminada la reunión, el comerciante Quijano pidió la palabra. Habló con voz clara y sonora, y explicó que el momento histórico que se estaba viviendo era muy importante y había que aprovecharlo. Dijo sin más que las colonias americanas debían independizarse para que los gobiernos fueran locales, y los beneficios de la tierra se quedaran aquí mismo, donde pertenecían, y no fueran a dar en las arcas de un señor que ni siquiera conocía lo que tenía.

Todos estuvieron de acuerdo. Cuando el capitán Salinas les volvió a preguntar si apoyaban a Fernando VII o se quedaban con Napoleón, ellos respondieron:

-Ni uno ni otro. Queremos la independencia total de España y de Francia.

Los tres se quedaron mudos, porque ninguno supuso que la ínfima plebe, a la que consideraban tonta e ignorante, estaba más nutrida que ellos en asuntos de patriotismo.

Similar experiencia tuvieron Morales y Rodríguez. En una tertulia con artistas y los estudiantes que habían participado en las obras de teatro, se discutió lo que estaba pasando en España, y la mayoría llegó a la consabida conclusión de que era el momento perfecto para que las colonias americanas se independizaran. En una reunión más privada, la última que se realizó en la casa de Juan de Larrea, se comentó que los verdaderos intereses de la Junta quiteña eran declarar la lealtad a Fernando VII, y que la decisión ya había sido tomada. Algunos protestaron. Se indignaron de que no se los hubiese tomado en cuenta. El más enérgico de ellos, el joven Nicolás Vélez que acusaba a la Junta de timorata e hipócrita.

-Si lo que queremos es la independencia, –argumentaba– debemos decirlo abiertamente en lugar de disfrazarla con falsas lealtades.

La opinión del joven Vélez fue apoyada por varios de los presentes, lo que aumentó el desconcierto de Morales y Rodríguez.

Finalmente llegó a Quito la cédula real por la cual se nombraba al príncipe de Asturias como soberano de España y las colonias, cuando ya todos sabían que Fernando VII y Carlos IV habían abdicado al trono para entregárselo a Napoleón Bonaparte. A pesar de ello, el conde Ruiz de Castilla decidió apearse a la forma tradicional, aquella que estaba respaldada por un pergamino lleno de rúbricas y sellos, y anunció que Fernando VII había sido proclamado rey de España y que la Audiencia debía celebrarlo como correspondía. Pidió colaboración a la nobleza pero la recibió escasa y de mala gana, porque los nobles no entendían lo que ocurría. Fue a verlo una delegación de los más vehementes realistas, encabezada por don Juan José Guerrero y Mateu, regidor y alcalde la ciudad, que le expuso al conde la situación de lo que estaba pasando en España, pero el conde agregó tajante:

-Mi deber es ceñirme a la jurisprudencia.

Guerrero insistió en la que la jurisprudencia no tenía cabida porque en España se habían roto todas las reglas y el rey ya no era Fernando VII sino un francés aprovechado y autoritario, pero el conde no quiso ceder. Reiteró que tenía que ceñirse a lo establecido por lo que ordenó que se gastase una buena suma del erario en fiestas, toros, luminarias y banquetes que debían comenzar lo antes posible.

Al día siguiente se inició la celebración con misa y corrida de toros, y también comenzaron a circular varios pasquines con la tradicional cadena quiteña. Uno de estos llegó a manos de una integrante de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias, que lo leyó a las damas e inmediatamente se reprodujeron treinta y seis pasquines del mismo tenor, que decían:

*¡Oh Quito! sin atención
a los sagrados decoros,
que te diviertes con toros
estando el Rey en prisión!
Ignominia y confusión
del americano suelo
cuando todos con desvelo
claman la piedad de Dios,
en letargo solo vos
no haces memoria del Cielo.*

Teresa de Larrea, la marquesa, estaba inquieta por conocer el origen de los pasquines, que a pesar de ser anónimos, se notaba a leguas que habían sido escritos por un mismo autor. Tanto rogó a la mensajera que terminó confesándoselo. Se trataba de un cura Yánez, dominico, que se había impuesto como penitencia escribir un pasquín diario y difundirlo. Para ello se valía del confesionario al que había transformado en su fortín de batalla. Desde ahí difundía los pasquines que eran reproducidos por cientos, y aunque sus mensajeras le eran absolutamente fieles, no fueron capaces de mantener el secreto.

Alguien le fue con el chisme al superior de los dominicos que tenía fama de ser un hombre muy culto, y lo mandaron a llamar. Sobre el escritorio aguardaban varios pasquines. El superior los tomó y se los entregó.

-¿Usted ha escrito esto? -le preguntó escuetamente.

Sin ver siquiera los papeles, el cura Yánez contestó:

-No es mi letra, padre.

-Ya sé que no es su letra, -exclamó- lo que le estoy preguntando es si usted es el autor de esto...

Yánez tomó aire y confesó:

-Sí, padre, soy yo.

El superior admiró su integridad al admitirlo, pero no le dijo nada al respecto. Solo lo miró fijamente y añadió:

-Sus poemas son muy malos.

Le devolvió los pasquines y le dijo que no volviera a escribir porque lo hacía muy mal, y que las letras no eran lo suyo. No le dejó decir nada ni tampoco Yánez abrió la boca. Estaba confundido. Esa noche no pudo dormir. Lo que le había dicho el superior le había dolido en el alma, y más aún porque el superior tenía mucho prestigio. También pensó en que sus pasquines eran muy queridos y solicitados en Quito, y que las mujeres que se confesaban con él y le servían de mensajeras, más de una vez le habían comentado que los lectores estaban encantados y demandaban más material. Llegó a la conclusión de que el superior era un hombre envidioso que quería destruir sus inclinaciones literarias y que nadie impediría que siga realizando su trabajo subversivo. En esas meditaciones se hallaba cuando llegó el alba y tocaron a la puerta. Era un cura lego que le entregó una carta y se marchó sin decir una sola palabra. La abrió. Estaba firmada por el superior y decía:

*Empaque sus cosas porque se va a Mainas.
Veo en usted a un buen misionero.*

No tuvo tiempo para despedirse de ningún amigo ni ponerse en contacto con sus mensajeras. Lo único que pudo hacer es dejar en el confesionario un rollo de papeles con sus poemas. Afortunadamente lo encontró una de sus secuaces, que lo difundió inmediatamente. Se intitulaba:

*Justa repulsa de la inicua acusación
hecha a los Reformadores del Mundo,
don Quijote y Sancho Panza,
por la muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito,
por haber celebrado con toros la proclamación de su Rey y Señor Natural.*

No se volvió a saber de Yánez y sus poemas tampoco perduraron. Quizá el superior tenía razón y no eran muy buenos, o quizá se debió a que las celebraciones terminaron y la gente se olvidó del asunto. El caso es que si bien no se conservó la memoria de Yánez, fue él quien reavivó la costumbre de comunicarse por medio de pasquines. El más sobresaliente de ellos se reprodujo casi quinientas veces e incluso alguien le puso música y se volvió una tonadilla muy popular que se cantaba a coro cuando las reuniones se prendían al calor del aguardiente. Decía:

*Por fin se va vislumbrando
alguna luz en el cielo
y aunque vuelva el Rey a España,
habrá dicha en este suelo.*



Manuela Espejo también tuvo su propio aprendizaje. La cofradía de Nuestra Señora de las Angustias le invitó a un almuerzo en la casa de la marquesa de Solanda, en retribución por los favores que le había hecho a la cofradía con la puesta en escena de *Andrómaca*.

Le pareció extraño el pretexto del almuerzo, sobre todo porque habían transcurrido algunos meses ya desde el estreno de *Andrómaca* y no se habían manifestado. Concurrió escéptica, pero apenas cruzó un par de frases con la marquesa, se percató de que ella había organizado todo y que tenía un interés especial en enterarse de algunos asuntos. En efecto, antes de que empezara el almuerzo, secuestró prácticamente a Manuela y se la llevó al cobertizo. Escondidas al fondo del cuarto, en el espacio suficiente para no interferir con un par de caballos, le dijo que ya toda la ciudad se había enterado de la confabulación que se tramaba, y le reclamó, cómo si el asunto fuera propio, que no se había cuidado el sigilo.

-Creo hasta las entrañas que América debe independizarse -alegó- por lo que este asunto me incumbe a mí también.

Le dijo abiertamente que la insurgencia no podía llevarse a cabo porque seguramente los españoles ya conocían del plan, y que debían volver a reunirse para reorganizar las cosas.

Manuela se sintió como una niña a la que regañaban, pero no se molestó sino que admitió que Teresa tenía razón. A raíz de esa confidencia se hicieron grandes amigas y Teresa le hizo jurar que sería invitada a la próxima reunión, solo ella, no su marido, y no porque pensara diferente, sino porque era amigo de don Pedro Calisto, el mayor realista de la ciudad.

No hubo segunda reunión. Manuela habló con Morales y Rodríguez, y todos estuvieron de acuerdo en que se les había ido la mano. Cuando quisieron reparar el asunto ya era demasiado tarde: todo Quito lo sabía.

El primero de los españoles en enterarse fue el anciano Joaquín de la Peña, de la Compañía de Temporalidades. Lo supo de boca de un carnicero de San Blas al que le reclamó por venderle más hueso que carne. Como al carnicero le caía mal y le tenía ojeriza por ser español y grosero, le dijo sin más preámbulos:

-Aprecie el hueso, porque ha de ser lo único que tengan para roer los chapetones.

Se sobresaltó y pidió explicaciones, así que el carnicero le increpó que pronto iba a acabar su dominio, porque los quiteños estaban hasta la coronilla de los españoles. Inmediatamente el anciano percibió el aroma de la conspiración. Se dirigió al convento de la Merced donde tenía un conocido, el cura Andrés Polo y le contó todo lo que sabía. Por su parte el cura Polo conocía otro tanto. Cuando el anciano le preguntó de dónde provenía su información, el cura se negó a revelarlo aunque inmediata-

mente el doctor Peña sospechó que provenía de las confesiones que se suponía eran secretas. No dijo nada, pero el cura Polo algo intuyó y para librarse de toda culpa alegó que en alguna parte de los voluminosos tomos de Derecho Canónico había una regla relativa a decir el milagro sin revelar el santo.

Conversaron largo y tomaron la decisión de averiguar más. Apenas el doctor Peña se retiró, el cura Polo se reunió con los mercedarios, incluidos los de la recoleta de El Tejar, y les advirtió que se estaban viviendo momentos difíciles por lo que apreciaría cualquier tipo de información. Especial atención puso en el padre Andrés Torresano, pastuso, comendador de la recolección de El Tejar y al que miraba con desdén. Más de una vez se habían enfrentado en agrias discusiones que terminaron en insultos y amenazas. El motivo era uno solo: el padre Polo era realista hasta la médula y el padre Torresano un descarado insurgente.

No se equivocaba el padre Polo en sus sospechas, ya que si alguien debía saber sobre algún movimiento insurgente era precisamente Torresano. En efecto, Torresano era muy amigo de Juan Pablo Espejo y una frecuente visita en la casa del cura Riofrío, en Píntag. Del mismo modo, Torresano mantenía amistad con el capitán Salinas, con el que tenía la costumbre de libar aguardiente. Fue en una de esas noches de juerga que alcohol de por medio hablaron abiertamente de la conspiración, sin percatarse de que les escuchaba *la Paquita*, una mujer de mala vida que prestaba su casa para las reuniones.

Antes de que amaneciera, *la Paquita* se fue a conversar con el padre Polo y a cambio de un par de monedas y una cesta con víveres, le contó todo lo que había escuchado. Al padre Polo se le iluminaron los ojos y pensó que por fin tenía la información suficiente para destruir a Torresano.

Fue donde el doctor Peña y le contó el asunto.

-Hay que obrar pronto, -le dijo- porque lo que menos tenemos es tiempo.

Reunieron a las máximas autoridades de la Presidencia y les alborotaron con el asunto. Hablaron con el conde Ruiz de Castilla, que los recibió en la cama, porque había amanecido enfermo, y prácticamente le obligaron a emitir una orden de prisión contra los principales conspiradores, entre los que figuraban el capitán Salinas, Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez, el marqués de Selva Alegre, y por supuesto, el padre Andrés Torresano, entre otros.

El más entusiasta era Tomás Arechaga que tenía una especial antipatía por los quiteños. Había intentado introducirse en sociedad pero su apariencia y modales eran inadmisibles, e incluso llegó a enterarse de que le habían apodado *la Bestia*, lo que consideraba imperdonable. No tenía amigos ni la más remota posibilidad de tener una novia de buena familia. Pasaba el tiempo con la tropa, con otros zambos limeños como él, que tenían las mismas costumbres y pensaban las mismas cosas.

El dulce sabor de la venganza se apoderó de él cuando comprendió que había llegado la hora de darles un buen escarmiento. Se puso a las órdenes de los chapetones e instó para que se alargara la lista de sospechosos.

Se metió en prisión a unos cuantos y comenzó la rendición de testimonios. Hablaron todos y a todos se les preguntó lo mismo. El plato fuerte de las indagaciones fue el padre Andrés Torresano, quien juró que todo era una falsedad y un invento del padre Polo. Puso nerviosos a los superiores mercedarios cuando recalcó que aunque supiera algo jamás lo diría, ya que él sí respetaba el secreto de confesión.

Cuando se puso en evidencia que todo se debía a la mala voluntad del padre Polo y a los chismes de una mujer de mala vida, se desvaneció el caso.

Manuel Rodríguez hizo gala del dominio de su profesión de abogado y defendió a los acusados, entre los que se encontraba él mismo.

Entre las muchas acusaciones se hablaba de ciertos libelos y cartas anónimas que habían sido escritos por los acusados, pero no se pudo probar nada ya que el material abundaba por la ciudad y era anónimo, y la norma era que quien lo recibía tenía que sacar por lo menos tres copias. Si se hubiera investigado a fondo, todos los que sabían leer y escribir en Quito habrían estado implicados.

Como no hubo pruebas se los puso en libertad y se dio por olvidado el asunto. Los superiores del cura Polo lo enviaron a Cuenca, y Torresano volvió a la recoleta de El Tejar.

Después del susto vino el gusto. Los insurgentes se reunieron en la casa de Manuela Cañizares y comentaron la experiencia. Coincidieron unánimemente en un punto: se habían quedado con ganas.



Apenas el negro Prieto se enteró de que Jeremías Anangonó andaba por Quito, lo mandó a llamar. Se encontraron en el humilladero del convento recoleta de San Diego, cuando comenzaba a anochecer.

-Me he quedado solo por hablar con vos, -le dijo Jeremías- así que espero que valga la pena.

-Claro que sí, -argumentó Prieto- escucha con atención...

Le contó que tenía a toda la servidumbre del palacio de su lado y que por lo tanto conocía todo lo que se hablaba y hacía. Mencionó con nombres y apellidos a varios personajes, entre ellos a Simón Sáenz de Vergara y al propio Joaquín de la Peña. Aseguró que antes no se hablaban, pero con las circunstancias se habían vuelto inseparables amigos. Varias veces, en varios días, la servidumbre oyó mencionar el nombre de doña Manuela de Santa Cruz y Espejo. El mismo Prieto, una vez que el conde le llamó para un mandado, escuchó de boca de Joaquín de la Peña decir que estaba seguro de que Manuela Espejo era la inspiradora de la insurgencia.

Consideró Prieto que Manuela Espejo debía enterarse del asunto y por eso estaba hablando con Jeremías Anangonó, ya que él era el único contacto que Prieto tenía con Manuela.

Se lo agradeció y fue ese mismo instante a comunicárselo a ella. Le contó todo rápidamente y casi le ordenó que empacara algunas cosas.

Encapuchados montaron juntos el caballo y partieron sin detenerse. Solo se apearon cuando llegaron al tambo de Luluncoto donde pasaron la noche. Con el alba reanudaron el viaje y al anochecer llegaron a la hacienda de Chillo.

El marqués se alegró de verlos y felicitó a Jeremías por haber tomado la decisión de traerla. Manuela agradeció la hospitalidad y alegó que estaba muy cansada y que lo único que quería era dormir. Rosa la condujo a una habitación y le manifestó que estaba contenta de verla nuevamente y que su compañía le encantaba.

-Ojalá tenga la dicha –le dijo- de que usted permanezca en esta casa mucho tiempo.

Durante largas jornadas el marqués y Manuela estuvieron juntos y hablaron de todos los temas posibles. Había uno en especial que les apasionaba: la constitución de la nueva república. Como un par de jovenzuelos encantados por la novelería, fueron armando el ideal de una nueva nación, que se gobernara por sí misma. El tema que más tiempo les tomó fue el que tenía que ver con democracia, es decir, con un sistema de gobierno en el cual el pueblo ejercía su soberanía. Estuvieron de acuerdo en admitir que el pueblo, el gran pueblo, el compuesto por la llamada ínfima plebe, era un pueblo ignorante, incapaz de gobernarse a sí mismo, peor a una nación. Manuela le dio razón, pero también adujo que los de la ínfima plebe eran ignorantes porque jamás habían tenido acceso a la educación, y que podían no saber nada, pero no por ello eran tontos.

El marqués, por su parte, admitió que se necesitaba el respaldo de las masas, para lo que había que tomar a la plebe en cuenta.

-Se trata de una auténtica revolución, -le dijo Manuela- ¿sabe lo que eso implica? Una revolución es un cambio rotundo del sistema de gobierno.

Reiteró que una revolución no significaba de ninguna manera la repetición del mismo sistema político, que aunque fuera local, seguía siendo el mismo.

-Cambio rotundo del sistema de gobierno, -repitió.

El marqués entendió que eso solo quería decir una cosa: reivindicar a la ínfima plebe, entonces Manuela sentenció:

-Si la revolución la hacemos solo nosotros, los instruidos, los nobles, los hacendados, en resumen: la minoría, la revolución será un fracaso.

En las mismas discusiones se encontraban Manuel Rodríguez y Juan de Dios Morales, que más de una vez se habían encontrado en el mismo sitio. Rodríguez por visitar a Manuela Cañizares, y Morales por encontrarse con el cura Castelo que vivía en la pieza junto a las Cañizares. Terminaban siempre en una sola reunión en la sala de las Cañizares, donde además de buen humor se brindaba un canelazo caliente.

Antes de las diez de la noche, cuando la ciudad dormía y estaba envuelta en niebla, caían a la reunión el capitán Salinas, Juan Pablo Arenas y últimamente don Mariano Villalobos que era corregidor de Canelos, donde mantenía varios negocios. Había vuelto a Quito porque arbitrariamente le habían cancelado el cargo. Estaba lleno de rabia y resentimiento y cuando se expresaba de los españoles destilaba el más denso de los odios.

El cura Castelo también pensaba que de no haber el respaldo de la ínfima plebe la revolución no tendría éxito. Lo decía rotundo porque se había enterado de que los barrios querían otra cosa.

-¿Qué cosa? –preguntó Manuela Cañizares.

-La independencia total de España, -dijo el cura.

-Pero es que eso es imposible ahora, -exclamó Morales- porque sería ponernos la soga al cuello. Inmediatamente nos caerían las tropas de Popayán y Lima y acabarían con la revolución, y los revolucionarios, de un solo tajo.

También Rodríguez insistió en que era mejor disimular el asunto. Que lo correcto era declararse Junta Patriótica, al igual que lo habían hecho las provincias de España.

Hablaron de Derecho, de las Leyes de Indias y varias cédulas reales en las que se sustentaba que las colonias tenían iguales obligaciones y derechos que las provincias españolas. Reivindicaron como nunca que eran provincias españolas, aunque todos sabían muy bien que había una diferencia muy grande en el tratamiento, porque unas mantenían a las otras. Las colonias americanas, por más encumbradas que fueran, solo llegaban a virreinos. Y aunque en América vivieran decenas de marqueses, duques y condes, en España estaba el Imperio. Eran las colonias americanas las que producían para el imperio, y por eso Sevilla, Aranjuez, y Zaragoza eran señoras, mientras que Bogotá, Quito y Lima eran sirvientas. Lo sabían todos, pero un aire de obstinada ceguera les impedía admitirlo.

Estaban encantados con ser provincia española. Ya no eran de la miserable Audiencia de Quito, sino que un extraño espíritu de solidaridad con el Rey Fernando VII los había subido de categoría. En un instante se olvidaron de la ínfima plebe. De pronto ya no necesitaban de ella. ¿Para que contar con un grupo reducido de diez mil soldados inexpertos, cuando se podía estar del lado del Rey, con un ejército diez veces mayor?

Estaban eufóricos y borrachos. Comenzaron a elucubrar imaginando que el gobierno de la Audiencia era suyo y que había que repartir los cargos. Cada uno expresó lo que pretendía y en menos de cinco minutos ya estaba todo armado, como si se lo hubiera planificado. El cargo de Presidente de la Junta debía recaer sobre el marqués de Selva Alegre, puesto que él era marqués y estaba más cerca del rey. Menos mal que alguien comentó que también era porque el marqués había sido eje fundamental de la insurgencia.

Todos tuvieron su momento, incluso Manuela Cañizares que abogó por el derecho de la mujer al trabajo y a ganarse la vida libre y decentemente, por lo que se brindó ruidosamente.

La única que se mantuvo al margen fue María Cañizares. No le llamó la atención a nadie ya que usualmente ella siempre estaba en otros quehaceres. Desde su rincón de agujas y tijeras, escuchaba todo lo que conversaban en el salón. Ella fue la única que pudo percibir la entrada de un ser extraño en la casa. Un ente oscuro, hediondo y baboso que se inmiscuyó entre ellos, y al que acogieron cariñosamente. Se llamaba *Poder*.



Por más intentos que hizo Vicente Rocafuerte, no llegó a entrevistarse personalmente con Nariño, aunque mantuvo la suficiente correspondencia para ponerse de acuerdo en todos los planes. Ante el fallido intento de la conspiración quiteña, se había tomado en cuenta a Guayaquil, pero la idea se desechó rápidamente porque ahí gobernaba Bartolomé Cucalón, el peor adversario que

podía tener un movimiento independentista. Consumado realista, Cucalón había jurado odio eterno a los Bejarano, sobre todo a don Jacinto, con quien mantenía antiguos resentimientos.

Volvieron a considerar el caso de Quito. Pusieron sus esperanzas en que esta vez la sublevación no fallaría y que la luz de la insurgencia se prendería por toda América.

En su paso por Quito, Rocafuerte se entrevistó con su tío Juan Pablo Arenas, en cuya casa estuvo hospedado cerca de dos semanas. Asistió a varias reuniones y conoció a los conspiradores. A finales de mayo, un día antes de regresar a Guayaquil, cuando estaba en la casa de las Cañizares, un capitán real acompañado por una escolta de más de diez soldados se detuvo frente a la casa. Llamaron a la puerta, pero como ya los habían divisado desde el balcón del segundo piso, todos los conspiradores estaban preparados. Tocaron varias veces hasta que les abrió Manuela. Estaba en enaguas, cubierta con un enorme mantón de hilo.

-¿Qué pasa? -preguntó.

-Tenemos la queja -contestó el capitán- de que en esta casa se hace mucho ruido. Los vecinos alegan que no pueden dormir...

-¿Ruido? -repitió Manuela.

Salió de la casa. Se dirigió a la plazuela de El Sagrario que lindaba con su casa y preguntó:

-¿Qué vecinos se están quejando del ruido?... ¿Las vírgenes y los santos?

Luego se dirigió a ellos y les encaró:

-Y además, ¿cuál ruido?... ¿Ustedes oyen algo?

El capitán frunció el ceño y añadió:

-Me han dicho que aquí entra mucha gente en son de algazara...

-¿Gente? -le interrumpió Manuela. -Pues adentro no hay nadie, a no ser mi hermana y un cura viejo que solo viene a dormir.

Incrédulo, el capitán se acercó al zaguán a espiar. Como no encontró nada a primera vista, entró en la casa.

Pasó solo él. Al resto de soldados Manuela les cerró el paso.

-Van a romper mis cosas, -les dijo- y eso no voy a permitirlo.

El capitán, acucioso, revisó en todas partes. Asustó a María con su repentina presencia y ella se tapó con la sábana. Encontró al cura Castelo durmiendo en una cama de un cuarto contiguo, y cuando le iluminó el rostro, el cura se despertó sobresaltado y gritó:

-¡Vade retro Satanás!

Antes de salir, el capitán se fijó en una puerta que estaba cerrada. Quiso abrirla pero fue imposible. Le pidió a Manuela que la abriera, pero ella respondió tajante que no tenía la llave.

-Esa puerta comunica con la iglesia de El Sagrario y está clausurada. No se ha abierto desde que yo vivo en esta casa.

Desafiante, volvió a pedir la llave, pero Manuela dio por terminado el diálogo:

-Pídasela al señor Obispo.

Se fueron desilusionados, no sin antes pedir disculpas a Manuela por haberla importunado.

Cuando volvió la calma, se dirigió a la puerta que comunicaba con El Sagrario y tocó un par de veces. Al rato le abrieron. Asomó la cara el provisor Manuel José Caicedo y le invitó a pasar.

-Es mejor que la reunión continúe aquí dentro, -concluyó.

Detrás de ella fue el padre Castelo, cubierto hasta la cabeza con una cobija. Decidieron congregarse frente al altar mayor, porque estaba alfombrado y hacia menos frío. Armaron un círculo con las sillas orondas del prelado y discusión tras discusión les dio las seis de la mañana. Caicedo les pidió dispersarse por toda la iglesia, mientras Manuela y el cura Castelo volvían a la casa contigua.

Para evitar rumores optaron por reunirse en diferentes sitios. Francisco Xavier Ascázubi fue el primero en ofrecer su casa, ubicada detrás del convento de Santa Catalina de Sena que su familia había donado a las monjas. Era espaciosa y tranquilamente podía albergar a cincuenta conspiradores.

El aroma de la insurgencia se volvió cautivador y de pronto las más distinguidas familias quiteñas quisieron colaborar con la causa. Lo que comenzó siendo una estrategia de conspiración, terminó en jolgorio. Durante los meses de junio y julio se celebraron en Quito tantas fiestas privadas que los españoles se relajaron pensando que nada ocurriría, sin sospechar que las celebraciones por cumpleaños, bautizos, aniversarios, advocaciones y otras tantas, eran un pretexto para organizar el golpe.

A una suntuosa fiesta organizada por una familia Lasso, le negaron el ingreso a un joven apellidado Rojas, aprendiz de carpintero, líder del barrio de San Roque, que había sido invitado por Juan de Dios de Morales. El joven Rojas, longo bien puesto, mestizo cuarterón por tener abuela de anaco, y nada sumiso, increpó que había sido invitado, pero al mencionar el nombre de Morales, le respondieron que esa era la casa de los Lasso y que no podía pasar porque estaban en celebraciones familiares.

Tanto insistió el joven Rojas que uno de los mayordomos perdió la calma y soltó:

-¿No entiendes que no puedes entrar, longo de mierda?

Se armó la gresca. El joven Rojas le dio un puñetazo que lo dejó inconsciente. El otro mayordomo estaba tan asustado que salió corriendo a pedir ayuda. Rojas no se quedó a esperar. Regresó furibundo a San Roque y a gritos convocó a reunión barrial. Salieron todos los vecinos y escucharon lo que Rojas les tenía que decir. Les contó el asunto al detalle. Admitió haber creído en las palabras de Morales, y que por eso había concurrido a la reunión, pero en lugar de dejarlo entrar lo habían humillado. Repitió varias veces el *longo de mierda* que se volvió un eco que viajó inmediatamente a los otros barrios.

Concluyeron que ellos, la ínfima plebe, eran menospreciados, y que la revolución que querían llevar a cabo no era una revolución integral, sino un reacomodo de lo mismo. Nuevos jefes, nuevo mando, lo que antes iba a España ahora se quedaría en suelo americano, ya no en las manos del Rey, sino en otras manos, pocas manos, mientras la ínfima plebe seguía rompiéndose el lomo. Para ellos no cambiaría nada. Absolutamente nada.

Un viejito, picapedrero, de quien se rumoraba que tenía más de cien años, recordó la revolución de los estancos y las aduanas, donde los protagonistas de la insurrección habían sido los del pueblo.

-Nosotros conseguimos lo que nos propusimos, -dijo- porque éramos un montón y estábamos organizados. Éramos tantos que los españoles se mearon en los calzones cuando nos vieron.

Todo el vecindario soltó una carcajada y después llegaron al acuerdo de que no intervendrían. Antes del amanecer, los demás barrios de Quito habían tomado la misma resolución.



Ala última de las conspiraciones, previo el golpe, asistieron solo siete personas: Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez, Juan de Larrea, Juan Salinas, Juan Pablo Arenas, en cuya quinta ubicada en Chimbacalle se llevaba a cabo la reunión, el Marqués de Selva Alegre y Manuela Espejo. Los dos últimos habían llegado juntos, y la presencia de Manuela obedecía a que había sido invitada por su amiga María Mercedes Tinajero a pasar una temporada en su quinta de Pomasqui, por lo que estaba regresando a Quito. Juan Pablo Arenas la invitó a quedarse y participar.

Morales y Rodríguez se incomodaron. Habían comentado que últimamente Manuela mostraba una postura demasiado crítica, y que llevada por los ilusos sueños de su hermano, pecaba de idealista y lírica.

La discusión se armó cuando Manuela volvió a insistir sobre la importancia del respaldo popular, y Manuel Rodríguez admitió que no existía, pero que a pesar de ello, el golpe debía darse.

El capitán Salinas y Juan de Dios Morales espectaban en silencio la discusión, con un visible gesto de agrado dibujado en la comisura de los labios. Por fin Morales habló:

-No es del todo cierto que no contemos con respaldo popular...

Mostró una lista que había confeccionado con Salinas y la leyó.

-No puede ser... -musitó Manuela.

Se indignó al saber que habían levantado una lista de habitantes de los barrios, para justificar que el movimiento tenía respaldo popular, usando los nombres de sus amigos y parientes.

En el caso de San Blas, por ejemplo, tres de los seis representantes del barrio, eran parientes de Manuel Rodríguez, y el resto sus amigos.

-Ninguno de los nombrados pertenece a la plebe, -recalcó.

Le aseguraron que eso no era importante. Que si lo que se buscaba era el respaldo de los barrios, pues ya lo tenían.

No pudo ocultar la indignación cuando se dio cuenta de que todo estaba organizado y que lo que se pretendía era manipular a un grupo de incautos para ejecutar un traspaso de poder, sin embargo se contuvo. Guardó silencio y les dejó hablar. Le dolió en el alma la actitud de su amigo, el marqués de Selva Alegre, que de pronto olvidó todas las conversaciones que habían mantenido, y se lanzó de lleno, con el ímpetu del niño que habitaba en todo hombre, a participar en el juego del poder.

Contuvo las lágrimas cuando supo que los supuestos miembros de los barrios iban a elegir a su representante, el cual ya estaba designado, y no era Pedro, el carpintero, ni Juan, el confitero, ni Perico, el hojalatero, sino los decrepitos marqueses que habitaban en los barrios, con excepción de Manuel Mateu, de San Marcos, que era menor de edad.

Sin decir nada se alejó de ellos. Observándolos desde la puerta comprendió que ella sobraba y que de pronto no hablaban el mismo idioma. Salió sin despedirse, y tampoco ninguno de ellos se

percató de su ausencia. Caminó en la oscuridad de la noche, cargando una única petaca con sus objetos personales, y se dirigió a la ciudad. Estaba profundamente afectada, se sentía sola y sobre todo preocupada porque a pesar del desacuerdo los consideraba sus amigos, y presentía un mal final.

Llegó de madrugada a la casa de María Mercedes, y a eso de las siete, después de haberse aseado y desayunado, partieron a Pomasqui. No le contó nada. Estaba cansada e intentó dormir, pero no pudo. El lirismo del que la acusaban sus amigos, había adquirido los matices de la más densa tragedia.



El golpe se dio en la casa de las Cañizares. Se escogió el sitio por una sola razón: la puerta de escape hacia la iglesia de El Sagrario.

Con el pretexto de conmemorarse las vísperas de San Lorenzo, un mártir asado vivo en una parrilla y que era patrón de los bibliotecarios, organizaron una gran fiesta para homenajear al padre de Pacho, *el organista*, que se llamaba también Lorenzo. Fue Pacho el encargado de convocar a los líderes barriales, pero ni bien llegado a San Roque se encontró con la negativa y el repudio de los vecinos. Insistió sobre el asunto pero ellos ya estaban prevenidos. Como sabían que no eran bienvenidos en las fiestas de los señores nobles de Quito, organizaron sus propias fiestas y también festejaron las vísperas de San Lorenzo con mucho estruendo. El comerciante Tejada había donado varias garrafas de aguardiente y el primero en caer fue el mismo Pacho, que si no hubiera estado acompañado por Nicolás Vélez, habría perdido la conciencia en una de las esquinas del barrio. Nicolás lo cargó a la casa de las Cañizares, y por estar en total estado de embriaguez, fue depositado en la cama del cura Castelo.

Asistieron más de setenta personas, unos atraídos por la novelería y los más con la firme convicción de que había llegado la hora de proclamarse libres y tomar las riendas del gobierno.

Cerca de las once de la noche se pidió silencio a los presentes y Manuel Rodríguez, con sus magníficas dotes de orador hizo un resumen sucinto de lo que estaba pasando en Europa y concretamente en España. Recalcó varias veces la importancia de las juntas provinciales que se habían instaurado para hacer frente a los franceses, y cómo las colonias, por dignidad, debían tomar el mismo camino. Quito no debía ser la excepción, sino todo lo contrario, ser la pionera, la audaz, la siempre muy noble y muy leal.

A continuación Juan de Dios Morales leyó el acta que habían preparado, escrito de puño y letra de Juan Pablo Arenas, y que comenzaba diciendo:

Nos, los infrascritos diputados del pueblo...

No se dijo “representantes” sino “diputados” que sonaba más elegante y parecía revestir de mayor autoridad. Quizá la autoridad del pueblo, pero no de un pueblo amorfo y llano, sino de un pueblo que estaba organizado. El primer atisbo de organización eran los barrios. Se entendió enton-

ces que eran barrios organizados que habían elegido a sus diputados y los dotaban de autoridad para llevar a cabo una primera voluntad: cesar en sus funciones a los magistrados actuales de Quito y sus provincias. Pero había algo más: el simple hecho de haberse organizado y tomado decisiones por sobre las autoridades establecidas, indicaba a claras luces que se trataba de una revolución en la que iban a cambiar muchas cosas. La primera de ellas: las autoridades.

Hizo un alto para tomar un respiro pero fue interrumpido por una hecatombe de aplausos.

A continuación leyó los nombres de los diputados por barrio, y sus representantes, es decir: los diputados de los diputados. Efectivamente, como ya se había previsto, los cargos recayeron sobre los marqueses de Solanda, de Selva Alegre, de Villa Orellana, de San José, y los adinerados Manuel Zambrano y Manuel Mateu, este último hermano del marqués de Maenza, conde de Puñonrostro y otros tantos títulos.

Se instauraron como Junta Soberana, al igual que las juntas que se habían formado en España para defender a Fernando VII y aborrecer a los franceses, y nombraron como Presidente a Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre que brillaba por su ausencia.

A nadie le pareció extraño que no estuviera, porque todos sabían que el marqués estaba al tanto de lo que ocurría, pero le aconsejaron que no acudiera. No porque fuera peligroso, sino porque debía evitarse que la gente pensara que la responsabilidad de la conspiración era suya.

-La revolución no debe personalizarse, -habían dicho- porque se la puede terminar de un solo tajo.

Después de nombrar al marqués como Presidente de la Junta de Quito, se nombró al vicepresidente. Alguien propuso el nombre de José Cuero y Caicedo, obispo de Quito, y todos aceptaron por unanimidad. Discurrieron en que solo una persona de su prestigio podía ocupar ese cargo, pero se olvidaron de consultárselo, ya que el obispo tampoco estaba presente. Supusieron que aceptaría gustoso y continuaron con la repartición de cargos.

Para Juan de Dios Morales fue la Secretaría de Negocios Extranjeros y de Guerra, que le correspondía desde hacía tiempo, y con lo que sintió que se subsanaba un antiguo resentimiento. Para Manuel Rodríguez de Quiroga fue el Ministerio de Gracia y Justicia, y para Juan de Larrea el de Hacienda.

Los cuatro integrantes de la Junta, como diputados del malogrado Fernando VII que incluso había abdicado al trono, tenían la jerarquía y tratamiento de majestades. El marqués sería llamado Alteza Serenísima, y los demás miembros de la Junta, Excelencias. Se adjudicaron rentas anuales en contante y sonante y dejaron por escrito que acudirían a misa solemne en la Catedral para jurar ante Dios fidelidad y obediencia a un rey que había abdicado. Sostuvieron que sus principios eran mantener la pureza de la religión católica, los derechos del Rey y la Patria, y hacer la guerra a sus enemigos, sobre todo los franceses, valiéndose de cualquier arbitrio para conseguir el triunfo.

Consideraron que era absolutamente necesaria una fuerza militar para mantener el orden por lo que nombraron Coronel a Juan Salinas, y le pidieron levantar una falange compuesta de tres batallones de infantería. El cargo de Auditor General de Guerra recayó sobre Juan Pablo Arenas y también se duplicó el sueldo de los soldados para mantenerlos contentos y porque todos reconocieron que los españoles les pagaban miserablemente.

Para la administración de justicia crearon salas de asuntos civiles y criminales, y del mismo modo nombraron a sus senadores, regentes, gobernadores, decanos, fiscales, todos con tratamiento de Excelencia.

Juan de Dios Morales dio por terminada la lectura del Acta de Independencia de Quito, pero ya no hubo aplausos ni ninguna demostración de regocijo. Un silencio aterrador invadió la sala hasta que Manuel Rodríguez volvió a hablar y pidió a los presentes que firmaran el Acta.

Se miraron unos a otros pero nadie dio el primer paso. Fue entonces que Manuela Cañizares perdió la paciencia y los tildó de cobardes.

-Ha llegado la hora de ser protagonistas –les dijo- y dejar de ser secundarios. Ha llegado la hora de ir, y hacer Historia.

Fueron sus palabras y también el aguardiente que sirvió María lo que los alentó a firmar el Acta. En total treinta y seis firmas de los supuestos representantes barriales, que no eran mestizos bajos ni indios, pero tampoco miembros de la nobleza. Figuraron ellos como los autores de los nombramientos de los marqueses, magistrados y excelencias, cuyas firmas, por un asunto de recato, falso pudor, o artimaña, no constaron en el Acta que sellaba la Independencia.



Caicedo no estuvo presente esa noche. Le habría gustado ser parte del golpe, pero pensó que debía cuidar su reputación, y sobre todo la de su tío. Varias veces estuvo merodeando la puerta que comunicaba El Sagrario con la casa de las Cañizares para escuchar algún atisbo, pero no lo consiguió.

Recién a eso de las cuatro de la mañana alguien tocó a la puerta y él abrió. Era su amigo Nicolás Vélez que le dio la noticia.

-Ya está todo listo. El Acta de Independencia ha sido firmada.

Cerró la puerta pero no tuvo ninguna reacción de júbilo sino que el miedo más grande se apoderó de él. Tomó asiento frente al altar mayor y esperó a que rasgara el alba para dirigirse a los aposentos del tío. Como tocó varias veces y nadie le contestó, abrió y pasó. Lo encontró de rodillas en un reclinatorio con las manos juntas frente al rostro. Se acercó lentamente para no molestarlo pero entonces el obispo emitió un feroz ronquido, con lo que Caicedo entendió que no estaba rezando sino que se había quedado dormido. Pensó que el tío estaba bastante mayor y que las noticias podrían afectarlo, por lo que por un momento dudó, pero cuando estaba iniciando la retirada, el tío despertó.

Saludaron, se miraron fijamente a los ojos, y entonces el Obispo comprendió que algo grave había pasado. Caicedo no tuvo el coraje para negárselo. Le contó todo, y cuando el Obispo supo los nombres de los protagonistas de la insurrección, cerró los ojos y suspiró. Agarró al sobrino por los

hombros y le obligó a que le confesase su participación, a lo que Caicedo reiteró una y otra vez que él no tenía nada que ver. No le dijo nada sobre las veces que había abierto la puerta que comunicaba El Sagrario con la casa de las Cañizares, pero tampoco hizo falta porque el Obispo algo presintió. Tomó la decisión de enviarlo a Guayaquil y Cuenca, a resolver un asunto tonto que en boca del Obispo se volvió urgente.

Antes de partir se enteró de lo que ya todo Quito sabía: dos emisarios de los conspiradores, que no eran diputados de los barrios, sino nobles de la sociedad quiteña, pertenecientes a las familias Aguirre y Ante, se dirigieron a las cinco y treinta de la mañana al Palacio Real. Despertaron al guardia de turno y le pidieron dejarlos entrar porque traían una carta para el Presidente. El guardia no supo qué hacer, y como sabía que ambos emisarios eran personas distinguidas de la ciudad, tomó el asunto en serio y fue a despertar al ordenanza del conde.

Apenas el conde se enteró del asunto los recibió. Tomó la carta y leyó el frente:

De la Junta Soberana para el Conde Ruiz, ex-presidente de Quito.

A continuación leyó el contenido. Decía:

El convulsionado estado actual de España, la total aniquilación de las autoridades legalmente constituidas, y el peligro de que la corona del amado Fernando VII y sus dominios, caigan en manos del tirano de Europa, han obligado a nuestros hermanos al otro lado del Atlántico a formar gobiernos provisionales para su seguridad personal, así como para luchar en contra de las maquinaciones de algunos de sus compatriotas traidores, indignos de llamarse españoles, y para hacer frente a las armas del enemigo común. Los leales habitantes de Quito, resueltos a asegurar para su Rey y Señor la posesión de esta parte de su reino, han establecido una Junta Soberana en esta ciudad de San Francisco de Quito, a nombre de la cual y por órdenes de Su Serena Alteza el presidente y los vocales, tengo el honor de informar a Usted, su Excelencia, y anunciarle que las funciones de los miembros del antiguo gobierno han cesado. Dios dé la vida a su Excelencia por muchos años.

Vio que la carta estaba firmada por Juan de Dios Morales, Secretario de lo Interior, e hizo un mohín de desprecio. Revisó la carta por ambos lados. Le pareció que un simple papel sin ningún sello real no tenía ningún valor. Iba a dar la orden de sacar a los dos emisarios a patadas, pero escuchó un rumor que provenía de la Plaza Mayor. En ropa de cama salió al corredor y llamó a gritos a los guardias pero ninguno acudió, no así el negro Prieto que le contó que toda la guardia quiteña se hallaba a disposición del capitán Salinas, uno de los insurrectos. El conde maldijo, se dirigió a la habitación de Arechaga y entró violentamente. Le despertó de un grito y le ordenó que se vistiera.

-¿Qué pasa? -preguntó mientras se refregaba los ojos.

-Ha habido una insurrección. Un grupo de quiteños se ha tomado el poder.

Saltó desnudo de la cama y se puso a buscar la ropa que estaba desperdigada por todas partes. El conde iba a retarle por mantener la costumbre de dormir desnudo en un clima frío, pero consideró que había asuntos más importantes que resolver.

Salió para reunirse con los emisarios para no los encontró. Solo permanecían Prieto y el ordenanza que le ayudaron a cambiarse de ropa. Estaba tan nervioso que no sabía qué hacer. Luego de unos minutos asomó Arechaga que confirmó la ausencia de la tropa, y el arresto del Regente, el Oidor, el Asesor, el Administrador de Correos, don Simón Sáenz de Vergara y el comandante Villaespesa, que era temido y repudiado por su crueldad. A eso de las nueve de la mañana le llegó al conde un comunicado en el que se le anunciaba que estaba preso en palacio.

Despidieron a todo español que desempeñara un cargo administrativo, con excepción del oidor Felipe Fuertes Amar, sobrino del Virrey de Santa Fe, y José María Cucalón, hijo del Gobernador de Guayaquil. Ambos pudieron haber abandonado sus cargos pero no lo hicieron. Consideraron que eran más útiles dentro y se quedaron, pero enviaron presto a sus hombres de confianza a Guayaquil y Bogotá. Francisco Pérez Portuguesez, llamado *el portugués*, conocido por el ser el jinete más veloz de la Audiencia, fue y regresó de Guayaquil en pocos días, y en todos los sitios donde se detuvo alertó que la insurrección iba ser castigada.

Al día siguiente, atraído el conde por una música marcial, se atrevió a salir. Iba a trasponer la puerta del Palacio pero los guardias le cerraron el paso. A lo lejos, observó en la plaza al marqués de Selva Alegre investido de una capa capitular. Desde el graderío de la Catedral repartía monedas a la plebe que no cesaba de gritar:

¡Viva la Junta!
¡Viva el nuevo gobierno!
¡Viva el marqués de Selva Alegre!



La Suprema Junta Gubernativa conformada por doce sujetos de lo más ilustre de la ciudad, mandó que se publicaran en varios sitios un edicto con los siguientes puntos:

Primero, la abolición del estanco de tabacos. Segundo, la abolición del diezmo llamado cabezón, es decir la alcabala que pagaban las haciendas. Tercero, la rebaja del papel sellado a la mitad de su valor. Cuarto, el indulto general para reos por toda clase de delitos.

Los lugares donde se publicaron los edictos se llenaron de gente. Llamaba a todos la atención que se hubiera llevado a cabo una revolución sin haberse derramado una sola gota de sangre. Por el contrario: todo era regocijo y la gente se había volcado a las calles a celebrar. Bueno, todos no. En el interior de los barrios había recelo. Observaban desde lejos la algarabía de las familias nobles quiteñas que estaban festejando en la Plaza Mayor y en las calles aledañas. El coronel Salinas se percató de ello y organizó sendas fiestas con bandas y luminarias en todos los barrios de Quito y también se dedicó a promocionar la revolución con halagos, promesas y favores.

Los que no estaban de acuerdo con el nuevo gobierno y temían represalias, habían salido en estampida a sus haciendas, por lo que la ciudad entera estaba a disposición de los rebeldes. Solo una persona parecía mantenerse en desacuerdo. Cauteloso, presa del miedo, reflexionaba el obispo sobre qué actitud tomar. Horas antes había sido visitado por algunos miembros de la Junta Suprema que le comunicaron su designación como vicepresidente. Él solo guardó silencio y esperó a que terminaran de hablar, entonces dijo tajante:

-A mi nadie me ha consultado nada.

Le pidieron disculpas y adujeron que por tratarse de un asunto secreto no se había podido divulgar, pero reiteraron que el nombramiento había sido por unanimidad y que solo él podía ostentar tal dignidad.

Alegó el obispo que no estaba bien inmiscuir a la Iglesia en asuntos de gobierno, sobre todo cuando estos no eran normales, pero ellos adujeron que el imperio estaba en crisis y que solo había dos posturas: a favor del rey Fernando VII, o a favor de los franceses.

-¡Mil veces el rey! –exclamó el obispo.

Después de eso fue fácil convencerlo. Sabía cómo estaban las cosas en España, y de la existencia de Juntas provinciales leales a Fernando VII. Consideró que necesitaba meditar sobre el asunto, pero ellos insistieron en la urgencia de tomar el juramento a las nuevas dignidades y sellar el acto con un *Te Deum* precedido por el Obispo de Quito.

Volvió a guardar silencio, y cuando los otros comenzaron a incomodarse, reventó una luminaria en la ventana y todos se asustaron. Antes de que pudieran reaccionar sonaron dos estremecedores tambores y estalló la música de una banda popular que se había instalado en la plaza.

Uno de los presentes se acercó al obispo y le susurró al oído:

-Ya no se puede retroceder.

El obispo se estremeció. Se acercó a la ventana y descubrió un tumulto de gente que había llenado la Plaza Mayor.

Accedió de mala gana. Podía haberse negado pero consideró que no era prudente y cuando los magistrados se fueron, le acometió el más grande arrepentimiento. Pensó que la sublevación no iba durar mucho tiempo y que pronto llegarían tropas de Popayán y Lima a poner todo en orden. Esa noche no logró conciliar el sueño, y cuando al día siguiente le fueron a buscar para conducirlo a la Catedral, tuvieron que casi cargarlo porque las piernas estaban paralizadas por el miedo.

No tuvo que hacer mucho porque los curas más jóvenes se encargaron de todo. Dieron por sentado que el obispo apoyaba la revolución por lo que organizaron espléndidas ceremonias en la catedral y San Agustín. Fueron varias las misas de gracias y las campanas repicaron insistentemente en todas las iglesias parroquiales.

A la tarde, cuando su presencia ya no era necesaria, consiguió escabullirse a su despacho. En un pergamino que dobló en dos, escribió una declaración en la que afirmaba ser realista, pero haberse visto forzado a consentir a los rebeldes por miedo a represalias contra los miembros del clero. Aseveró que:

... hallándose los principales invasores en un estado de verdadera locura, furor y ceguedad, no se conseguiría con la resistencia del Prelado y su Clero otra cosa que encender más el fuego y sufrir infructuosamente el Estado Santo de la Iglesia, atropellamientos, vejaciones y desprecios.

Firmó, dobló, selló la declaración y se la entregó a la abadesa del Carmen de la Nueva Fundación, con la aclaración expresa de que se trataba de un documento reservado que solo podía devolverse a su persona, so pena de excomunión. A ella le temblaron las manos y más de una vez examinó el sello que garantizaba la inviolabilidad del documento. Lo guardó en el sitio más secreto del convento, mientras el obispo se disponía a firmar el acta de Independencia.

Se dieron cita en la Sala Capitular de San Agustín para legitimar todo lo que se había dicho y hecho, y sobre todo dejar sentado que lo hacían por el rey, la religión y el amor a la patria. El marqués de Selva Alegre, vestido entero de celeste con el manto de Carlos III, pronunció una emotiva arenga en la que ofrendó su vida por estos fines, y a continuación Manuel Rodríguez, Ministro de Gracia y Justicia, hizo una proclama a los pueblos de América para que lucharan por los mismos ideales.

Ni bien terminado el acto, el obispo decidió ausentarse por unos días a la quinta de San Agustín de Machachi, que antes había pertenecido a los jesuitas y que ahora administraba la curia.

Mientras unos salían de Quito, presas del miedo, otros se aprestaban a regresar, como era el caso de Manuela Espejo. Acompañada de su amiga María Mercedes Tinajero, llevaba una carta dirigida a su marido, José Mejía, de quien no sabía nada desde hacía mucho tiempo. Le había escrito varias veces, tratando de ser lo más fiel posible a los acontecimientos, pero siempre le había ganado el resentimiento. Antes de escribir la última carta, hizo un alto a la actividad y se enfrentó a ella misma. Se preguntó sin tapujos sobre la razón de su ira hacia los que habían sido sus amigos. No había ningún sentimiento de odio en la relación, sin embargo algo la incomodaba. Meditó sobre el asunto y dio en el clavo: la sombra de su hermano, el sabio más grande que hubiera existido en la Audiencia, se había diluido. Inevitablemente recordó a María Chiriboga y Villavencio y la vio extendiendo el brazo, señalando al sabio y gritando:

-¡Te maldigo al olvido!



Las familias de los insurrectos trabajaron con tesón. Como si la ciudad fuera casa propia, las señoras y sus criadas se dispusieron a engalanarla. Se formó un comité que visitó los barrios y anotó los principales problemas de los vecinos, con la buena intención de darles solución. Las más entregadas a la tarea fueron Teresa de Larrea y Manuela Cañizares, a quienes más tarde se les unió Josefina Tinajero que hacía un par de semanas había dado a luz.

Fue Rosa Checa la que se hizo cargo de la crianza de la niña, porque a raíz de la revolución, Josefina no paraba en la casa. Ni siquiera cumplió los cuarenta días de puerperio y como si fuera la mujer legítima de Juan de Dios Morales, figuraba en todas las reuniones y daba también su opinión. En una de estas, alguien consideró que los asuntos de Estado debían tratarse con la mayor reserva

posible, ya que no se había recibido ninguna adhesión de las provincias aledañas y podía esperarse lo peor. Recordó a los presentes que no se hallaban en estado de celebración, como lo habían entendido las mujeres, sino de guerra, y pidió mesura. A la mesura siguió el recato, y al recato el sentido común. Volvió a insistir que se hallaban en estado de guerra y que ciertos asuntos debían tratarse a puerta cerrada y con la exclusiva presencia de los magistrados.

Esto último lo dijo mirando a Josefina Tinajero, quien se molestó y antes de retirarse, manifestó:

-Si hay un traidor aquí, no ha de ser ninguna mujer, sino uno que usa pantalones...

Lanzó una mirada desafiante a Tomás de Arechaga, *la Bestia*, y salió dando un portazo.

Juan de Dios Morales se alzó de hombros y la reunión continuó, pero la mayoría de los presentes se quedó cohibida. Miraban de reojo a *la Bestia* y no comprendían su presencia en ese lugar. Todo se debía a la flaqueza del marqués de Selva Alegre que consideró que la presencia de Arechaga, José María Cucalón y Fuertes Amar podía ser útil para mediar en el futuro, cuando se presentaran los problemas, y también porque esa revolución no era en contra del rey y sus representantes, sino de los franceses y los suyos. Nadie adujo nada en su contra y de la manera más ingenua los lobos se introdujeron en el rebaño de ovejas.

La mayoría se dio cuenta de que su presencia era absolutamente inoportuna, y que hallándose en vísperas de guerra, nada se podía planificar teniendo al enemigo presente.

Ninguno de los tres era ningún tonto, pero el más peligroso de ellos era *la Bestia*, que a pesar de sus maneras, sabía expresarse bastante bien. Cuando los vio asidos del poder, dejó de ser enemigo para volverse el más humilde de los americanos. Fue un simple zambo nativo, mezcla de sangre india bien peruana y otra porción de lo más profundo del continente africano, que había tenido el privilegio de recibir la mejor educación posible, pero que por su condición de zambo no tenía derechos. Él estaba igual o peor que ellos. Les conmovió cuando habló del anciano y desvalido conde Ruiz de Castilla, que para variar estaba con una descomposición estomacal pavorosa, y les rogó que le permitieran guardar asilo en una finca al norte de la ciudad.

No consiguió lágrimas por sus alegatos pero al menos aminoró el estigma de enemigo que pesaba sobre él, aunque las cosas cambiaron drásticamente cuando llegó un comunicado del Gobernador de Guayaquil, don Bartolomé Cucalón, acusando a los rebeldes de traidores a la Corona y mercedores del peor de los castigos. El comunicado venía acompañado de una orden en la que terminantemente se prohibía el comercio de sal con la ciudad de Quito, hasta que cesara la ignominia.

De la noche a la mañana la fama de Bartolomé Cucalón creció al punto que su nombre se mencionó en todas las casas de la ciudad. A la hora del almuerzo se maldijo al Gobernador por haber quitado el buen gusto a las comidas quiteñas, y paulatinamente, lo que comenzó siendo una desazón se transformó en rabia.

De Guayaquil comenzaron a llegar las peores noticias. Se decía que los quiteños no podían transitar por la provincia y que varios habían sido apresados y tratados como reos de los peores delitos. Se les habían secuestrado y rematado sus bienes a precios ínfimos, y guardaban prisión en nefastas condiciones. Humillados, torturados, privados de todos los derechos, fueron expuestos a Cucalón para que él los juzgase cuando los veredictos ya estaban dados: eran culpables por ser quiteños, y el indulto, se sabía a voces, valía cien mil pesos, lo cual era una fortuna.

Los comerciantes quiteños salieron del puerto en estampida, y aunque lo usual en estos casos habría sido traficar la sal a Quito, se abstuvieron de hacerlo porque el pánico a Cucalón les había dominado.

También su supo, pero a puerta cerrada y por intermedio de Juan Pablo Arenas, que los principales sospechosos de una posible insubordinación en el Puerto, es decir Jacinto Bejarano y Vicente Rocafuerte estaban sometidos a estricta vigilancia, y que incluso se pensaba desterrarlos veinticinco leguas al sur de Guayaquil mientras duraran los disturbios.

En Cuenca la situación no era mejor. Su Gobernador, haciendo gala de una justicia que sonaba a adulo, envió ocho quiteños a Cucalón para que él los juzgase. Fueron presa de todo tipo de maltratos y torturas, y sus cuerpos heridos y enfermos se expusieron a las afueras de la Gobernación, para escarmiento de los quiteños y otros insurgentes.

El mismo Manuel José Caicedo que estaba en Cuenca cumpliendo las disposiciones de su tío, tuvo la oportunidad de presenciar al arrogante y desalmado obispo de la ciudad transformado en general del ejército. Había vaciado los fondos del seminario y otras obras pías para crear tropas de soldados, e incluso había llegado a la desfachatez de perdonar dos años de tributos, a aquellos que se unieran a las huestes para enfrentar a los impíos.

Para contrarrestar las miedosas noticias que invadían Quito, Juan de Larrea, considerado por muchos el mejor vate de la Audiencia, hizo correr una cadena de versos que encendieron el ánimo bélico de los quiteños. Decían:

¡Abajo malditos godos!

¡Viva la Junta!

Libertad queremos todos,

independientes vivir.

Con ellos de todos modos

este vivir es morir.

Queremos derechos propios

¡Viva la Junta!

Que nos manden no queremos.

Autoridades de afuera

ya no las toleraremos.

Y el que contradiga, muera.

Quito es ya libre desde hoy.

¡Viva la Junta!

Ya en toda la Presidencia

reinará la libertad.

La Divina Providencia

nos dará la potestad.

*O somos libres o no.
¡Viva la Junta!
Si libres no hemos de ser,
más vale como los incas
sepultados perecer,
y no de España ser fincas.*

No fueron muchas las copias que se distribuyeron porque el poema se difundió oralmente. Se lo aprendieron de memoria los jóvenes de las familias involucradas y lo recitaban a manera de juego.

En los barrios estaban en otra cosa. Había malestar por la escasez de sal, pero sobre todo un sentimiento generalizado de angustia que les llevaba inevitablemente a especular. Se contaba de todo. Un comerciante de bayetas que acababa de llegar del sur, aseguraba que el gobernador de Cuenca, Melchor Aymerich, estaba formando un ejército de más de dos mil hombres para invadir la ciudad y dar muerte a todos los quiteños, con lo cual estaban aterrorizados.



Fue Bartolomé Cucalón quien primero se comunicó con los virreyes de Lima y Santa Fe, y con los gobernadores de Cuenca, Pasto y Popayán, y les alentó a levantarse contra los rebeldes. Desplegó una campaña enorme contra los quiteños y aseguró que era el único hombre capaz de poner orden en la zona. Varias veces, en eufórica borrachera se le escuchó decir a Melchor Aymerich que la intención de Cucalón era ser nombrado Presidente de la Audiencia de Quito, sin suponer que ese era un puesto muy codiciado.

Su hijo, José María Cucalón, pasó al igual que su padre a ser el personaje más detestable de la ciudad. Cuando su estadía comenzó a volverse peligrosa, tomó la decisión de acompañar al conde Ruiz de Castilla en su exilio en la finca de Ñaquito. Desde ahí mandaron una misiva al Gobernador de Guayaquil, valiéndose de la eficacia de *el portugués*, en la que decía:

Cuatro pícaros sin honor ni religión se han apoderado de la vil tropa del cuartel valiéndose del soborno. Han cometido atentados, han dilapidado el Real Erario. Yo estoy en libertad, ya, pero sin fuerzas. En este conflicto, no me queda más que confiarle a usted todas mis facultades sin limitación alguna como a jefe de toda mi confianza. Si es necesario pida auxilios al Virrey de Lima, que las cajas reales de Quito reintegrarán a usted todos los gastos que hubiere hecho. Ponga el remedio que pondría yo mismo en el caso de encontrarme libre de opresión.

Cucalón entendió que se trataba de una invitación para que interviniera y se hiciera cargo del asunto, pero cuando estaba por salir hacia Quito, recibió una comunicación del Virrey de Lima que pedía posponer todos los ataques hasta que su enviado, Manuel Arredondo, llegara a Guayaquil.

Esto fue una bofetada para Cucalón. Cuando estaba saboreando la Presidencia de Quito, le arrebataron la presa sin ninguna consideración. Lo que él no sabía, era que la Presidencia de Quito estaba en la mira de varias personas. Manuel Arredondo, por ejemplo, quien era hijo del Virrey de Buenos Aires por un lado, y sobrino del regente de la Real Audiencia de Lima por el otro, era el principal candidato. Luego seguía Felipe Fuertes Amar, sobrino del Virrey de Santa Fe, que estaba viviendo la insurgencia desde dentro. En tercer lugar estaba el ingenuo Cucalón, y detrás de él, como si fuera poco, el prepotente Melchor Aymerich que había llegado a reunir un ejército de mil ochocientos soldados con la intención de invadir Quito, castigar a los rebeldes y posesionarse del cargo de Presidente de la Audiencia.

Después del barón de Carondelet era muy difícil encontrar un Presidente de Audiencia que estuviera a su altura. Ni siquiera el conde Ruiz de Castilla que quizá tenía buena intención pero le ganaban los achaques. Tampoco era comparable el nuevo Presidente, el marqués de Selva Alegre. Débil, temeroso, fácil de aconsejar y al mismo tiempo tan inseguro que cambiaba de opinión al minuto de haberla tomado, demostraba a leguas que el cargo le quedaba grande. Quien realmente gobernaba era Juan de Dios Morales y su grupo, incluida Josefina Tinajero, *la Tudó*, y sus amigas, la Cañizares, y la Larrea. Se sentían las dueñas y señoras de la revolución, o al menos así fue como las vieron sus amigas y parientes, las que no participaron y se quedaron al margen.

Fue del lado de Teresa de Larrea que comenzaron los problemas. Ella era una partidaria a muerte de la Junta, pero no así su marido, el marqués de Solanda.

Don Felipe Carcelén y Sánchez de Orellana, sexto marqués de Solanda y quinto marqués de Villa Rocha, mantenía excelente amistad con su pariente Jacinto Sánchez de Orellana, quien era marqués de Villa Orellana y fuera uno de los mejores amigos que hubiera tenido el sabio Espejo. Fundador de la Escuela de la Concordia y quizá el principal instigador de la insurrección, había financiado más de una vez los materiales de pasquines y letreros. Tanto Felipe como él, ostentaron cargos en la Junta pero más pronto que tarde comenzaron las desavenencias. El bando de Montúfar, es decir de Juan de Dios Morales, quería seguir manteniendo la obediencia y sometimiento a la Corona, mientras que el grupo encabezado por don Jacinto y otros aristócratas de avanzada edad, rescataban las ideas de Espejo y sobre todo las de la Revolución Francesa. Se decían republicanos y pregonaban el fin de las monarquías.

Como don Jacinto era marqués podía darse el lujo de restregarles los títulos nobiliarios en las narices a todos los pretenciosos.

-Eso es lo que les duele, -les recriminaba- perder los títulos. Por eso no quieren separarse de España.

Argumentaron que no era conveniente hacerlo, porque sería como declarar guerra abierta al Imperio.

Como nunca llegaron a ponerse de acuerdo, don Jacinto y algunos aristócratas se hicieron a un lado. Entre ellos, Felipe Carcelén.

Varias veces trató Manuela de entrevistarse con Juan de Dios Morales o Manuel Rodríguez, pero estaban tan ocupados que se excusaron de recibirla. Presintió que había resentimiento y cuando estaba por marcharse a su casa se encontró con Jacinto Sánchez de Orellana que se emocionó de verla. Le dijo que tenía mucho que hablar con ella porque las cosas que estaban sucediendo le tenían preocupado. Fueron a almorzar a la casa del marqués y después de la sobremesa, en la que hablaron de muchos temas, se asomaron Felipe Carcelén y Manuel de Larrea. Se quejaron amargamente de cómo estaban las cosas, de la inconformidad de la plebe y la carestía de productos. Tomaron un licor de mora de castilla que el mismo marqués preparaba con el aguardiente que le traían de sus trapiches, y pronto entraron en confianza con Manuela. Manuel de Larrea que tenía fama de buen poeta, mostró unos versos de su autoría que habían circulado esa misma tarde. Decían:

*¿Qué es la Junta?
Un nombre vano
que se ha inventado la pasión,
para ocultar la traición
y perseguir al cristiano.
¿Qué es el Pueblo Soberano?
Es un sueño, una quimera
es una porción ratera
de gente sin Dios ni Rey.
¡Viva, pues, viva la Ley,
y todo canalla muera!*

*De toda esta gran ciudad
los traidores serán ciento;
los demás con sentimiento
sufren la calamidad.
En tal oportunidad
un hombre de la nobleza
que preste con entereza
a todos su protección,
cortará fiel la traición
cortando a tres la cabeza.*

*¿Quién ha causado los males?
Morales.
¿Quién los cubre con su toga?
Quiroga.
¿Quién perpetuarlos desea?
Larrea.*

*Es menester que así sea
para lograr ser mandones
estos desnudos ladrones
Morales, Quiroga y Rea.*

*¿Quién mis desdichas fraguó?
Tudó.*

*¿Quién aumenta mis pesares?
Cañizares.*

*Y ¿quién mi ruina desea?
Larrea.*

*Y porque así se desea
querría verlas ahorcadas
a estas tristes peladas
Tudó, Cañizares y Rea.*

*¿Quién angustias destina?
Salinas.*

*¿Quién quiere que seáis bobos?
Villalobos.*

*Ya se aumentaron los robos
en aquesta infeliz Quito,
pues protegen el delito
Salinas y Villalobos.*

Celebraron a carcajada limpia el ingenio de Larrea sin percatarse de que Manuela estaba incómoda. Se excusó porque ya era tarde. Se despidió y don Jacinto la acompañó a la puerta. Le pidió disculpas por el derroche de confianza de sus amigos, pero Manuela lo excusó asegurándole que en muchas casas quiteñas se debía pensar igual. Y no se equivocaba. La insatisfacción había desatado tantas cadenas de cartas como nunca antes se había visto. Las había de todo calibre. Las que más circulaban eran sobre las peleas entre criollos y chapetones. Una de ellas había hecho furor en Quito. Decía:

*En la ciudad holandesa
el **ojo** se llama **cri**
y esto es porque el lance así
aquella gente profesa.
Olo llaman al del culo
y juntando **cri** con **ollo**
es lo mismo decir **criollo**
que decir ojo del culo.*

A unos mozuelos del barrio de San Sebastián, nietos de criollos, que le tenían bronca jurada a unos soldados españoles por un asunto de mujeres, les llegó primero el libelo. Lo tomaron como si fuera insulto personal y buscaron respuesta. Por varias recomendaciones dieron con Pacho, *el organizador*, que tenía fama de hacer canciones y poemas. Él se encantó con el encargo y en menos de una hora, los criollos contestaron a los chapetones:

Chape en arábigo hablando

Es en castellano mula.

Ton en Guinea parlando

Es en nuestro idioma dar,

De donde vengo a sacar

*Que este nombre **Chapetón***

Es Muladar o Mesón

Donde el criollo por ser culo

Podrá con gran disimulo

*Cagar en un **Chapetón**.*

Fue *el portugués* el que desató el pánico una tarde que llegó raudo en su caballo y se detuvo en la Plaza Mayor.

-¡Prepárense a morir! –gritó.

Sin apearse mintió que el ejército de Aymerich estaba ya en Riobamba y que la consigna era escarmentar a los quiteños.

-¿Cuáles quiteños? –preguntó alguien, a lo que *el portugués* se alzó de hombros y contestó:

-El rato de pagar, quiteños somos todos.

Les estremeció su respuesta y decidieron que no eran culpables de nada, y que los que merecían el escarmiento estaban en Palacio sin enterarse de lo que estaba pasando. Se formó un grupo de unas treinta personas que acudió al cabildo a hablar con el alcalde, don Juan José Guerrero, conde de Selva Florida, pero que nunca había tomado posesión del título, y liderados por él fueron a entrevistarse con el marqués de Selva Alegre que los recibió inmediatamente porque algunos de ellos, incluido Juan José, eran parientes suyos.

Pensó que venían a rendirle lealtad y pleitesía pero se decepcionó cuando le contaron el motivo de sus preocupaciones y que la ciudad estaba aterrada por las noticias de que las tropas de Aymerich iban a invadirla. Temían una masacre indiscriminada y sobre todo la constante amenaza de saqueo.

-¿Qué saqueo? –preguntó el marqués.

Juan José Guerrero le explicó que después de una invasión siempre las tropas cobraban un botín que consistía en el saqueo de la ciudad.

Se aterraron todos de perder sus bienes, los bienes propios y también los de las iglesias que guardaban auténticos tesoros.

Tanto temor le inspiraron al marqués las palabras de Juan José Guerrero, que apenas se marchó con su gente pidió una conversación a puerta cerrada con Juan de Dios Morales. Le exigió que le contara lo que estaba sucediendo y cuando se enteró de que los quiteños estaban completamente solos

porque nadie los respaldaba, sintió que la ropa le quedaba grande y que la capa con bordes de armiño pesaba demasiado.

No había respaldo del exterior, y puertas adentro la situación no era mejor. Se habían formado tres bandos: uno, el de los insurgentes, que cada vez se reducía más. Otro, el de los insurgentes radicales o republicanos, que contradictoriamente estaba conformado en su mayoría por ancianos, y finalmente el grupo de los criollos realistas, que eran los mejor organizados y estaban comenzando a dar problemas. Lo dirigía don Pedro Calisto, con plata y persona.

Lo que Juan de Dios Morales no le contó al marqués de Selva Alegre fue que ambos habían cometido un error muy grande. En la organización del nuevo gobierno, por un afán de contemporizar y sobre todo mantener la firme idea de que era una Junta leal a la Corona, se hicieron nombramientos de todo tipo, sin considerar colores ni banderías, y el resultado fue una mescolanza en la que incómodamente alternaban americanos con españoles, y republicanos con realistas.

El marqués de Selva Alegre estaba confundido y desorientado pero no se atrevió a confesarlo. Ni siquiera le preguntó a Juan de Dios Morales qué podían hacer. Comprendió que le dominaban dos sentimientos contra los cuales no podía luchar: el miedo y la decepción. Extrañó las tardes en que caminaba por las alamedas de su hacienda, sin más problema que un atisbo de soledad que se manifestaba de vez en cuando, cuando suspiraba recordando a su finada esposa. Consideró que había demasiados problemas por delante y que la paz que había reinado hasta ese momento, se estaba desmoronando. Escoltado por Jeremías Anangón y dos guardias personales, fue a visitar a su amiga Manuela Espejo. Llegó sin avisar porque tenía la urgencia de hablar y desahogar sus penas.

Manuela había estado llorando y el marqués lo notó inmediatamente. Antes de preguntarle el motivo, le dijo:

-Desde lo más profundo de mi ser, la envidio.

Contó que tanto había llorado la muerte de su esposa que se le secaron las lágrimas. Sentir dolor y no poder llorarlo era una de las impotencias más grandes que tenía.

-El dolor duele el doble, -aseveró.

Le tomó de la mano y le confesó que extrañaba los momentos que habían pasado juntos conversando de tantos temas. Le ratificó que la consideraba su amiga, su gran amiga, y que también sentía que la había defraudado, porque de todo lo que conversaron, él no había cosechado nada.

-En todo caso, -exclamó Manuela- no me ha defraudado a mi, sino a usted mismo...

Guardaron ambos silencio y entonces el marqués le preguntó por qué había estado llorando.

Manuela se puso de pie y extrajo del viejo secreter un pasquín que había circulado en la mañana.

-Esto me ha dolido mucho, -dijo, y le entregó el papel. Se trataba de unas décimas que decían:

“A los traidores Selva-Alegres”

*Ya volará tu cabeza
infeliz adulterino
sin que te valga padrino
ni ser preciso proceso,*

*porque tan atroz exceso,
fraguado de tantos años
aunque vengan mil Quijanos
y apuren astucia y ciencia
han de decir en conciencia
que tú has causado los daños.*

*No contenta tu bajeza
con una cruz en el pecho
y un título sin derecho
aspiraste a ser Alteza,
presto verás en pavesas
reducido ese coloso
sin que te valga, ambicioso,
tanto ardid como has formado
pues Quito desengañado
te grita: facineroso.*

*Esa junta o rebelión
compuesta de trece gatos,
viejos, mozos e insensatos,
sin Rey, y sin Religión,
solo llenos de ambición,
declarando en los Galones
su espíritu de ladrones
y para siempre deber
con gestos se dejan ver
empuñando los Bastones.*

*Esa chusma de ladrones
y compañeros fatales
de Quiroga y de Morales
y pérfidos senadores
que quisieron ser señores
presto lograron la pena
a que la ley les condena
representando en la plaza
un martirio que sin tasa
concluirá con esta escena.
También en esta pintura
logrará ser el primero*

*ese mozo majadero
que en lo largo y la locura
es de la triste figura
un compendio en lo valiente,
en el celo, y en lo ardiente
¡oh, miserable Salinas!
después de envuelto en letrinas
serás veja de las gentes.*

*Ya se llaman Majestad,
ya con atroz insistencia
se nominan excelencia
por su propia potestad.
Estad, realistas, estad
en que pronto el Soberano
pondrá en aquestos la mano
castigando el gran delito
que ha fraguado en nuestra Quito
ese dragón inhumano.*

*Qué dolor, Motepelado,
Josefina, qué dolor,
ya terminó el esplendor
y el entremés se ha acabado,
lo que es más, veo parados
y tejidos los dogales
para mi Juancho Morales.
¡Ay, mi cholito Quiroga!
por fin te sirvió la sogá,
justa pena a tantos males.*

*También yo soy acreedora
de los más tristes pesares,
quién dijera Cañizares
que en un punto, en una hora
te anoheciera mi aurora
y que todos los honores
y estruendo de los tambores,
cuando Quiroga venía,
ocho, diez veces al día,
terminaran con horrores.*

Terminó de leer y guardó silencio. Ella volvió a decir que lo sentía y que no era nada agradable observar los nombres de sus amigos manchados por el lodo de la maledicencia.

El marqués enfureció y amenazó con encontrar al autor del libelo para escarmentarlo pero ella le interrumpió:

-No se trata de buscar venganza. El asunto va más lejos: hay mucho descontento.

A pesar de que Manuela trató de profundizar sobre el asunto, el marqués no la escuchó. Estaba ardidado porque se sentía insultado. Como si ella tuviera algo que ver, le explicó el motivo por el cual le llamaban adulterino. La historia se remontaba a su padre, el primer marqués de Selva Alegre, que tenía un matrimonio en Lima y otro en Quito, aunque el de Quito no era precisamente matrimonio sino que el marqués se había enamorado perdidamente de una señorita Larrea, treinta y tres años menor que él. Pidió su mano y se la concedieron pero no pudieron casarse hasta varios años después, cuando el marqués enviudó. Como la unión tenía el beneplácito de los padres de la novia, convivieron juntos y de esa relación nació Juan Pío Montúfar, a quien llamaban el adulterino por ser hijo de padres no casados entre sí.

A Manuela le pareció una tontería pero al marqués no le interesó su opinión. Salió iracundo de la casa y sin despedirse se dirigió al cuartel, a entrevistarse con el coronel Salinas. Le puso al tanto de todo pero Salinas, después de oírle sin musitar palabra, le aseveró que no había nada que hacer.

-La ciudad está llena de libelos, -le dijo, y acto seguido le mostró algunos que guardaba en el aparador. Tomó un papel y comentó:

-Este es el que más me indigna, escuche...

*Estas bandas y plumajes
qué fenómenos serán,
indican que volverán
todos a sus propios trajes.
Estos cándidos salvajes
sin juicio ni reflexión
pretextando al chapetón
se han mucho los muy señores,
rellenándose de honores
y rentas sin ton ni son.*

*A Quiroguita le han hecho
Señor de Gracia y Justicia
¿esta no es una injusticia
sin ley, razón ni derecho?
Pues solamente el despecho
podía haber permitido
dar excelencia al bandido
calvinista de Morales,
sin méritos personales,
que jamás los ha tenido.*

*Pero lo más temerario
que han cometido estos locos,
es gastar entre unos pocos
del Soberano el erario.
por dar gusto a Secretario,
los Usías y Salinas,
quien ha encontrado sus minas
con mucho mando y poder,
sin más mérito que el ser
lobo de las garras finas.*

Salinas terminó de leer y se alzó de hombros.

-Así mismo es, -dijo- todo depende de la importancia que le demos al asunto.

El marqués se retiró cabizbajo. Cuando llegó a palacio no quiso hablar con nadie a pesar de que le estaban esperando para una reunión de la Junta. Alegó sufrir un insoportable dolor de cabeza y se refugió en sus habitaciones, las que antes habían sido del conde Ruiz de Castilla. El viejo había abandonado el palacio tan rápido que había olvidado algunas cosas. Sobre la mesa central, por ejemplo, estaba un libro de genealogías de los Urriés y varios títulos de nobleza ilustrados maravillosamente con tintas de colores. Lo estuvo hojeando un rato y luego pensó en don Manuel de Urriés, conde Ruiz de Castilla, que estaba exiliado en una quinta en Iñaquito. Octagenario y lleno de enfermedades debía estar guardando cama, descansando apaciblemente, libre por fin de los problemas del Gobierno. Le envidió pero luego le pareció extraño que el conde guardara tanta calma, como si estuviera esperando que las cosas se arreglaran por sí solas. Los ejércitos realistas no tardarían en llegar para poner todo en orden, y el conde regresaría a gobernar como si nada hubiera pasado. También consideró que podía haber represalias y entonces el terror se apoderó de él.



Era cierto lo de las bandas y plumajes. No había que ser quisquilloso para percatarse de que las Excelencias no habían escatimado en engalanarse. En una fiesta que dio Juan de Larrea en la casa donde se había representado *Zoraida*, los miembros de la Junta y sus acompañantes hicieron derroche de elegancia. Las señoras compitieron con las joyas y los vestidos, como seguramente nunca se había ostentado en ningún virreinato, y hasta los hombres presumieron con el ropaje y los adornos. Las capas y bandas del marqués de Selva Alegre fueron lo más comentado, pero quien definitivamente se robó la fiesta fue Josefina Tinajero que acudió acompañada de Juan de Dios Morales.

La relación de ambos ya era cosa pública y aceptada, sobre todo después de la ascensión de Morales. Como Josefina suponía que iba ser la comidilla principal de la fiesta, se preparó para ello. Después de dar a luz había recuperado su delgada figura, por lo que el traje de Zoraida le cupo perfectamente.

Fue la sensación de la fiesta y no hubo varón que no la elogiara. No así las mujeres, sobre todo las de la cofradía de la Virgen de las Angustias, sus propias compañeras, que consideraron que se había pasado de la raya.

Al día siguiente, en reunión urgente a la que no fue convocada Josefina, se habló sin miramientos de su expulsión de la cofradía. Como tampoco se había convocado a Rosa Checa, su madre, pensaron que no habría quien abogue por ella, pero se equivocaron porque Teresa de Larrea, que no había acudido a la fiesta por encontrarse indispuesta, saltó en su defensa.

Le respondieron que defendía a Josefina porque no sabía nada de ella y entonces le contaron todo. Desde su relación descarada e ilícita con Juan de Dios Morales, dado que ella era una mujer casada, hasta los pantalones transparentes que había lucido la noche anterior. Alguien también comentó que Josefina Tinajero, *la Tudó*, estaba nuevamente encinta y que el autor era Juan de Dios Morales.

A propósito de la *Tudó*, una de las integrantes de la cofradía, quizá la más vieja de todas, que sufría de una atroz sordera y hablaba gritando, sacó a colación uno de los libelos que había circulado y que hacía referencia a *la Tudó*. Se lo había aprendido de memoria:

¿Quién mis desdichas fraguó?

Tudó.

¿Quién aumenta mis pesares?

Cañizares.

¿Y quién mi ruina desea?

Larrea.

Iba a seguir, con el volumen más alto y en medio de risas, pero alguien tuvo el tino de callarla. Prácticamente a la fuerza se la llevaron dentro porque la vieja sorda seguía gritando. En la sala se produjo el más incómodo de los silencios, hasta que por fin habló la dueña de casa e invitó a pasar al comedor. Teresa de Larrea se puso de pie y se excusó. Dijo encontrarse todavía enferma y sentirse cansada. Hizo una venia y cuando iba a salir asomó otra vez la vieja sorda. Se dirigió a ella y con mucho alarde se excusó por lo que le había dicho, y que en ningún momento pensaba que la aludida Larrea del poema tuviera algo que ver con ella, pero Teresa no la dejó terminar y se marchó.

Camino a su casa presintió que iba enfrentarse con su marido, con el que continuamente discutía por causa de la Junta, así que optó por visitar a Manuela Cañizares, pero donde creyó encontrar paz, halló otra guerra.

Manuela estaba teniendo una enérgica discusión con su hermana María. El motivo era la humillación de la que había sido objeto esa mañana, en las carnicerías, cuando habían querido cobrarle el doble de lo que el producto valía. Ella protestó e inmediatamente se corrió la voz de que una de las Cañizares, causante de la escasez y la zozobra, merodeaba por el sitio, y entonces le cayeron a insultos. De nada le valió que alegara su inocencia porque no le creyeron, y menos mal que asomó la guardia para que ella pudiera escapar a tiempo porque si no la habrían golpeado.

Así de mal estaban las cosas que había quien decía que la revolución solo había durado tres días, porque a partir del 14 de agosto todo fue peor que antes. Eran trece y más caudillos que querían gobernar pero no tenían la menor idea de cómo hacerlo. Mientras unos querían copiar el sistema monárquico, otros planteaban la creación de una República, y los demás se oponían a cualquier cosa. No había cómo tomar una sola decisión relativa al bienestar de la Audiencia, sin que se desatara una feroz controversia entre seudo realistas y republicanos. Los realistas guardaban silencio, con excepción de Arechaga que era perito en el arte de avivar el fuego de cuanta discusión se suscitaba.

Las largas jornadas que gastaron sin llegar jamás a ningún acuerdo, ocasionaron que la buena voluntad de algunos se agotase. Los primeros en retirarse fueron los ancianos republicanos, y detrás de ellos uno de los próceres de la revolución desde sus inicios: Juan de Larrea.

En una de las tantas discusiones se enfrentaron Juan de Dios Morales y Juan de Larrea. En el calor de la querrela, la cordialidad fue desapareciendo y en su lugar llovieron vejámenes e insultos. Nada habría trascendido si Arechaga no hubiera incitado a ambos a jurarse odio eterno. Juan de Larrea abandonó indignado el salón, no sin antes vaticinar el peor fin para la Junta.

Al día siguiente, trescientas copias de un poema de su autoría, circularon por toda la ciudad. Decían:

*Yo no quiero insurrección
pues he visto lo que pasa:
yo juzgué que era melón
lo que ha sido calabaza.*

*Juzgué que con reflexión
amor a la patria había;
pero solo hay picardía,
ya no quiero insurrección.*

*Cada uno para su casa
todas las líneas tiraba.
No me engaño, me engañaba
pues he visto lo que pasa.*

*De lejos, sin atención
vi la flor, las hojas vi;
como bien no conocí,
yo juzgué que era melón.*

*Me acerqué más, vi la traza
de la planta y el color.
Probé el fruto, busqué olor
y había sido calabaza.*

La dimisión de Juan de Larrea fue un duro golpe para el grupo, pero dolió mucho más cuando descubrieron que Larrea se había vuelto su peor adversario. El mismo ingenio que había usado para apoyar a la Junta, ahora se volvía contra ellos. Quien más lo padeció fue el marqués de Selva Alegre, dado que Juan de Larrea era su cuñado. Fue él quien le comentó al marqués que se estaban dilapidando los fondos del Real Erario y que pronto no habría dinero para nada, entonces el marqués convocó a la Junta y pidió cuentas claras de todos los gastos. No las había. El sistema contable estaba tan mal organizado que bastaba una orden de cualquier miembro de la Junta para usar dineros públicos. Pero lo peor de todo era que el dinero salía a raudales y no entraba nada. El mismo denunciante fue encontrado culpable por el desorden, ya que Juan de Larrea desempeñaba el cargo de Ministro de Hacienda. Juan de Dios Morales alegó en su contra y admitió que se habían equivocado en ese nombramiento, ya que Juan de Larrea era bueno para escribir versos, pero que de finanzas no sabía nada.

Los realistas quiteños no se quedaron cruzados de brazos. No solo que conspiraron desde dentro para crear un permanente caos en cualquier intento de organización, sino que además planificaron una estrategia para tumbar al nuevo gobierno. Por medio de sus representantes en la Junta, hicieron que se nombrara a don Pedro Calisto, uno de los más enardecidos realistas y contrarrevolucionarios, como comisionado en Cuenca, para difundir los aciertos de la Junta. Este fue el peor error que cometieron los insurgentes, porque ingenuamente nombraron a su más grande adversario como promotor de algo en lo que él no creía. En efecto, apenas Pedro Calisto salió de Quito se dedicó a predicar contra la revolución. Inmediatamente se puso en contacto con los realistas de Latacunga, Ambato, Riobamba y todos los pueblos de estas ciudades, y los alentó a participar. Estando en Alausí, escribió una misiva al coronel Aymerich en la que le revelaba la desorganización de la Junta y el poquísimísimo poder militar que tenía. Al final le pedía que mandara sus tropas a Quito y la invadiera. Sin embargo, la misiva nunca llegó a su destino porque fue interceptada por los jóvenes oficiales Antonio Peña y Juan José Larrea. Tanta ira le causó a Peña la traición de Calisto que ordenó darle una descarga de fusilería, pero Calisto era más rápido que los soldados, y en el trajín por matarlo hirieron a varios inocentes. Finalmente, el joven Peña, espada en mano se lanzó sobre Calisto y le dio un par de leves estocadas, sin embargo el traidor consiguió escapar. Cuando Peña regresó al cuartel y comprobó que su orden había ocasionado tres muertos y cinco heridos, montó sobre su caballo y fue tras Calisto, no sin antes prometer que le daría caza y lo mataría con sus propias manos.

Cabalgó sin detenerse durante todo un día y una noche, y por fin dio con él a una legua de Ambato. Aguardó a que saliera de un tambo, entonces le enfrentó y le retó a duelo, pero Calisto que no solo era ágil con el cuerpo, sino muy diestro con la palabra, le dio un largo sermón, parecido a los que solía darle su padre, don Nicolás de la Peña, conocido como *el Ilustre*, y le dejó pasmado.

Primero le pidió respeto. Le recordó que él y el joven Larrea eran muy amigos de su hijo Nicolás. Sus padres eran amigos y, por algún lado, también parientes. Se conocían de toda la vida y siempre habían mantenido estupendas relaciones. Le recalcó que lo cortés no quitaba lo valiente y que el hijo de *el Ilustre* no podía perder los modales. Peña, avergonzado, quedó desarmado en todos los sentidos. Fue entonces que Calisto le explicó lo que estaba pasando desde el punto de vista de los realistas, y lo trató de tonto por apoyar algo que no tenía futuro. Varias veces le repitió:

-¿Vas a dar la vida por una causa que nació muerta y que no vale la pena?

A continuación le explicó el asunto desde el punto de vista militar. Le aseguró que los quiteños no podrían enfrentarse a los ejércitos de Lima, Pasto y Popayán. Especial énfasis puso en los zambos de Lima, conocidos por su ferocidad para matar y saquear.

Acompañados de una botella de aguardiente siguieron hablando hasta el anochecer. En realidad fue solo Calisto el que habló. Peña no pronunció una sola palabra. Se veía preocupado.

Al día siguiente, cuando Peña despertó, comprobó que Calisto había partido hacía varias horas. Recordó todo lo que le había dicho y comprobó que Calisto tenía razón en muchas cosas. A pesar de ello quiso regresar donde su tropa aunque le invadía la vergüenza. Había prometido una presa y regresaba con las manos vacías.

Se tragó su orgullo y antes del mediodía se encontró con la tropa. Les dijo que la suerte no le había acompañado y que Calisto había sido más rápido. Nadie le reprochó nada y cuando entraron a Quito, él y su amigo Juan José Larrea comprobaron que los cuentos habían viajado más rápido que ellos y se habían regado por todas partes. Los trataron como a héroes y hasta los condecoraron, y como eran jóvenes, guapos y bien puestos, se convirtieron en íconos de la revolución.

Fue en uno de los homenajes que les hicieron que el joven Juan José Larrea conoció a Isabel Bou, hija de una pareja de catedráticos catalanes radicados en Quito hacía muchos años. Ella tenía diecisiete años y él diecinueve, y se enamoraron perdidamente. Cuando Manuel de Larrea, padre de Juan José, se enteró del noviazgo, puso el grito en el cielo ya que esperaba mejor partido para su codiciado hijo. Lo tachó de bruto por haber puesto los ojos en una jovencita que era hija de españoles, seguramente realistas, en una época en la que los realistas corrían el peligro de ser perseguidos, pero de nada sirvieron sus palabras porque ambos jóvenes huyeron de sus casas, dieron rienda suelta a su pasión e Isabel quedó embarazada.

Solo cuando don Manuel de Larrea conoció a Isabel accedió a que se casaran porque la joven tenía una belleza tan dulce que conquistaba con solo verla. Quisieron que el obispo Cuero y Caicedo oficiara la ceremonia de matrimonio, pero tuvieron que conformarse con un cura de barrio, porque intempestivamente llegó Manuel José Caicedo que venía de Pasto, con las peores noticias de una invasión que era inminente.

Más de una vez, el mismo Felipe Fuertes Amar había admitido que su tío, el virrey de Santa Fe, era un novelero. A pesar de sus títulos nobiliarios y la gran ascendencia que había tenido en la corte española, no disimulaba que sentía una enorme simpatía por las causas libertarias, y más aún en ese momento, en que la corona estaba en peligro. Pensaba que las monarquías tenían que seguir el mismo proceso que habían sufrido en Francia, y que los reyes debían abdicar so pena de cortarles la cabeza. Tampoco le simpatizaba Napoleón al que consideraba el más vulgar de los mortales, por lo que la única salida era la independencia de las colonias. Como la Presidencia de Quito dependía administrativamente del virreinato de Santa Fe, cuyo jefe máximo era el virrey Amar, se vio en la obligación de decidir la suerte de los insurgentes. Tardó en hacerlo. Convocó a juntas y asambleas de nobles y notables, y les permitió hablar y desahogarse. Todos estaban contra Quito y pedían reprimenda urgente para evitar desmanes en otras regiones.

No le quedó más remedio que aceptar sus opiniones e inmediatamente, como si quisiera recuperar el tiempo perdido, ordenó invadir Quito, con los ejércitos de Pasto y Popayán, y las temidas tropas de zambos de Lima, que aguardaban en Guayaquil. Aymerich no recibió ninguna orden, pero igual se sumó a la invasión.

Apenas Caicedo, que estaba en Pasto, se enteró de la noticia salió despavorido hacia Quito. De paso por Ibarra se la contó a Pedro Montúfar, hermano del marqués, quien se le adelantó y llegó a Quito casi un día antes. Sin embargo, no se dirigió a los magistrados de la Junta, sino que se encerró a solas con su hermano. Le pintó todo el panorama y sin dejarle tiempo para reflexionar, le dijo:

-Hay que dimitir, no tenemos alternativa.

Le advirtió que en caso contrario la masacre sería inminente, ya que las tropas venían con la consigna de castigar a los quiteños, y por culpa de unos pocos pagarían muchos inocentes.

Esto último no habría querido decirlo pero también Pedro se había dado cuenta de la ineficiencia de la Junta. El marqués le agradeció por los consejos y se retiró a meditar. A la hora del almuerzo no quiso probar bocado y prefirió quedarse a solas en sus habitaciones. Por la tarde, apenas la Junta se reunió a sesionar, tomó la palabra y contó lo que le había dicho su hermano. Le escucharon sin atreverse a interrumpirlo porque el miedo les había paralizado. El marqués repitió varias veces que las tropas tenían la consigna de castigar a los quiteños por lo que a más de uno le sobrevino un ataque de tos nerviosa.

Fue el mismo marqués el que propuso que la mejor alternativa para evitar la masacre era rendirse, pero Manuel Rodríguez le salió al paso:

-No podemos rendirnos cuando aún no ha comenzado la pelea...

Se miraron unos a otros y la mayoría decidió que no le interesaba participar en ninguna pelea. De ocho miembros que habían quedado, cuatro estaban a favor y cuatro en contra. Como no se había contado el voto del presidente de la Junta, se le pidió que se manifestara, y entonces el marqués votó a favor de la rendición.

Muertos de la vergüenza, con el rabo entre las piernas, los últimos insurgentes regresaron a sus casas. Eran: Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez, el coronel Salinas y Juan Pablo Arenas. Como los cuatro se negaron a participar en la entrega del mando, lo delegaron todo al marqués de Selva Alegre, quien a su vez llamó al alcalde Juan José Guerrero, para que fuera él, por encargo de la Junta, quien devolviera el poder al conde Ruiz de Castilla.

Sucedió tal cual. Juan José Guerrero, pariente de medio Quito, tenía muy buenas relaciones con ambos bandos, pero sobre todo ánimo conciliador, como si previniese que podía ocurrir una gran desgracia. Fue él quien se encargó de avisar al conde Ruiz de Castilla que la insurrección se había disuelto por sí sola y que los protagonistas del hecho devolvían pacíficamente el poder, después de casi tres meses de usufructo, a cambio todo esto de que se respetara la vida de los insurrectos. Hablaron largamente y mencionaron varias veces el asunto del honor y la nobleza, y pactaron, como lo hacen los caballeros, que se perdonaría, se daría vuelta a la página, y se olvidaría el asunto. El conde accedió a todo. Aseveró que a su edad era fácil perdonar y mucho más olvidar. Aunque había cosas que nunca podían olvidarse, como el descuartizamiento del insurgente Tupac Amaru II, ordenado y presenciado por Manuel Urriés, antes capitán, y ahora Presidente restablecido de la Audiencia de Quito.



Como Juan de Ascaray, el obispo cronista, había fallecido hacía varios años y nadie había desempeñado el cargo de escribir la historia de la ciudad, Manuel José Caicedo se lo atribuyó y decidió dar continuidad a la magnífica obra que Ascaray había empezado. Después de varios intentos por retomar la historia con sus antecedentes, decidió que lo mejor era narrarla desde su retorno de Popayán, por lo que se entregó a la tarea de escribir. Fue él quien relató la entrada del conde Ruiz de Castilla a Quito, bajo arcos de flores y calles repletas de chagrillo. La gente estaba contenta con que se hubiera restablecido el antiguo orden y hasta recordaban con afecto al anciano Presidente. Respecto a las tropas de Pasto y Lima, el conde les tranquilizó diciéndoles que el asunto estaba controlado. Les alivió saber que las tropas de Aymerich habían sido detenidas en Ambato y que incluso se había abierto fuego para impedir que avanzaran, por lo que al Gobernador de Cuenca no le quedó más remedio que regresar a su ciudad. Con las tropas limeñas el tratamiento fue distinto, ya que Arredondo había asumido el rol de *Pacificador de la Provincia*. Desde que salieron del puerto fueron recibidos con regalos y comida, y cuando llegaron a Quito se instalaron en la plazuela de la Recoleta de Santo Domingo, que estaba rodeada de alturas. De haberlo querido, los quiteños habrían rodado piedras y el asunto habría concluido en poco tiempo, pero más pronto que tarde ambos sacaron beneficios. El comercio creció notablemente en Quito, ya que de la noche a la mañana había más de mil personas habitando en la ciudad, esto sin contar el numeroso grupo de cuencanos, perteneciente a la tropa de Aymerich, que se había separado para unirse a los limeños.

La impresión que causaron los zambos en Quito no fue muy agradable. Inmediatamente los percibieron como inferiores por su color de piel, pero sobre todo por su fealdad. Les pareció que todos eran iguales a Arechaga y que así mismo era la plebe limeña, pero se olvidaron por un rato de sus pareceres cuando los zambos entraron a las tiendas a comprar todo lo que había en ellas. Los quiteños vendieron como nunca, solo que lo hicieron a crédito porque los zambos no tenían un solo centavo. Juraron que la milicia les adeudaba enormes sumas que pronto les serían pagadas, y los quiteños les creyeron de buena fe, sin premeditar que nunca verían el dinero.

Los que no eran comerciantes perdieron sus bienes gracias a la ingenuidad de la que fueron víctimas, puesto que ni bien llegados los zambos instalaron diversos puestos de juego, en los que vaciaron los bolsillos de los quiteños. En menos de una semana, un grupo de zambos que se había instalado en la plazuela de San Agustín, logró levantar más de mil onzas de oro.

Apenas llegados, el conde Ruiz de Castilla los homenajeó con un banquete al que asistieron todos, y por la tarde se sirvió un refresco en la casa de los Aguirre seguido de un baile que duró hasta el amanecer. Asistieron también los paisanos, incluyendo el coronel Salinas que saludó ruidosamente,

tal cual era su costumbre y como si nada hubiera pasado. Los únicos que brillaron por su ausencia fueron Juan de Dios Morales, Juan Pablo Arenas y Manuel Rodríguez, de los que se comentó que *andaban bajo la sombra*. Tampoco asistió el marqués de Selva Alegre. Estaba en su hacienda de Chillo, de donde había decidido no salir nunca más.



Muchos quiteños se llenaron de indignación cuando supieron que don Pedro Calisto se paseaba notoriamente por las calles, haciendo alarde de que había vencido a *una tarea de mamarrachos*, pero nadie se atrevió a responderle porque ahora las cosas se habían dado la vuelta. Los que nunca habían invitado a sus casas ni tampoco habían celebrado nada, de pronto abrieron las puertas de sus residencias para las reuniones de realistas. Fue la casa de Pedro Calisto, precisamente, la que terminó por convertirse en sede principal. Allí acudieron todas las tardes los chapetones, los jefes de los ejércitos afuereños y los realistas quiteños de las familias Calisto, Aguirre, Fernández Salvador, Cevallos, Núñez y algunas otras. También tuvieron sus propias discusiones. Mientras los chapetones pedían escarmiento para que no se repitiera el asunto, los jefes militares estaban buscando fondos para resarcir a las tropas. En el bando de los realistas quiteños había situaciones encontradas: unos guardaban silencio porque los involucrados eran familiares, mientras que otros querían saldar antiguas rencillas. De todos modos, quien más se lució en las reuniones no fue Pedro Calisto, ni su hijo Nicolás que les tenía odio jurado a los jóvenes Peña y Larrea por lo que le habían hecho a su padre, sino el astuto Arechaga, que veía en todo esto una plataforma al poder. Con su consabido talento para sembrar cizaña y poner a los unos contra los otros, azuzó con los peores resentimientos hacia los insurgentes, hasta que consiguió que el conde, faltando a su juramente, mandara a apresar a los principales conspiradores.

El 4 de diciembre se publicó un bando firmado por Ruiz de Castilla, en el que se daba el trato de *reos de Estado* a los que habían sido motores, auxiliares y partidarios de la junta revolucionaria, y amenazaba con pena de muerte a los que no los denunciaban. La lista de *reos de Estado* contenía más de sesenta nombres, entre los que estaban: el marqués de Selva Alegre, Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez de Quiroga, José Riofrío, cura de Píntag, José Correa, cura de San Roque, Antonio Castello, coadjutor de la Catedral, Xavier Ascázubi, los tres cuñados del doctor Quiroga, Juan Pablo Arenas, el joven Nicolás Vélez, su amigo Pacho y otros. Faltaba en la lista Juan de Salinas, antes coronel y ahora capitán nuevamente, quien fue arrestado en primer lugar, acusado de irrumpir en el cuartel y seducir a la tropa.

Luego la lista se fue ampliando e inevitablemente entró el nombre de Manuela Cañizares. Cuando los soldados fueron a arrestarla y asaltaron su domicilio, lo encontraron vacío. Manuela y

su hermana, previniendo el asunto, habían salido días antes rumbo a Pujilí de donde era oriunda su madre.

Manuela Espejo también hizo lo suyo. Apenas comenzaron los arrestos, su amiga María Mercedes la fue a buscar. No tuvo que decirle mucho porque Manuela estaba con miedo y temía lo peor. Se fueron rumbo a Pomasqui, al igual que numerosas personas que decidieron ponerse a salvo, como el marqués de Selva Alegre que rompió su promesa de permanecer en Chillo y huyó a una remota hacienda, antes de que llegaron los soldados que con la mayor crueldad y saña saquearon e incendiaron el lugar.

La persecución a los insurgentes fue escabrosa. Bajo el mando del mismo Arechaga, los soldados no respetaron ningún rincón de la ciudad. Buscaron en casas privadas y en iglesias, e incluso más de una vez pidieron abrir las puertas de los conventos de clausura de las monjas. No respetaron ni siquiera a los que habían dimitido de la Junta y hasta se habían vuelto en su contra, como el caso de Juan de Larrea, que fue apresado sin nadie que abogara por él. Los realistas quiteños eran los más furibundos perseguidores de sus propios paisanos, como si quisieran aprovechar la situación para saldar antiguos resentimientos, por lo que hasta pagaron por obtener información sobre sus escondites. Por orden de Arechaga se revisaron todas las casas de Quito, pero no solo con la finalidad de hallar a los insurgentes, sino de decomisar cualquier objeto que pudiera parecer revolucionario. Un señor Banderas fue arrestado por poseer una pintura de extraña procedencia, en la que se veía dos grupos de soldados en batalla. No podía determinarse el lugar, ni la fecha ni el motivo, sin embargo, los uniformes de unos soldados eran parecidos a los que usaba la guardia real. Se adujo sin más que el cuadro era subversivo, por lo que fue decomisado y su dueño enviado a prisión. Como en toda revuelta, también hubo quien se valió del pretexto para inculpar a quien le debía dinero o no le caía bien. De pronto eran quiteños contra quiteños, y en medio de ellos *la Bestia*, saboreando la más dulce de las venganzas.



El día que Lucha, la hija menor de Manuel Rodríguez, cumplió doce años, su abuela, doña Rosa Coello le hizo un regalo muy singular: una esclava bozal de la casta Mangela, al igual que lo era Jeremías Anangonó.

La negrita tenía quince años y era tan vivaracha que en menos de tres meses aprendió el castellano bastante bien. Se desvivía por atender a su patrona, quien, en son de broma, le había puesto de nombre Clarita.

Cuando Manuel Rodríguez cayó preso, Lucha y su hermana se hicieron la promesa de ir a visitarle todos los días, llevarle la comida y aliviar su incomodidad. A regañadientes de su madre y su abuela que estaban resentidas con Manuel por su convivencia con Manuela Cañizares, las hermanas se llevaron algunos muebles de la casa. Clarita tuvo por misión hacer amistad con los zambos que

custodiaban el cuartel donde estaban los prisioneros, y gracias a ello consiguieron meter varios enseres para Rodríguez y los otros presos.

Otra de las constantes visitas era Isabel Bou, quien cuidaba de su flamante esposo, y también de su suegro, ya que ambos compartían celda. También iba asiduamente la mujer de don Atanasio Olea, escribano de la ciudad.

Ese diciembre fue sórdido. La ciudad vacía. Las puertas y ventanas de las casas cerradas y ni un alma en las calles. Los comercios sin productos y una tropa de más de tres mil quinientos hombres vagando por una ciudad desolada. Inmediatamente se manifestó la insatisfacción de los soldados. Los zambos de Lima eran los más inconformes porque se les había prometido mucho y no se les había dado nada. Tenían viejas deudas por cobrar que se idealizaron con el *botín de Quito*, una antigua leyenda que se remontaba al tiempo de los incas, cuando Atahualpa pagó su millonario rescate con el oro del Cusco, dejando intacto el oro de Quito. La muestra estaba en las numerosas iglesias cubiertas de oro que hacían enmudecer a los visitantes, y la cantidad de marqueses, condes y nobles, propietarios de haciendas, obrajes, trapiches, salinas y sobre todo mitas.

Asistieron a las misas de San Francisco no porque fueran creyentes, sino para contemplar las paredes forradas de oro, y lo mismo en la Merced, San Agustín, La Compañía de Jesús y Santo Domingo. Se pasearon por todas las iglesias y monasterios y reafirmaron por qué a Quito se la conocía como la *ciudad convento*. La fecha de la Natividad del Señor, que las monjas de clausura abrían sus iglesias para misa pública, se maravillaron de ver las joyas que guardaban dentro. El obispo sugirió a las monjas del Carmen Bajo no mostrar la llamativa custodia de ciento veinte esmeraldas y otros tantos rubíes, para no despertar la codicia de los zambos, pero ya se había corrido la voz de que la custodia de las carmelitas era un tesoro. Cuando el cura que estaba dando misa sacó una custodia sencilla, se armó un barullo en la iglesia. Al final de la ceremonia un grupo de zambos pidió al cura ver la custodia original, a lo que el cura respondió que el obispo lo había prohibido. Desde ese momento el obispo se volvió su enemigo, y así fue como más temprano que tarde, el obispo José Cuero y Caicedo fue llamado a comparecer a los tribunales. Quien debía entregarle la comunicación no cabía de gusto. Se trataba del capitán Nicolás Barrantes que había regresado de Lima al mando de Arrendondo.

El obispo se extrañó de verlo y se lo manifestó, a lo que Barrantes contestó:

-Ya ve cómo la vida da vueltas, señor Obispo... Ahora me toca cobrar a mi.

El obispo frunció el ceño y contestó:

-¿Cobrar?... Que yo sepa, no le debo nada.

Barrantes sonrió sarcásticamente y masculló:

-¿Y el desaire?

Le extendió la comunicación en la que se pedía su comparecencia y abandonó la casa del obispo, dejándolo sumergido en el más atroz de los miedos. El anciano mandó a llamar a su sobrino y le pidió que le acompañara al convento del Carmen Bajo. En el trayecto le contó todo. Le confesó que por precaución había confeccionado con antelación un documento en el que se juraba realista. Pensó que el sobrino le iba a felicitar por su ardid pero más bien estaba molesto. Un ineludible gesto de decepción se había apoderado de su rostro. Mientras el tío entraba a la clausura él aguardó afuera, pensando. Por más que trató no pudo evitarlo: veía al tío como traidor y cobarde. Un desvalido mortal que presa del terror había cometido la peor de las traiciones.

Recordó el tiempo que había pasado en Pasto y Popayán, en el que había tenido que soportar las humillaciones del gobernador Miguel Tacón, cuando sin saber que Caicedo era su sobrino, habló pestes del obispo de Quito. Se quejó a gritos de que lo más indigno de la Junta era que su vicepresidente fuera un hombre de iglesia, y no simplemente un fraile cualquiera, sino un obispo. Un señor obispo.

Fue durante todo el largo y doloroso proceso que padeció el obispo, que Caicedo comprendió que de no haber jugado doble, su tío habría ido preso. Era tal el encono de Arechaga que llegó a negar la autenticidad del documento e increpó al cura:

-¿Y cómo sabemos que este documento no fue realizado ayer?

Por pedido del obispo compareció la priora del Carmen Bajo a quien le había confiado el documento, y ella dio fe de la fecha exacta en que fue receptado. Como Arechaga no se veía satisfecho y tenía como firme propósito encarcelar al obispo, Caicedo acudió donde el conde Ruiz de Castilla y le rogó que velase por la seguridad del tío. El conde se conmovió y ordenó a Arechaga dejar en paz al obispo. De mala gana accedió, pero se desquitó más tarde persiguiendo inmisericorde a otros sospechosos. Se dio cuenta de que tenía dos grandes aliados que buscaban desaforadamente el poder, al igual que él, y que no vacilarían en juntar fuerzas. Se trataba de Bartolomé Cucalón, en Guayaquil, y Melchor de Aymerich, en Cuenca.

Ambos Gobernadores comenzaron a enviar misivas al conde, poniéndose a su servicio para capturar a los reos de Estado que habían huido. El conde les concedió todas las facilidades. Durante enero y febrero, la cacería de fugitivos por toda la Audiencia fue incesante. Los que consiguieron huir y ponerse a salvo, sobrevivieron, otros la pasaron muy feo, como el marqués de Miraflores, que por su avanzada edad estaba recluido en su propia casa. Tan mal veía las cosas que no dejaba de lamentarse. Un día le encontraron muerto en su cama y cuando el galeno le examinó, determinó que el marqués se había muerto de pena. Apenas pudo velarlo su familia porque el gobierno mandó una escolta para que vigilara el cadáver, ya que se había corrido la voz de que el marqués estaba fingiendo la muerte con el amparo de una mortaja fúnebre.



Por hallarse remontado en lo más intrincado del manglar y la selva, William Bennet Stevenson, el mal llamado Bennet, se perdió lo acontecido el 10 de agosto. A su regreso a Quito, y en su afán de levantar crónicas de los principales acontecimientos, se dispuso a tomar las versiones de los implicados de lado y lado. En primer lugar al conde, y en segundo, a Arechaga, que aunque no era de su simpatía manejaba toda la información que sobre el proceso se había levantado.

Con la venia expresa del conde y el mohín suspicaz y desdeñoso de Arechaga, fue a visitar a los insurrectos. Quería sobre todo entrevistarse con Juan de Dios Morales, pero en lugar de encon-

trarlo heroico como lo había imaginado, lo halló demolido. En los treinta minutos que estuvieron conversando, Morales no pudo contener el llanto dos veces, lo que conmovió profundamente al joven inglés. Igual cosa pasó con Manuel Rodríguez. Ambos peligrosos sujetos en celdas independientes y aisladas, portadores de pesados grillos asidos a cadenas, como si fueran los peores delincuentes.

Cuando lo vieron llegar pensaron que traía noticias de Ruiz de Castilla, pero Bennet solo tenía vanas promesas. Les escuchó y levantó las versiones con lujo de detalles, y cuando ellos comprobaron que podía serles útil le rogaron que intercediera con el conde. Bennet no se negó pero horas más tarde cometió la imprudencia de comentar el asunto con el conde cuando Arechaga estaba en la habitación. Antes de que el anciano pudiera decir nada, el zambo dio un salto y encaró a Bennet como un perro guardián que protege su territorio. Bennet se excusó y cambió el tema. Habló del camino hacia la tierra de las esmeraldas diseñado por el sabio Maldonado y su ilusión por recorrerlo nuevamente, entonces Arechaga hábilmente convenció al conde de lo importante que era mantener esa zona vigilada. Cuando Bennet recibió la orden se llenó de felicidad, se olvidó de la suerte de los presos, y lleno del ímpetu más jovial, volvió a largarse a las *coniguas*.

Pensó en dejar sus escritos en Palacio, encargados al mismo conde, pero a tiempo premeditó que no había sitio seguro para los alcances de Arechaga. Optó por llevárselos consigo a sabiendas de que el clima del subtrópico no era la mejor opción para conservarlos. Por más esmero que puso en aislarlos de la humedad, los papeles se arrugaron, cambiaron de color y la tinta se desvaneció como si nunca hubiera existido. Quiso volver a reescribir el material, pero cuando puso manos a la obra, tristemente descubrió que toda la información que poseía sobre Quito y su historia había desaparecido con el hambre voraz de los insectos. Maldijo y luego sonrió al recordar una máxima de los geodésicos franceses, de Humboldt, de Bonpland y de otros tantos sabios que en su paso por la América meridional habían expresado que el único archivo confiable era la memoria.



El general Arredondo se entrevistó con el conde Ruiz de Castilla para exigirle, de la manera más altanera, que le entregara la totalidad del Erario Real para repartirlo entre la tropa, pero el conde arremetió con una estocada cuando le mostró que los fondos del erario ascendían a unos míseros reales.

Arredondo maldijo y advirtió al conde que la tropa estaba cansada de esperar y que él no respondería si se producía algún desmán, pero esto pareció no afectar al conde porque se alzó de hombros y se retiró a descansar. Tan enfurecido salió Arredondo de Palacio que ordenó a un grupo de zambos asaltar las fincas contiguas a la ciudad, que eran las que proveían de huevos, leche y carne. En menos de tres horas saquearon todas las fincas y sacrificaron cientos de animales.

Esa noche hubo fiesta. Asaron gallinas, cerdos, cuyes, corderos y reses, y por toda la ciudad se expandió el olor a carne asada.

Viendo que los soldados estaban entretenidos en la comilona, los vecinos del barrio de San Roque se reunieron por primera vez desde que los zambos llegaron a la ciudad. No lo hicieron en la plaza, frente al convento de Santa Clara que era donde usualmente se reunían, sino que encontraron mejor lugar en la quebrada de los Gallinazos, junto a la capilla de El Robo, donde siglos antes unos ladrones habían escondido un copón de oro robado a las monjas clarisas. A lo lejos se escuchaban las risotadas y la música de una banda de zambos que había comenzado a tocar.

-El huésped es como el pescado, -dijo uno de los vecinos- el primer día, encanta. El segundo, molesta, y el tercero, espanta.

-Sí, -le corrigió otro- solo que ellos no son huéspedes. Vinieron y se instalaron nomás...

Un anciano confitero famoso por su garrapiñada de tocte, les recordó el ánimo con el que les habían recibido.

-La culpa es toda nuestra, -aseveró- porque nosotros los recibimos con los brazos abiertos, sin ver que bajo la piel de oveja venía la fiera.

En silencio admitieron que el viejo tenía razón. Lo que podía haber comenzado como una nueva insurrección rápidamente se transformó en un mar de lamentos. A todos los habían robado, a todos los habían humillado y maltratado, solo que ahora no eran los españoles únicamente, sino también los zambos. No había familia en la que no hubiera una hija ultrajada, y en el caso de los indígenas que habitaban en la periferia de la ciudad el asunto era peor. Desde las alturas que dominaban la recoleta de Santo Domingo se divisaba claramente que había varias indias secuestradas de sus comunidades para que les sirvieran en sus necesidades. Los quiteños de todos los estratos sociales estaban indignados, y más pronto que tarde tuvieron que admitir que sufrían el peor de los males: la impotencia, porque por mucho que quisieran, no podían hacer absolutamente nada.

Cuando las tropas comprobaron que el *botín de Quito* era un mito porque el oro de las iglesias era en realidad *pan de oro*, es decir una milimétrica hoja dorada que se adhería a la madera y que no tenía ningún valor comercial, forzaron para que sus jefes solicitaran la retirada. Se consiguió que salieran muchos, quedándose únicamente un batallón de Lima con trescientos zambos, que a pesar de ser menos tenían aterrorizada a la ciudad.

A la par, seguía el juicio que había comenzado Arechaga contra los insurrectos. Valido de su habitual estilo de engañar, tejió una tenaz estrategia para volver a los unos con los otros.

La mayoría cayó ingenua en su telaraña. Con las ambiguas y confusas preguntas que creó para los interrogatorios, indujo a los declarantes a señalar a un cabecilla, a un solo culpable. Los realistas pensaron que la responsabilidad recaería sobre el marqués de Selva Alegre, siempre distante de ellos, como si los menospreciase por incultos, pero se equivocaron porque la gran mayoría de presos señaló como principal seductor a Juan de Dios Morales.

Arechaga estaba satisfecho con lo obtenido. Consideraba que Morales era un hombre inteligente, mucho más instruido y capaz que él, y por lo tanto peligroso, y que la mejor manera de librarse de sus mañas era eliminándolo. Con uno pagarían todos y el asunto terminaría sin males mayores y con buen escarmiento, sin embargo muchos no estaban de acuerdo. Otro de los cabecillas delatado en las declaraciones fue Manuel Rodríguez, *el cholito Rodríguez*, que aunque era hijo de español, había

heredado el color de piel de su madre. Contra él había inquina porque más de una vez, cuando le habían gritado *cholito*, él había respondido *mil veces cholo y ni una ignorante*.

También se ensañaron contra Salinas. El cabecilla del vejamen fue Simón Sáenz de Vergara, que juró por su vida que se vengaría de los insurrectos. No contento con tener a Salinas preso, se ocupó en fastidiar a su esposa, Maria Nates, que para empeorar las cosas se hallaba encinta. Con su hija de dos años buscó refugio donde el Obispo y este le recibió con los brazos abiertos porque la estimaba mucho. Mientras duró su embarazo, y debido sobre todo a que era agenciosa y tenía una caligrafía preciosa, ayudó a Caicedo a redactar la primera parte de su crónica sobre los sucesos del 10 de agosto de 1809.

Una tarde, enviados por Arechaga, irrumpieron en el obispado varios soldados con las órdenes de revisar hasta el último rincón, puesto que se habían recibido denuncias de que el obispo escondía fugitivos. Husmearon todas las casas del clero. Iluminados por antorchas bajaron a las criptas de la Catedral y revisaron hasta el último recoveco. Luego fueron a la biblioteca y se enfrentaron con Caicedo porque quisieron revisar los libros y él se opuso. Sobre el escritorio yacía la crónica de la insurrección y a Caicedo se le paralizó el corazón porque uno de los soldados se acercó al escritorio y hojeó el legajo. Cuando el resto de soldados salió, el zambo que miraba el legajo opinó que la caligrafía era preciosa, y que era una pena que él no supiera leer.

Ni bien se fueron, el obispo se reunió con su sobrino. Tomó el legajo que contenía la crónica de la insurrección quiteña, y lo arrojó a las brasas de la chimenea. Se quedó contemplando la fogata y luego encaró al sobrino.

-Lo siento mucho, -le dijo- pero ha sido un acto de amor. Primero quisiera estar muerto que verte preso.

Caicedo permanecía inmóvil, sin pronunciar una sola palabra, sin embargo no pudo disimular cuando le ganó el llanto. Apenas el obispo salió, se dio a la tarea de reescribir la crónica, pero con algunos cambios. Consideró varios puntos. El primero de ellos era el que tenía que ver con la urgencia de mantener al pueblo de Quito informado. Todos debían saber lo que estaba pasando y él se sentía en la obligación de divulgarlo, porque conocía como nadie lo que había ocurrido en Cuenca, Guayaquil, Pasto y Popayán. Pensó que si su vida estaba en juego por ser el autor y difusor de la información, lo preciso era disfrazar su identidad. Se le ocurrieron varios nombres que iban desde los clásicos griegos y otros mitológicos, hasta el natural de Eugenio Espejo. Se vio inmerso en un juego fascinante por ocultarse no solo detrás de un nombre, sino detrás de un personaje, y así fue cómo creo a *Anónimo*, un joven español con buen vocabulario y un indiscutible aire irónico. Muy irónico. Tanto así que intituló al pasquín:

*“Hazañas y méritos
de los gobernadores de Guayaquil, Cuenca y Popayán,
en la revolución del 10 de Agosto de 1809”*

La ironía radicaba en que no se hablaba de ninguna hazaña, ni se ensalzaba ningún mérito, sino que se describía las barbaridades cometidas por los gobernadores Cucalón, Aymerich y Tacón.

Más abajo escribió un párrafo explicativo para ocultar su identidad y despistar a los lectores.

Decía:

Escritas por un español que por su imparcialidad puede pasar por americano, con el fin de que sirva de suplemento a las memorias y relaciones de varios autores.

Documento Anónimo.

Trece días se demoró en redactar el nuevo documento, y se sorprendió por su volumen porque lo que había pensado que sería un pasquín, se convirtió en una narración de ochenta y cuatro folios. Cuando se hallaba en la tarea de coser el legajo, fue visitado intempestivamente por María Nates, la mujer de Salinas, que le estaba buscando para pedirle consejo. Era joven, mucho menor que su esposo que le llevaba más de treinta años, pero se amaban entrañablemente. Estaba preocupada porque por la ciudad estaban circulando varios rumores. Se decía que Arechaga había tomado la decisión de ejecutar a los principales conspiradores, entre los que se hallaba su marido. Caicedo le ofreció que conversaría con el obispo mientras trataba de esconder el legajo, pero no pudo evitarlo porque María Nates adivinó el asunto. Antes de que él pudiera decir nada, le rogó que le permitiera sacar una copia y le juró que mantendría el mayor de los sigilos. Caicedo no pudo negarse. Tanto le gustó a María Nates el texto que reprodujo dos copias en una semana, y fue ella misma quien las distribuyó secretamente. Una de las copias, obviamente, cayó en manos de una de las integrantes de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias que convocó a sus compañeras para reproducirlo en tres copias cada una, y así fue como el texto de Caicedo se distribuyó por toda la ciudad.

También llegó a Palacio, directamente a las manos de Felipe Fuertes Amar, gran amigo de Arechaga y Arredondo. Con el rostro prendido por la ira avanzó por los corredores en dirección al despacho del Presidente, blandiendo el pasquín anónimo al que calificó de seductivo. Con voz chillona, prácticamente ordenó al conde que iniciara una urgente investigación para dar con el autor del panfleto, y lo mismo opinaron Arechaga y Arredondo que eran quienes realmente gobernaban. Se inició una pesquisa pero no dio resultados porque se encontraron más de treinta pasquines del mismo tenor pero diferente letra, que fueron incinerados en el patio del cuartel. Lo que más les dolió fue el párrafo final, en el que autor del documento anónimo decía:

Al contemplar lo que ha hecho don Bartolomé Cucalón en Guayaquil, don Melchor de Aymerich en Cuenca, y don Miguel Tacón en Popayán; al contemplar lo que a su ejemplo han practicado sus subalternos llenos de furia, más que de entusiasmo; al contemplar lo contradictorio del señor conde Ruiz de Castilla, la arbitrariedad y despotismo de don Tomás Arechaga, la impericia y crueldad de don Felipe Fuertes, la inhumanidad y entretenimientos de don Manuel Arredondo, no puedo menos que exclamar ¡ah! Con cuánta verdad dice el Supremo Consejo de Regencia que los americanos-españoles han sido mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia de los mandatarios del Gobierno antiguo.

Furibundos exigieron al conde que les vengara por las afrentas y que ordenara regar sangre quiteña para escarmentar a la ciudad, pero Ruiz de Castilla se negó. Tomó la innegociable decisión de remitir el proceso a Bogotá, para que el mismo virrey fuera el que decidiera sobre el asunto. Una diplomática forma de lavarse las manos que enardeció aún más la rabia de Fuertes, Arechaga y Arredondo.

Hacia fines de junio se organizó una reunión clandestina y de último rato en la casa de don Simón Sáenz de Vergara, cuyo interior nadie conocía porque nunca antes había sido visitada. A pesar de la enorme fortuna del comerciante de esclavos más grande de la Audiencia, la casa estaba decorada con suma sencillez y se respiraba tal aire de austeridad que no había dónde sentarse porque don Simón solo poseía dos sillas. El ánimo con el que don Simón comenzó a hablar les hizo olvidar las incomodidades. Contó que esa mañana había pasado por la Administración de Correos y que un conocido suyo, y también de todos los presentes, por ser realista, le llamó para mostrarle un pliego que había llegado desde Cartagena a nombre de doña Rosa Montúfar, la hija del fugitivo marqués de Selva Alegre, remitido por su hermano Carlos quien, allá en España, había sido nombrado Comisionado del Consejo de Regencia.

La noticia les dejó sin palabras. Jamás se hubieran esperado que el hijo del marqués, el hijo del principal insurrecto, hubiera sido nombrado para poner orden, cuando su propio padre era el autor del más grande desorden que hubiera sufrido la Presidencia. Especularon sobre su llegada y pronto se dieron cuenta de que las cosas iban a cambiar drásticamente, y que ellos que gozaban de libertad, mañana podían ser prisioneros.

Leyeron varias veces el legajo que Sáenz se había sustraído de la Administración de Correos en el que expresamente se ordenaba al conde Ruiz de Castilla no tomar ninguna decisión sobre la suerte de los insurrectos hasta que el Comisionado Regio llegara a Quito, y consideraron que el tiempo estaba sobre ellos.

Vieron a Juan de Dios Morales, a Manuel Rodríguez y Salinas en libertad, burlándose de ellos que estaban tras las rejas, y se horrorizaron. Hablaron de todo tipo de planes y estrategias y surgió una sola consigna: eliminar al Comisionado Regio, pero pronto la idea fue desechada porque entendieron que Carlos Montúfar tenía más autoridad que el mismo Presidente de la Audiencia.

-De realistas pasaremos a ser traidores, -opinó uno, y todos estuvieron de acuerdo.

-El problema no es Carlos Montúfar, -instigó Arechaga- sino los verdaderos autores de la insurrección, ¡los mentalizadores! -gritó y dio un puñetazo sobre la mesa. -¡Hay que cortar el problema de raíz!

No tuvo que decir más porque inmediatamente fue apoyado por Fuertes, por Sáenz y la mayoría.

Decidieron mantener el pliego de Carlos Montúfar en secreto pero se presentó un incidente en la Administración de Correos, puesto que doña Rosa Montúfar había reclamado una carta que faltaba, enviada por su hermano, cuya existencia le había anunciado en una carta anterior. Tanto escándalo hizo por el robo que el Administrador no tuvo más remedio que contarle que la carta había sido decomisada por las autoridades y que reposaba en las manos del conde. Con justo derecho pidió ella ver el contenido de la carta, pero se lo negaron. Entrevistarse con el conde fue misión imposible porque Arechaga se encargó de que él no se enterase de lo que estaba ocurriendo. Finalmente optó por mostrarle la carta al conde, quien en lugar de alarmarse se alegró porque por fin iba a haber alguien que arreglara los problemas. Con la ayuda de Fuertes y Arredondo, Arechaga le pintó las peores posibilidades. Le recordó una y otra vez que Carlos Montúfar era hijo del marqués de Selva Alegre y que tomaría represalias. El conde, que veía con buenos ojos al Comisionado Regio, de pronto comenzó a temerle. Olvidó lo que sabía de él, que era un joven ilustrado que había acompañado al sabio Hum-

boldt a subir al Chimborazo, la montaña más alta del mundo, y que luego había viajado con él por las Américas y el Viejo Mundo. De pronto lo percibió como si fuera un ser maligno lleno de oscuros intereses y sobre todo cegado por la venganza.

Un grupo de soldados interrumpió la reunión. Les urgía hablar con Arredondo. La noticia del pliego de Montúfar se había regado por toda la ciudad y la tropa exigía un pago de seis mil pesos de gratificación o en su defecto licencia para el saqueo.

Todos consideraron que había una enorme deuda con la tropa y que había que saldarla de algún modo. El conde dijo horrorizarse con la idea del saqueo, pero le recordaron que él también había sido hombre de milicia y que conocía cómo era el asunto.

-No podemos poner a la tropa contra nosotros –sentenció Arredondo, a lo que el conde masculó:

-Cinco horas, ni un segundo más.



El saqueo fue brutal y no hubo un solo responsable. Cuando se trató de hallar culpables, las autoridades alegaron que la orden no había salido de ningún superior y que más bien los robos habían sido ejecutados por soldados ladrones, de aquellos que siempre se ocultan en la tropa. Se ordenó ir tras ellos pero por más que se los buscó no se dio con el paradero de ninguno. Los quiteños se indignaron tanto que salieron a las calles y plazas, armados de palos, cuchillos y una que otra escopeta oxidada que había pertenecido a un antepasado y que cuando se atoraba, estallaba en las manos.

Los limeños que se habían mostrado feroces y burdos se delataron como cobardes, porque apenas vieron el tumulto en las calles huyeron despavoridos a buscar refugio. La mayoría de ellos lo encontró en Palacio, y ahí permaneció hasta que se consiguió que unos empolvados nobles y eclesiásticos salieran a las calles a apaciguar a las gentes. Con alegatos en los que ni ellos mismos creían, convencieron al ingenuo populacho de que se trataban de robos aislados que no volverían a repetirse, y solo cuando consiguieron que los quiteños se retiraran, los limeños se atrevieron a salir fuera de Palacio. En la Plaza Mayor encontraron a unos cuantos infelices a los que dieron palo. A un muchacho inocente y desvalido le dieron tantos golpes que lo dejaron muerto en el atrio de la Catedral. Este acto de cobardía lo presenciaron todos los realistas, encabezados por el español Pedro Pérez Muñoz, *el narizón*, que fue el que más azuzó para que mataran al muchacho.

Ahíto de sangre tuvieron que retirarse en estampida porque los quiteños encontraron el cuerpo inerte del joven asesinado, y reunidos en la plaza, clamaron justicia. El conde se asustó y ordenó que se proveyera auto cabeza de proceso, pero no fue para averiguar sobre los latrocinios de los soldados, sino para hipócritamente descubrir quien había sido el propagador del saqueo. Ingenuamente,

el proceso contó que un señor Miguel Yánez había irrumpido en varias tiendas y establecimientos comerciales para advertir que pronto habría un saqueo y que debían esconder presto todos los bienes y cerrar las puertas con doble aldaba, y que por lo tanto él era el culpable del rumor que tanto daño había ocasionado a los quiteños. Se le sentenció a ser azotado por mano de verdugo, con una correa armada de puntas de acero. No se especificó el número de azotes y Miguel Yánez nunca pudo reclamar por la injusticia, porque se pactó con el verdugo para que lo dejara muerto.

Los quiteños que presenciaron el flagelo oyeron decir al capitán Barrantes que si había otro brote de la plebe, él mismo se encargaría de pasar por cuchillo a todos los presos, y esto los llenó de desconcierto. En la muchedumbre se encontraba la negra Clarita que corrió con la noticia donde su patrona. Apenas la oyeron las hijas de Manuel Rodríguez fueron al cuartel y se lo contaron todo a su padre, entonces él les rogó que acudieran donde el obispo a suplicarle que consiguiera la autorización del conde para que los presos recibieran los sacramentos.

De boca de ellas, el obispo oyó repetir las palabras de Manuel Rodríguez, que había dicho:
-Como católico que soy no temo morir, sino morir sin los auxilios de la Iglesia.

Enternecido el obispo fue a hablar con el conde y le puso al tanto de lo que había dicho Barrantes. Él y Arredondo, su jefe, fueron llamados a esclarecer el asunto. Barrantes, lleno de soberbia, no lo negó, y Arredondo, burlándose frente al conde, le aseguró que la postura de Quiroga era teatral y que el argumento de la religión era el reducto de los cobardes.

Ahí quedó el proceso. Los días siguientes los realistas armaron una enorme campaña para desacreditar a Carlos Montúfar. Decían que era bonapartista y que nada bueno podía esperarse del hijo de un traidor. Arechaga, públicamente, manifestó que los grillos que se guardaban para el marqués de Selva Alegre los estrenaría su hijo. Estaban organizados y cada uno sabía lo que tenía que hacer. Pedro Pérez Muñoz se encargó de redactar sendas cartas a los gobernadores de Pasto, Cuenca y Guayaquil, que fueron firmadas por el mismo Arredondo. A Miguel Tacón, gobernador de Pasto, se le pidió detener a Carlos Montúfar cuando pasara por ahí, mientras ganaban tiempo para exterminar a los insurgentes. Ya no se disimuló el asunto: había que acabar con ellos.

Inmediatamente la noticia se regó por Quito. En todas las casas se comentó que la orden de asesinar a los presos había sido dada, y los quiteños se llenaron de pánico.



Hacia fines de julio, Rosa Checa llegó a Pomasqui acompañada de su hija Josefina y de la marquesa de Solanda. Se hospedaron en la hacienda de la marquesa e inmediatamente se pusieron en contacto con María Mercedes Tinajero y Manuela Espejo.

El asunto era el siguiente: se sabía a voces que los próceres quiteños iban a ser asesinados y había que hacer algo. La primera en exponer el problema fue Rosa Checa que por intermedio de su marido conocía lo que pensaban los gobiernistas. Se había ensañado contra *el narizón* Pérez Muñoz, al que más de una vez había oído pedir la muerte de los insurrectos, pero el reclamo no era solo del *narizón*, sino de la mayoría de realistas que sabía que detrás de esa sangre había oro. Por ley, los bienes de los difuntos debían ser rematados partiendo de precios ínfimos. Si bien algunos presos como Manuel Rodríguez, Juan de Dios Morales y otros, no tenían posesiones, se compensaba con la enorme fortuna de los parientes del marqués de Selva Alegre por un lado, y de Xavier de Ascázubi, emparentado con la marquesa de Maenza, por otro.

-Yo conozco muy bien a esos zorros, -aseveró la marquesa de Solanda- pero ese no es el punto, sino que hay algo más que no se ha considerado.

Guardaron silencio atentas a lo que tenía que decir, entonces la marquesa hizo mención de un enorme tesoro que nadie había valorado. Dijo que entre los insurrectos estaba lo más ilustrado de la sociedad quiteña y que exterminarlos sería como cortar la cabeza de una ciudad que se había jactado de tener tres universidades, tres cabezas, y que ahora se quedaría acéfala.

-¿Qué futuro les espera a nuestros hijos? -repitió una y otra vez.

Le dieron la razón, e incluso Manuela Espejo aseguró que ese mismo debía ser el plan de los españoles: volver a la ciudad más culta, la más miserable.

Les faltó el tiempo para enumerar los males porque la marquesa llamó a orden y dijo tajante:

-Hay que liberar a los presos.

Guardaron silencio y se miraron unas otras, hasta que Rosa, que había estado en conversaciones permanentes con la marquesa, habló:

-Este es el plan...

Un considerable lote de joyas valorado a ojo de buen cubero en más de treinta mil pesos, obtenido de las donaciones de la misma marquesa y de varias integrantes de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias que prefirieron que se mantuviera su nombre en anonimato, se había destinado a la liberación de los presos. No se trataba de dinero para comprar armas, sino de alhajas para sobornar a los guardias. Para ello contaban con varias mujeres que iban a ayudar en la empresa. A saber: las dos hijas de don Manuel Rodríguez de Quiroga, y más que ellas su esclava Clarita que tenía buen entronque con los zambos. También María Nates, la mujer del capitán Salinas, que era bastante diligente, al igual que Isabel Bou, que se hallaba embarazada, y algunas otras.

Estuvieron de acuerdo en que la empresa era bastante arriesgada pero la marquesa aseguró que el dinero lo podía comprar todo, y más aún cuando se trataba de perros con hambre atrasada.

Manuela preguntó si se tenía apoyo de la plebe de los barrios a lo que Rosa Checa contó que sabía de buena fuente que Pacho, *el organista*, andaba planificando algo. Decidieron que era importante ponerse de acuerdo con él y que había que hacerlo urgentemente por lo que planificaron el viaje a Quito para el día siguiente a primera hora.

Manuela Espejo fue la primera en apuntarse para ir, pero las demás se opusieron. Alegaron que su presencia era peligrosa para todas, porque aunque no lo quisiese, Manuela cargaba sobre sí la insignia de la subversión. Tampoco fue Josefina, a quien le faltaban dos semanas para dar a luz. Se la dejaron encargada a Manuela Espejo y al día siguiente, apenas clareó, partieron las tres rumbo a Quito. Manuela las despidió. Las abrazó como a hermanas y les llenó de bendiciones, y luego cuando la carreta se alejó no pudo contener el llanto. Arrimada al umbral de la puerta estuvo pensando hasta que amaneció y todo se llenó de ruido y de luz. Se le ocurrió que la insurrección podía morir, pero nunca la insurgencia. Acto seguido sonrió, porque ahora el asunto estaba en manos de mujeres, las mismas manos que siempre, a lo largo de la Historia, habían cargado la esperanza.



So pretexto de organizar la procesión por el día de Nuestra Señora de los Ángeles que estaba próximo, se reunieron doce damas quiteñas en el convento del Carmen Alto, acompañadas de sus respectivas sirvientas que sumaban otra docena. Un grupo de monjas rebeldes aprovechó que la priora estaba enferma para usar el claustro como sede de la conspiración. Se encerraron en el cuarto que había pertenecido a la venerable virgen Mariana de Jesús, cuyo proceso de beatificación sufría los más inusitados percances, y se repartieron el botín de joyas.

La marquesa las instruyó. Les pidió que fueran sutiles y que debían convencerse de que la única forma de despertar la codicia era recordando las necesidades. Les dijo que los zambos tenían familia a la que no veían desde hacía mucho tiempo y que nada era mejor que regresar a casa trayendo un buen botín de guerra. Unos hermosos zarcillos de rubíes para la esposa y joyas de oro antiguo que se vendían a buen precio en Lima.

La más entusiasta de todas era María Nates, pero también la más nerviosa. Había algo que la inquietaba: de boca del negro Prieto había escuchado que se haría un simulacro de subversión para así justificar la matanza de los próceres. Esa subversión estaría encabezada por un joven cuencano, conocido como el *morlaco González*, quien se había vuelto el Judas del asunto. Pero lo que realmente le tenía preocupada era que el negro Prieto le había asegurado que la matanza de los próceres no pasaría del fin de semana.

Mientras las damas se organizaban para sobornar a los guardias, María Mercedes Tinajero y Rosa Checa fueron a buscar a Pacho, *el organista*. Pensaron que era cuestión de preguntar por él y encontrarlo, pero no fue así. Sobre Pacho pesaba orden de captura por ser reo de Estado prófugo, por lo que andaba muy bien escondido. De quien sí consiguieron averiguar fue del morlaco González.

Se trataba de un muchacho veinteañero, cuencano, de los que habían dejado las tropas de Aymenrich para unirse a los limeños, y que había ayudado a Pacho, *el organista*, a liberar a Nicolás Vélez. De él se decía que se reunía con el oidor Fuertes Amar, y que varias veces se le había visto salir de la inhóspita casa de don Simón Sáenz de Vergara. Se rumoraba que Sáenz tenía con él un negocio oscuro porque el morlaco que antes era más pobre que una rata, andaba luciendo lujos y dándose vida de rey. Simpático, dicharachero y forrado de plata, había hecho muchas amistades en los barrios. Generoso y solícito, porque era amigo cercano del oidor Fuertes Amar, no había problema que no solucionase. Querido por todos, valorado y bienvenido en todas partes, se volvió un héroe cuando una noche de juerga en el barrio de San Roque, propuso liberar a los presos que estaban en el cuartel y evitar su muerte. Sus compañeros alegaron que bien quisieran, pero que esa guerra no era suya, a lo que el morlaco les tachó de cobardes.

No faltó quien, en el calor de la discusión, acusara al morlaco de ser amigo de los peores realistas, a lo que el muchacho se excusó diciendo que precisamente porque los conocía los repudiaba, y que era una ventaja que él jugara en ambos bandos, pero que era patriota convencido. Le increparon sobre el dinero que tenía y el morlaco mintió que eran antiguas deudas que Sáenz le había saldado, por haberle servido en el negocio de esclavos en su nativa Cuenca. Más pronto que tarde se supo por otros cuencanos que el morlaco González siempre había sido un vago que nunca había trabajado en su vida, y que seguramente tenía dinero por haberse aprovechado bastante del saqueo.

A partir de entonces de nada le sirvió la generosidad y la simpatía porque comenzaron a desconfiar de él, no así algunos ingenuos, que creyeron en la posibilidad de liberar a los insurgentes, sin saber que estaban siendo manipulados.

Un joven Jervis, del barrio de San Sebastián, que había sido alumno de Juan de Dios Morales y Manuel Rodríguez, y a quienes consideraba las personas más instruidas de la Audiencia, se unió al morlaco con la condición de que no solo se asaltase el cuartel donde estaban presos los insurgentes, sino también el presidio, ubicado a pocas cuadras, donde permanecían cerca de cien soldados en calidad de reos. Viendo el morlaco que sus planes se alteraban se opuso a la petición de Jervis por considerarla peligrosa, pero Jervis alegó que era mejor contar con el respaldo de los soldados presos, a lo que todos estuvieron de acuerdo.

El morlaco fijó una nueva reunión para ultimar detalles, pero Jervis, vehemente, le contestó que ya no había tiempo y que si se quería un asalto debía darse ese mismo momento. Al morlaco le pareció una locura, pero la acción ya estaba decidida. Los dimes y diretes sobre el morlaco se habían difundido por todo Quito, y la desconfianza se había multiplicado. El morlaco pidió un poco más de tiempo pero Jervis fue implacable. Se dirigió a un aparador donde guardaba las armas, las sacó y las repartió entre los presentes. Tristes armas y pocos hombres, a saber solo tres cuchillos para tres valientes: el morlaco, Jervis y un chico de dieciséis años, del barrio de San Marcos, conocido como *el atleta* porque a pesar de su cortedad era el mejor en cualquier disciplina física.

Arechaga, Fuertes Amar, Arredondo y Sáenz de Vergara se quedaron esperando a que el morlaco regresase con el dato para montar el tinglado y asesinar a los presos, pero el morlaco jamás regresó. En la espera, los magistrados almorzaron opíparamente y tomaron una larga siesta.

A la una y cuarto de la tarde, el morlaco González, Jervis y el atleta, se dispusieron a irrumpir en el presidio donde estaban los soldados. A esa hora la ciudad estaba desierta, pero se percibía el atisbo de los quiteños que espían tras las cortinas de las ventanas. Prefirieron no salir de sus casas hasta ver

qué ocurría porque miraban el asunto con cierta desconfianza. La presencia del morlaco González en la conspiración les resultaba definitivamente incómoda.

Como si Jervis y el atleta estuvieran pidiendo una muestra de confianza por parte del morlaco, aguardaron a que él se manifestara primero. A cortos pasos observaron cómo el morlaco se apechugaba con el centinela mientras le hundía un puñal en el estómago. Luego entraron dando de gritos, a sabiendas de que únicamente estaban seis zambos en el presidio y que ni bien los vieron, huyeron despavoridos. Mientras el morlaco se quedaba como centinela, Jervis y el atleta liberaron a los presos. De estos, la mayoría no se detuvo hasta salir de la ciudad. Otros se refugiaron en la casa del prebendado Batallas y un buen grupo en el Palacio Episcopal. Llamó la atención que tres presos que portaban grillos pidieron no ser liberados y que prefirieron quedarse en el presidio hasta que la revuelta cesara. De todo el enorme grupo solo seis se quedaron a respaldar el golpe. Se armaron con los fusiles que los zambos abandonaron y se dirigieron al cuartel donde estaban presos los insurrectos. Eran nueve, precedidos por el morlaco González, que avanzaban resueltos y llenos de valentía, sin embargo, desde lejos los vio venir la única persona que en ese momento se hallaba en la calle. Se trataba de María Nates que portaba un lote de joyas en la manga del vestido con la expresa intención de sobornar a los guardias. Al primero que divisó con claridad fue al morlaco González, y se llenó de pánico. No dudó un segundo y corrió donde su protector, el obispo de Quito, pero no para hablar con él, sino que entró a la biblioteca y cayó de rodillas frente a Manuel José Caicedo.

-¡Los van a matar!... -gritó y acto seguido, imploró- ¡Por el amor de Dios, padre, toque las campanas!

Caicedo no se hizo repetir. Pensó que lo más lógico era alertar a los quiteños sobre la masacre, así que dando trancadas se dirigió a la iglesia y tocó las campanas con señal de fuego. Esto fue lo peor, porque los gobiernistas que estaban completamente desprevenidos despertaron de sus siestas y constaron que la conspiración se había llevado a cabo sin que nadie les hubiera avisado.

En la Plaza Mayor se produjo un leve enfrentamiento. Uno de los soldados que había huido del presidio se escondió en el pretil de la Catedral y desde ahí arrolló a varios zambos, hasta que le dieron un balazo y terminaron con su vida. No contentos fueron a acribillarlo y dejaron el cadáver destrozado. Igual suerte corrió una india que estaba en la plaza, un *cobachero* de los bajos de Palacio, y un músico que iba al Carmen Bajo.

De los nueve que se dirigieron al cuartel, tres se adelantaron a la Plaza Mayor para detener el avance de los zambos, y seis, armados solo de cuchillos, irrumpieron en el edificio que antes había pertenecido a los jesuitas y que ahora servía de prisión. El morlaco se acercó al centinela y le ordenó que le entregara el arma, a lo que el hombre, presa del pánico, le entregó el fusil, la cartuchera, la colma de pólvora, y salió corriendo en estampida. Los demás entraron, desarmaron a la guardia, y fueron inmediatamente a liberar a los presos, sin embargo se encontraron con el capitán Galup que gritó:

-¡Fuego contra los presos!

El joven atleta de San Marcos dio un par de brincos y antes de que Galup pudiera reaccionar, le asestó un golpe con el fusil calado de bayoneta y le dejó inutilizado.

Mientras abrían las cárceles del primer piso, el segundo y el subsuelo, el morlaco González cerró la puerta dejando a los insurgentes encerrados.

Inmediatamente los soldados rodearon el sitio, y como si hubiera sido planificado el asunto, cada uno supo lo que tenía que hacer. La tropa auxiliar de Santa Fe, que ocupaba las instalaciones contiguas al

cuartel, disparó un cañón contra una pared del patio, y antes de que muchos fueran liberados, irrumpió y aniquiló a los seis insurgentes y a varios de los presos que no pudieron salir al exterior porque la puerta estaba cerrada y el morlaco escondido. A propósito del morlaco, recibió un balazo con dedicatoria en plena sien. Ese era el pago de Fuertes Amar y Simón Sáenz de Vergara por su lealtad y servicios.

Solo cuando la subversión se exterminó por completo hizo su aparición el coronel Arredondo, que no entró por el hueco de la pared, sino por la puerta grande. Venía acompañado de su guardia personal y también de Arechaga, que se quedó en el patio.

Arredondo dio la orden de asesinar a los presos, así que los zambos fueron de celda en celda y los aniquilaron. No entraron y les acribillaron con ráfagas de disparos, sino que fue un guardia por preso. Comenzaron por los calabozos del subsuelo y luego siguieron por las celdas del segundo piso.

Coincidió que por ser hora del almuerzo se hallaban de visita algunas familiares de los presos, como las dos hijas de Manuel Rodríguez, la esclava Clarita, Isabel Bou y la mujer del escribano Atanasio Olea. De nada sirvieron sus ruegos porque igual los presos fueron asesinados. Al capitán Salinas le acribillaron en la cama, ya que estaba enfermo y ni siquiera pudo incorporarse. Juan de Dios Morales recibió los golpes de rodillas, mientras rezaba. Ascázubi en el suelo, sin importarles que se hubiera desmayado. Con quien más se ensañaron los zambos fue con José Riofrío, cura de Píntag, cuyo cadáver desnudo fue arrastrado por el cuartel. Isabel Bou estuvo junto a su esposo cuando lo mataron, y como se negó a desprenderse de él, la hirieron con una bayoneta. No respetaron su avanzado estado de embarazo, ni tampoco el de la negra Clarita, a quien mataron despiadadamente. Tirada en el suelo, el vientre se le agitaba mientras los zambos comentaban riendo:

-¡Ole, cómo brinca el hijo!

Los crímenes en manos de los zambos se volvieron la más cruenta carnicería. Por último, cuando pensaban que ya habían exterminado a todos, las hijas de Manuel Rodríguez cayeron de rodillas frente al oficial de guardia y le imploraron por la vida de su padre, dándole inmediatamente a entender que Manuel Rodríguez seguía vivo. Con un cadete Jaramillo fueron a verificar el asunto y comprobaron que Manuel Rodríguez se había escondido esperando pasar inadvertido, y lo habría logrado de no haber sido porque sus propias hijas, presas del pánico, lo delataron. Los zambos le obligaron a que gritara *¡Vivan los limeños, viva Bonaparte!*, sin embargo Manuel Rodríguez exclamó: *¡Viva la religión!*. El cadete Jaramillo le dio un sablazo. Manuel salió de la celda gritando que pedía un confesor, pero lo terminaron de acribillar en el pasillo, frente a sus hijas.

De la matanza solo consiguieron escapar algunos presos que estaban en los calabozos del subsuelo, valiéndose de un hueco que habían cavado y que daba a una antigua quebrada que lindaba con el cuartel. También se salvaron tres personas del piso alto: el cura Castelo y don Manuel Angulo, que salieron por la puerta una vez que fue aniquilado el morlaco, y el joven José Castillo que se empapó con la sangre de sus compañeros asesinados y se fingió muerto. Cuando minutos más tarde los zambos fueron a constatar que todos eran cadáveres, hundiéndoles la bayoneta, el joven Castillo se aguantó la cuchillada y gracias a ello salvó la vida.

Después de la carnicería vino el botín. Les despojaron de todo lo que tenían. El dinero, los pocos muebles y también las ropas, hasta las interiores. Hicieron una montaña de cuerpos desnudos, y ahitos de sangre salieron a la plaza dispuestos al saqueo. En la esquina de La Concepción se paró el capitán Barrantes y sable en mano, frente a la tropa, gritó:

-¡Maten a los quiteños!... ¡Del obispo para abajo, maten a todos!

Los zambos salieron corriendo en estampida como si se hubiera dado la orden para el saqueo. Mataron a cuantos se encontraron en el camino y las pocas tiendas que encontraron abiertas fueron vaciadas. Se hubieran fácilmente apoderado de la ciudad de no haber sido por la intervención de varios mozos regados por todas partes, que se enfrentaron a las patrullas de zambos y les dieron guerra. El capitán Villaspesa, un español famoso por su crueldad, se dirigía al cuartel acompañado por dos soldados, pero fueron interceptados por un grupo de cuatro mozos armados de palos y solo un cuchillo. El capitán sacó el sable mientras sus soldados huían a toda prisa. El mozo que portaba el cuchillo, tenía un poncho en el brazo y cuando el capitán quiso atacarle con el sable, el mozo le arrojó el poncho encima y acto seguido le clavó el cuchillo en el pecho matándole de contado. Siguieron rumbo al norte y en la calle del Marqués de Solanda desarmaron a seis soldados que llevaban fusiles cargados y bayonetas. En la calle del Correo, tres mozos hicieron huir a una patrulla entera, la desafiaron y se burlaron de ella con silbidos. Un caso insólito fue el de un joven curioso y arriesgado, que pensando que la tormenta había amainado salió a la calle. Recorrió el pretil de la Catedral y cuando llegó a la esquina descubrió que un zambo le apuntaba. Disparó pero el mozo se agachó a tiempo y evitó el tiro. Mientras el zambo cargaba el fusil el mozo se le paró delante y le dijo:

-Apunta bien, zambo, porque si yerras otra vez te mato...

Tal fue el temple del quiteño que al zambo le acometió una incontrolable tembladera y volvió a errar. El mozo no esperó una tercera vez y se abalanzó contra el zambo, le agarró de la cabeza y con todas sus fuerzas la estrelló contra el pretil, dejando las piedras ensangrentadas.

La historia más triste fue la de Isabel Bou, que en una sola tarde perdió a sus seres más queridos: primero a su marido, y luego a sus padres, que preocupados porque Isabel no volvía fueron a buscarla, y murieron en la calle, en manos de una cuadrilla.

A eso de las seis de la tarde, cuando por fin se pensaba que la tormenta había cesado, la ciudad presentaba un cuadro desolador: decenas de cadáveres de gente inocente que había pagado la ira de los zambos. Eran ancianos, mujeres y niños. Mendigos y desvalidos. Sumándolos a los cadáveres de los próceres, la cifra no llegaba a ochenta. Sin embargo, del lado de los extranjeros, los muertos eran abundantes. Solo el capitán Dupret reportó que tenía una baja de doscientos soldados, cuyos cadáveres se encontraron en las quebradas del Machángara.

Por orden de Arredondo se dispuso que los cadáveres que estaban en el cuartel, así como los del presidio, fueran destinados a los cementerios de las iglesias de la ciudad.

Al día siguiente, muy de mañana, Juan José Guerrero, alcalde de Quito se dirigió en compañía de Mariano Sosa, escribano, a las iglesias de San Agustín, la Merced, San Francisco, Santo Domingo y el Sagrario, con la finalidad de averiguar quiénes fueron las personas que perecieron en la tragedia. Ni siquiera porque su sobrino se hallaba entre los muertos, tuvo el recato necesario para abstenerse de hacer comentarios odiosos e instó al escribano para que comenzara el acta de levantamiento de los cadáveres de esta manera: *Que la premeditada malicia del los culpados en el crimen de Estado, exitó el día de ayer a las dos de la tarde, una conmoción con el punible fin de asegurar su impunidad y hacer otra nueva insurrección...*

Apuntaron los nombres y el estado de los cuerpos de cada uno de los muertos, también el de una señora de apellido Monge que por curiosa, por haber espiado una balacera desde el balcón de su casa, recibió un tiro que la mató de contado.

A la tarde se reanudó el saqueo. Comenzó por el almacén de Luis Cifuentes que era el más grande la ciudad y cuyo dueño era Caballero de la Orden de Carlos III. Con bastante esfuerzo rompieron la puerta del almacén a fuerza de repetidas descargas y culatazos, y cuando entraron su primera diligencia fue matar al propietario. Afortunadamente y a pesar del delicado estado de salud de Cifuentes, este logró escapar a la casa contigua valido de una escalera de mano, desde donde presencié el saqueo. Se llevaron cincuenta y seis mil pesos fuertes de plata, siete mil quinientos en onzas de oro y dieciséis mil en plata labrada, alhajas y todas las existencias de la casa. Otro bando asaltó el almacén de Manuel Bonilla, también grande, y se sus trajeron cincuenta mil pesos. Igual cosa sucedió en el almacén de Pedro Montúfar, hermano del marqués, y en otras tiendas menos valoradas. Irrumpieron en las casas más solariegas de la ciudad y las desmantelaron. También la casa de las Cañizares fue visitada. Tenía la fama, regada por *el narizón* Pérez Muñoz, de que era el prostíbulo más prestigioso de la ciudad y que sus adornos y cortinas habían sido de la corte francesa. Arrancaron las cortinas que María Cañizares había cosido con tanto esmero, y se las llevaron de recuerdo. También toda la ropa, entre ella los vestidos de las señoritas Ascázubi que María estaba arreglando y que nunca volverían a sus dueñas.

Fue tal la sed de riqueza que en la plazuela de San Agustín se produjo un enfrentamiento entre zambos, debido a que uno de ellos había estado guardando el botín en el campanario, mientras el otro iba por más. Cuando regresó el segundo, encontró el campanario vacío. Reclamó a su compañero, se dieron de golpes y finalmente el segundo mató de una puñalada al primero, y así se quedó sin saber dónde estaba guardado el botín.

Antes del mediodía, la ciudad estaba rodeada, pero no de soldados sino de vecinos armados de palos y cuchillos. Eran miles de campesinos, mestizos e indios provenientes de los pueblos de la periferia de la ciudad, que iban a salvar a Quito y vengar las atrocidades que había padecido. Esto atemorizó a los gobiernistas. Reunidos en Palacio, deliberaron que corrían peligro, pero Arredondo les reconfortó asegurándoles que sus ejércitos les defenderían. Sin embargo, cuando el capitán Dupret llegó con la noticia de que había una baja de doscientos soldados en su guarnición, Arredondo comenzó a preocuparse. Se reunió con Dupret y le pidió que le llevara a ver los cadáveres. Fueron inmediatamente y cuando llegaron a una de las quebradas del Machángara, observaron que los soldados estaban recogiendo los cuerpos para darles sepultura. Arredondo se les acercó y les preguntó sobre las heridas de los muertos. La mayoría eran de cortaduras producidas por cuchillos, sables o machetes, pero también había una buena cantidad de heridas con pólvora, lo que significaba que había quiteños armados. Luego hizo un inventario de todo el armamento y la cantidad de pólvora, y se encontró con la novedad de que faltaban muchas armas, y la pólvora estaba por acabarse. Cuando se disponía a regresar a Palacio para informar sobre el estado de la milicia, recibió la noticia de que cerca de cuatrocientos indios, armados de palos, cuchillos y también fusiles, habían ingresado hasta la parroquia de San Sebastián. Venían feroces y dispuestos a todo. Arredondo aceleró el paso y cuando llegó a Palacio los encontró a todos reunidos. Estaban nerviosos. Para rematar, se había corrido la voz de que el Comisionado Regio Carlos Montúfar llegaría más pronto de lo esperado. Arechaga sugirió que había que recurrir a los quiteños para suscribir un tratado de paz. Estuvieron todos de acuerdo pero Arredondo insistió en que primero era importante apaciguar los ánimos. Inmediatamente se acordaron del Obispo. Una comitiva, encabezada por el piadoso oidor Ignacio Tenorio fue a visitarlo.

Los recibió junto a su sobrino. Cuando le pidieron que saliera con todo el clero a calmar a los quiteños, el obispo esbozó una mueca.

-Destruyen, roban, asesinan brutalmente, ¿y ahora quieren que salga yo a pedir paz?

Tenorio insinuó que había que olvidar los resentimientos y ver el futuro ya que si no se ponía arreglo a la situación devendría la más feroz batalla que había vivido Quito.

-No lo crea, -le salió al paso Caicedo- Quito ha sido escenario de cruentos enfrentamientos desde los tiempos de la conquista, y no en vano los quiteños tienen fama de ser muy aguerridos.

De los quiteños se decía que consideraban a la paciencia como la mejor de las virtudes, pero cuando esta se colmaba, se volvían salvajes. Tan asustado estaba Tenorio que suplicó al obispo que intercediese por sus vidas y los salvase, o que por lo menos permitiera a las tropas de Lima salir ilesas de Quito.

El obispo accedió a cambio de algunas prerrogativas. En primer lugar que se llevara a cabo un acuerdo entre ambas partes para suscribir la paz, y en segundo lugar que los zambos salieran inmediatamente de la ciudad. Tenorio dio su palabra de que así se haría y solo entonces el obispo se preparó para salir. Él también estaba aterrado porque no sabía lo que iba a encontrar.

Acompañado de una docena de clérigos, comenzaron el recorrido por la calle de la iglesia de la Compañía, que estaba apertrechada de bayonetas y cañones. Al pasar por el cuartel se enteraron de la manera más burda del sacrificio de los presos, porque un zambo sacó la cabeza por una ventana y comentó:

-Ya estamos bien porque todos los presos, menos el cura Castelo, murieron...

La risa torpe del zambo se mezcló con los gemidos de los sacerdotes que terminaron en llanto. Iban consternados, a sabiendas de que tenían la misión de ser testigos de muchas atrocidades.

Tropezando con los cadáveres de soldados y paisanos siguieron su marcha. Dieron con el cuerpo frío y rígido de Villaspesa, con la boca espantosamente abierta como si hubiera querido emitir un grito que no sonó jamás. Estaba descalzo y con poca ropa porque los zambos también habían armado con él su botín. Les llamó la atención que los cuerpos de los paisanos fueran de ancianos y mujeres. Pocos hombres, muy pocos mozos en relación a tantos desarmados y desvalidos. Al pasar por el convento de Santo Domingo se unieron a la procesión varios religiosos que ofrecieron acompañarlos hasta San Sebastián. Se adelantó la patrulla de a caballo pero solo pudo llegar hasta el puente porque no se atrevió a pasar. Del otro lado aguardaba una trinchera de solo mujeres y niños, armados de piedras, palos, lanzas y uno que otro fusil. Esta era la tropa imaginaria de cuatrocientos indios que había hecho temblar a Dupret, Arredondo y toda la oficialidad. Al acercarse el prelado, los indios cayeron de rodillas y se desataron en un mar de quejas. Decían que estaban organizados para defender sus barrios de los ataques de los soldados, y que no permitirían que nadie muriera sin estar a la par. Estaban ahí para morir si era preciso, pero también para defender la vida. El obispo les exhortó a que volvieran a sus casas y que regresara la paz porque los soldados de Lima habían hecho la promesa de irse de la ciudad.

Camino a la Cruz de Piedra un grupo de mozos armados de cuchillos reclamó que los zambos habían matado a un chiquillo de no más de diez años de edad. Traían cargado el cadáver del infante y reclamaban justicia. Por más intentos que hizo el obispo para apaciguar los ánimos de los mozos, solo consiguió que se les unieran al cortejo. Avanzaron hasta el barrio de San Roque donde se encontraron con más gente enfurecida. Estaban enardecidos y aseguraban que las cosas habían llegado a su límite. Al más idiota del barrio se le oía discurrir como a un erudito, sobre el despotismo y tiranía con los que se había gobernado la provincia. Se quejaban de los contantes atropellos contra los derechos del hombre, y del constante abuso de poder. No querían saber nada del conde Ruiz de Castilla cuya palabra no tenía ningún valor, por lo que el obispo tuvo que empeñar la suya para asegurar que todo había llegado a su fin y que se restablecería la paz, el

orden y la tranquilidad. Recibieron la bendición y a regañadientes se fueron a sus casas, mientras el prelado bajaba por la calle de San Buenaventura donde encontraron a mujeres y niños armados de palos y piedras. Luego siguieron a San Blas y Santa Prisca, y comprobaron que todo se hallaba sosegado.

De vuelta a la Plaza Mayor pasaron por el presidio y se enteraron de lo que acababa de suceder: tres presos que se habían negado a huir al igual que sus compañeros, acompañados de dos indios con grilletes, apresados por deuda de tributos, habían sido acribillados por una patrulla que sedienta de sangre los asesinó cobardemente.

Comenzaba a anochecer y los soldados que guiaban el cortejo tenían prisa por marcharse porque se había corrido la voz de que el conde Ruiz de Castilla había obsequiado a la tropa varios toneles de aguardiente. El último trayecto antes de llegar a la Plaza Mayor fue la casa del capitán Salinas. Sobre las escalinatas se había instalado una horca en la que, por orden expresa de Pedro Calisto, se aseguraba que se iba a colgar el cadáver mutilado de Salinas para escarmiento de los quiteños, y que igual cosa debía hacerse con los cadáveres de los demás insurgentes.

Manuel José Caicedo aceleró el paso porque sintió un gran malestar. Con las justas llegó al centro de la plaza, y a los pies de una palmera de cera comenzó a vomitar hasta que le dolieron las entrañas. Después se sintió mejor, tomó aire y se dirigió al obispado. Entró y se encerró en la biblioteca, y como un niño emperrado comenzó a dar golpes contra los estantes.

-¡Abascal! –gritó- ¡genio devastador!

A continuación, como un loco, murmuró lleno de rabia y resentimiento:

-Amar insensible. Ardiente Cucalón. Insensato Ruiz de Castilla. Afeminado Arredondo. Estúpido Fuertes. Carnívoro Arechaga...-y sentenció- ¡sus nombres serán oídos con horror en los siglos futuros!



Fue el oidor Tenorio el que puso orden en los alterados ánimos de los gobiernistas. Si bien una parte quería que terminara la violencia y todo regresara a la paz, había otros, sobre todo los limeños, que querían que continuara el saqueo. Pusieron los ojos en la solariega casa de don Nicolás de la Peña, quien por influencia de media ciudad había salvado la vida. *El ilustré* Peña permaneció poco tiempo en prisión, no así su hijo Antonio, quien apadrinado por Pedro Calisto se había hecho realista, para terminar traicionado, preso y muerto como el resto de patriotas. Se había corrido la voz de que la casa de *el ilustré* albergaba tesoros nunca antes vistos que habían pertenecido a su antecesor, el sabio Maldonado, por lo que se consiguió una orden para la inspección y el saqueo, alegando que se había visto entrar y salir de la casa a varios sospechosos. El asunto fue más lejos, se pidió la muerte de los habitantes de la casa, y se hubiera llevado a cabo de no haber sido porque el oidor

Tenorio intervino en el asunto y recalcó:

-Por favor, se trata de *el ilustre*...

Nada les importó el argumento a los limeños porque no conocían de la historia de estas tierras, y lo que era peor, la despreciaban y aborrecían. El asunto llegó hasta oídos del conde quien comisionó a un capitán para que examinara la casa. Con ayuda de una escalera de palo trepó e ingresó por una ventana del segundo piso. Encontró todo en calma, e incluso fue cortésmente recibido por don Nicolás de la Peña y su esposa Rosa Zárate que aunque estaban acogojados y de luto por la muerte de su hijo, le convidaron limonada. El comisionado contó que había hallado todo en paz y orden, y sobre todo ningún arma de fuego. Por simpatía con los dueños de casa y porque le pareció trivial, no mencionó que doña Rosa Zárate estaba limpiando los cubiertos de plata, y que en algún momento, mientras les daba brillo a los cuchillos, comentó que estaban broncos y que había que sacarles filo.

Hacia el atardecer, una cuadrilla de cuarenta soldados irrumpió en la casa de María Nates, la mujer de Salinas, que estaba encerrada y con ataque de pánico. Le exigieron que les acompañara y cuando ella pidió un poco de tiempo para cambiarse de ropa, se lo negaron. No le quedó más remedio que salir con sus dos hijas, la una de meses, que llevaba en brazos y la otra de dos años. Afuera se enfrentaron con una terrible escena. La mujer descubrió al esposo y la hija al padre, colgado de una horca, y una horda de zambos borrachos que cuando vieron a María Nates, gritaron:

-¡Mátenla también a ella!

Ofelán, su jefe inmediato, dio la orden de que dispararan contra ella, pero un oficial que estaba presente se compadeció y las escoltó hasta el Palacio. Fueron encerradas en un calabozo húmedo y hediondo, por cuyo pasillo se paseaba continuamente Arechaga reprochándole los actos de su marido. A las ocho de la noche el obispo consiguió licencia para sacar a las presas del calabozo y cambiarlas a un sitio mejor. Les proporcionó cama, las alimentó con caldo de gallina y trató de reconfortarlas aunque él tampoco sabía lo que iba a pasar. Cuando estuvo seguro de que estaban más cómodas fue a entrevistarse con el oidor Tenorio, a quien le exigió que cumpliera su pacto y cesaran de una vez los maltratos. Tenorio le aseguró que así sería aunque él sabía de sobra que no tenía ningún peso en el Gobierno. A pesar de ello fue a hablar con el conde, con quien mantenía una buena relación ya que su tema favorito de conversación eran las innumerables enfermedades que ambos padecían, y le contó todo. El conde ordenó que al día siguiente, a primera hora, se trasladara a María Nates y a sus hijas al convento de La Concepción, donde las monjas se harían cargo de ellas y estarían más seguras que en su casa. Respecto a las exigencias del obispo en boca de Tenorio, prometió que lo más pronto posible se llevaría a cabo un Cabildo público, así que habló con el alcalde Juan José Guerrero, y le pidió que lo organizara. A regañadientes el alcalde lo hizo. Era como quitarse autoridad y otorgársela a un grupo de resentidos, de llorones, que ahora estaban lamentándose por lo que ellos mismos habían ocasionado.

El Cabildo abierto se llevó a cabo el día 4 de agosto en plena Plaza Mayor. Acudieron quiteños de todas partes y en medio de cañones y bayonetas el conde Ruiz de Castilla lanzó una arenga en que decía que la finalidad de la convocatoria era encontrar un medio para pacificar la provincia y atraer la confianza del pueblo hacia el gobierno, y que para conseguirlo era preciso llegar a un acuerdo entre ambas partes. Ardido de valentía tomó la palabra Manuel José Caicedo y aclaró que ni el Gobierno ni los limeños tenían derecho a reclamar nada, ni ponerlo como condición, porque los agresores habían

sido ellos. Se levantó un fuerte murmullo del bando de los gobiernistas y a continuación algunos se manifestaron. Con pose teatral y ánimo lastimero, Fuertes Amar contó que más de ochocientos quiteños armados habían invadido el presidio, lo cual fue inmediatamente desmentido por la mayoría de asistentes al cabildo abierto. Ofelán, Dupret y el mismo Barrantes, se quejaron de que las bajas sufridas habían sido muchas, y el que número de zambos muertos era casi el triple que el de quiteños.

Con la ayuda invaluable del eclesiástico Miguel Rodríguez, otro erudito quiteño, se pudo elaborar varios capítulos del acuerdo. Entre ellos, el más importante: que como medio indispensable para la paz pública se mandara salir a la tropa de Lima a la mayor brevedad.

Se fueron esa misma tarde. La marquesa de Solanda se dio el gusto de pagar a varios pregoneiros para que gritaran que el motivo de su expulsión había sido por perturbar la tranquilidad pública al ser rateros y revoltosos. Cuando las tropas limeñas salieron de Quito, las lágrimas fueron inagotables, pero de ningún modo se debieron a su partida, sino a que los quiteños presenciaron impotentes cómo se llevaban más de trescientos mil pesos, que era a lo que equivalía el saqueo.

Un segundo capítulo tenía que ver con la resistencia que se estaba poniendo al ingreso del Comisionado Regio Carlos Montúfar, cuya presencia era inminente. Un tercer capítulo lo sugirió el mismo Ruiz de Castilla cuando, inocuo y estúpido, dijo que esta ciudad manifestaba su fidelidad a sus Monarcas como siempre había sido, a lo que Caicedo, fuera de sí, alegó:

-Y entonces, ¿por qué hemos sido tratados con tanta indignidad?

Uno de los capítulos también hacía alusión a los reos de Estado que aunque seguían prófugos eran reos de Estado. Venía con dedicatoria al marqués de Selva Alegre, al que de ninguna manera querían ver junto a su hijo, el Comisionado Regio.

No bastaron la erudición y valentía de Caicedo y del doctor Rodríguez porque con antelación los gobiernistas habían preparado lo suyo. Con la argucia del chismoso doctor Peña, elaboraron una lista de las atrocidades que los quiteños habían cometido. Se volvió a asegurar que más de ochocientos quiteños armados habían irrumpido en el presidio, y que varias familias quiteñas tenían arsenales en sus casas a disposición de una falange que se estaba organizando para dar el último golpe al Gobierno. Se pidió descaradamente que se comunicara a los virreyes Abascal y Amar de esta nueva insurrección para que enviaran sendos batallones a pacificar la ciudad. Luego vino una lluvia pertinaz de denuncias para alertar que lo que los quiteños pretendían era formar otra Junta de las mismas características que la anterior y cuyo único distintivo era el oportunismo, y que frente a ello el poder establecido debía imperar y poner orden.

El obispo Cuero y Caicedo, contagiado del temple de su sobrino, pidió que Arechaga también abandonara la ciudad ya que su sola presencia irritaba al pueblo porque lo veían como el autor directo de sus desgracias. Esto desató la ira de los gobiernistas quienes disolvieron la reunión de manera violenta y poco decorosa. En medio de gritos y consignas pidieron justicia y luego ellos mismos se encargaron de redactar el acuerdo, en el que se omitió la salida de Arechaga.

A este cabildo abierto le siguieron muchos otros y como los ánimos del pueblo iban subiendo de tono, los gobiernistas se apertrecharon en Palacio y sus inmediateces para impedir que el rumor de que el conde iba a ser asesinado se hiciera realidad. No respetaron ningún monumento, la pequeña plazuela de la iglesia de los jesuitas sirvió para instalar un enorme cañón, y del mismo modo la Plaza Mayor, el exterior del convento de la Concepción y las calles aledañas, se llenaron de soldados. Are-

chaga, sin embargo, ya no era el mismo. Había perdido la prepotencia con que actuó en la conspiración, para volverse sumiso y con una pose de humildad que rayaba en la peor hipocresía. Pedía que el Gobierno formara su Junta, manteniendo la Presidencia para el conde, y para él la Fiscalía. El resto no le importaba nada. Su prisa, urgida por el miedo, se debía a que ya sabía que cerca de dos mil soldados a caballo estaban prontos para entrar en Quito, a órdenes del Comisionado Regio. Trató de organizar a la guardia que le quedaba, pero la tropa no respondió a su llamado. Estaba cansada, abatida y sobre todo aterrorizada. Se había corrido la voz de que vendrían las represalias y que no cesarían los castigos, y lo que era peor: los quiteños respaldaban mayoritariamente al Comisionado, reconocían su superioridad y habían comenzado su propia batalla, cortando el agua y el acceso a los víveres de los soldados. En esas circunstancias llegó Carlos Montúfar a Quito, pero no entró a la ciudad sino que se quedó en Iñaquito. Allí permaneció dos días hasta que por fin avanzó. Los quiteños se prepararon para el peor enfrentamiento, porque los pocos soldados que seguían a Arechaga estaban escondidos en los campanarios de las iglesias, listos para aniquilar al enemigo, pero jamás llegó la orden de fuego y no se produjo un solo disparo. Carlos Montúfar hizo su entrada triunfal entre vivas y aclamaciones de un pueblo inmenso que se lanzó a las calles a darle la bienvenida.

Los gobiernistas no participaron del jolgorio. Reunidos en la casa de Pedro Calisto dieron las últimas patadas de ahogado. El pérfido Simón Sáenz de Vergara redactó el informe de la entrada del Comisionado Regio a Quito, pero lo pintó como no había ocurrido. Ríos de sangre, de crímenes y agresiones, en los que la más cándida acción de los quiteños era delito.

Fue el conde Ruiz de Castilla quien recibió las credenciales que traía Carlos Montúfar. Le tembló la mano cuando las recibió. A pesar de los múltiples comentarios que de él había tenido, lo encontró joven, guapo y lleno de brío. Quiso ser amable con él, pero no pudo. Los nervios le ganaron y en vez de darle la bienvenida, le dijo:

-Lo he estado esperando.

Carlos Montúfar esbozó una sonrisa y al conde le acometió una descomposición estomacal tan severa que tuvo que abandonar la reunión inmediatamente, en medio de ruidos y malos olores.



La madrugada del 13 de septiembre cayó un aguacero tan fuerte en Quito que el tejado de la casa de Manuela Espejo se vino abajo y se inundó la biblioteca. Cuando descubrió el daño, al cabo de una semana, se lamentó de haber tenido la casa botada.

-Era la casa o tu vida, -acotó María Mercedes.

Ayudadas por un par de criadas salvaron los libros que pudieron pero con inmensa pena Manuela admitió que se había perdido una tercera parte de la biblioteca. El caudal de la lluvia había

sido tan fuerte que el agua se había estancado por lo menos una vara de alto. Todos los libros grandes, los atlas y enciclopedias estaban perdidos. Las hojas se habían pegado unas con otras y era imposible separarlas, y en el caso de los legajos manuscritos, los folios estaban limpios porque la tinta se había desvanecido.

Sumergida en un charco que las criadas estaban tratando de evacuar, puso los libros mojados sobre la mesa.

-No sirven para nada, -admitió. -Esta que antes fue la mejor biblioteca de la Audiencia de Quito, y quizá de América, ya no lo es más.

Le confesó a su amiga María Mercedes que en el fondo no era tanta la pena que sentía, cuanto el miedo. Vivía aterrorizada desde el crimen de los próceres, y la pérdida de la biblioteca confirmaba ese sentimiento.

-No solo los mataron a ellos, -dijo- sino que están matando las ideas. ¿Lo entiendes, María Mercedes?... Quito, que fue considerada la ciudad más culta de América está condenada a ser la más ignorante del orbe, y todo está conspirando para que así sea.

Añadió que la pérdida de la tercera parte de la biblioteca era otra señal de la inevitable decadencia.

Se cambió la ropa mojada y le pidió que le acompañara al Carmen Alto, a echar una plegaria a Santa Teresa de Ávila, la santa culta, pero no pudieron entrar a la iglesia ni al convento, porque a raíz de la masacre de los patriotas las monjas vivían la más estricta clausura. En el camino se enteraron de que el Comisionado había ordenado la creación de una Junta, a semejanza de las de España, y en especial la de Cadiz. Para ello convocó al conde, al obispo, a Arechaga, a otros funcionarios del Gobierno, así como a un diputado de cada cabildo. También invitó a representantes de los barrios y gente del clero. Con absoluto orden y respeto por las diversas opiniones, se llegó al acuerdo de crear una Junta Gubernativa que a nombre de Fernando VII mandase esta provincia, dependiente únicamente del Supremo Consejo de Regencia, allá en España. Como Presidente de la Junta se nombró a Ruiz de Castilla, y como vocales natos al obispo Cuero y Caicedo, y al Comisionado Carlos Montúfar. Para revestir el acuerdo con la suficiente autoridad para su aplicación, se convocó a cabildo abierto el día siguiente, en el que la Junta fue aprobada con vivas:

-¡Viva la religión, viva Fernando VII, viva la Patria!

Solo entonces las monjas de clausura abrieron las iglesias y la vida en Quito regresó a la normalidad. La mayoría de realistas salió en estampida. Se decían perseguidos, pero nadie se había fijado en ellos. Sáenz de Vergara y algunos otros se mudaron a Guayaquil, donde encontraron en Cucalón a su mejor aliado.

Hacia finales de año, Manuel José Caicedo sacó a la luz de las cadenas quiteñas la segunda parte de su crónica. Seguía siendo anónima, y mejor así, porque en ella se comprometía a muchas gentes con nombre y apellido. Esta vez se intituló:

*Viaje imaginario por las provincias limítrofes de Quito,
y regreso a esta capital.
Comprende los sucesos de Quito,
desde el 22 de junio hasta el 22 de septiembre de 1810*

Eran más de doscientos folios por lo que no se sacaron muchas copias, pero las que se reprodujeron pasaron de mano en mano y *El viaje imaginario* fue lectura obligada en las sobremesas quiteñas. En algunas casas sí, pero en otras no. El asunto del 2 de agosto se había vuelto un tabú. No porque se quisiera ocultar algo, sino porque causaba dolor. Las heridas estaban todavía abiertas, y sobre todo, lo que más pesaba, es que había muchas viudas y huérfanas, entre ellas las hijas póstumas de Josefina Tinajero e Isabel Bou.

Al final del *Viaje imaginario* el autor anónimo del relato decía que cuando Fernando VII fuera restituido al trono, los vocales de la junta suprema, es decir el obispo y el Comisionado, tendrían que decirle:

Señor:

Cuando tomamos las riendas del Gobierno, en esta preciosa porción de tus dominios, la encontramos en el último abandono. Las rentas dilapidadas, la administración de justicia desamparada, la policía olvidada en todos sus ramos. La ciudad saqueada, los vecinos ultrajados, oprimidos y arruinados, derramada la sangre de tus vasallos por las calles y plazas. Alterada la paz pública, inquieta la provincia y entronizado el despotismo. Encontramos vestidas de luto a las familias, las casas destrozadas, empapadas en lágrimas las viudas y huérfanos, pidiendo limosna los propietarios. Encontramos degradada la nobleza, ultrajado el Clero, perseguido el honrado ciudadano. Encontramos las reliquias y los escombros de las ruinas que habían causado los limeños, los magistrados, los militares, los sátrapas y sus satélites. Y la restituimos mejorada: las rentas aumentadas, arreglada la justicia, hermoseedada la ciudad, enriquecidos tus vasallos, consoladas las viudas y sus hijos, comentada la paz, restablecido el orden, arreglado el comercio, abastecida la plaza, mejorada la industria, perfeccionadas las artes, ilustradas las ciencias, castigado el vicio, premiada la virtud y reformadas las costumbres. ¡Qué perspectiva tan lisonjera!

Amable Fernando, continuarán tuyos estos dominios, y tuyos somos nosotros. Recíbenos bajo tu protección, consuélanos, ampáranos, compadécenos. Mira lo que hemos padecido en trescientos años, lo que han hecho tus mandatarios, lo que han abusado de tu nombre los déspotas. Cura nuestras heridas, enjuga nuestras lágrimas, repara nuestras pérdidas, y no nos mandes tiranos en lugar de jueces. Reina sobre nosotros, impera en nuestros corazones, y que las generaciones futuras bendigan tu nombre, eternicen tu gobierno, y envidien nuestra suerte.



La primera institución en rehabilitarse fue la Administración de Correos donde se decía que permanecían embodegadas muchas cartas consideradas sospechosas. Manuela Espejo y la marquesa de Solanda fueron a indagar y constataron que el rumor era cierto. Buscaron ellas mismas, minuciosamente, al tiempo que ordenaron toda la correspondencia embodegada, y solo de José Mejía Lequerica encontraron seis cartas dirigidas a Manuela. Se le fueron las lágrimas y más tarde, cuando ya estaba en casa acompañando a unos albañiles que arreglaban el tejado, las leyó varias veces. Lo último que había sabido de Mejía es que desde el 2 de mayo de 1808 había estado participando activamente en las luchas contra los franceses, en compañía del conde de Puñonrostro.

Le contaba de los duros episodios que había vivido en los que pasó hambre y necesidades. La lucha contra los franceses era desigual en número y armamento, pero aún así los españoles no daban tregua. Había tenido que huir a Sevilla, disfrazado de carbonero, porque la vida en Madrid era imposible, pero afortunadamente había vuelto a encontrarse con el conde de Puñonrostro, a quien nunca le faltaba el dinero y las buenas relaciones. Gracias a ellas le consiguió trabajo como oficial en la Secretaría de Estado y Despacho de Gracia y Justicia. Más de un año permaneció en esas actividades, hasta que los franceses invadieron Andalucía y no les quedó más remedio que guarecerse en Cádiz.

En una de las cartas contaba una hermosa anécdota de la que había sido testigo, cuyo protagonista había sido el conde de Puñonrostro. Hacía más de diez años, cuando el conde vivía en Quito, se había enamorado perdidamente de Felipa Carondelet y Castaños, hija del Barón de Carondelet, quien en ese entonces era Presidente de la Audiencia. Por ser ambos de buenas cunas y haber sido amor a primera vista, se regularizó la relación y se comprometieron. Fijaron varias veces fecha para la boda, pero nunca pudo llevarse a cabo, porque los permisos que ella debía recibir para el matrimonio jamás llegaron de España. Al cabo de diez años se habían reencontrado en Cádiz con todas las ganas de reanudar el romance y casarse, aunque la dicha de estar juntos iba a durar poco porque el conde era un activo revolucionario.

En la última de las cartas, la más reciente, le hablaba de las Cortes de Cádiz, que era una asamblea constituyente compuesta por setenta y cinco representantes de las provincias españolas, treinta americanos y algunos filipinos. Mejía y Puñonrostro habían sido nombrados diputados de las Cortes.

Manuela se alegró por los éxitos de su marido pero también le invadió el desasosiego. En las tres últimas cartas no había palabras cariñosas para ella. Parecían más bien unas frías crónicas de guerra, en las que se había olvidado de preguntarle cómo estaba, cómo se sentía, y al final, en la despedida que antes le tomaba algunas líneas, ahora se traslucía un protocolo que no venía al caso con quien era la esposa.

A pesar de la congoja esbozó una sonrisa y se convenció de que así mismo debía ser. José Mejía era un hombre joven, con una inusual inteligencia, estaba lleno de energía y de ganas de vivir,

y además estaba solo. Y los hombres solos duraban poco. Era normal y perfectamente comprensible que buscara compañía y también que se enamorara. Eso lo tenía bien claro, porque el día que él tomó la decisión de partir a España, ella entendió que la amistad continuaba pero que el matrimonio se había terminado.



A mediados de noviembre llegó a Quito la noticia de que las Cortes de Cádiz habían resuelto dejar sin autoridad a los Comisionados y desconocer las juntas que no habían sido aprobadas por la regente. De esta manera la Junta de Quito quedó sin valor y sin autoridades. No se reconoció la presidencia del conde Ruiz Castilla así como tampoco la validez de las diligencias de Carlos Montúfar. Se anunció, además, que ya se había nombrado nuevo Presidente de la Audiencia a don Joaquín de Molina, quien no tardaría en entrar a la ciudad.

Se le adelantó un emisario, un tal Villalba, que venía a dejar las cosas en claro para que Molina se posesionara, pero fue recibido tan hostilmente que se atemorizó. A sus manos llegó un pasquín anónimo que le dejó helado, se intitulaba:

Convite de San Roque a los demás barrios

En él se explicaba claramente que los habitantes de las colonias americanas habían sido vasallos de la dinastía del rey Fernando VII, y no así de cualquier advenedizo, por lo que al no haberlo, quedaban instantáneamente libres.

En una parte decía:

... Muerto aquel y sus herederos, no tienen derecho ni título justo para hacerse servir de nosotros, ni apropiarse de unos intereses que ya no están vinculados a nadie sino a sus naturales poseedores. Perdimos, desgraciados, a Fernando, nuestro padre, nuestro Rey y nuestro todo, luego ya no hay por qué debemos reconocer otro señor...

Con estilo claro y buen conocimiento del idioma, *El convite* mostraba que no había sido escrito por alguien de la plebe, sino por una persona instruida, además de instigadora. Con alegatos por todos conocidos convidaba a los demás barrios a levantarse, a organizarse militarmente y comenzar la lucha. Aseguraba tener el flanco sur completamente dominado, por lo que era obvio que *el convite* iba dirigido a los habitantes de los barrios de San Blas y Santa Prisca que quedaban al norte. Se sabía de antemano que estos vecinos no eran precisamente aguerridos, no al menos como los de San Roque. Estaban mal organizados y no se querían entre ellos, por lo que era difícil contar con su colaboración. De todos modos este

era un argumento que Villalba desconocía. Presumió que la plebe de los barrios, y en suma la mayoría de quiteños estaba en pie de lucha, por lo que decidió retirarse con el rabo entre las piernas.

El cuadro que pintó a Joaquín de Molina sobre la ciudad de Quito debió haber sido aterrador, porque Molina informó al Consejo de Regencia que esa Presidencia le profesaba tal odio, que preferiría verse reducida a cenizas que admitirlo en el mando.

Como no se llegó a ningún acuerdo las cosas siguieron igual: el conde Ruiz de Castilla se quedó al mando de la Junta, y Montúfar se dirigió a Cuenca a enfrentar al obispo Quintián, quien juraba que estaba participando en las Santas Cruzadas, y cuya misión era oponerse a los patriotas hasta la muerte. Eso era de labios para afuera porque una vez que se enteró de que Montúfar estaba en las cercanías de Cuenca, emprendió rápida fuga dejando todo botado e inconcluso. Los cuencanos, en su mayoría hartos del obispo y sus desmedidos abusos, recibieron con vivas a Montúfar.



Rosa Zárate, conocida como *la Cánovas* debido a que ese era el apellido de su primer marido, no tenía muy buena fama. La habían soportado y admitido en algunos círculos sociales únicamente porque estaba casada con *el ilustre*. La mala fama le venía por varios lados: para comenzar, tenía un pasado vergonzoso, reñido con la moral y las buenas costumbres. La habían casado cuando ella tenía solo quince años con Pedro Cánovas, un español cuarentón asentado en Riobamba, sin que hubiera lugar a ningún reclamo o desacuerdo, ya que Rosa era hija natural. Aguantó junto a él algunos años, tolerando maltratos y vejaciones, hasta que conoció a Nicolás de la Peña, quien desde su nacimiento llamó la atención por ser el único descendiente del sabio Maldonado. Ella tenía veinte años y él diecisiete. Ambos perdieron la cabeza y dieron rienda suelta al romance, al punto que ella fue acusada de adulterio por lo que se le sentenció a vivir reclusa en el convento de las conceptas de Riobamba.

Vivió con resignación el encierro pero apenas terminó de cumplirlo se unió nuevamente con Nicolás de la Peña y vivieron fugitivos varios años. Pedro Cánovas, establecido en Latacunga, se enteró de que andaban cerca e hizo tomar a Rosa prisionera. Nuevamente fue encerrada en el convento de Riobamba, hasta que luego de un año murió Pedro Cánovas y ya no pesó ninguna culpa sobre ella.

En Riobamba, *la Cánovas* era considerada una libertina. Una adúltera sinvergüenza que merecía el peor de los castigos. Durante mucho tiempo fue comidilla en sobremesas y reuniones, y se la juzgó como a una descarriada sin el menor sentido de la virtud, aunque nadie admitía que lo realmente imperdonable era que se hubiera llevado al mejor partido de Riobamba. Ninguna riobambeña pudo competir con ella porque Nicolás de la Peña solo tenía ojos para *la Cánovas*. Convivieron varios años en Quito, más allá de la virtud y la decencia, y tuvieron un solo hijo. Recién en 1801 pudieron casarse con todas las ley, y entonces *la Cánovas* adquirió prestigio, aunque pesaba sobre ella la mancha de su pasado. A ella no le importaba, y parecía tampoco necesitarlo. Le bastaba su marido, su hijo y la servidumbre de la casa.

A raíz de la muerte de su hijo, el 2 de agosto de 1810, le entró una extraña obsesión: coleccionar cuchillos. Secretamente, a escondidas de su marido, llegó a poseer seis docenas de afilados cuchillos que guardaba en un arcón junto a la cama.

Llamó la atención que no teniendo la costumbre de salir de casa, lo hiciera muy a menudo. Decía que se iba a misa, aunque en realidad se adentraba en lo más profundo de los barrios, e incluso extramuros en las comunidades indígenas asentadas en las laderas del Pichincha.

Un día que iba cargada de una docena de cuchillos, fue sorprendida por su marido en el zaguán. Él entraba y ella salía, y por estar ambos apurados tropezaron y el marido sintió el bulto. Le preguntó qué se traía y ella no pudo mentirle, así que le contó la verdad.

-Desde hace tiempo que estoy planificando la muerte del conde Ruiz de Castilla, -le dijo porque un miserable traidor como él no es justo que siga vivo.

Le confesó que su muerte se le había vuelto una obsesión. Que no hacía sino pensar todo el día en un plan para aniquilarlo, porque era él el responsable directo de la muerte de su hijo. Por mucho que Nicolás argumentó no pudo convencerla, así que optó por acompañarla. En el camino ella le contó que su plan costaba bastante dinero y le pidió perdón por haber usado las joyas de la familia Maldonado en llevarlo a cabo. Increíble Nicolás comprobó que su mujer se había tomado el asunto muy en serio y que sería imposible hacerla desistir. Con tenacidad y un buen lote de joyas, había conseguido organizar a un grupo de más de setenta indios para que asaltara el convento de la recolección de El Tejar, donde se hallaba hospedado el conde Ruiz de Castilla, y le diera muerte. Había pagado una suma adicional para que fueran por lo menos veintitrés puñaladas, como la edad de su hijo muerto, las que exterminaran al autor de la ignominia más grande que hubiera vivido Quito desde su erección.

Pactaron la fecha en la que debía llevarse a cabo el atentado pero los planes se vinieron abajo y tuvieron que postergarse porque el día anterior fueron traídos a Quito, en calidad de reos, don Pedro Calisto, su hijo Nicolás y el oidor Manzanos. Junto a ellos venía una recua de siete mulas cargada con objetos de oro y plata, alhajas y miles de pesos en contante y sonante. Los soldados del Comisionado los habían encontrado en un camino vecinal cerca de Cayambe, y cuando les registraron y encontraron semejante tesoro, pensaron que eran ladrones, por lo que los regresaron a Quito. Ni bien llegados a Santa Prisca se supo su identidad y entonces los trataron como a criminales. Un antiguo resentimiento contra el despótico Calisto se despertó desencadenando algo incontenible: Quito quería sangre.

Solo se salvó el oidor Manzanos porque la ira era contra Pedro Calisto y su hijo. Se les retuvo prisioneros algunos días para cumplir con los reglamentos en rigor, aunque su sentencia ya estaba dada. Se llevó a cabo en la misma Plaza Mayor, a la vista de una enorme muchedumbre que insultó a los sentenciados. Padre e hijo fueron fusilados, y cuando los cuerpos cayeron inertes, la muchedumbre aplaudió.

Poco tiempo después decenas de indios entre los que se hallaban tres frailes mercedarios, allanaron la recoleta de El Tejar y dieron algunas cuchilladas al conde Ruiz de Castilla. Por instigación de los frailes, los indios arrastraron el cuerpo aún con vida hacia la Plaza Mayor para darle muerte frente a Palacio.

Intervino la guardia y mientras disolvía el tumulto, un solo indio se quedó a cuidar al conde que estaba moribundo. Fue él quien le dio el resto de puñaladas, hasta completar veintitrés, para cobrar la paga que Rosa Zárate les había prometido.



En reemplazo del malogrado Joaquín de Molina, la Regencia de Cádiz resolvió nombrar a don Toribio Montes como Presidente de la Audiencia de Quito. Montes, de formación militar, se había caracterizado por una impecable carrera en la que siempre había conseguido sus cometidos.

Luego de vencer en las batallas de San Miguel de Chimbo y Mocha, entró en Quito. Se tomó el Panecillo y sin que hubiera lugar a un solo disparo de ninguna de las partes, ocupó pacíficamente la ciudad. Al comienzo hubo perdón y olvido, pero luego se repitió la historia y la cacería se desató nuevamente. La lista estaba presidida por Carlos Montúfar, y a continuación el marqués de Selva Alegre, Nicolás de la Peña, Rosa Zárate, y treinta personas más. Al final constaban los nombres del eclesiástico Miguel Rodríguez y el provisor Manuel José Caicedo.

La gran mayoría consiguió fugar, pero en el caso de Rodríguez y Caicedo fueron apresados hasta decidir su suerte. Por más influencias que movió el obispo no consiguió nada. Rodríguez figuró como sedicioso, y Caicedo como el peor instigador. Se probó que era él el autor del *Viaje Imaginario* con el que tanto se había difamado y ofendido a personas inocentes.

De Guayaquil regresaron Sáenz de Vergara y varios realistas, que inmediatamente le juraron lealtad a Toribio Montes y todo regresó a ser lo mismo, o peor. La justicia en sus manos fue ejemplar, así que se dieron los más duros castigos a los reos. Como Rodríguez y Caicedo no podían ser fusilados por su calidad de sacerdotes, fueron condenados a veinte años de exilio en las Filipinas, y prisión inmediata para quien leyera el *Viaje Imaginario*.

La orden se extendió más y las privaciones fueron más severas. Se prohibió la circulación de libros y también la lectura. En la plaza de San Francisco se incineraron miles de libros considerados sediciosos y lo que quedaba de la biblioteca de Manuela Espejo se confiscó y pasó nuevamente a la Compañía de Temporalidades. La gente dejó de leer y para los que lo hacían a escondidas, la llegada subrepticia de un libro nuevo significaba un acontecimiento.

La administración de Correos volvió a embodegar las cartas y la única correspondencia que llegaba era la que traían los viajeros. Un miembro de la familia Ascázubi trajo correspondencia del conde de Puñonrostro que iba dirigida a Manuela Espejo. La entrega no fue fácil porque se desconocía su paradero. Por fin, luego de varios meses, lograron que la correspondencia le llegara a través de María Mercedes Tinajero, ya que Manuela seguía hospedada en Pomasqui.

Se llenó de emoción al recibir la carta pero le extrañó que fuera del conde y no de su marido. La leyó ávida de información sin embargo en la segunda línea, cuando el conde comenzaba a lamentarse, supo de lo que se trataba. José Mejía Lequerica había muerto. Más tarde se enteró de los porme-

nores. Leyendo y releendo la carta supo que había estado enfermo y que a pesar de los cuidados que se le puso, murió sin remedio.

Tiempo después, por intermedio de otro pariente de los Ascazubi, se enteró de que José Mejía había tenido una mujer en España. Se llamaba Gertrudis Sanalova y Benito. Ella lo había cuidado durante su enfermedad y a su muerte todos los bienes de él, por disposición expresa, pasaron a propiedad de ella.

A la otra Manuela, la Cañizares, de quien no se había vuelto a saber nada, se la vio una tarde por el barrio de San Marcos. Iba achacosa y muy enferma. En el poco tiempo que estuvo en la ciudad, consultó un galeno que tenía fama de sanar males incurables y también pagó los servicios de un escribano para redactar su testamento.

William Bennet Stevenson no regresó nunca más a Quito. Mientras el conde Ruiz de Castilla fue presidente de la Junta, se mantuvo en Esmeraldas como Gobernador, gozando de varias prebendas. Sin embargo la dicha le duró poco porque Cucalón, gobernador de Guayaquil, invadió Esmeraldas con un bergantín de ciento veinte hombres, que tenían la expresa intención de apresar al espía inglés. Fue capturado, pero cuando se lo estaban llevando logró escapar gracias a la ayuda de unos amigos. Huyó a Lima donde terminó de secretario de Lord Cochrane, marqués de Maranham, quien era vicealmirante de la escuadra chilena.

Rosa Zárate y Nicolás de la Peña vivieron largo tiempo prófugos hasta que fueron apresados y conducidos a Tumaco. Allí se los fusiló y por pedido expreso de Toribio Montes, los cadáveres fueron decapitados y sus cabezas metidas en jaulas de hierro que se trajeron a Quito, para ser exhibidas en la entrada norte de la ciudad.

Años más tarde, Carlos Montúfar fue apresado en Buga y fusilado. Se contaba que las mujeres del lugar ofrecieron por su vida un cuantioso lote de joyas, pero que más valía muerto.

Su padre, el marqués de Selva Alegre, vivió prófugo varios años hasta que consiguió viajar a España. Se reencontró con el mayor de sus hijos y le cedió el título del marquesado. Mientras tanto las cabezas de Rosa Zárate y Nicolás de la Peña estuvieron expuestas a la intemperie cerca de ocho años hasta que quedaron solo los cráneos. Fue un espectáculo macabro que aterrorizó a los quiteños y que servía para recordarles a lo que llevaba la insurgencia. Solo cesó el día que el general Antonio José de Sucre entró a Quito e impresionado mandó a retirarlos.



Un ejemplar de *La Camila o La patriota de Sudamérica*, la obra de teatro que había sido censurada en Buenos Aires, escrita por el chileno Camilo Henríquez, llegó a manos de Manuela Espejo. Camilo Henríquez, fraile de la Buena Muerte, era apreciado en Quito porque se sabía que de él provenía la célebre frase *Quito, Luz de América*, dicha en relación a la subversión del 10 de agosto de 1809, y la matanza de los patriotas del 2 de agosto de 1810. Tanto le había impresionado al dramaturgo el hecho, que años más tarde escribió *La Camila*, basándose en los acontecimientos que él mismo había presenciado.

Fue su propio autor quien se la envió a Manuela, a sabiendas de que era hermana del sabio más grande que había habido en estas tierras. En una carta adjunta le pedía que diera a conocer la obra a los descendientes de los patriotas, para que guardaran una memoria gloriosa de sus padres. Así lo hizo Manuela. Congregó a doce jóvenes que tenían la particularidad de ser todas mujeres y además huérfanas, ya que sus padres habían fallecido en la misma circunstancia. La mayor de ellas tenía veinte años y la menor once.

Leyeron con interés *La Camila* y luego se desataron recordando las versiones que habían oído sobre las muertes de sus padres. Fue triste pero también importante. Ellas querían saber y enterarse de todo y la lectura de *La Camila* les ayudó bastante. Acordaron reunirse otras veces y hacer copias de la obra para cada una de ellas. Así lo hicieron, en una sola tarde de arduo trabajo consiguieron levantar doce copias de *La Camila*. Manuela Espejo las recolectó para coserlas y ponerles carátula. Cuando estuvieron listas fue a entregárselas.

Las doce huérfanas estaban congregadas frente al cabildo, vestidas todas de blanco con coronas de flores moradas en la frente. Esperaban ansiosas la entrada del Libertador Simón Bolívar a Quito. Cuando él llegó, se fijó en ellas y preguntó quiénes eran. Apenas supo su ascendencia, suspiró conmovido y sin dejar de mirarlas, alabó a sus padres.

Al final del acto, Manuela Espejo les entregó las copias de *La Camila*. Les besó las manos y las mejillas, y se llenó de nostalgia porque en sus miradas reencontró viejos amigos. Se despidió de ellas como si no las fuera a volver a ver, y regresó a su casa. Esa fue la última vez que se la vio. Después de su muerte, las huérfanas de los próceres mantuvieron la costumbre de reunirse a leer *La Camila*, hasta que el tiempo les ganó. Mientras pudieron, al terminar la lectura inevitablemente se acordaban de Manuela Espejo. En la última página de cada una de las copias, ella había escrito de su puño y letra una nota que decía:

*Que nunca olviden los quiteños
la sangre de su libertad.*

Se terminó de escribir en Quito, en diciembre de 2010.

